



EN MIL

Pequeñas Piezas

@TSUKICHAN7

Lorena R. Jeffers

EN MIL PEQUEÑAS PIEZAS

Lorena R. Jeffers

Título del libro: En mil pequeñas piezas.
© 2018 por Lorena R. Jeffers.

Fotografía: Pixabay.
Ilustración de portada: Lorena R. Jeffers.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser adaptada, reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— sin la autorización previa por escrito de la autora.

Primera edición: marzo, 2018.

Dedicado a todos los que, como yo, han sobrevivido al abuso sexual. Hombres, niños y mujeres. Todos son valiosos y fuertes. No se rindan.

Dedicado a @Rows1907, de *Wattpad*, por haber sido la más grande de las fanáticas de la versión original de esta historia. Amé, reí y lloré con tus comentarios, cariño. Eres la mejor.

Agradecimientos especiales a mi querido grupo de lectores de *Wattpad*, quienes me animaron y creyeron en mí cuando yo no lo hice.

A todos los que leyeron el borrador, que entonces se llamaba «Fragmentado». Rieron y lloraron junto a Mitsue e Isabella.

Sobre todo a:

@JessiAlvarez623

@JavivaUsami

@Xukikita

@Da-chanEucliffe

@EspadaNelliel

@Conchoamigos

@JoyMerriver

@Kannarus

@AlexLaime-

@CelesteKomasanxD

@Moni20112016

@Tenshi-kurai

@Rukiaishida789

@Chicafairy

@Sasori_Sophia_

@Whiteeyes_falcon

@Haterin

@AlexLaime-

@Kumade

@CarolinaRomanRuiz8

@Leidysade

@Conchoamigos

Y una mención honorífica a: @Rows1907

Disculpen si se me ha pasado alguien. Les amo.

CONTENIDO:

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

Lentamente,
Sin que mis pisadas
Hagan ruido alguno,
Me rompo en pequeños pedazos
Reducidos a cenizas.
Without A Trace. The Gazette.

INTRODUCCIÓN

—Saluda a tu esposo.

De rodillas, Mitsue vio hacia arriba entre mechones de su cabello negro, tan solo para asentir, lleno de una terrible impotencia. De nuevo, el dolor llenaría cada parte de su frágil cuerpo, hasta hacerle desear la muerte.

Con apenas once años, él ya conocía el infierno.

Suspirando, desvió la mirada hacia su derecha y recordó el único motivo por el cual no se negaba: ella: Shizuka, su hermana, la persona que más amaba en todo el mundo. La niña dormía, abrazada a una mugrienta manta de color rosa.

—¿Tengo que repetirlo?

Negó. Claro que no. Aunque deseó tener la posibilidad de elegir. Shizuka, sobre la cama, gimió llamando al padre de ambos. Eso le rompió el corazón. Se suponía que él era el segundo hombre de la casa, el encargado de cuidar a sus hermanas menores; pero en cambio ahí estaba: encerrado junto a ella, en las manos de un loco que iba a destrozarlos en cualquier instante.

—Naori...

El tono que empleó su captor lo puso en alerta. Él tenía que responder, decir algo, lo que fuera; pero ¿cómo? Estaba tan harto y enfermo de esa situación: de tener que ser una mujer y complacer a ese maldito monstruo. Ah, mierda, ¿nadie nunca iba a encontrarlos? Quien fuera, él no pedía mucho.

—Dígame, esposo —murmuró.

Se odió a sí mismo por hacerlo, ¿qué opciones le quedaban? Era eso o ser golpeado hasta perder el conocimiento. Era eso o tener que ver cómo herían a Shizuka. Era eso o... tener que lastimarla él mismo, con sus propias y sucias manos.

Oh, por favor, que los asesinara de una vez. Aunque, en el fondo, no quería morir; tan solo volver a ser libre, como antes de que él se los llevara lejos de su familia.

El hombre alto y fornido le acarició los cabellos. Mitsue gritó en silencio, suplicando por ayuda. Y, bueno, ¿dónde estaba Dios? El que fuera, no importaba, ¿por qué no iba a salvarlos? Muy dentro de sí, él halló la respuesta: no le importaban.

Apretando los párpados, esperó su nueva dosis de dolor. Ser utilizado

como una herramienta de placer, un juguete. Una puta. Claro que, luego de cuatro días, ya se había acostumbrado. El dolor se volvió su ancla a la realidad. La única cosa que lo mantenía cuerdo. ¿Qué tan patético era? Mitsue no lo sabía, pero creyó que mucho.

Repulsivo.

Deprimente, tratándose solo de un niño.

El hombre lo sujetó por la barbilla y le levantó la cara. Mitsue vio al demonio en el tono marrón de sus ojos. De poder hacerlo, lo hubiera insultado; sin embargo, solo le traería problemas y Shizuka habría terminado pagando las consecuencias. Así que todo lo que pudo hacer fue mirarlo con odio, deseando que sufriera un infarto. Y cuando sus asquerosos labios hicieron contacto con los propios, Mitsue contuvo las lágrimas y la respiración, anhelando morir.

No. Él quería continuar viviendo, pero no de esa manera.

Quería ser salvado.

Ir a casa y jugar junto a sus hermanas, de nuevo.

Él, lo que quería y con todo su corazón, era salir del infierno y ver de nuevo la luz.

«Por favor, Dios, si estás ahí... ayúdanos».

CAPÍTULO 1

Mitsue se cubrió las orejas con ambas manos, llorando en silencio, tratando de ser fuerte. Afuera, una tormenta azotaba con furia las ventanas de su habitación. Una simple lluvia, pero para él representaba el infierno, el mismo del que logró escapar años atrás.

«Cálmate», pensó. No tuvo ningún efecto. El terror continuaba ahí, golpeando contra su corazón y estremeciéndolo hasta los huesos. «Él no vendrá. Está muerto. Ya no puede hacerte daño. No vendrá, no vendrá...». Aunque lo sabía, Mitsue continuaba esperando que lo hiciera, como en sus horribles pesadillas.

Un destello en la habitación, seguido por un potente estruendo. Sin poderlo evitar, gritó jalándose los cabellos, desconsolado, sin querer abrir los ojos. En su memoria, revivió el horror como cada noche. Y, entonces, mientras lo veía en el espacio negro de su mente, Mitsue consideró el suicidio como una opción. Porque ¿qué salidas le quedaba? Por cómo él lo veía, ninguna. Sin embargo, esa era una decisión cobarde y nadie iba a acusarlo de eso, jamás. Era un hombre, no una niña asustada que corrían ante el peligro. Nunca más volvería a serlo. Pero él quería correr y esconderse debajo de la cama, hasta que la lluvia terminase. O por el resto de su triste existencia.

No, lo que él más quería, en todo el mundo, era ser liberado de sus temores.

«¿Por qué?». No tenía una respuesta. Llevaba años buscándola. Estaba seguro de una cosa: como todo en su vida, podía continuar sufriendo eso en silencio. No tenía más opción, aunque lo pareciera. Solo, por completo y por decisión propia. Aunque, por estúpido que pudiera sonar, él odiaba estarlo con una pasión que no tenía lógica. Muchas veces se preguntaba si acaso estaba loco. «Porque no quieres que vean tu patética debilidad». Esa, por dolorosa que fuera, era la única verdad. Y la llevaba tatuada con fuego en el alma y en su propia piel.

Daba asco. Sucio. Roto. Usado. Sin valor. Un objeto, no una persona.

Nada dolía más que el hecho de saberlo.

La lluvia había cesado. Ahora era tan solo una llovizna suave que lo reconfortó. Con una mueca burlona y el corazón hecho pedazos, Mitsue cerró

los ojos y se dejó caer sobre el *futon*^[1], dispuesto a dormir. Si podía.
Tal vez, solo tal vez...

Se miró al espejo un largo rato y suspiró. Tenía unas terribles ojeras y una expresión de cansancio profundo, cosa que sentía. Después de pasar la mayoría de la noche despierto, lo usual era verse como un jodido zombi salido de una película rancia de los ochenta. Vagamente recordó una sobre una chica que se metía clavos en el cuerpo, para combatir su hambre de cerebros humanos. «Quizá eso funcione», pensó. Y sonrió ante aquella absurda idea. Él había dejado lo de la automutilación y el suicidio años atrás, pero las ideas volvían a veces. Sobre todo cuando se veía al espejo, desnudo, y pensaba en lo que no debía.

Como fuera. Se le estaba haciendo tarde y aún no estaba listo. A veces podía llegar a tardarse más que Shizuka, lo cual era mucho decir.

Se llevó las manos a la cabeza y terminó de tejerse la trenza celta, que le caía sobre el hombro derecho, se colocó un par de cuentas plateadas al final, para que no se deshicieran. Luego, se puso los tres aros que le faltaban en la oreja izquierda y el pendiente largo, con forma de cruz, en la otra. Antes de darse media vuelta, para ir a la cocina y tomar el desayuno, entrecerró los ojos ante su propio reflejo. ¿Por qué no se cortaba el cabello? Bueno, estaba seguro de una cosa: no debido a la vanidad.

Algo en su interior se lo impedía, por mucho que le repudiara verse a sí mismo de ese modo.

«Porque es un recordatorio de quien eres. De looo que eres», se dijo a sí mismo. ¿Cuán deprimente podía ser? Oh, bueno, por cómo lo estaba viendo aún le faltaba avanzar en la escala. Si hubiera un premio seguro se lo llevaba. Con honores. *El hombre más triste del mundo*. Pero él no era un hombre, ya no.

Nunca más.

Conteniendo un gemido, Mitsue salió de su habitación y recorrió el corto pasillo, que dirigía hacia las escaleras. Las bajó corriendo y caminó hacia la cocina. Escuchó la risa de Umeko, la más pequeña de sus hermanas, y se detuvo dudoso. Su padre, Satoshi, también reía. Eso le hizo sentir fuera de lugar porque incluso Shizuka, sin tener motivos para ello, era feliz. O al

menos lo fingía como una actriz de *Hollywood*. Pero siempre que él se les acercaba todo se volvía sombrío de un momento a otro. Como si fuera un vampiro chupa felicidad, ellos se volvían serios, rígidos, como si... Aunque, si era un poco justo, tal vez se debiera a su actitud distante.

Qué extraño, ¿verdad? Que se esforzara para alejar a todo el mundo, con la misma pasión con la que odiaba la soledad.

Pero que él no pertenecía aquí, a ningún lado en realidad. Era como sentirse atrapado en una pesadilla y desear con tanta fuerza ser liberado, que dolía. Era anhelar el contacto con otros humanos, sin embargo, cuando los tenía cerca lo único que podía hacer era huir para protegerse. Porque no quería ser herido, por nadie, nunca más.

No quería volver a ser usado y desechado, como un hermoso muñeco inflable. Como... «Una puta», el pensamiento cruzó su cabeza, causándole dolor. Porque eso era, después todo.

Y siempre lo sería.

Optando por no interrumpir a sus seres queridos, Mitsue se desvió hacia la puerta y salió al jardín principal.

Afuera, el sol lo cegó momentáneamente. Mitsue se llevó la mano a la frente, para cubrirse y entrecerró los ojos. Hubo una época, en la que deseó con toda su alma poder verlo una vez más, sentir su calor. Ahora, no obstante, tenía un extraño efecto en él, que a veces le provocaba el llanto. Pero Mitsue ya no era un niño, como para volver a llorar.

¿Quién era? No, ¿qué era? He ahí el más importante de sus dilemas.

No lo sabía.

—¿*Nīsan*^[2]? —Shizuka a su lado, le sonrió.

Él no tuvo idea de cuándo llegó, con lo distraído que estaba le pareció normal.

—¿Ya está lista? —le preguntó—. No me gustaría llegar tarde.

Shizuka asintió despacio, viéndolo con sus pequeños ojos. Por un segundo, Mitsue se encontró frente a su pasado, otra vez. ¿Dejaría de mirarlo con esa adoración que ni siquiera se merecía?

Ella dijo algo. Mitsue no la oyó, por estar ensimismado en sus recuerdos. Dolor, angustia...

El infierno.

—Mitsue-*nīsan*. —Ella apretó los labios un momento, en una adorable mueca de disgusto—. Te estoy hablando...

Mitsue ladeó la cabeza. Por ese gesto infantil, él sería capaz de sacrificarse mil veces más. Porque cuando la madre de ambos murió, en aquel horrible accidente, ella le dio la fortaleza que necesitaba para seguir adelante. Porque Shizuka se llevaba la soledad, cuando lo veía de ese modo y le sonreía como lo estaba haciendo.

Pero él le había roto el alma en mil pedazos, una vez. Él, y solo él, destrozó la inocencia de Shizuka, para salvarle la vida.

Meneando la cabeza, trató de dejar ir los malos recuerdos; aunque no era como si pudiera.

—Perdón, señorita, ¿qué me decía?

«Señorita», porque él no merecía ni pronunciar su bonito nombre.

Shizuka se llevó el cabello detrás de la oreja y esbozó una sonrisa tímida.

—Que... te ves muy guapo el día de hoy. ¿Son nuevos los aretes?

Él asintió. Y ella siempre, cada día, intentaba subirle la autoestima. Irónico, cuando la de Shizuka estaba hundida en el infierno.

—Sí. Watanabe me acompañó ayer. También me hice este tatuaje. — Mitsue se corrió la franelilla, un poco—. ¿Lo ve? Es un *Koi* negro. El resto no se lo puedo mostrar porque..., ya sabe, me llega hasta el ombligo.

Los ojos de Shizuka se abrieron por la sorpresa.

—¿Te dolió mucho? Oh, y..., *hum...*, ¿Taiki se hizo uno también?

Mitsue negó, cruzando los brazos encima del pecho.

—Dolió, sí; pero nada que no pueda soportar. Y no, Watanabe se acobardó en último momento. Dijo que si su madre lo veía con uno de estos, iba a *castrarlo* y que a él le *gustaba mucho* su pene.

Shizuka se ruborizó.

—¡*Nīsan!* No digas esa palabra así, se oye mal.

Mitsue le sonrió, de medio lado. Ella era bastante infantil aún, incluso después de lo que atravesaron juntos. No le gustaba admitirlo, pero envidaba esa parte de su hermana. Él nunca más volvería a tener ingenuidad, por mucho que lo quisiera.

—Lo lamento.

—Ya, no importa.

Shizuka lo sujetó del brazo, con el mismo cariño de siempre y lo jaló, para ir hacia la universidad. Pese a todo, ella lo seguía llamando «hermano». Pero Mitsue se sentía como su verdugo. El demonio cruel que le había torturado, hasta hacerla sangrar. Se odiaba por eso, con toda su alma. Y, muy

en el fondo, deseaba que ella lo hiciera también porque solo así tendría una excusa creíble para suicidarse. Su hermana era lo único que lo mantenía atado a su miserable existencia. No que no amara a Satoshi y a Umeko, pero con Shizuka era especial.

«Y aun así..., tú, maldito bastardo, la quebraste», pensó con amargura, dejándose guiar por Shizuka. Por primera vez, en mucho tiempo, Satoshi les había permitido ir caminando, como adolescentes normales, a la universidad. «Cerdo asqueroso, ¿por qué no acabas con tu dolor?».

Mitsue se quedó paralizado tan pronto como vio a alguien en el asiento de su hermana. No era que estuvieran marcados, pero ellos solían ocuparlos todo el tiempo. Desde ahí tenían una vista perfecta del profesor de turno y Shizuka no tenía que esforzarse para leer lo que se anotara en la pizarra. Además, le pareció extraño. Por norma, ellos eran los primeros en llegar para tener tiempo de conversar sobre lo que fuera, sin la constante intervención de Satoshi o Umeko. Pero ahí estaba otra persona, interrumpiendo su precioso ritual.

Molesto, él dejó a su hermana en la puerta y caminó hacia la intrusa. Cuando llegó, carraspeó, pero ella continuó sentada con los brazos cruzados en la mesa y la cabeza apoyada sobre los antebrazos. Un suave y delicado ronquido le hizo saber que estaba profundamente dormida. Tenía una larga melena rubia que a simple vista parecía suave y brillante. Hermosa. Inusual en ese lado del mundo porque... era auténtica.

Muy extraño.

Y fuera de eso la chica olía bien. A flores silvestres, con una acentuada nota dulce. Un aroma delicado que... Ignorando sus nuevas y descabelladas ideas, Mitsue la golpeó en la cabeza, con el dedo índice; no tan fuerte como para lastimarla, pero sí lo suficiente para hacerla reaccionar. Ella se quejó de inmediato, acariciándose. No levantó la cara. Frustrado, él volvió a pegarle.

—Muévete, estás en el lugar de la señorita —dijo.

Ella siguió sin verlo.

—¿Y qué? Yo no vi su nombre por ningún lado.

Tenía una voz preciosa, con un acento marcado que la delataba como extranjera. ¿Inglesa, tal vez? No interesaba, él había comenzado a impacientarse.

—Me importa una mierda, mueve el culo.

—¡Eres un grosero! —respondió, levantando la cara.

Mitsue se quedó sin aliento. Era la mujer más bonita que había visto. No que conociera demasiadas, pero ella era... impresionante. Tenía delgadas cejas de ángulo suave y unos ojos grandes, de un verde tan intenso y brillante que parecían irreales. Pero eso no era todo: ella tenía además la nariz respingada y unos perfectos labios en forma de corazón, teñidos de rojo. Fascinantes. Incitaban al deseo.

Mitsue tragó con dificultad y desvió la mirada, abochornado por sus recientes emociones. Ah, mierda, ¿y qué era eso? Lo que menos quería era convertirse en lo que tanto odiaba: un depravado sexual.

No, nunca.

Primero muerto.

—Mué-ve-te —dijo, fingiendo indiferencia.

Isabella arqueó una ceja. Oh, genial, recién regresaba a Japón, luego de tres años en el extranjero, y lo primero que la recibía era un maleducado con la voz más sensual que ella hubiera oído antes. No solo eso, el hombre estaba hecho para el pecado: alto, demasiado para ser japonés, un metro ochenta; vestido de negro y... Dioses. Se atragantó con su propia saliva: él tenía unos hermosos y pequeños ojos color miel —¿Qué, no todos los tenían oscuros?— que acentuaban sus rasgos masculinos pero delicados. Una belleza, por supuesto, aunque con el genio de un demonio. Atractivo, pero indeseable como un grano en sus partes nobles.

—No-quie-ro. —Se cruzó de brazos—. ¿Sabes? Necesitas una buena dosis de alegría, a ver si se te quita esa cara de...

Él resopló.

—Hablas demasiado. Muévete y ya.

Isabella negó.

—Muévete tú, *baby*, me tapas la luz.

Él entrecerró los ojos. ¿Podía verse más arrebatador? Quizá si sonreía, pero solo era una posibilidad.

Shizuka llegó junto a ellos y los vio, aleatoriamente, preocupada.

—Mitsue-*nīsan*, ¿qué sucede?

Con que ese era su nombre, ¿eh? Pues, bien, de luminoso no tenía nada. Él era aterrador y un grosero de mierda. La chica, sin embargo... Isabella se fijó en sus ojos. «Oh, pero vaya parejita». Un gesto dulce, para alguien como él.

—¿Qué, usan lentillas a juego? Están de infarto, ¿dónde las compraron?
Shizuka negó, iba a responder, pero Mitsue lo hizo por ella:

—Son reales. —Esbozó una sonrisa socarrona—. ¿Qué, desteñida, los tuyos son de mentira?

Isabella se quedó boquiabierta. Primero, por los ojos de ambos, una increíble coincidencia; y segundo... ¿Cómo demonios se atrevía a llamarla «desteñida»? Era insoportable. Maldiciéndolo en su interior, ella se apoyó sobre la mesa, hasta quedar frente a frente con Mitsue.

—Para que lo sepas, este es mi color natural de ojos y cabello, ¿bueno? Soy rubia, aunque no tonta, y... —Vio a Shizuka—. Te compadezco, cariño, tu novio es una *mierda*.

Shizuka negó, ruborizada y casi al borde de un colapso. Isabella frunció el ceño, confundida.

—Él... él no es mi novio. Mitsue y yo...

—Es mi hermana, rubia-no-tonta —se burló.

Isabella quiso darse de golpes contra la madera. ¿Cómo no se dio cuenta? Ella lo llamaba «hermano mayor», cielos. Sin embargo, creyó que era a causa de la timidez o porque era una Lolita. Y, por otro lado, los asiáticos eran todos iguales, desde su perspectiva. Ellos hubieran podido ser gemelos e Isabella habría asumido que estaban saliendo, por cómo Mitsue veía a su hermana. Por el simple hecho de que hubiera ido a reclamarle por lo del asiento.

—Perdón. Ya me muevo, ¿feliz?

Mitsue asintió, con la misma mirada desdeñosa. Isabella suspiró.

—No es necesario. —Shizuka colocó su pequeña maleta en la silla de adelante—. Podemos quedarnos aquí y tú ahí. —Le sonrió—. Por cierto, soy Shiroyama Shizuka, un placer. Y él es Mitsue.

Shizuka hizo una reverencia exagerada y formal. Demasiado. Isabella se acercó y la estrechó entre sus brazos. Conocía las costumbres de los japoneses, pero ella odiaba esa gélida actitud distante. Los abrazos, los besos y los apretones de mano, era lo que echaba de menos. Shizuka no correspondió, aunque tampoco hizo nada para alejarla.

—Isabella Jones, un gusto; pero puedes decirme Isy. —Ella se alejó y le ofreció una sonrisa cálida, luego vio a Mitsue—. Tú no. Para ti, soy la *señorita* Jones.

Mitsue curvó hacia arriba la comisura de su labio.

—Como digas.

—Eres un grosero insoportable.

Mitsue rio, burlón.

—Y tú una escandalosa.

Isabella le dedicó una mirada indignada.

—Idiota, como todos los chicos. —Volvió la cara hacia Shizuka—.

Shizu-chan ^[3], dime una cosa: ¿cómo haces para soportarlo?

Ella le sonrió, con amabilidad, viéndola con sus grandes ojos miel. Isabella se preguntó, más bien, cómo era que alguien tan amable como ella podía ser familiar de un insensible como Mitsue. No tenía lógica.

—Mitsue es un buen chico, es que hoy amaneció de malhumor.

Mitsue gruñó como un perro rabioso. *Síp*, bueno, Isabella no dudaba eso del *malhumor*. Le pareció como que era constante y le corría por las venas.

—No, señorita, yo siempre he sido así.

—No es cierto —murmuró Shizuka, sentándose.

Por la expresión que cubrió el rostro de Mitsue, como un velo impenetrable, Isabella intuyó que había algo, oculto. Ambos, de repente, se pusieron serios. No, tristes. Sobre todo Shizuka. Como si hubiera tenido un mal recuerdo, ella escondió la mirada y suspiró. «Son muy raros», pensó Isabella, reclinándose sobre la silla, mientras que Mitsue se acomodaba junto a su hermana, aunque ignorándola y viendo por la ventana. «Ella es agradable. En cambio él...». Isabella sonrió con los ojos puestos en Mitsue. Él tenía algo especial, pero tormentoso al mismo tiempo. ¿Qué sería?

El salón poco a poco se fue llenando se estudiantes. Después de un rato, ingresó una mujer madura, pequeña y delgada como un alfiler. Mitsue casi gimió cuando ella se colocó detrás del escritorio y cruzó las piernas. Oh, por piedad, que alguien acabara con su tormento.

Había pocas cosas que él realmente odiaba con todo su ser, una de ellas era la molesta clase de la señorita Takanashi. Mitsue no sabía bien las razones, pero siempre que ella abría la boca a él le entraban unas ganas horribles de ponerse de pie y abandonar el aula. Quizá fuera por su voz estridente o su absurdo sentido del humor o... porque no le gustaba la carrera que había elegido. Pero, fuera como fuese, su deber era mantenerse ahí, pegado a la maldita silla, soportando el infierno. Él había renunciado a su propia existencia años atrás, y no volvería sobre sus pasos. Si Shizuka quería ir a la luna, él la llevaría. Así que ahí estaba, estudiando la misma insufrible carrera, solo por ella; para cuidarla.

Mitsue recordó la pequeña discusión que tuvieron, antes de inscribirse. Ella le rogó que eligiera otra cosa, lo que más le gustara; pero nada fuera de las Artes Marciales lo hacía y no pensaba dedicarse a eso de forma profesional. Él no era nadie, no tenía nada y no quería nada para sí mismo, fuera de purgar sus propios pecados.

Porque él le hizo el peor de los males y lo repararía de un modo u otro. Además, Shizuka era tímida y bonita, eso la volvía un blanco de los abusivos. Ella no sabía defenderse y siempre que alguien la acorralaba se echaba a llorar. ¿Cómo pensaba sobrevivir sin él? Imposible. En un mundo cruel y violento como este, ella necesitaba ser protegida de los hombres como él..., por él.

La mano de Isabella, en su hombro, lo sobresaltó. «Mierda». Mitsue odiaba con cada parte de sí mismo que las personas lo tocaran, en especial por la espalda cuando era vulnerable. Solo Umeko, Satoshi y Shizuka poseían ese honor. Ninguno de ellos le haría daño, eran su familia. Pero el resto...

—Hey, grandote, muévete, que no veo nada.

Él rezongó un par de maldiciones.

—No.

—Mué-ve-te —repitió, utilizando el mismo tono que él, momentos atrás.

—Hubieras pensado en eso, antes de...

—¡Ay, por favor! —Isabella gimió—. No seas odioso.

Mitsue se giró, para verla. Isabella estaba enojada y tenía el entrecejo fruncido, viéndolo con odio. «Linda», pensó. Y lo era, mucho; sin embargo, jamás se fijaría en un hombre como él: sucio, usado, roto... Isy Jones era, por mucho, demasiado para alguien como Shiroyama Mitsue.

Y, con todo, él deseó que le sonriera como lo hizo con Shizuka.

—Qué molesta —dijo, sin embargo, y se pegó de la pared—. ¿Ya?

—Gracias.

La señorita Takanashi continuó dando la clase, pero Mitsue se trasladó en su mente a un mejor lugar. Shizuka siempre tomaba los apuntes y él era capaz de aprender cualquier cosa en solo unos minutos; así había sobrevivido durante los siete días que estuvieron secuestrados. Ese pensamiento le arrancó una sonrisa burlona. Sí, él era un jodido genio, por eso el bastardo no volvió a lastimar a su hermana: porque él aprendió cómo ser una buena esposa, en solo tres horas. Largas, intensas y llenas de dolor.

De nuevo, Isabella volvió a tocarlo. Mitsue utilizó toda su fuerza de voluntad para contenerse y no golpearle la mano... o una cosa peor.

—Lamento haber sido grosera —murmuró—. Pero estaba dormida y me despertaste así, ya sabes...

—Como digas.

Ella gimió.

—¿En serio? Yo trato de hacer las paces y tú... ¡Arg! ¿En serio? Hombre tenías que ser. Son todos unos imbéciles.

Mitsue se volvió hacia ella, otra vez, y entrecerró los ojos.

—Ah, eres lesbiana. Eso explica todo.

A Isabella se le subieron los colores a la cara.

—¡No! Yo soy muy heterosexual, para que lo sepas. No como tú, que tienes cara de...

—¿De qué?

Mitsue se inclinó más, hacia ella. Qué bueno que la profesora estuviera en su propio mundo y no los viera discutir; de lo contrario, ya habría comenzado a gritarles. «Anda, dilo», pensó con rabia. «De mujer, de marica. Todo menos un hombre». Isabella, en cambio, titubeó.

—Nada, déjalo. Eres un idiota, eso es todo.

Mitsue rió, con burla y en tono bajo.

—Por supuesto.

Tal vez ella no se atreviera a decírselo a la cara, pero seguro lo pensó. Todo el mundo lo hacía. Él era cualquier cosa, excepto un hombre. Ya no.

No desde aquella vez.

CAPÍTULO 2

Mitsue y Shizuka caminaron hacia las bancas de concreto sobre las que estaban sus amigos, compartiendo. Como de costumbre, él llevaba ambas bandejas de comida y la pequeña maleta de su hermana, junto con su propia mochila, sobre el hombro. Ella acostumbraba a reñirle por eso, sin embargo, Mitsue sentía que estaba en deuda, por lo que quería hacerle la vida menos complicada. Como si pudiera. Taiki lo llamaba el «Síndrome del Hermano Mayor», pero solo él conocía la verdad de sus emociones y por qué lo hacía.

Suspirando, trató de ignorar la intensa mirada de su hermana. Ella siempre lo veía de ese modo cuando buscaba la manera de dirigirse a él sin ser irrespetuosa o iniciar una discusión. Considerado de su parte, un gesto casi adorable, aunque innecesario. Mitsue sabía que terminaría cediendo, fuera lo que fuese, luego de unos minutos.

—Hasta aquí puedo oír los engranajes de su cerebro, trabajando —dijo—. Suéltelo ya.

Deteniéndose, ella se mordió el labio inferior, inclinó la cabeza hacia su izquierda y entrecerró los ojos. Mitsue creyó ver a la niña que conocía, a la tierna Shizuka del pasado. La misma que... «Basta ya». Tenía que dejar de pensar en ello, por el bien de los dos.

—Señorita...

Shizuka titubeó.

—Fuiste muy malo con la chica nueva, *nīsan*. No te hizo nada.

—Estaba en su asiento.

Ella bufó. Mitsue distinguió el reproche en sus ojos.

—Pero a mí ni siquiera me importa, además...

—A mí, sí.

—*Nīsan*, pero...

—Vamos.

Ignorándola, Mitsue reanudó el paso. Para él, el tema estaba zanjado. No pretendía continuar discutiéndolo. Aunque, si era sincero consigo mismo, no tenía idea de por qué fue tan descortés con Isabella. Al inicio había sido por lo del lugar, pero después..., cuando vio sus ojos..., tan solo se dejó llevar por una inexplicable emoción. Inmaduro e impulsivo, quizá; sin embargo, todo lo que deseó en ese instante fue molestarla, hasta que se le subieran los colores.

¿Por qué? No lo sabía. Aunque tenía que admitir que Isabella se veía realmente bonita cuando se enojaba.

Tal vez fuera masoquista, después de todo. Era el único hombre que conocía al que le atraía tanto ser odiado por una mujer extranjera y tan hermosa como una pintura renacentista.

Tomó asiento al lado su hermana y frente a Taiki, un chico de cabello castaño claro con reflejos de color *champagne*, que tenía un piercing en la ceja izquierda. Junto a él estaban Atsuko y Haruko, la prima de Taiki, quien llevaba el cabello teñido de rojo sangre. Del pequeño grupo, eran los que más resaltaban, debido a sus personalidades infantiles y, en el caso de Haruko, violentas.

Shizuka y su hermano estaban a gusto con ellos.

Mitsue tomó los palillos y se dispuso a comer, luego de haber dado gracias. Se detuvo cuando se percató de que Shizuka se encontraba viendo hacia el otro lado. Curioso, él la imitó. Mala idea. Se encontró de inmediato con el rostro entristecido de Isabella, quien se hallaba sola, sentada en lo más alejado del *campus*. Cosa bastante rara, dada su personalidad; pero por ser extranjera... Mitsue exhaló, tratando de ignorarla; no pudo, sobre todo cuando Shizuka se giró hacia él, con ese gesto suplicante en la cara.

Ah, no. Estaba loca si pensaba que... Pero iba a hacerlo, porque ella lo miraría de ese modo hasta que cediera, lo cual sucedía con frecuencia, para su humillación.

—No —dijo, sin embargo, con la esperanza de que ella renunciara a la idea—. Ni de joda. No la tolero.

«Mentiroso». Ella le atraía, de un modo peculiar.

—Por favor, Mitsue-*nīsan*.

Y Shizuka parpadeó, como una niña inocente, a la espera de un milagro. Demonios. ¿Por qué cuando se trataba de ella, él era tan débil? Oh, bueno, debía de ser porque era su hermana favorita.

Maldiciendo, Mitsue se puso de pie. Shizuka le sonrió con esa calidez característica, que le derretía el corazón; él la ignoró. O eso fingió hacer. Sin decir nada más, fue hacia donde estaba Isabella y se plantó delante de ella, con el ceño fruncido, aparentando un enojo que en realidad no sentía. La brisa sopló haciendo que el suave perfume que llevaba le inundara las fosas nasales. Eso lo calentó por dentro, era como un abrazo: amable, sutil... Uno de esos que él no permitía que nadie le diera y que, aun así, anhelaba con todas sus fuerzas.

«No seas patético».

Isabella levantó la cara. De inmediato, sus gestos se endurecieron. Eso fue como una patada en la entrepierna.

—¿Qué, también es de Shizuka?

Algo en una comisura del labio le tembló, pudo haberse convertido en una sonrisa si se lo hubiera permitido. No lo hizo. Cruzando los brazos sobre el pecho, Mitsue negó.

—No. Esta parte es tuya, si la *quieres*.

—¿Eso fue un chiste? —Isabella arqueó una ceja—. ¿Me estoy volviendo loca?

—Yo *nunca* bromeo.

—Ya... —Ella revolvió su yogur—. Entonces quítate, me tapas el sol.

—¿Cómo mierda puedo tapar el sol? No seas exagerada.

—La luz, lo que sea. Quí-ta-te.

Mitsue vio hacia arriba, hastiado. ¿En serio? Y luego él era el desagradable. Pero no podía quejarse al respecto, fue grosero con ella desde el inicio.

—La señorita *quiere* que te unas a nosotros, allá. —Señaló al pequeño grupo—. Así que...

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

Isabella casi jadeó.

—¿Quieres que me una?

—¿Honestamente?

Ella le dedicó una mirada, tan penetrante que él titubeó. ¿Qué diablos le pasaba?

—Por favor.

—No.

«Mentiroso. Cobarde de mierda». Claro que quería. Lo deseaba tanto que comenzaba a darle miedo.

—Gracias por la sinceridad. —Su voz sonó dolida—. Pero dile a tu hermana que rechazo la oferta, no quisiera molestar con mi odiosa presencia de *gaijin* ^[4].

Golpe bajo. Mitsue se sintió estúpido en ese instante. Más o menos, ¿cómo se le ocurrió decirle que no? De verdad. Ella estaba sola, más que cualquiera del grupo, y él sabía lo duro que podía llegar ser. Lo triste. Como

extranjera, estaba en la boca de todos, siendo tratada como un bicho raro. Exhaló de forma brusca y respondió:

—Eres dramática, ¿sabes? Claro que *quiero*. Ahora, deja esa actitud infantil y ven conmigo, ¿puedes?

Isabella parpadeó, confundida. Mitsue consideró que se veía incluso más hermosa de ese modo. Bien, siendo sincero, ¿habría una forma en la que no?

—Gracias.

Ella sonrió. No. Isabella Jones le sonrió *a él*. Eso fue todavía más extraño. Ella se echó hacia adelante y extendió la mano, él se quedó congelado por un instante, por la desesperada necesidad que tenía de sentir su piel sobre la propia. Sin embargo, recuperó la lucidez y retrocedió, haciendo que se tambaleara.

Perfecto. Isabella lo odiaría por eso.

Para su fortuna, ella no cayó; logró recuperar el equilibrio y se puso de pie. Luego, sin siquiera verlo a la cara, se fue hacia donde estaban Shizuka y sus amigos, relegándolo por completo.

«Idiota». Lo tuvo más claro que nunca.

Isabella no entendía la anormal actitud de Mitsue. Por un lado, él era encantador y sobreprotector con su hermana; pero por el otro era un completo engreído y odioso con ella, que la trataba como si fuera una leprosa. Sinceramente, ¿quién podía entenderlo? ¿Tan desagradable le parecía? Cosa bastante extraña, porque estaba acostumbrada a llamar la atención de los hombres. No obstante, Shiroyama Mitsue... Con una cansada exhalación, Isabella se lanzó junto a Shizuka, sin siquiera hacer una reverencia ni presentarse como era debido. A la mierda con las normas sociales, ella estaba harta de todo.

Odiaba esa frialdad característica de los japoneses. ¿Qué, tanto les costaba dar un apretón de manos o sonreír? Y qué decir de entablar una conversación normal. En lo que llevaba de día, tres muchachos salieron corriendo apenas los saludó, un par de chicas la ignoraron y el resto... ¿Para qué perdía el tiempo? Bastante tenía con su Adonis, *Idol del Visual Kei*^[5], que la volvía loca. En todos los sentidos. Ella no era conocida por ser tímida, por lo que de poder le habría dado un mordisco. Pero no, en lugar de eso todo lo que hacía con Mitsue era discutir, y por las pequeñeces más increíbles.

¿Un asiento? Por favor. Aunque lo peor fue cuando trató de apoyarse en él, para ponerse de pie, y la rechazó como si tuviera la peste.

«Imbécil». Eso era.

Isabella sintió el peso de una mirada sobre sí misma. Molesta, ella elevó la cabeza y se encontró con los ojos de Mitsue. «Hablando del rey de Roma...». De nuevo, él tenía el ceño fruncido con esa expresión de quiero-cortarte-en-pedacitos, que a ella le molestaba tanto. No obstante, quedó relegado cuando el sol le dio directo en la cara y sus ojos adquirieron un matiz más intenso y brillante. Oh, Jesucristo, como dorados, que lo miraban todo en su interior. Fascinantes. Isabella se vio forzada a desviar la mirada.

Él era por mucho un enigma envuelto en una contradicción y cubierto por una capa impenetrable de amargura.

—Ahora estás en mi lugar.

Isabella refunfuñó un par de vulgaridades en inglés, todas dirigidas a Mitsue y su madre. Él entrecerró los ojos.

—Sí, bueno, ella volvería a morirse si pudiera escucharte llamarla así. — Hizo una corta pausa, dándole una mirada desdeñosa—. Por otro lado, no me molesta en absoluto ser como un grano en tu *pequeño* culo.

Isabella abrió los ojos, de par en par. No podía ser. ¿También hablaba inglés? Que alguien la matara, por favor.

—¿Tú, cómo...?

—Padre nos obligó a tomar clases de inglés. El mío no es tan fluido, pero entendí la *mayoría* de lo que dijiste.

«Tierra, este es el momento en el que te abres y me tragas, ¿cierto?». Esperó unos segundos, no pasó. Instantes después, Isabella se percató de una cosa: él había dicho que su madre volvería a morirse. ¿En serio? ¿Tan mala suerte tenía? Avergonzada, se puso de pie e hizo una reverencia.

—Shiroyama-*san*^[6], lamento haber ofendido a tu madre; no sabía...

Él se encogió de hombros.

—Entonces, ¿ahora me respetas? Toma tu lástima y métela en...

—¡*Nīsan!* —Shizuka chilló—. Basta, ella no sabía lo de mamá.

Mitsue hizo caso omiso a su regaño, rodeo a Isabella y se sentó al otro lado de su hermana.

—Yo... —Estaba tan abochornada que no encontraba las palabras correctas para despedirse—, creo que...

Mitsue alargó el brazo pasándolo sobre Shizuka y tiró de Isabella, haciéndola caer de nuevo sobre la banca. Sorprendida, ella se giró para verlo; él se dedicó a comer en silencio. Y, bueno, ¿eso que había sido? Dejó de ser

importante cuando todos los ojos de posaron en ella., Ah, perfecto, se convertiría en el centro de atención..., justo cuando no lo quería.

«Dios, ¿acaso me odias?».

Fingiendo una sonrisa despreocupada, le dio una mordida a su emparedado de pechuga de pollo. Había iniciado una nueva dieta, por lo que no podía comer nada que no hubiera preparado ella o su madrastra. Como decían por ahí: para ser bella, tenía que ver estrellas. O el infierno, en su caso: con las depilaciones, el gimnasio, la horrible comida saludable... *Gah*, ¿por qué ser mujer era tan complicado? Casi imposible.

—Itō Atsuko, un placer. —La joven de cabello claro, con las puntas púrpuras, inclino la cabeza a modo de saludo.

Isabella correspondió. Antes de que pudiera responderle, Atsuko codeó a su amigo, quien estaba sorbiendo los fideos con vehemencia, ajeno al pequeño incidente.

—¡Atsu-*chan*! —se quejó, Luego vio a Isabella, con los ojos desorbitados—. ¿Y tú, quién eres?

—Pues, la estudiante nueva, idiota. —Atsuko bufó—. ¿Dónde estabas, en la luna?

Él rio, de forma escandalosa.

—Creo que me perdí esa parte. —Se limpió los labios con el brazo—. Watanabe Taiki; pero dime Taiki, ¿bueno?, odio eso de los formalismos.

«¡Al fin!».

Isabella sonrió.

—Isabella Jones —contestó—. Isy, si gus...

—*Señorita* Jones, para mí. —Mitsue se burló.

Isabella lo vio, con rabia. Y, ahora, ¿qué le había hecho?

—¿Siempre andas con síndrome premenstrual?

—Ni te imaginas —La pelirroja le extendió la mano, Isabella la tomó—. Watanabe Haruko.

Ella no era de su clase, habría recordado ese tono de rojo, indecente y aterrador. Era como si alguien hubiera sangrado sobre su cabeza durante días. Seguro cursaba otra carrera.

—¿Eres familia de Taiki?

Haruko asintió, con dramatismo, como si le doliera.

—Primos, para mi desgracia.

—Claro —Taiki se burló—, pero bien que corres a buscarme cuando me necesitas, ¿no?

Haruko movió la mano, restándole importancia.

—Para eso es la familia.

Taiki suspiró.

—Y ahora sí somos familia.

Un raro grupo, sin dudas; pero Isabella se sintió, por primera vez en días, como en su propia casa. Con disimulo, le dirigió una mirada a Mitsue. Él continuaba comiendo, en su propio mundo. En consecuencia, ella se dio la libertad de estudiarlo de una forma más profunda: tenía el cabello largo, pero lo llevaba recogido de un modo que lo hacía lucir más corto; de un negro tan vivo que parecían las alas de un cuervo. Suave, a simple vista. Aunque lo que más resaltaba en él eran las trenzas, que caían sobre su hombro, siendo sujetadas por cuentas de plata. Y los aretes...

Encantador.

Mitsue la sorprendió. Aun así Isabella solo fue capaz de continuar mirándolo, él era atractivo de un modo que le gustaba. Hubiera sido tan hermoso como una mujer, excepto por la forma de su mandíbula masculina y su torso. Él era... Y cuando le sonrió de medio lado, Isabella estuvo segura de que el corazón se le salió del pecho, para tomar su propio camino. Ruborizada por completo, y con la respiración agitada, ella se concentró en su emparedado.

Tenía que sacarlo de su cabeza, por su bien.

—¿Y alguno vio el capítulo de anoche de *The Game of Thrones*? —
Atsuko mordió su pastelillo de chocolate—. Estuvo alucinante, ¿no?

Haruko chilló, emocionada.

—¡Sí! ¿Viste esa escena en la que Cersei y Jaime...?

—¡Ah, sí! Fue tan..., increíble y sensual.

Mitsue soltó los palillos y les dio una mirada despectiva. Isabella se preguntó el porqué. Bueno, no era fanática de los libros ni de la serie, pero debía admitir que ambos tenían su atractivo.

—¿En serio? —Casi gruñó—. No entiendo qué le ven al incesto. Es *repugnante*.

Por el tono con el que lo dijo y el gesto que ensombreció la cara de Shizuka, Isabella intuyó que ellos tenían una historia oculta, una horrible. ¿Acaso se trataría de una relación incestuosa? Eso explicaría la obsesión de Mitsue. No obstante, la vergüenza en los ojos miel de su hermana le aclaró que no: era mucho peor.

Isabella se llenó de curiosidad.

—¡Ay, por favor! Es sexi, Mitsue. Es decir, que ellos...

Él alzó una delgada ceja.

—¿Ah, sí? —Soltó una risita socarrona—. Entonces, ¿qué tanto *te excita pensar en ti y tu padre, jodiendo?*

El rostro de Atsuko fue un poema. Ella pasó de la absoluta felicidad al asombro, luego la ira y, al final, la repugnancia.

—¡*Puaj*, no! Qué asco. ¡*Puaj, puaj!*

Mitsue curvó la comisura de su labio, tan arrogante como siempre.

—Perdón, ¿qué decías, señorita ver-jodiendo-a-los-gemelos-es-alucinante?

A Shizuka se le subieron los colores a la cara.

—¡*Nīsan*, basta!

Mitsue respiró profundo. Más que nunca, Isabella tuvo claro que ellos escondían algo espantoso, que estaba vinculado con lo que parecían odiar. El pensarlo le puso la piel de gallina.

—Lo lamento, señorita, no quise... —Exhaló—. Como sea, se nos hace tarde.

Taiki y Haruko rieron, aunque Atsuko continuó en *shock*. «Yo también lo estaría, de haber sido atacada por él», pensó Isabella poniéndose de pie. De repente se percató de algo: ninguno había comido, en realidad, salvo Taiki.

Se preguntó si sería de ese modo en adelante. Bueno, a ella no le molestaba, en absoluto.

CAPÍTULO 3

Isabella suspiró apoyando el codo sobre el mostrador y colocó la mejilla encima de la palma de la mano. Para ser sábado, ese era un día terriblemente aburrido. Ella había esperado que, como en Londres, la tienda estuviera llena; no era así. Con suerte su cliente número cinco se había ido hacia media hora, desde entonces nadie se volvió a acercar.

De reojo vio a Sumire, su madrastra, quien se esmeraba en hacer más atractivas las flores. Como si fuera posible. Ella tenía el don, se dijo, porque siempre conseguía que un simple ramo de rosas luciera como salido de una película de fantasía romántica o un cuento de hadas. Fuera de eso, era inteligente y amable, una esposa maravillosa que se llevó lejos la soledad de su padre.

Echaba por tierra el mito de la madrastra malvada que devoraba corazones.

Sumire era, por mucho, lo mejor que les sucedió a ambos.

Como si oyera sus pensamientos más íntimos, ella dejó lo que estaba haciendo y le dirigió una mirada cariñosa, que iba acompañada con la más radiante de las sonrisas. Isabella correspondió y regresó la vista al frente, a la espera de un nuevo visitante.

Pero nadie cruzó la puerta en los siguientes cinco minutos. ¿Acaso podría irles peor? No lo sabía, aunque rezó porque no iniciara una nevada sorpresa o los azotara un huracán. Y, hablando sobre desastres ecológicos..., ¿había huracanes en Japón? ¿Por qué nunca salía en las noticias extranjeras? No tenía idea; pero debía dejar de pensar en tonterías, si quería permanecer lúcida.

Resoplando, con tanta fuerza que sus labios se movieron causándole cosquillas, ella tomó su *smartphone* y se dedicó a navegar en *Internet*. Como de costumbre, no había nada bueno. El inicio de su cuenta de *Facebook* estaba casi desierto, Aoi^[7] no daba señales de vida en *Twitter* y Kamijo^[8] no hacía más que publicar fotos de su deliciosa y recién hecha comida casera. A ese paso, moriría de aburrimiento.

La campanilla, que anunciaba el ingreso de un nuevo posible cliente, sonó.

—¡Bienvenido a la floristería Aizen! —dijo, de forma automática.

Esperanzada, Isabella levantó la vista. Oh, Dios santo, ¿por qué, de todas las personas de Japón, tuvo que ser él? Por la expresión en el rostro de Mitsue, intuyó que se preguntaba lo mismo. Eso casi le saca una sonrisa. Casi. No fue de ese modo. En su lugar ella abrió la boca, asombrada, al fijarse en lo que él tenía puesto. Como si estuviera en una vieja película samurái o como si recién hubiera salido de una ceremonia importante, Mitsue llevaba un *Montsuki*^[9] completamente negro, con una *Haori*^[10] del mismo color, sobre el que estaba bien visible el emblema de su familia: un *tomoe*^[11] de cuatro comas, que encerraba una pequeña flor de loto blanca y de ocho pétalos^[12]. Algo realmente importante y de lo que, como florista, conocía el significado: perfección del espíritu y la mente.

Con razón era tan orgulloso.

¿Podía lucir más arrebatador? Isabella vio hacia abajo y descubrió la respuesta: incluso tenía puesto el maldito *Hakama*^[13]. Oh, cielos. Tratando de ignorarlo, elevó la vista. Mala idea. Mitsue llevaba el cabello recogido en una apretada cola de caballo y algunos mechones le caían sobre la cara y los hombros. Además de que no tenía los aretes. Encantador.

Ella quería un pedacito de eso. Una lamidita, pequeñita, nada más. O una mordida. Seguro que el muy bastardo no extrañaría un trocito de nalga, abdomen, lo-que-fuera.

Carraspeando e intentando ignorar sus emociones, le ofreció una sonrisa que..., para variar, no le correspondió.

«Maldito engreído». Era insoportable.

—Bienvenido a la floristería Aizen —repitió—, ¿en qué puedo ayudarlo?

Mitsue curvó una ceja, con esa arrogancia característica, mientras cruzaba los brazos sobre su pecho. Isabella se dispuso a insultarlo, pero antes de poder hacerlo, Shizuka entró. Al igual que su hermano, ella estaba realmente hermosa: con un kimono blanco, con algunos dragones bordados, y el cabello recogido. Parecía una princesa. Olvida a Mulan y a Kaguya-hime, Shizuka pateaba traseros.

¿Qué, todo el país estaba de fiesta mientras ella se aburría a muerte? No, ni de chiste.

—Isy —Shizuka ladeó la cabeza—, ¿trabajas aquí?

Ella asintió, despacio.

—Es de mis padres, los ayudo los fines de semana.

—Oh... —Shizuka se mordió el labio inferior, en un adorable gesto infantil—, ¿y dónde están?

Isabella se encogió de hombros. De momento, Mitsue estaba viéndola con interés, eso la puso nerviosa.

—Papá está de viaje y mamá... —La buscó con la mirada—. Podría jurar que estaba aquí, hace rato.

—Bueno...

Shizuka fue incapaz de continuar, pues Mitsue la interrumpió, con su habitual tono frío. El Ártico debía de estar orgulloso de este hombre; de ser una persona, claro que lo estaría.

—Necesitamos lirios blancos, algunos crisantemos y lilas —dijo—. Dos ramos.

Shizuka le dio una mirada cargada de pena a Isabella, quien suspiró. Luego de dos semanas ya estaba acostumbrándose a la desagradable forma de ser de Mitsue.

—Sí, *mi amo*. Como ordene, *mi amo*. —Lo vio, con indiferencia—. ¿En serio, te cuesta mucho decir «por favor» y «gracias»?

Bufó dándole la espalda. «Hombres», se dijo. Pero no lo entendía, de todos los que había conocido en sus dieciocho años de vida, él era el más complicado.

Mitsue la vio partir, sin pronunciar una palabra. Bueno, ¿qué iba a decirle? Siempre que la tenía frente a sí mismo no sabía cómo comportarse y terminaba iniciando una riña sin sentido. A ese paso, ella pensaría que estaba loco. O que era homosexual, por cómo la trataba. Ah, diablos, ¿qué tan idiota era? «No seas estúpido». Siendo sincero, ¿qué podía importarle a Isabella si a él le gustaban otros hombres o no? ¿Y qué si era un desquiciado sin ningún oficio? Seguramente nada, ella no daría una mierda por él. De eso estaba convencido.

Aun así...

Shizuka se volvió hacia él y lo vio con reproche. Su hermana podía ser tímida, callada y dulce; pero no estaba de acuerdo con su actitud distante. Tratando de ignorarla, él recorrió el lugar con la vista. Pequeño pero bonito: había varios arreglos florales sobre mesas de madera, algunas velas aromáticas y campanillas que sonaban suavemente con el soplo del viento.

En una esquina, arriba de un altar, estaba una escultura de Aizen Myō-ō ^[14], el hombre de piel rojiza oscura y terrorífica apariencia, parecía mirarlo con total desprecio. Mitsue sospechó que de ahí derivaba el nombre de la tienda.

Además de eso, olía bien, como era de esperarse.

Juntando los párpados, inhaló. Lo percibió de inmediato: la suave esencia que caracterizaba a Isabella. Increíble, ¿no?, que no se tratara de un perfume artificial, sino del aroma de las flores con las cuales trabajaba, entre las que convivía con su familia. Eso removió todo en su interior.

Siendo honesto, ¿qué le hacía sentir? No tenía idea, sin embargo, cuando ella se acercaba y lo miraba de ese modo tan particular, cada parte de su cuerpo cobraba vida y comenzaba a desear su contacto. Tan solo una caricia. Que se llevara el dolor con sus suaves manos y... Pero ¿realmente pensaba que un roce estúpido e insignificante lo calmaría cuando le arrebataron el corazón siendo un niño? En serio, ¿tan cretino era?

«Al parecer nuestro esposo nos dejó sin cerebro también, ¿verdad?, *Naori*». Odiaba con cada fibra de su ser ese nombre. De tener hijas, si las tenía claro, jamás llamaría a ninguna de ese modo. Nunca. «Y ahora pensamos en una familia». Sí, se estaba volviendo loco.

Isabella volvió momentos después. Ella tenía el cabello recogido en una coleta alta, que se agitaba como las olas del mar con cada paso que daba. Del mismo modo, llevaba puesta una franela sin mangas, con un ligero escote en forma de U, y una falda morada que le llegaba por encima de las rodillas; pero todo lo demás era cubierto por un delantal rosa pálido que hacía juego con su labial.

Mientras caminaba hacia ellos, Mitsue se perdió en el movimiento de sus caderas. Ella era..., ¿qué palabra la describiría? No la encontró. Pero cuando Isabella lo miró a los ojos, él sintió que todo su mundo se mecía.

Intentando ignorar el palpitar frenético de su propio corazón, alargó la mano, para tomar las flores. Pésima idea. En el instante en el que sus pieles se rozaron, sintió una especie de descarga eléctrica recorrerle la espalda. Y, más que nunca, anheló ser tocado por ella. Ser reparado por las suaves manos de la *Chica de las Flores*.

«¿Cuán triste y ridículo soy si algo así de superficial significa tanto para mí?». La verdad, no lo sabía. No obstante, debía de ser mucho, para anhelar el toque de una mujer que nunca querría estar a su lado. Porque, ¿quién en su sano juicio pretendería estar con alguien como él?

Usado. Humillado.

Roto.

Un hombre que..., como una burla cruel del destino, no se sentía como tal. Porque en el pasado alguien se había llevado toda su masculinidad, su valor, y lo dejó con ese inmenso vacío en el alma que nadie podía llenar. Lo sentía ahora, justo como en aquel tiempo. La atroz y dolorosa verdad que no podía cambiar, por mucho que se esforzara: no estaría completo de nuevo.

Nunca.

Furioso consigo mismo, se alejó de Isabella.

—Gracias. —Le costó más de lo pensado decirlo.

Isabella trató de no sentirse herida. No resultó. Mitsue le había soltado las manos como si tuviera una enfermedad contagiosa. ¿Por qué? Jesucristo, era consciente de que iniciaron con el pie izquierdo; pero estaba malditamente segura de que no hizo nada para provocarlo. Salvo sentarse en el lugar incorrecto, tal parecía. Incluso así, ¿qué tanto le costaba hacer las paces?

Con una sonrisa fingida, ella comenzó a facturar. «Ignóralo», se dijo.

No pudo.

«No lo hagas».

Tampoco fue capaz de contenerse por mucho más tiempo. Isabella levantó la cara y lo barrió con la mirada. Y un demonio, lo apuesto no disminuía que fuera un grosero insoportable. Solo con ella. El recordarlo le dolió.

—¿Sabes? No te entiendo. Sé que eres chico y ustedes, por lo general, no tienen cerebro; pero ¿qué te hice?

Mitsue parpadeó, confundido.

—¿Qué? —Él había esperado que ella no lo notara. Al parecer lo hizo.

Aún peor: terminó malinterpretándolo.

Isabella apretó las manos y respiró profundo.

—¿Qué, en serio? ¡No-me-jodas! —No pudo esconder el sufrimiento y la rabia en su voz—. Esto de por sí ya es difícil, ¿sabes? No es que te importe, ¡sé que te da igual! Una mierda, ¿no?, eso valemos todos para ti. —La voz se le quebró, de forma ligera—. Pero soy nueva por acá, apenas estuve un año, y eso fue hace mucho. No tengo un maldito amigo, no entiendo sus costumbres. Y tal parece que todo lo hago mal, porque huyen de mí como si tuviera la peste..., tal como haces tú. Y estoy muy sola, ¡maldita y horriblemente sola! Y...

Isabella se mordió el labio inferior, para no llorar.

—Yo... —Mitsue se sintió como la peor de las personas. Ella estaba herida, por su culpa—. Isabella, no...

Ella lo apuntó con su dedo acusador. Las lágrimas le cristalizaron los ojos, mas se negaban a salir.

—¡No te atrevas! Lo que menos necesito es tu puta lástima, ¿okay? Solo te pido que me expliques: ¿qué-te-hice?

Nada. Ambos lo sabían, aunque solo Mitsue tenía la respuesta.

—Lo lamento. —Su voz fue un murmullo.

Tanto Shizuka como Isabella se lo quedaron viendo, asombradas. ¿Shiroyama Mitsue, ofreciendo una disculpa? Y luego, ¿qué, aparecían los Jinetes del Apocalipsis? Isabella, creyendo que se trataba de una broma, vio hacia todas las direcciones posibles.

Mitsue frunció el ceño.

—¿Qué haces?

Ella colocó ambas manos en sus caderas.

—Pues espero el Juicio Final o que salgan las cámaras escondidas, cuando menos.

—¿Qué? —Shizuka ladeó la cabeza.

Isabella volvió a señalar a Mitsue.

—Se acaba de disculpar, es señal de Apocalipsis, ¿no?

Shizuka rio, cubriéndose los labios. En cambio, Mitsue, bufó.

—Eres complicada. —Y encantadora, pero eso no se lo diría—. Fui descortés, ¿puedes perdonarme?

Ella se mordió el dedo pulgar. Si, cómo no. ¿Así de simple? Nunca. Ahora lo que más deseaba era una compensación de su parte. Se lamió los labios, despacio, y esbozó una sonrisa coqueta.

—No.

¿No? Mitsue estuvo a punto de maldecir.

—¿Qué, quieres que me arrodille? —Cosa que no hacía desde que era niño, cuando lo violaban de la forma más horrible—. Ni en tus mejores fantasías.

Antipático, como de costumbre. Isabella reprimió un gemido.

—No. Mucho peor: tú, Mitsue cara-de-hielo, me llevarás a cenar.

«Mierda». Ambos pensaron lo mismo, aunque por razones opuestas.

Mitsue la vio con terror. Isabella, ¿quería cenar con él? ¿Y después de cómo la trató? Fue su turno de buscar cámaras y esperar un tsunami de

proporciones globales.

No sucedió.

En cambio ella continuó mirándolo, a la espera de una respuesta.

—Mañana, a las cinco, vengo por ti.

Isabella asintió, sin podérselo creer.

—¿Es una cita? —Porque si lo era, ella tenía que ir al salón de belleza en ese instante.

Mitsue titubeó. ¿Se trataba de una? Se giró hacia Shizuka. La sonrisa en la cara de su hermana le dio la respuesta: lo era. Y él no podía huir de eso. No quería.

—Sí..., es una cita.

CAPÍTULO 4

Mitsue casi jadeó frente al espejo. A su lado, Kim Eun-Hye, su compañera del club de Artes Marciales, sonrió satisfecha, entrecerrando sus pequeños ojos marrones.

—Y los anteojos, más o menos, ¿por qué?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, son lindos.

Por supuesto, porque ese era un maravilloso y muy convincente motivo, ¿verdad? Arrepentido de haberle pedido ayuda a la única mujer, después de Shizuka y Atsuko, que conocía lo suficiente como para atreverse a hacerlo, él se los retiró. En dos horas tenía que ir a la floristería, por Isabella, y aún no decidía qué ropa usar. No que le importara demasiado o fuera vanidoso; tan solo pretendía darle una buena impresión. Después de tantas discusiones sin sentido, que él inició, al menos una vez quería tener un momento de paz junto a ella.

Respirando profundo, Mitsue juntó los párpados. Ella se mostró sorprendida cuando él aceptó llevarla a cenar, pero ¿quién no? Cualquiera en su lugar habría creído que la rechazaría de la forma más descortés posible. Aunque no fue así. ¿Cómo hacerlo, cuando se trataba de ella? Porque Mitsue estaba seguro que si hubiera sido cualquier otra mujer, la habría mandado al demonio de inmediato. No obstante, con Isabella...

No, simplemente no podía.

Ella le gustaba. Eso resultaba evidente hasta para Shizuka, que por lo general no se metía en sus inexistentes problemas amorosos. Incluso peor, era tan notorio que no podía negárselo a sí mismo: ella le agradaba tanto como para atreverse a incluirla en su cerrado círculo de amigos. Tanto como para atreverse a confiar.

Irritado consigo mismo, abrió los ojos. No, de eso nada. Tan solo sería una maldita cena, disfrazada de cita. Luego de eso, ella estaría satisfecha y ambos se olvidarían del asunto.

Pero deseó que no fuera así.

Se recogió el cabello de forma descuidada y se peinó el flequillo que le cubría la parte izquierda la cara. Listo.

—¿En serio? —Eun-Hye hizo rodar los ojos—. Tienes una cita, ¡con una

mujer!, no puedes ir solo así.

Mitsue le dedicó una mirada apática. ¿Y eso qué mierda significaba? Hasta donde sabía, jamás le dio motivos para creer que, Dios se apiadara de su alma si lo hacía, él era *gay*.

—¿Y con quién más podría tenerla, un perro?

Eun-Hye no se percató de su error.

—Pues, qué sé yo. Todo este tiempo he creído que eres asexual, imagínate mi sorpresa cuando me llamas pidiendo ayuda. Tú, el señor no-necesito-de-nadie-soy-todopoderoso-mortales-idiotas. Aún más, cuando me dices que se trata de una mujer.

Mitsue se apretó el puente de la nariz, implorando paciencia. Para llamarse Eun-Hye, sin dudas, ella no era nada gentil.

—Bueno, es que...

Ella aplaudió.

—Ya, pero dime la verdad: ¿nunca has tenido una cita, con nadie? — Mitsue negó—. ¿Jamás?

No. Siempre que una mujer se interesaba en él, Mitsue ponía todo su empeño en alejarla. Claro que se sintió atraído por algunas, a lo largo de los años. Incluso Eun-Hye. Pero el miedo no le permitía acercarse. Siendo honesto, ¿cómo, si llevaba su pasado tatuado en la frente? A veces se sorprendía de que nadie se hubiera dado cuenta. ¿En serio no percibían lo que él era? Una puta usada. Sin ningún valor, más allá de su cuerpo, ese que estaba sucio y lleno de cicatrices que él mismo se hizo, para no ser deseado, nunca más. Porque ser deseado dolía como el infierno. Y ya no quería sufrir. Ese pensamiento, sumado a sus recuerdos, casi lo hacen ceder. ¿Qué tanto se enojaría Isabella si cancelaba su cita?

Eun-Hye movió la mano, frente a su cara, haciéndolo reaccionar.

—Te estoy hablando, Shiromitsu.

Mitsue bufó.

—No me digas así.

Eun-Hye lo ignoró por completo, lo usual.

—Te digo como yo quiera. Ahora, respóndeme.

—¿Qué cosa? —No había oído ni una palabra.

Eun-Hye se palmeó la frente.

—Que si nunca has besado.

Mitsue apretó los labios. ¿La verdad? Su experiencia se resumía en una cosa: tener que satisfacer a un enfermo de mierda, para proteger a Shizuka.

Por lo que..., sí, estaba malditamente seguro de haberlo hecho antes. ¿Con una mujer? Esa era otra historia.

Negó, de nuevo.

—¿Eres virgen? —Eun-Hye se lo quedó mirando, como si fuera un alienígena—... ¿En todos los sentidos?

«Daría lo que fuera por volver a serlo», pensó. Esas preguntas removieron las imágenes que todavía no enterraba del todo. Y en cada una él estaba de rodillas, siendo maltratado. Dominado. Utilizado.

«Esto es todo lo que eres, Naori: mía. Mi *mujer*». Las palabras resonaron dentro de su cabeza, atormentándolo. Aún ahora, él seguía sin saber quién demonios era Naori. Seguro otra pobre víctima, un alma pura que terminó manchada por el deseo de un enfermo bastardo. Tratando de no hacer caso a sus recuerdos, Mitsue fingió una media sonrisa; aunque por dentro el infierno estuviera quemándolo.

Él solo quería un momento de paz, donde los recuerdos no le destruyeran el alma.

Un día sin dolor.

—Sí. —Una completa mentira, ella no tenía por qué saberlo—. Nunca he besado, no me he acostado con nadie. Ni siquiera me masturbo. ¿Ya? Puedes reírte de mí.

En lugar de eso, Eun-Hye esbozó una sonrisa cálida. Y, ahora, ¿qué le sucedía? De por sí, ella era bastante anormal; pero en ese instante casi sintió... pánico.

—*Gaijin* afortunada. —Rio—. Olvida los anteojos. ¿Dónde está tu suéter gris, el que es ancho?

Mitsue parpadeó, confundido. ¿Esa era una señal, era ahí cuando se echaba a correr para salvarse del fin del mundo?

—Y tú, ¿cómo sabes que es extranjera?

La expresión en el rostro de Eun-Hye heló cada uno de sus huesos.

—Shiromitsu, vi cómo la mirabas el otro día, mientras comían con tu grupo. Es linda. Ahora..., ¿dónde está tu suéter?

Isabella se estiró un mechón de cabello y jugueteó con él, a la espera de Mitsue. Todavía faltaba más de media hora y ella estaba impaciente. Quizá fuera un poco tonto, hasta infantil; sin embargo, le emocionaba la idea de

tener una cita. No con cualquiera, sino *con él*.

«Eso, porque eres masoquista».

Para nada. Tan solo era curiosidad y el deseo de desquitarse, claro.

«Admítelo: *te gusta* el chico que te trata como a un pedazo de mierda».

Podía ser, pero un poquitito nada más. No demasiado.

«¿A quién engañas?».

A sí misma, por supuesto.

Isabella se frotó los párpados. Jesucristo, ¿qué estaba pasando con ella? Bien, Mitsue era atractivo y varonil; además de que tenía una voz ronca y profunda que erizaba cada parte de su cuerpo. Aun así, era un odioso del averno y esa no era una cita; solo una maldita cena, que ella le obligó a aceptar.

Un momento, no recordaba haberle forzado. ¿O sí? Estaba bastante segura de que ni siquiera insistió.

«No necesitabas hacerlo, tu mirada suplicante lo decía todo».

Podía ser, no obstante... Isabella chocó la frente contra el cristal del mostrador. Odiaba con todo su ser estar nerviosa. Le hacía comportarse como una enferma mental, recién salida del sanatorio. Aterrador.

«Conciencia, ¿tratas de asustarme?».

Francamente, ¿qué le sucedía?

«Trato de que entres en razón, antes de que sea demasiado tarde y termines enamorada de alguien a quien seguro le importas un pepino. No quiero que cometas el mismo error, ¿recuerdas?»

Por supuesto, lo hacía. La imagen golpeó su memoria, causándole dolor emocional. Fue tonta en el pasado, lo cual casi la llevó a acostarse con un imbécil que solo quería coleccionar sus bragas de *Hello Kitty*. Pero ya no era la misma del año anterior. Aunque continuaba siendo extrovertida, bromista y risueña; había madurado al extremo de volverse desconfiada con los hombres. Hasta que lo vio a él y toda su determinación se fue por el excusado. Entonces, ¿qué era diferente, en verdad? Nada, excepto que ya no se trataba de un rubio ardiente; sino de un japonés malhumorado que no la toleraba.

Eso tenía que contar, ¿cierto?

«No lo hace. *No te enamores*, Isy. Tú y yo sabemos que los hombres, menos papá, son todos unos idiotas que solo quieren sexo. Valemos más que una noche de pasión y el eterno olvido».

Sin embargo, ella no estaba enamorada de Mitsue. Él solo le atraía de un

modo escandaloso y que le avergonzaba. No había nada más, ningún sentimiento. Por otro lado, solo iban a pasarla bien o intentarlo al menos, quizá hacer las paces y ser amigos... o lo que fuera que Mitsue tuviera. Nada más. Trató de convencerse con esa idea.

Aunque le costó horrores hacerlo.

Cuando la campanilla de la puerta sonó, ella sintió que el corazón se le salía por la boca. Temerosa de levantar la mirada, se mantuvo con la frente unida a la vidriera. No quería verlo. Sí, era lo único que podía desear; pero a la vez se sentía tan ridícula, humillada por sí misma e infantil, que temía encontrarse con su mirada indiferente y que todo eso se multiplicara.

En el segundo en el que oyó un suspiro que exhibía la más grande de las molestias, lo único que pudo hacer fue implorar que la tierra se abriera para tragársela.

En definitiva, Dios la odiaba.

—¿Nos vamos?

Santa Virgen de las Rosas. Isabella se mordió la comisura del labio, en un gesto de profundo nerviosismo, y se preparó para darle la cara. ¿Qué demonios tenía, que incluso las prendas más simples lo hacían ver como salido de una revista de moda? Con un jean negro, ajustado y roto en las rodillas, un suéter blanco sin aberturas y otro de un tono gris plomo encima; apenas abotonado, él lucía... Increíble. Fuera de eso, llevaba una cinta ancha en la cabeza y el cabello suelto, hacia atrás con algunas hebras enmarcándole el rostro.

«¿Ves, conciencia? Uno, simplemente, no puede ignorar eso». *Todo eso.*

—*Eh...*—Parpadeó, para centrarse—, sí. ¿A dónde?

Mitsue movió un hombro, restándole importancia.

—Por ahí.

Isabella bufó. ¿En serio? No se había dado cuenta del hecho. Estúpida de ella, ¿cómo podía ser tan idiota? «Por ahí, ¡gah!». Por favor, eso era maravilloso. Debía de ser un lugar increíble, con vista al mar. Sí, porque *Por Ahí*, era la sucursal del cielo, y los mortales como ella no tenían permitido verlo todos los días. Realmente, ¿toda esa antipatía era natural? ¿Dolía tanto ser un poco más amable?

—Nooo me digas.

—Entonces, nooo preguntes. —Le costó más de lo esperado fingir naturalidad.

Ella se veía... ¿Por qué cuando se trataba de Isabella, siempre se quedaba

sin palabras? Ah, mierda, debía de ser porque ninguna la describía en su totalidad. El vestido de color rojizo, resaltaba sus curvas de una forma que no creería posible de no estarlo viendo. Peor aún, avivaba el color verde de sus ojos, haciéndolos incluso más llamativos y seductores. Fuera de eso, llevaba el cabello suelto sobre los hombros, aunque tenía recogida una parte con una cinta, y las puntas se ondulaban encima de sus abultados pechos.

Como si ella lo necesitase, más que nunca le pareció una princesa.

Le costó respirar, todavía más cuando Isabella inclinó la cabeza hacia un lado y se lo quedó mirando irritada, a la espera de una respuesta. Y aunque carraspeó, ni siquiera eso fue suficiente para distraer su atención del escote en forma de lágrima, que dejaba en evidencia la V de sus senos. Unos que, por cierto, tenían los pezones erguidos y apretados, sobresaliendo a través del suave tejido.

«Soy un maldito depravado». ¿Se suponía que debía sentirse de esa manera, con el corazón latiéndole como loco y la garganta seca? Hasta donde recordaba, no.

—¿Mitsue? —Isabella frunció el ceño—. ¿Qué tienes?

Él parpadeó, saliendo de su encanto.

—¿Qué?

Isabella extendió la mano, para palparle la frente, él retrocedió. Nadie, jamás, lo tocaba. Ella la retrajo de inmediato, triste.

—Perdón..., es que estás rojo. ¿Te sientes bien?

«No». A menos que estar bien implicara un cúmulo de sensaciones que comenzaban a marearlo.

—Sí. —¿Por qué solo sabía mentir, cuando estaba con ella?—. Vámonos. Hice reservaciones.

Isabella afirmó, despacio. Con él siempre sería igual, ¿cierto? Nunca le permitiría acercarse, ni siquiera como amigos. Y, bueno, ¿pretendía otra cosa? Nunca. «Tus bragas de *Hello Kitty*, ¿recuerdas?». No iba a olvidarlo.

No se dejaría engañar, por ningún hombre, de nuevo. Aunque algo le dijo que Mitsue no estaba interesado en ella de ese modo. Ni de ningún otro. ¿Sería *gay*? Eso lo explicaría.

Deseó que sí. Solo de esa forma lo vería como algo prohibido.

—Vamos.

Caminaron en silencio, uno junto al otro, evitando mirarse. De haber estado saliendo, eso habría sido justificado. Los amantes japoneses siempre tenían esa actitud tímida; pero ellos no eran nada, ni siquiera amigos, por lo

que resultaba más incómodo todavía.

Mitsue quería hablarle, sin embargo, no tenía idea de cómo acercarse a una mujer sin ser hiriente. Y ya no quería actuar de ese modo con Isabella. Estaba cansado. Por lo que giró la cara y le dedicó media sonrisa, sincera, sin un rastro de arrogancia. Ella le correspondió. En ese instante, el silencio se volvió acogedor. ¿Podría ser así por siempre? Mitsue lo tuvo claro apenas un par de hombres la miraron: no. Ella era demasiado para alguien como él. Siendo franco, ¿qué le hacía pensar que Isabella se fijaría en su insignificante humanidad? Todo lo que le quedaba era seguir fingiendo indiferencia y tratar de continuar hacia adelante, con el dolor que le carcomía el alma.

Pero él deseaba, con cada latido del corazón, que Isabella volteara a verlo, como a un hombre de verdad. Que lo hiciera sentir como uno.

Llegaron a un restaurante italiano, al que él iba con Shizuka para celebrar su propio cumpleaños. Apenas estuvieron en la puerta, Isabella se giró, para verlo con los ojos muy abiertos y un gesto de incredulidad.

—¿Es una broma? —No quiso sonar como una bruja cascarrabias, aunque lo hizo.

Mitsue arrugó el entrecejo. ¿Qué, no le gustaba? Maldita mierda. Perfecto, lo había arruinado.

—Yo...

Antes de que pudiera continuar, Isabella se lanzó sobre él y lo estrechó en un abrazo tan sincero que lo paralizó. Nadie fuera de su hermana hacía esas cosas, pero incluso ella se limitaba porque sabía lo mucho que él repudiaba el contacto físico. Y con todo, Mitsue no fue capaz de alejarla. Suspirando, cerró los ojos e inhaló su dulce aroma, disfrutando del toque suave que Isabella le ofrecía. Por primera vez en años él deseó permanecer así... para siempre.

Al percatarse de su error, Isabella se alejó avergonzada, esperando el habitual menosprecio de Mitsue. Nunca llegó. En su lugar, estaba sorprendido, viéndola como si... fuera una diosa. Y mientras él desviaba la mirada hacia sus propias manos, ella retrocedió avergonzada.

«¿Qué te pasa?». ¿La verdad? No tenía idea.

—Lo... lo lamento. Es que amo la comida italiana y... ya sabes...

Él asintió.

—No... —La voz le salió tan baja, que incluso le costó oírse, por lo que elevó el tono—. No te preocupes.

Ella lo había tocado. No, más que eso: Isabella lo abrazó un largo rato.

La sensación era tan extraordinaria que incluso le costó dar el primer paso hacia el restaurante. Sin embargo, no podía acostumbrarse a esos detalles porque no ella sabía quién o qué era él. Para ella, no era más que un hombre normal. Pero no podía estar más equivocada. No era nada de eso, no tenía valor. ¿Habría reaccionado igual de saber sobre su pasado? No por lo que le hicieron, sino por lo que él hizo: el dolor que le causó a Shizuka; las lágrimas que le obligó a derramar.

Y pensar que, para él, Isabella era la completa perfección. Una que jamás tendría en su vida.

¿Por qué se rendía incluso antes de intentarlo? Tal vez porque ese era su destino y nadie luchaba contra él... o al menos, nadie lo vencía.

Estaba condenado.

En la mesa, Isabella evitó verlo a los ojos. Estaba siendo ridícula; no obstante, junto a él se sentía tan diferente. Como si nada más importara, ansiosa por su atención. Incluso más, por descubrir el porqué de su actitud estoica y cruel.

«No te enamores, Isy. Braguitas de *Hello Kitty*, no lo olvides». Sin embargo, no estaba surtiendo el efecto deseado. En lugar de eso, ella alzó la cara y lo observó en silencio, mientras que él hablaba con el camarero. Al final, lo dejó escoger, para que la sorprendiera.

«Lo hiciste, ¿cierto?».

Mitsue fijó su intensa mirada en ella, haciéndola tragar con dificultad el poco de vino que había tomado. Y, por primera vez en lo que llevaba conociéndose, él le sonrió completa y verdaderamente. Sin un rastro del muchacho que conoció dos semanas atrás. Inclusive sus ojos y el resto de su rostro se iluminaron, confiriéndole un aspecto más inocente, casi... infantil.

«Oh, Jesús, ayúdame». Estaba perdida.

Y le aterraba que fuera de ese modo. Un año atrás, Nikita, quien juraba amarla, le había roto el corazón, tanto que le costó mucho recuperarse. Y ahora..., se había enamorado sola, de un hombre que jamás se fijaría en su existencia; porque para él no era más que una rubia tonta que no valía el aire que respiraba.

«*Game Over, Isy. Goodbye*».

El mesero dejó las órdenes frente a los dos. Sin pronunciar una palabra, ellos comenzaron a comer. De nuevo, se había vuelto incómodo, tanto que Mitsue comenzó a arrepentirse de haber aceptado su propuesta. Sobre todo porque ella le causaba una confusión terrible y despertaba cada parte de su

cuerpo, con una violencia que lo espantaba. Todo él parecía cobrar vida cuando Isabella lo veía, con esa sonrisa radiante en los labios, y ladeaba la cabeza; analizándolo. Justo como en ese instante.

Ella deslizó la lengua por sus labios, despacio, y Mitsue siguió el movimiento con la mirada.

Sin previo aviso, Isabella extendió el brazo y tomó un trozo de su lasaña. Mitsue reprimió una risa al percatarse del gesto de absoluta satisfacción que se dibujaba en su rostro. Fue como ver a una niña pequeña, suspirar por su comida favorita. Eso lo enterneció. ¿Cómo alguien tan altanero y vanidoso podía llegar a ser tan adorable y perfecto que incluso le derretía el corazón?

—Comes mucho para ser tan delgada, ¿no? —Las palabras brotaron por sí mismas.

Ah, genial. Ella seguro le daría un golpe bien merecido.

Isabella lo vio, molesta.

—¿Qué quieres decir? —Siseó a punto de atacarlo—. No soy de las que vomita, ¿bueno?

—No dije eso.

Isabella alzó ambas cejas, en señal de peligro.

—Pero lo implicaste.

Tal vez. Pero ¿quién no? En lo que llevaban de hora, ella había devorado una porción de pastel de cerezas, unos rollitos de canela; bebido dos copas de vino... Oh, eso sin contar que estaba por acabar su plato de pasta con mariscos y un horrible queso azul maloliente, que él no soportaba. ¿A dónde diablos se iba toda esa comida? Porque tan alta no era, ¿cuánto medía, un metro sesenta? Centímetros más, centímetros menos.

—Quizá.

Isabella clavó el tenedor en la pasta y se lo llevó a la boca. Ah, ¿qué mierda pasaba con él? Lo dicho: hombre tenía que ser. «Idiota». E insensible hasta la médula. «Cretino».

—Hoy es domingo, ¿cierto?, lo cual implica que mi puta dieta se reanuda mañana. —Bufó, retirándose el cabello de la frente—. No soy de las que vomita, en serio. Solo hago mucho ejercicio y todo lo demás.

Mitsue se mostró confundido.

—Si es tan terrible, ¿por qué lo haces?

Ella escondió la mirada de la suya, avergonzada.

—¿No es obvio? Para verme bien y... gustarles a los chicos.

Antes de que pudiera detenerse, Mitsue ya estaba hablando:

—No lo necesitas, eres linda de todos modos. —Se mordió el labio inferior mientras vacilaba, ¿sería el licor?—. Quiero decir...

Isabella se estrujó los ojos, incrédula. Y, bien, ¿era ahí cuando se desataba Satanás y destruía el mundo? Cielos, ¿Mitsue estaba haciéndole un cumplido, a ella? ¿En serio? «¿Me habré golpeado la cabeza?». Pero no le dolía, en absoluto.

—Bu-bueno..., gracias.

Él se encogió de hombros. Y ahí estaba de nuevo, la imperturbabilidad en su rostro. La máscara del Señor-Cara-de-Hielo. Y aun así, él se veía encantador, aun más porque sus mejillas estaban ligeramente coloreadas de un tono rosa que no vio antes en él. ¿Estaría borracho? Era la única explicación. Pero no podía ser, Mitsue todavía no terminaba la primera copa de vino.

Quizá la ebria era ella.

Sí, eso tenía que ser.

—Mitsue... —Aspiro profundamente antes de hablar otra vez—. Yo..., ¿yo te parezco linda?

El trago saliva. ¿Que si le parecía linda? Oh, no. Ella era lo más hermoso que había visto jamás. Tan llena de vida, brillante; inteligente. Isabella tenía una personalidad dulce y alegre; además de ser bella en el exterior, con esos ojos y cabello. Su cuerpo...

—Sí.

Estaba harto de negarlo, ¿qué más daba? No era como si algún día pudiera tenerla. No a ella. No lo merecía.

—Tú también, me...

Mitsue negó. «No lo hagas, por favor». Isabella no tenía una miserable idea de lo que dolía. Ser considerado atractivo, deseado por alguien que solo iba a romperlo un poco más. Ella tenía el poder de dejarlo convertido en polvo.

—Pero no estoy interesado en ti. —Titubeó. No deseaba herirla, pero tenía que hacerlo—. No esperes nada más.

Las lágrimas le pincharon la parte de atrás de los ojos. Isabella dejó de respirar, para que la desagradable sensación pasara. «Te lo dije, no debiste haberte hecho ilusiones». Cómo odiaba que su mente siempre tuviera la razón; esa parte racional de ella, que lo analizaba todo y se ocupaba de hacerle ver la verdad sin el filtro color rosa. ¿En serio creyó que él le diría algo como «me gustas, quiero salir contigo»? ¿Cuán estúpida podía ser, para

siquiera imaginarlo?

«En serio, Isy, ¿cuándo piensas aprender?». A lo mejor solo necesitaba ese golpe de la cruda realidad para hacerlo, ¿cierto?

«No llores». Vio su reloj y fingió estar alarmada.

—Ay, ¡mira la hora! Ya es tarde. Olvidé que papá regresaba hoy. —Le dedicó una sonrisa amable y tomó su bolso—. Gracias por la comida... —Su voz se quebró—. Disculpa aceptada, ya no estás en deuda conmigo, Mitsue cara-de-hielo.

«No delante de él. Vamos, sé fuerte». Se puso de pie. Antes de que pudiera dar un paso, Mitsue la detuvo tomándola de la mano.

Si tan solo la desesperación en sus ojos fuera real.

—Lo la...

Isabella se soltó. No quería oírlo, sería incluso peor.

—No te atrevas. —Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. *No* necesito tu lástima, chico.

Mitsue la vio partir, sin intentar retenerla. Ella lloraba, por su culpa. Sin embargo, estaba bien de ese modo, le había evitado algo peor: la humillación de ser correspondida por alguien sucio e indigno como él.

«Nadie volverá a quererte, Naori, *nadie* más que yo». Ese era el verdadero motivo: Mitsue creía las palabras que le gritaron una vez, cuando fueron liberados y tuvieron que testificar para que encerraran al cerdo que los destrozó.

A pesar de ello, anhelaba con cada pieza de su alma que alguien viera a través de la máscara y que lo amara. Alguien como la mujer que dejó ir como un cobarde.

No, no alguien parecido; sino ella.

—Isy...

CAPÍTULO 5

Se trataba de un sueño, aunque lo sabía no podía despertar, como de costumbre. A veces, durante esos episodios, se cuestionaba su propia cordura. ¿Quién en su sano juicio elegiría revivir sin descanso lo único que le causaba dolor? Solo él, era un hecho. Pero no estaba en sus manos y no poseía la fuerza necesaria para frenarlo; por lo que se dejó vencer y miró.

En una habitación oscura y mohosa, que apestaba a orina y sudor, dos niños lloraban abrazados uno del otro, golpeados y desnudos. Él los reconoció. Sobre todo, la desesperanza en los ojos miel de la pequeña que, con su otra mano, sostenía una mugrienta manta de color rosa.

En la esquina estaba sentado, en una silla de metal, un hombre de un metro sesenta. Su piel cenizosa y de un pálido amarillo brillaba por el sudor. Él fumaba un cigarrillo mientras veía las noticias en un viejo televisor en el que, como una burla cruel de la vida, estaban las fotografías del par de niños que secuestró días atrás.

Sin previo aviso, él volteó hacia la cama. Por instinto, Shizuka se acurrucó detrás del cuerpo de Mitsue, temblando de miedo; suplicándole sin decir una palabra que la salvara. Pero honestamente, ¿cómo? Era tan solo un niño, al igual que ella, con los mismos temores y horribles recuerdos.

—Naori.

Aunque la voz demandante logró estremecer cada uno de sus músculos, Mitsue no respondió. ¿Por qué lo llamaba como a una mujer? Aún peor, ¿por qué tenía que comportarse como una? Él era un chico, le gustaban las niñas. Él... La dura realidad lo golpeó: sería una mujer el resto de su vida, si nadie iba a salvarlos.

Entenderlo, ver su propio futuro, le revolvió el estómago.

«Quiero volver a casa». Pero ¿cómo vería a su familia de nuevo, sin sentirse sucio, roto y miserable? Traspasó la única línea que tenía prohibido violar. Claro que no fue su decisión, de haber tenido más opciones no lo habría hecho. Era eso o verla morir.

Anheló, más que nunca, que los hubiera matado. Ahora, ¿cómo vivirían con ese recuerdo? No podría volver a llamarla «hermana» sin sentirse culpable.

—Naori...

Levantó la cara y suspiró, sin verlo a los ojos. El secuestrador odiaba que lo hiciera, siempre que Mitsue lo olvidaba terminaba golpeado hasta que le era imposible ponerse de pie.

—Dígame, esposo. —Se ahogó al pronunciar la última palabra.

¿Era así como debía ser? ¿Él, un niño, la esposa de un adulto repugnante? Se rehusaba. Pero al final era todo lo que le quedaba. Eso era y nadie podría cambiarlo. El asco por sí mismo lo llenó como una ola furiosa. «¿Quién soy? ¿Qué soy yo?». Ya no tenía la respuesta.

El hombre le mostró una retorcida sonrisa, que dejó en evidencia sus dientes manchados por el café y la nicotina, y se palmeó los muslos.

«No de nuevo». Pero sucedería, las veces que él lo quisiera, porque no había nadie capaz de frenarlo.

—Aún... —Contuvo un sollozo, siempre era peor cuando lloraba—... aún me duele.

El hombre se encogió de hombros, mirando a Shizuka.

—¿Prefirieres que se lo haga a la chica, entonces?

Mitsue palideció. No podía ser tan cruel, ¿o sí? El gesto lascivo de su captor le dio la respuesta. «Mitsue, después de mí, eres el hombre de la casa. Es tu deber cuidar de tus hermanitas, ¿entendido? Siempre, de lo que sea, protégelas». La voz de Satoshi resonó dentro de su cabeza, proporcionándole la fuerza que necesitaba. Por ella, una vez más, para evitarle dolor. Aunque su cuerpo estuviera a punto de colapsar. De todos modos, se lo debía, después de...

—No, esposo..., yo todavía puedo.

Se puso de pie y, como un condenado que avanza por el Corredor de la Muerte, caminó para ser destrozado un poco más, de forma irremediable y para siempre.

Mitsue abrió los ojos de súbito, con el corazón palpitándole tan fuerte que lo sintió en la garganta. Vio hacia la derecha y se encontró con el reloj; al menos ya había amanecido. No tendría que pasar la noche dando vueltas en la cama, como sucedía cuando las pesadillas regresaban para volverle loco.

Apretando los labios soltó el aire por la nariz, preguntándose qué estaba tan mal con él como para no ser capaz de olvidar al menos por un segundo. Shizuka lo hacía la mayoría de las veces, en especial cuando la rodeaban sus amigos. A él, sin embargo, no le era posible. Mientras más personas hubiera, menos control sobre sus emociones y miedos tenía.

Era como si su cerebro le obligase a recordar cada vergonzoso y cruel

detalle. La más mínima frase lo devolvía a esa terrible época, por inocente e insignificante que fuera. Un chiste o una palabra de doble sentido, un halago, una caricia... A veces no se trataba de nada más que un olor o un sonido breve, y todo aquello venía de regreso con una claridad que lo dejaba una vez más deshecho y dolorido como si acabase de ocurrirle.

Tal como en ese minuto.

«*Jodido*, literalmente. En todo los sentidos», pensó. Porque no le violaron solo el cuerpo, sino también el alma. Lo quebraron al extremo de convertirlo en una persona frágil, que fingía ser fuerte. «¿Qué puede ser más triste que eso?». Tal vez las lágrimas que Isabella derramó por él. El dolor y la decepción en sus ojos verdes golpearon a Mitsue en lo más profundo. Ah, mierda, ¿cómo se atrevió a ser tan cruel con un espíritu dulce?

Isabella podía ser un torbellino la mayoría de las veces; sin embargo, en el poco tiempo que compartieron Mitsue logró descubrir esa parte de ella que la convertía en un tesoro: un corazón cálido y acogedor que deseaba amar. Pero ¿a él? No, ni de chiste. Una mujer como esa se merecía a un hombre, *uno de verdad*.

En todos los sentidos, lo *habían* roto, en millones de pequeñas piezas.

«Fue lo mejor, lo sabes». De serlo, ¿por qué se sentía tan mal? Antes no le importó lastimar a nadie, con tal de mantenerse a salvo. Ahora, no obstante, lo hería a él de un modo incomprensible. ¿Qué le había hecho Isabella Jones?, ¿por qué a él y en tan poco tiempo? ¿Realmente importaba? Fuera como fuese, y por mucho que lo deseara, no podía permitirle acercarse. A ella ni a nadie.

Se puso de pie y caminó hacia el tocador, dispuesto a asearse, para darle la bienvenida a su nuevo y maravilloso día.

Isabella titubeó antes de dirigirse a la mesa que usualmente compartía el pequeño grupo que la acogió como uno de ellos. Era extraño, de un modo aterrador y doloroso, tener a Mitsue tan cerca luego de que la tratara como a una ninfomaniaca, sola y desesperada, que solo iba detrás de su invaluable cuerpo.

Mientras caminaba, la cruel realidad golpeteó contra su cabeza, siendo acompañada por las palabras que le dijo en el restaurante: «No esperes nada más»; lo cual se traducía perfectamente en algo como «eres poca cosa para

mí». Y tal parecía que ni siquiera era digna de besar el suelo que él pisaba. Nadie nunca fue tan grosero con ella, a excepción de Nikita; pero incluso él fingió estar interesado..., al menos hasta que descubrió sus intenciones.

Se mordió el labio inferior, avergonzada consigo misma. La verdad, ¿qué mierda estaba haciendo? En oportunidades no se entendía. Suspirando, giró sobre sus pies dispuesta a marcharse. El grito de Atsuko la hizo detenerse. Volviéndose hacia ellos, Isabella fingió una sonrisa y continuó hasta el lugar que solía ocupar junto a Shizuka. Evitó por todos los medios levantar el rostro para no tener que encontrarse con la mirada burlona de Mitsue.

Pero le estaba costando tanto.

«¿Ves que sí eres masoquista? No te entiendo, podrías tener al chico que quisieras, babeando a tus pies; y en lugar de eso tú...».

Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya se encontraba viéndolo, por encima del hombro de Shizuka. Perdido en su propio mundo, como de costumbre, el jugueteaba con el almuerzo. Por algún motivo, que ella no vislumbró, Mitsue lucía triste. No, lo estaba. Lo supo en cuanto suspiró levantando la vista y sus ojos se encontraron. Isabella no se dio cuenta antes, pero él parecía un anciano, que llevaba el peso del mundo sobre sus hombros. Quizá no en apariencia, pero había algo en sus ojos que lo hacía verse de esa forma. Y cuando Mitsue desvió la mirada, casi con temor, Isabella ya no encontró el usual odio e descaro en él, sino impotencia y desconsuelo.

«¿Qué es esto?». Ella no pudo evitar preguntarse qué escondía detrás de esa máscara de total arrogancia. ¿Por qué esforzarse en alejar a los demás, cuando era tan claro que odiaba estar solo? Porque eso le transmitía su expresión de completo abatimiento y la manera que miraba en ese instante a sus amigos. Él suplicaba en silencio por algo, ella no entendía qué. Santo Dios, ese chico era todo un misterio. Él y su hermana. Y ella dejaría de llamarse Isabella Jones, si no descubría qué se guardaban con tanto celo.

«Isy, ¡no-lo-hagas!».

Se mordió el labio inferior, debatiéndose. Y, bueno, ¿qué era lo peor que podría pasar? ¿Qué le dijera alguna grosería? Ya nada de lo que él pudiera o no decirle le afectaba. Desde luego, no desde su horrible intento de cita, en el que la trató como a un pedazo de mierda. El recuerdo picó duro en su interior, cuando pensó en ello y se vio a sí misma llorando como la más grande de las idiotas.

Eso casi le hace desistir.

«No, detente. ¡Basta, deja de comportarte como una estúpida!».

Isabella puso toda su fuerza de voluntad para resistirse a los impulsos suicidas que tenía; pero esta se desvaneció al instante. Sin pensarlo dos veces, metió la mano en la bandeja de Mitsue y tomó el trozo de cerdo que él estaba por comer; se lo metió a la boca y tragó casi sin masticar.

«Es aquí cuando me asesinas, ¿verdad?», se burló en su interior.

Mitsue la vio confundido, Isabella se limitó a sonreírle como siempre. ¿Por qué ella hacía algo como eso? No el tomar su comida, claro; se la daría sin problemas. Pero lo demás..., ¿acaso soñaba? Estaba seguro de que no, porque él jamás lo hacía con nada bonito; solo pesadillas.

—¿Qué, Mitsue cara-de-hielo, quieres que te lo devuelva? —Algo imposible, ya que estaba en su estómago ahora.

Él parpadeó, sin creérselo del todo. ¿No lo odiaba? Tres días atrás, casi pudo jurar que sí.

—No... —Su voz fue apenas un murmullo. Carraspeó e intentó simular naturalidad—. Toma lo que quieras.

«*Okay*, esto es espeluznante». Isabella frunció ligeramente el ceño. ¿Se estaba burlando de ella? De ser así, podía declararse hombre muerto. «Entonces, ¿ahora sí se desata el Apocalipsis?».

—*Eh...*, ¿gracias?

Atsuko los vio de forma aleatoria. Ella, llevándose un dedo a los labios, esbozó una sonrisa pedante, de esas que utilizaba solo para fastidiar a sus amigos.

—¿Qué ocurre con ustedes? Actúan como si estuvieran enamorados.

Las mejillas de Isabella se tiñeron de un intenso color rojo.

—¡Q-qué! Nosotros no estamos...

Las palabras murieron en sus labios en ese mismo instante. Oh, ¿en serio lo negaría? Le dirigió una mirada discreta a Mitsue. Él se mantuvo con su expresión estoica de siempre. Ahí estaba su respuesta: solo ella se sentía de ese modo. Patético. ¿Cuán bajo pensaba caer?

—Y si así fuera, ¿a ti qué? —Mitsue cruzó los dedos debajo de su mentón y entrecerró los ojos—. ¿Tanto te gusta Isabella, que no puedes esconder tu enfado?

Mitsue ni siquiera sabía por qué estaba diciendo todas esas cosas; pero le restó importancia cuando Isabella le dio una sonrisa tímida e infantil. Él se ofrecería para ser violado, las veces que fueran necesarias, porque Shizuka continuara siendo feliz; pero por Isabella entregaría la vida. Qué extraño, se

dijo, que ella fuera la segunda persona capaz de despertar su instinto sobreprotector. Y por otro roce de sus manos, él vendería su alma al demonio.

«No seas estúpido. ¿Desde cuándo te convertiste un marica sentimental?». La realidad lo golpeó con violencia. Aunque hiciera todas esas cosas, ella jamás podría corresponder a los tristes sentimientos que despertaba en él. «¿Crees que ella si quiera se dignaría a darte una mirada, por lástima, si se enterara?». El pensamiento agujoneó en lo más profundo; pero era verdad: Isabella nunca se rebajaría para estar con alguien tan repugnante como él lo era.

—¿Qué? —La repulsión se dibujó en el rostro de Atsuko—. No, ¡qué asco! Eres tan...

—Ya, *Atsu-chan* —dijo Taiki—, él solo estaba bromeando. —Esbozó una sonrisa juguetona—. Oye, *Isy-chan*, ¿qué es eso de Mitsue cara-de-hielo?

Isabella se encogió de hombros. Estaba sorprendida por las palabras de Mitsue; pero en vista de que él no aclaró nada, decidió no darle importancia. Bastante tenía con sentirse patética, por haberse enamorado sola de alguien que no volteaba a ni a verla.

—Es que tiene cara de témpano: no ríe, no llora, no... *nada*.

Taiki se echó a reír, al igual que Atsuko. Sin embargo, Shizuka escondió la mirada, entristecida. Isabella se percató de inmediato. Había tocado un tema sensible.

—¿Ves? —Taiki lo señaló—, te lo dije cuando nos conocimos: tienes cara de *témpano*.

Él bufó, dispuesto a responder, Atsuko fue más rápida.

—Volviendo al tema, entonces, ¿están enamorados?

—Bueno. —Isabella buscó las palabras correctas, para negar su humillante realidad—. Es q...

Mitsue la interrumpió con la misma indiferencia de siempre.

—No. —Una mentira que nadie iba a descubrir—. No creo en esa mierda del amor y, definitivamente, ella *no* me gusta.

Doloroso. Isabella se llevó el cabello detrás de la oreja y le dio un sorbo a su té helado. No dejaría que esa actitud cruel le afectara. Ya había sobrevivido a un corazón roto, a ser parte de una apuesta por la «virginidad de la rubia tonta». Un hecho comprobado: era capaz de resistir cualquier cosa, incluso el desprecio inmerecido del chico que le gustaba. Estaría bien pronto, como de costumbre, y se olvidaría de Mitsue.

Él no valía el esfuerzo.

Solo se trataba de un chico atractivo y arrogante, con un par de ojos bellísimos. No había nada bueno en él ni tampoco doloroso. Tan solo la frialdad de alguien que en efecto no sabía lo que era el amor. Que no creía en él.

Ella no necesitaba personas de esas en su vida.

Rio entre dientes, con naturalidad, como si no le doliera el ser tratada peor que un animal. No lloraría. No por él.

—No te hagas ilusiones, chico, *jamás* me fijaría en alguien como tú. — Se lamió los labios, despacio—. Me importas una mierda y estoy malditamente segura de que tampoco me gustas. Eres *insignificante*.

Ahí estaba la cruda verdad: él no era nadie y no merecía nada bueno. Incluso Isabella lo pensaba. ¿Cómo fue tan tonto para imaginar que tal vez podría...? Contuvo las ganas de echarse a reír, para no llorar. «Nadie volverá a quererte, Naori, nadie más que yo». Sí, su querido esposo estaba en lo cierto: se encargó de convertirse en un pedazo de mierda sin valor.

Él sería capaz de entregarse a sí mismo por las personas que amaba; pero ¿quién demonios daba algo por él?

«Cuando te veas al espejo recordarás que eres mía, Naori, que *nadie* más que yo te ama. Que me perteneces. Voy a estar en tus sueños, cuidándote». Oh, sí, claro que lo había hecho. Cada maldito día, atormentándolo como ese recuerdo que lo quemaba en su interior.

«Porque nadie quiere a las putas usadas, como tú. Así que no lo olvides: nadie te querrá, una vez que descubran lo que eres, Naori: mi perra. Mía. *Mi mujer*. ¡Mía, mía, mía!». ¿Qué tan cierto era?

Por un instante, era un niño de once años otra vez: violado y torturado sin piedad. Humillado y confundido. Tan lleno de miedo que le costaba contener su propia orina cuando la hora de ser utilizado como un juguete llegaba. Cansado de vivir, asqueado de sí mismo. Quebrado en millones de fragmentos que aún no se unían.

Sucio.

Un pútrido trozo de mierda, inferior a todos los demás.

Condenado al infierno, en todos los sentidos.

—Créeme, Jones, *lo sé* —respondió poniéndose de pie.

Sin sentirse digno de levantar la cara, se fue sin rumbo. Al demonio las clases, lo único que deseaba era estar solo y pensar.

—¡*Nīsan!* —La desesperación en la voz de Shizuka fue evidente para

todos.

Isabella supo que se excedió en el instante que vio la desolación en los ojos de Mitsue. Ese sufrimiento, ¿sería real? Ah, mierda, quiso darse de cabezazos contra la mesa. En lugar de eso, se levantó y corrió detrás de él.

CAPÍTULO 6

«¿Ves lo que haces? ¡Demonios, eres *tan* tonta! ¿Cómo se te ocurrió decirle algo así? Es que..., ¡eres imposible! ¿Viste sus ojos? ¡Dios!».

Isabella dobló en el pasillo y continuó corriendo a toda velocidad. Llevaba quince minutos buscándolo y él no daba señales de vida. Santo cielo, ¿qué tenía ese chico en los pies, cohetes? Aunque, en vista de que no aparecía, lo más probable era que se lo hubiese tragado la tierra.

«Pero se lo merecía. Ha sido un cretino con nosotras desde el inicio. Y nuestros sentimientos, ¿qué, no importan?». Claro que sí, pero eso no le daba el derecho de ir ofendiendo personas, como si nada. En la vida existían ciertos límites, los cuales había violado.

Mientras corría, Isabella tropezó con un par de estudiantes y cayó sentada en el suelo. Antes de que pudiera ponerse de pie, uno de ellos la sujetó del brazo y le ayudó a levantarse. Agradecida, colocó las manos sobre sus muslos y se inclinó hacia el frente, en una reverencia. Después continuó con su búsqueda. Diablos, ¿por qué era tan difícil dar con él? Estuvo segura de que jugando a las escondidas Mitsue era un jodido genio.

Bueno, además de su frecuente actitud de no-me-llevo-bien-con-otros, no-me-junto-con-la-chusma, no-eres-digno-de-mí-asqueroso-pedazo-de-mierda... Tal parecía que tenía la rara habilidad de volverse uno con el entorno, porque no podía encontrarlo. No había explicación.

«Y de todos modos, ¿por qué lo buscamos? No se lo merece». Isabella se detuvo para tomar aire, frente a la puerta del gimnasio del club de Artes Marciales. «Conciencia, ¡cállate de una vez!». Dispuesta a irse, cogió una última bocanada, pero se paralizó al oír los intensos gemidos que provenían del lugar. Los de un hombre. «Ay, cielos. ¡Dios, Dios!». Eran similares a los del sexo.

Abochornada, giró sobre sus pies. Alguien soltó un par de maldiciones, con tanta ira y dolor, que se quedó helada en su lugar. Reconoció la voz de inmediato: Mitsue. ¿Qué demonios estaba haciendo, dándose placer o asesinando a una persona? Lo que fuera, ella no quería descubrirlo.

«No-lo-hagas. Va a arrancarnos la cabeza de un mordisco, lo sabes».

Antes de que pudiera detenerse, ya estaba abriendo la puerta. La visión que tuvo de él le cortó la respiración: sin camisa y con el cabello

completamente suelto sobre los hombros; Mitsue estaba golpeando un oponente imaginario, con movimientos suaves y calculados. Casi circulares. Aunque estaba sudado, él continuaba viéndose atractivo, de un modo sutil.

Ya no parecía una fiera herida ni un demonio cruel dispuesto a comerse el corazón de un recién nacido; sino... Él giró y en el momento en el que la vio, su rostro volvió a endurecerse.

«Adiós, hermoso ángel; ¡hoooola Satanás!».

—¿Qué quieres? —preguntó, volviendo a girarse, para que no viera su tatuaje.

Mitsue rezó porque no lo hubiera hecho.

Fue por su camisa, se limpió el sudor con ella y se la colocó de inmediato. Lo que menos deseaba era estar encerrado con Isabella y que admirara su vulnerabilidad. Estaba harto de exponerse a sí mismo de una manera tan ridícula e infantil.

—Solo hablar. —Suspiró, buscando las palabras correctas—. Mira, de verdad lo lamento. No quise...

Mitsue arqueó una ceja.

—¿No?

Isabella empujó toda su fuerza de voluntad para no gritarle. ¿Por qué tenía que ser un completo idiota cuando se trataba de ella? Estaba hastiada de esa actitud, de sus ofensas. No le gustaba, genial, eso no era lo importante; sino el hecho de que le tratara como a una enferma de lepra. Francamente, ¿tanto le costaba ser un poco más amable?

—¡Bueno sí! —Vio hacia el lado contrario—. Pero tú tampoco has sido amable conmigo.

—Me imagino que debe de ser terrible, ¿cierto? —Mitsue la barrió con la mirada—. Pero dime la verdad, Jones, ¿qué mierda quieres de mí?

«¿En serio, chico?». ¿Qué tan ciego podía ser? Exasperada, ella soltó un grito agudo pero bajo, a la vez que apretaba las manos en forma de puños.

—¿Honestamente? —Él asintió, viéndola con esa intensidad que la derretía—. No lo sé. Bueno, sí... No... Sí... Es decir, no del todo. Quizá un poco; pero tal vez... —Casi jadeó—. No, no lo sé.

Mitsue frunció el ceño, confundido. Ah, mierda, ¿qué era todo eso? A ese paso, ella terminaría por volverle loco. Pero la verdad eran aquellos detalles los que le gustaban. Él estaba acostumbrado a la timidez de Shizuka y a la madurez de Umeko; a la explosividad violenta de Atsuko y a la actitud relajada de Eun-Hye; sin embargo, Isabella era todo eso junto. Todavía

mejor: era como el sol del verano y el perfume de la primavera. Y cuando sonreía, él lograba olvidar todo su dolor, casi podía sentirse... humano de nuevo. Feliz.

Isabella Jones era un huracán andante y, con todo, ella lograba calmar su corazón de una forma tan increíble que lo asustaba.

—¿Debería buscar un intérprete que hable idioma «histórico» o traerte una libreta, para que me hagas un esquema detallado de tus emociones? No quiero quedarme atrás mientras cambias de opinión, ¿sabes?, es molesto.

Isabella sonrió, avergonzada, devolviendo un mechón de su dorada cabellera detrás de la oreja.

—Es que tú... me confundes mucho. —Y se quedaba corta.

—Bienvenida a mi mundo.

Isabella avanzó hacia él, hasta quedar frente a frente. Tragando su propia saliva con dificultad, ella tomó la decisión de reformular la pregunta que tanta tristeza le causó en el restaurante. Sin importar las consecuencias o lo mucho que le doliera, ella lo intentaría una vez más. La última. Y si el resultado no era mejor, tan solo se rendiría. En todos los sentidos. No trataría de ser su amiga ni siquiera.

También tenía dignidad.

—Yo..., ¿te parezco bonita? —Y por bonita se refería a lo suficiente como para gustarle.

Mitsue apretó los labios, un segundo, botando el aire por la nariz.

—Sí, Jones, me *gustas*. ¿Es lo querías oír?

«¡Cielos, sí!». Isabella se esforzó para disimular la euforia.

—Lo... —Titubeó—. ¿Lo dices en serio?

Él vio hacia arriba, molesto, y bufó.

—No, Jones, soy un cabrón de mierda. Voy por ahí diciéndole a todas las rubias bonitas que ellas me gustan, ¿ya?

Isabella parpadeó, confundida por su humor sarcástico. Y bueno, ¿era ahí cuando se despertaba de su coma, sin piernas, en un hospital? «Dios, ¿acaso juegas conmigo?». Eso parecía y ella ya no tenía una miserable idea de qué hacer. ¿Se echaba a reír o a llorar?, ¿le respondía con el mismo tono o guardaba silencio? Mitsue era tan complicado que empezaba a intimidarla. Cosa que nadie logró antes.

—*Eh...*, ¿qué?

Mitsue deslizó la lengua a lo largo de sus labios, despacio.

—Tú-me-gustas. Mucho. —Más que eso, ella lo volvía loco.

Pero sabía que no podían estar juntos. Aunque fuera recíproco, él no estaba preparado para iniciar una relación, con Isabella ni con nadie, porque estaba demasiado roto como para eso. Lleno de miedos tan intensos y profundos, que solían sorprenderlo incluso mientras estaba despierto. ¿Qué haría si, suponiendo que funcionara, ella le pedía dar un paso más? No podía ni siquiera concebir la idea de avanzar con una mujer, en ningún aspecto. Le atemorizaba ser visto desnudo, dejar en evidencia las cicatrices que él mismo se causó y...

Entonces, Isabella se colocó frente a él, eliminando cualquier vía de escape, y le obsequió una de esas sonrisas que mecían todo su mundo. Como el sol del medio día: radiante, hermosa. Antes de que él se percatara de sus intenciones, Isabella le colocó una mano sobre la mejilla, con tanta ternura que lo conmovió. Cerrando los ojos, Mitsue disfrutó el calor de su tacto y la cubrió con su propia mano. Fuera de Shizuka, nadie lo había tocado de ese modo desde que su madre estaba viva.

Él no lo permitía nunca porque en su mente todo lo que las caricias significaban era dolor. Ser abusado sin descanso. No quería padecer algo como eso de nuevo. Pero Isabella no estaba tocándolo con lascivia ni tratando de forzarlo a nada. Ella tan solo estaba de pie, regalándole su cariño. Uno que no merecía.

Mitsue abrió los ojos y vio la bondad en los verdes de Isabella. Jamás le gustó ese color, sin embargo, ahora no podía vivir sin él. Le recordaba que todavía existía la esperanza. Con todo, la única verdad que conocía lo golpeó con rudeza: ella lo haría a un lado cuando supiera la verdad que llevaba dentro, escondida como un retorcido tesoro. Isabella Jones, la *Chica de las Flores*, lo repudiaría de saber que él había violado a su hermana.

«Es como en la película, ¿ves? Solo un juego de chicas. Pero si no lo haces, la voy a abrir viva con este cuchillo, justo frente a ti. ¿Eso quieres?». Las palabras del hombre que los secuestró fueron como una puñalada para su alma. Claro que, luego de tantos años, Shizuka decía haberlo olvidado. Ella siempre estaba consolándolo, diciéndole que no había tenido opción; que él ganó tiempo y eso salvó sus vidas. Pero ¿en verdad iba a creerlo? No sabía cómo su padre continuaba llamándolo hijo y Shizuka considerándolo su hermano.

Dolido, agarró la mano de Isabella y se la apartó de la cara.

—Mitsue. —La voz se le quebró.

Isabella se sintió estúpida, por las razones que jamás imaginó. ¿Cómo no

se dio cuenta antes? El tormento en sus ojos, la amargura. Él se estaba escondiendo a sí mismo detrás de una máscara de total imperturbabilidad, para no ser herido. Lo supo apenas lo tocó y él se estremeció. Incluso cuando la alejó, lo hizo temblando. «¿Qué te hicieron, cariño?».

Sin decir una palabra, Mitsue la rodeó, para salir del lugar. Decidida, Isabella se giró y lo sostuvo por el brazo, impidiéndole moverse. Aunque él tenía la fuerza suficiente para lanzarla al suelo y continuar hacia adelante; no lo hizo. En cambio, se quedó helado con la mirada clavada en sus propios pies.

Más que nunca ella vio a un chico herido y vulnerable, que rechazaba al resto de las personas por temor.

—¿Es lo que quieres?

Mitsue contuvo la respiración. «Demonios, ¡no!», pero ¿cómo decírselo? Más importante aún, ¿cómo estar con Isabella, siendo un maldito pecador, condenado al infierno? Ella, tan pura y hermosa... Por un segundo, saboreó la probabilidad de olvidarse de todo, incluso de sí mismo, y abandonarse en sus brazos. «Por favor, sostenme». Anheló tener la fortaleza sufriente para decirlo. «Isy, estoy tan solo y tengo miedo». Quería gritárselo y llorar en su pecho, siendo arrullado por ella.

—¿Honestamente? —Le tomó más de lo creído hablar sin quebrarse.

—Por favor.

Mitsue levantó la cara y la vio a los ojos un segundo. Isabella estaba a punto de llorar, de nuevo, por él. «No te atrevas. No lo hagas».

Su propio deseo le ganó.

—No.

Isabella abrió los ojos más de lo normal. Entonces, ¿sí estaba en coma? Porque bueno, Mitsue había admitido que no quería que se marchara. Él no deseaba dejarlo así. Eso la llevó a otra cuestión: y, más o menos, ¿qué quería? Sentía que estaba dando palazos como un ciego y eso la enojaba. No podían ir por ahí, jugando a las adivinanzas. Respirando profundo, ella trató de buscar un modo de solucionarlo.

Falló.

—¿Debería buscar un intérprete que hable idioma *hielo* o traerte una libreta, para que me hagas un esquema detallado de lo que quieres en realidad? No quiero quedarme atrás mientras cambias e opinión, ¿sabes?, es molesto. —Usó sus propias palabras en contra de él.

Mitsue reprimió una risa, aunque no pasó desapercibido ante Isabella.

Ella frunció el ceño.

—¿Te burlas de mí? —Apretó el agarre sobre su brazo—. No te conviene, chico, créeme.

Él negó, despacio.

—No me burlo. Pero nosotros no podemos...

Ella chasqueó la lengua.

—¿Por qué? Y no me vengas con esa mierda de «no eres tú, nena, soy yo», que no te lo voy a creer. La verdad, Mitsue, ¿a qué le tienes tanto miedo?

Ella no tenía idea. Porque sí, se trataba de él. ¿A qué le temía? A muchas cosas, pero en especial a ser despreciado. «Para ya de exponerte». Consideró dejarle hablando sola, sin embargo, estaba harto de huir.

—Yo *no* le temo a nada.

Isabella arqueó una ceja. Por supuesto, a nada.

—Bueno, dame una razón.

Antes de darse cuenta, Mitsue ya estaba respondiéndole:

—Nunca he tenido novia.

Isabella se quedó congelada y boquiabierta, eso lo puso nervioso. Si se echaba a reír, él estaría acabado. Humillado, de nuevo. No lo toleraría.

—¿D-de verdad? —Su mirada furiosa la dijo que estaba en problemas. Isabella carraspeó—. Eso no tiene nada de malo.

—¿No? Estoy seguro de que has salido con más de un chico.

—¿Me estás llamando *puta*?

Mitsue casi jadeó.

—No. Solo dije que has salido con más de un chico.

Ella entrecerró los ojos.

—Pues, para mí, eso se oye como un gran *puta*, con mayúsculas y todo.

Mitsue cruzó los brazos sobre su pecho y evitó maldecir en voz alta.

—Si quisiera llamarte *puta* lo haría sin rodeos.

Buen punto. Isabella se relajó.

—Bueno, solo he salido con dos. Uno de ellos trató de acostarse conmigo, para ganar una apuesta. —Se mordió el labio—. Pero eso no me impide...

—¿Estás segura? —Porque, más que nada, él se estaba muriendo de miedo.

Isabella titubeó unos instantes. No podía negar que él le gustaba de un modo que le hacía parecer una quinceañera hormonal, de nuevo. Despertaba

su lado femenino con tanta fuerza que, cuando estaban juntos, lo único que deseaba era lanzarse sobre su cuerpo y hacerle todo tipo de cosas. A veces, sin embargo, le hacía enloquecer al extremo de que le resultaba imposible contenerse y terminaba insultándolo. Mitsue tenía la extraña habilidad de irritarla, con tanta fuerza que incluso deseaba asesinarlo. Y, al mismo tiempo, le hacía anhelar sus caricias, un simple beso; incluso aunque fuera insensible la mayor parte del tiempo.

Ella no estaba segura de nada en lo que a Mitsue concernía; pero no era capaz de dudar de solo una cosa: quería estar con él. Sin importar lo que escondiera o cuan rudo se mostrara. Ella anhelaba, y con todo su corazón, ser la única mujer capaz de robarle una sonrisa o un suspiro; de hacerle conocer el amor en el que no creía.

—Sí.

Mitsue se apretó el puente de la nariz. «Eres persistente». Y eso le gustaba, aunque también encendía todas sus alertas. ¿Por qué alguien como Isabella estaría interesado en él? No era ciego, la chica era hermosa y tenía una personalidad única; lo cual la volvía atractiva. Siempre que caminaba por los pasillos, los estudiantes se la quedaban viendo y hacían comentarios sobre su cuerpo; algunos tan explícitos que él se avergonzaba.

Por más que buscó motivos, no los halló. Sin embargo, le hacía feliz ser importante para ella, tanto que toleraba su carácter de mierda e insistía en iniciar una relación que no tendría ninguna clase de futuro.

—No soy romántico, cariñoso o expresivo... No tolero el contacto físico, por lo que no doy abrazos, besos o ninguna clase de caricias. —Se frotó una ceja, ante la mirada confundida de la chica—. Jones, yo no soy...

Isabella asintió despacio, asimilando la declaración de Mitsue. Santo cielo, si comenzaban a salir, ¿de qué modo lo harían? Porque, por cómo lo estaba pintando, solo serían un par de amigos. No, más bien, como hermanos. Aun así, su instinto le dijo que lo intentara. Ella iba a enseñarle que no todo tenía por qué ser blanco o negro, que la vida estaba llena de colores. Que era hermosa.

—Y..., dígame *doctor Cooper*, ¿dónde firmo? —No se daría por vencida, nunca.

Mitsue esbozó una sonrisa serena, de esas que casi nunca le enseñaba a nadie. «Estoy confiando en ti, por favor no me traiciones». Estaba seguro de que si Isabella le daba un golpe, por pequeño que fuera, terminaría destrozándolo. Y ya nadie podría ayudarle.

Ella tenía todo el poder en sus manos pequeñas y suaves.

—Entonces, ¿ya puedo llamarla «Isy», señorita Jones?

Isabella sonrió mordiéndose el labio. ¿Qué, ahora se comportaban como un par de niños? Aunque era de ese modo como él la estaba haciendo sentir

—¿Qué tipo de novio serías si no?

«Novios...». Ambos tuvieron el mismo pensamiento, sin embargo, les causó emociones diferentes. Mitsue se encontraba lleno de dudas; mientras que Isabella de optimismo. Y, con todo, los dos estaban felices.

—Ven —dijo.

Por primera vez en la vida, él hizo algo de lo que jamás se creyó capaz: tomó la mano de Isabella con la suya y se la llevó consigo hacia la próxima clase.

CAPÍTULO 7

—¡Shiromitsu!

La voz chillona de una chica, detrás de ellos la sobresaltó. Isabella ahogó un grito cuando Mitsue apresuró el paso, arrastrándola por los largos pasillos como si huyera del mismísimo Satanás. Bueno, él no creía en el diablo, no al menos del modo en el que ella lo hacía; pero por la forma en la que la jaloneaba, creyó que quien lo estaba llamando no era una mujer sino el más horrendo y terrorífico *Oni* ^[15] salido de su peor pesadilla.

—¡Shiromitsu!

Él le apretó la mano, con tanta fuerza que le dolió, mientras casi la obligaba a correr. De no conocerlo, al menos un poco, ella habría podido jurar que estaba huyendo. Pero ¿de quién y por qué? Doblaron en una esquina y continuaron con dirección al aula de su próxima clase.

—¡Shiromitsu, espera!

Isabella se detuvo a mitad del camino, haciendo que Mitsue tropezara, y levantó la vista. Todo lo que halló fue su ceño fruncido. Y ahora, ¿qué tenía? Santo cielo, se comportaba como el protagonista de una vieja película de acción: el joven sexi que huía de los matones de la *Yakuza* ^[16], para salvar el honor de su prometida. Incluso para ella sonaba ridículo, sobre todo porque su honor continuaba intacto y Mitsue quería salvar su propio trasero.

La chica volvió a llamarlo. Antes de que Isabella volteara, Mitsue gruñó un par de maldiciones.

—No mires atrás —dijo—. Ignórala y tal vez se canse.

Oh, claro. ¿Ignorar a quién y por qué? Isabella enarcó una ceja, fue todo lo que necesitó para ponerlo nervioso. «Ah, genial, estoy drogada». Esa era la única explicación. Shiroyama Mitsue, ¿asustado? ¿Y por una simple mirada suya? Cuando decidió no hacer caso a sus palabras y ver hacia atrás, se percató de que el verdadero motivo de sus nervios era una pelinegra que corría hacia ellos. Una bastante bonita: sin nada de busto, pero con unos delicados ojos marrones que irradiaban alegría.

«¿Quién es esa?». No recordaba haberla visto con anterioridad, no obstante, por la expresión que tenía ella parecía conocerla. Genial, no solo

estaba drogada; también perdía la memoria. Regresó su mirada curiosa hacia Mitsue, a la espera de una respuesta. Todo lo que él hizo fue soltarle la mano. ¿Qué, ahora se avergonzaba de ella? No llevaban ni media hora como novios, ¿y él ya la estaba haciendo a un lado por otra mujer?

Simplemente maravilloso.

La chica se inclinó para tomar aire. Cuando se levantó de nuevo, vio a Mitsue con reproche.

—¿Acaso estabas huyendo de mí?

Mitsue se encogió de hombros. ¿Por qué diablos, de todas las personas que conocía, tuvo que cruzarse con ella? Eun-Hye le agradaba, sin embargo, no estaba de humor como para entrar en su juego. Conociéndola, ella querría sacarle la mayor cantidad de información posible, en segundos, para después torturarlo hasta hacerle perder la paciencia y desear la muerte. Además, Isabella y él recién estaban iniciando su... muy extraña relación, no quería que la espantase. Aunque, francamente, si no lo hizo él con su actitud desdeñosa, dudaba mucho que Eun-Hye lo consiguiera.

Aun así, siempre resultaba mejor prevenir que lamentar, en especial cuando se trataba de su compañera de Artes Marciales.

—Sí —dijo, esperando hacerla desistir.

Contrario a sus expectativas, Eun-Hye le dedicó una mirada burlona. Demonios. Justo cuando no lo necesitaba, ella haría de las suyas. Se comportaba como una niña traviesa con exceso de energía desde que estaba saliendo con Yohei. ¿Sería la estupidez contagiosa? No hallaba otra explicación.

—Eres muy cruel conmigo, Shiromitsu.

—Shiro..., ¿qué? —Isabella no fue capaz de contenerse.

Mitsue, en lugar de contestarle, se concentró en la otra chica.

—No me digas así.

—¿*Be-da*^[17]! —Ella se jaló el párpado inferior, hacia abajo, mientras le mostraba la lengua. —Te digo como *yo* quiera. —Hizo una pausa dramática —. ¿Es así como me pagas? Me llamas cuando me necesitas, me usas y me abandonas, ¿verdad?

—¿Qué? —La voz de Isabella se elevó con incredulidad—. Mitsue...

Ella se lo quedó viendo, consternada. Mitsue bufó, apretándose el puente de la nariz. ¿Por qué la ignorarla? Le molestó sentirse fuera de lugar, otra vez. «¿Y qué esperabas? Todavía no eres parte de su vida». Pero ella deseaba

serlo, integrarse y... ¿Era tan estúpido pretenderlo? Mordiéndose el labio inferior, aguardó por una respuesta. El gesto de Mitsue se suavizó cuando se fijó en ella.

—Kim Eun-Hye —dijo—, esta es Isabella Jones, mi...

Eun-Hye lo hizo a un lado de un empujón y capturó las mejillas de Isabella con sus manos. Apretándolas, hasta ponerlas rojas, ella sonrió.

—¡*Woah!* Eres mucho más linda así de cerca. —Vio a Mitsue, por encima del hombro—. Shiromitsu, tu chica es...

Isabella trató de entender lo que sucedía. ¿Quién era esa estudiante y por qué le apretujaba como si tuviera cinco años? Fuera de eso, ¿cómo sabía que era la novia de Mitsue, si ni siquiera lo dejó terminar la frase?

—Shiro..., ¿qué? —repitió.

Eun-Hye la soltó y se echó a reír. Cielos, esa chica era como un vendaval. Justo como ella... ¿De esa forma se sentirían las personas a su lado? Oh, perfecto: era una rubia ruidosa e insoportable. Todo lo que odiaba.

—Shiroyama Mitsue. —Eun-Hye habló como si fuera lo más obvio del mundo—: *Shiromitsu*.

Ah, sí, por supuesto. Estúpida de ella, ¿cómo no lo dedujo antes? Pero era lógico: poner apodos extraños, que a veces sonaban ridículos. ¿Shiromitsu? No, gracias. Ella se quedaba con «Mitsue cara-de-hielo».

—Ya...

Mitsue volvió a sujetarla de la mano.

—Vamos tarde —dijo. Luego se dirigió a su amiga—: Eun-Hye, nos vemos.

Ella alzó la mano a modo de despedida.

—Cuídense, *MitIsa*.

Mitsue casi jadeó.

—No te soporto. —Y, para colmo de males, lo estaba avergonzando delante de su novia.

Isabella, no obstante, rio entre dientes.

—Hasta luego, Eun-Hye.

Continuaron en silencio lo que restaba de camino, fingiendo naturalidad ante las miradas curiosas que los seguían. Isabella se aproximó más hacia Mitsue y se colgó de su brazo. Él apenas si le dedicó una mirada, aunque el ligero rubor en sus mejillas no pasó desapercibido delante de ella. Por supuesto, él debía de estar bastante avergonzado. No era usual ver a las parejas tomadas de las manos. Demostrar afecto en público si bien no estaba

prohibido, tampoco era una práctica común. Pero ella no era nada corriente tampoco. Ni le interesaba serlo. ¿Qué había de bueno en la normalidad? Por mucho, Isabella prefería su acostumbrada extravagancia.

«¿Sabes lo ridícula que te ves?».

No le importaba.

«¿Qué crees que haces, jugando a los novios?».

De nuevo, su conciencia trataba de hacerle dudar.

«¿Crees que porque están tomados de las manos, algo es diferente ahora? No te soporta, no lo soportas...».

Podía ser, sin embargo, su corazón le decía que había algo más. Quizá fuera infantil de su parte; pero ¿por qué no intentarlo? Mitsue no era solo el hombre gélido que alejaba a todo el mundo con una mirada furiosa; él era suave, de un modo que no alcanzaba a comprender. Y estaba sujetando su mano con cariño, como si pudiera hacerle daño.

«Si te rompe el corazón...». Isabella se mordió la comisura del labio. «¡Pues, nos hacemos cargo! Somos fuertes». Y, más que eso, ella deseaba estar a su lado.

Ingresaron al salón de clases. De nuevo, Mitsue le soltó, para irse junto a Shizuka. Isabella suspiró. ¿Y qué esperaba? Un paso a la vez, todo sucedería en su tiempo. Se consoló con esa idea.

Él tomó asiento y miró hacia el lado contrario.

Los murmullos empezaban serle molestos, ¿qué, tan increíble les parecía? Diablos, por un instante deseó ser invisible. Mitsue percibió el peso de la intensa mirada de su hermana sobre sí mismo. Dudoso, él se giró.

—Está bien, *nīsan*. —La sonrisa cálida de Shizuka lo mortificó.

El destello de un recuerdo lo devolvió al pasado. Por un segundo, pudo ver a los niños que fueron. En aquel tiempo, ella le obsequió la misma sonrisa antes de murmurar las únicas palabras que todavía quemaban en su interior, atormentándolo: «Está bien». Maldita sea, nada lo estaba. No volvió a estarlo de nuevo ni lo estaría nunca más. Pudo verla llorando en silencio, murmurándole lo mismo, vez tras vez, para consolarlo.

La niña que él había roto.

«Doy tanto asco».

La mano de Shizuka, agitándose frente a él, lo devolvió a la realidad. Finalmente, después de un minuto sumamente largo, Mitsue parpadeó.

—¿*Nīsan*?

—Disculpe, ¿me decía algo?

El mismo gesto. Esa sonrisa. Su eterna amabilidad.

—Vé con ella. —Le palmeó el brazo, con cariño—. Yo estaré bien.

Él titubeó.

—¿Está segura?

La luz en sus ojos. Esa inocencia que se negaba a morir. La dulzura y calidez de sus gestos y palabras. Todo lo que un día casi destruyó. ¿Cómo podía no odiarlo?

—*Nisan*. —Rio—. Estarás justo detrás de mí.

Dudoso, él asintió.

—Bueno... —Se levantó—. Gracias.

Por completo estoico, Mitsue se acomodó al lado de Isabella. Ella se lo quedó mirando, confundida y a la espera de una respuesta. De por sí ya era difícil descifrar sus emociones, como para que tuviera esa extraña mueca que... Bueno, lo convertía en una tarea diez veces más dura. ¿Estaba pensando en darle un beso o asesinarla? Por lo que le dijo en el gimnasio, lo más probable resultaba la segunda opción.

«Estamos perdidas». No tenía idea de por qué, pero Mitsue parecía querer clavarle una estaca, como si fuera un vampiro.

—¿Sucedo algo malo? —Por su gesto, casi podía jurar que se desataría el tan temido Apocalipsis Zombi.

Él negó con la cabeza.

—¿Estás enojado... conmigo?

—No.

Bien. Iban avanzando, hacia algún lugar. Esperó que no fuera el infierno, ella no soportaba el calor.

—Entonces..., ¿sí debería traer un intérprete, para que me ayude con tu idioma *hielo* o algo?

Isabella se paralizó cuando oyó la cosa más increíble del mundo: la risa de Mitsue. Una verdadera y profunda, aunque discreta. Confundida, se frotó los párpados. Era real. Se pellizcó. No, no soñaba.

Asombrada, ella contempló la manera en que su sonrisa le iluminaba el rostro, confiriéndole un aspecto incluso más atractivo. Sutil. Realmente tenía una sonrisa adorable, que podría derretir el corazón más gélido y que enamoraba el suyo otro poco.

«Estás perdida, Isy, asúmelo».

Oh, sí. Iría con gusto al tártaro por verlo hacer eso de nuevo. Se asaría ella misma en la barbacoa de Satán, solo por oírlo, por ser la causante de esa

cosa tan maravillosa y tierna.

—*Eh*, ¿Mitsue...?

Él se detuvo al instante, avergonzado. Ah, mierda, ¿qué le ocurría? La calidez en los ojos de Isabella lo calmó. Ella no lo considerada estúpido o indigno. Era como si..., casi pudo jurar ver cariño verdadero en su mirada. Luego, Isabella hizo lo único que Mitsue no se esperó: se llevó dos dedos a los labios, los besó durante algunos segundos y... los unió a los suyos.

Su primer beso, por parte de una mujer.

Y se lo había dado la única que en realidad le gustaba, que quería. De la que estaba... enamorado.

CAPÍTULO 8

Isabella bufó, atando un pequeño grupo de rosas blancas con un cordel del oro. Se le estaba haciendo difícil, pero no sabía por qué. En Inglaterra, antes de que sus padres tomaran la maravillosa decisión de separarse, ella pasaba las tardes ayudando en la pequeña tienda de flores. Era una actividad que disfrutaba: Nathaniel solía sentarla sobre sus piernas para enseñarle cómo hacer un ramo perfecto. «El secreto está en los detalles, Isy. Los colores, las formas y texturas», le decía antes de hacerle cosquillas y continuar con su labor. Su madre, por otro lado, estaba en casa la mayor parte del día; así que cuando llegaban ella los recibía con abrazos y la cena caliente.

Pero, como todo en este mundo, nada era perfecto. Poco a poco, la relación de ambos se fue deteriorando. Y, al final, fue su madre la que solicitó el divorcio porque ya tenía a alguien más en su vida: un chico joven que la hacía sentir como de veinte y con quien tenía pensado mudarse. Nathaniel sufrió mucho; se echó al abandono y descuidó la tienda al extremo de hacerla quebrar. Entonces apareció Sumire, quien como un rayo de esperanza, le devolvió la felicidad a su padre. Se enamoraron y... ahí estaban: haciendo su vida al otro lado del mundo, siendo propietarios de una cadena de floristerías que tenía un éxito moderado. Y con un bebé en camino.

Increíble que, de eso, ya hubieran transcurrido casi diez años.

Hubo un tiempo en el cual estuvo enojada con su madre, tanto que no soportaba estar junto a ella en el mismo espacio. Sin embargo, con el paso del tiempo terminó por entender que no estaba en posición de juzgarla. Ella había actuado del modo incorrecto y los hirió a ambos con sus decisiones; pero de no ser por Odette, Sumire jamás habría llegado a sus vidas para mostrarles que siempre era posible volver a empezar. Renacer desde las cenizas.

Caminar a través del dolor, para hallar la luz al final del túnel.

Su madrastra era una bendición, en todo el sentido de la palabra.

—Estás distraída. —La voz de Sumire la sobresaltó—. ¿En quién pensamos ahora? ¿Aoi, Kamijo o Ai^[18]? ¿Cuál de los tres no ha actualizado su cuenta de *Twitter*?

Isabella sonrió, mordiéndose el labio inferior, mientras negaba. Pensó en mentirle, diciéndole que no se trataba de en nadie en específico; pero ella la

conocía demasiado bien como para saber cuándo intentaba engañarla.

—No es ninguno de ellos, mamá, eso sería fácil.

Sumire arrastró una silla y se sentó a su lado, con las manos sobre el abdomen.

Tres cuatro meses más y tendría un hermanito. Un milagro que casi no consiguen tener; pero la persistencia de su padre y el optimismo de su madrastra lo hicieron realidad.

Un bebé, mitad japonés, que seguro tendría los ojos verdes. Todo un galán.

—Cuéntame, ¿quién nos tiene con la cabeza en las nubes?

—Mitsue.

Sumire ladeó la cabeza, confundida.

—¿El idiota que nos trató mal durante nuestra primera cita?

Isabella asintió, despacio. Bueno, quizá no fue la mejor de las ideas contarle sobre eso. Ahora, ¿cómo le decía que eran novios? Y de una clase muy especial: sin besos, abrazos... Ninguna muestra de cariño.

—E-estamos saliendo. Algo parecido. —Suspiró, rendida—. No lo sé. Él odia el contacto físico..., así que..., tenemos algo especial.

Sumire le sonrió, con calidez, quitándole las rosas que aún no terminaba de anudar. Comenzó a hacerlo ella.

—¿Y eso es malo por...?

Isabella se lo pensó un momento. Cerró los ojos y vio Sumire y Nathaniel, juntos, compartiendo como el matrimonio que eran. Felices. Siempre tomados de las manos, acariciándose y dándose pequeños besos. Sonrientes. Ella deseaba algo similar, pero ¿junto a Mitsue? Por supuesto, no pretendía casarse con él ni formar una familia; con todo...

Volvió a mirar a su madrastra, con tristeza.

—Él me importa, mamá, de un modo que no entiendo. —Se llevó el cabello detrás de la oreja—. Me desespera: es pedante y grosero. Pero al mismo tiempo me hace sentir...

—¿Con deseos de abrazarlo y darle un beso?

No, mucho más. Cuando lo tenía cerca, ella quería hacerlo reír. Demostrarle que el amor era real, que no se trataba de ningún invento, que... Más que nada, ella deseaba devolverle la felicidad. Aliviar el dolor que se asomaba en sus ojos, en cualquier momento del día.

Isabella sabía más que nadie que una persona era capaz de marcar la diferencia en la vida de otra. Para bien o para mal, todo dependía de su

corazón. Con sus acciones y palabras, una persona tenía el poder de salvar o destruir una vida. Eso fue lo que Sumire le enseñó, en el momento más oscuro de su padre. Nathaniel tuvo mucha suerte.

Y, aunque pareciera estúpido, ella deseaba salvar a Mitsue de lo que fuera que lo atormentase. Ella quería amarlo. «Pero sabemos que eso no es posible». No importaba, ella quería creer que sí. Necesitaba hacerlo. ¿Qué diablos le había hecho Mitsue?

«Terminaremos rotas, Isy, peor que con Nikita; lo sabes». Pero, ¿honestamente? Ya no le importaba. Si bien, le aterraba la idea de resultar herida; Isabella también tenía la esperanza de que todo saliera bien.

—Mamá, ¿qué puedo hacer?

Sumire le entregó el ramo de rosas, anudado de forma perfecta. Con una sonrisa cálida, ella le acarició la mejilla.

—¿Crees que vale la pena?

Isabella no lo dudó.

—Sí.

—¿Sabes cómo me conquistó tu padre?

Negó. No tenía ni idea. Era una niña y estaba enojada en ese tiempo, con su madre y todo el mundo. Dolida, amargada, ensimismada en su propio sufrimiento. Ella solo sabía una cosa: una noche Nathaniel la llevó a cenar y le anunció que iba a casarse. Luego de eso, se hicieron mejores amigas y... el resto era historia.

Sumire rio por lo bajo.

—Yo estaba quedándome en una residencia para mujeres solteras. Todos los días tu padre me enviaba un ramo, con una nota idéntica: «Cada flor tiene un significado. Esta representa lo que tú me haces sentir, lo que eres para mí». —Se mordió el labio, haciendo una corta pausa—. Por supuesto, yo también sabía de flores, así que no fue tan complicado. Cuando me di cuenta, ya estábamos saliendo.

Isabella contuvo un sollozo.

—Y terminaste amándolo.

Sumire asintió.

—Sigo haciéndolo, y él continúa dejándome flores y la misma nota en la habitación, cada mañana.

Isabella se llevó un dedo a los labios y sonrió esperanzada. Tal vez... «¡No-te-atrevas! ¿Sabes lo ridículas que nos veremos?». Pero ¿qué importaba? De seguro no podría llegar a parecer más patética. Después de

todo, fue ella quien terminó pidiéndole a Mitsue que fuera su novio..., de cierto modo. Si lo intentaba, ¿qué cambiaría?

«Isabella Odette Jones, ¡piensa bien lo que harás!».

Ya lo había hecho y llegó a la conclusión de que solo existía un modo de acercarse a él.

Mitsue no pudo respirar cuando las lágrimas descendieron de sus ojos y le recorrieron las mejillas despacio, una tras otra. Eso lo enfurecía como pocas cosas en el mundo. Él no lloraba. Nunca. No al menos desde que era un niño... o cuando la lluvia se convertía en tormenta y no era capaz de controlarse a sí mismo. Pero ya no era un niño ni llovía, entonces ¿por qué...?

La voz afectada de Ruki^[19], cantando *Without A Trace*, se elevó hasta colarse en cada uno de sus pensamientos. Y, mientras la música sonaba, con cada palabra enterrándose en su corazón como una dolorosa espina, Mitsue fue incapaz de dominarse a sí mismo como solía hacer.

No pudo.

Todo lo que necesitaba era drenar la tristeza, esa profunda depresión que lo hundía hasta el fondo del abismo. Quería ser libre de una vez por todas, ¿pero cómo? Las personas como él estaban condenadas al sufrimiento, a la miseria. Se encontraba completamente seguro de que no sería perdonado. Jamás. Porque, siendo honesto, ¿quién lo haría con ser despreciable y nauseabundo como él lo era? Nadie. Amaterasu, el rey Emma, Aizen Myō-ō... Ninguno de ellos movería un dedo para ayudarlo y si iba a juicio, no intervendrían por su alma. Ni siquiera ese Dios, el cristiano, en el que Isabella creía.

Estaba solo, encerrado en su propia memoria sádica, que disfrutaba de atormentarlo. Ese día no era la excepción.

Y mientras la canción seguía su curso, él no pudo evitar recordar la primera vez que fue utilizado como un juguete. Momentos después de Shizuka. Aunque él se llevó la peor parte, estaba seguro de que ella sufrió más. Bueno, no tenía un conocimiento demasiado amplio sobre las mujeres, sin embargo, estaba seguro de que no era el sueño de ninguna ser despojada de su virginidad, a los nueve años y por un maldito hijo de perra que...

Cerró los ojos y vio la sangre deslizarse por los delgados y pequeños

muslos de su hermana, quien lloraba llamando a Satoshi. Él trató de liberarse, los dioses que no los ayudaron sabían que sí. Esos bastardos de mierda no podrían negarlo jamás. Luchó, gritó y se removi6 hasta lacerarse las articulaciones, tratando de alcanzarla. Incluso suplic6: «¡Déjala! Hazme da6o a mí, ¡pero deja a mi hermanita en paz! Por favor..., por favor». No obstante, lo único que obtuvo fue una risa burlona y su propia sentencia de muerte: pronto ser6 tu turno.

¿Qué mierda tenía en la cabeza ese hombre? Demonios, aún no lo entendía. Aunque, la verdad, no quería ni necesitaba hacerlo. Tan solo olvidar. Tener verdadera paz. «¿Qué está mal conmigo?». No tenía un modo de saberlo, aunque sus propios gritos de dolor le taladraron la cabeza hasta hacerla doler.

Mitsue se hall6 frente a sí mismo, en medio de un amargo recuerdo. En ese instante, estaba vestido y maquillado como una mujer. Inclinado en una posición demasiado vergonzosa delante de su hermana, que lloraba tratando de ir junto a él. Intent6 levantarse tan pronto como el hombre le acarici6 el cuello, pero él lo mantuvo firme. Antes de que pudiera escapar, lo inmoviliz6 boca abajo en el suelo con el brazo torcido detrás de la espalda.

Mitsue rog6 en su interior porque fuera una horrenda pesadilla. Se removi6, tratando de huir, cuando él le hundi6 la mano en el cabello y utiliz6 sus rodillas para separarle los muslos. Pero fue en vano. Todo lo que consigui6 fue un tir6n y una mordedura en el hombro. El hombre presion6 su cuerpo desnudo contra el de Mitsue y, en aquel instante, él supo que ya no habría vuelta atrás. Fue violado. Utilizado como una herramienta de placer sexual. Humillado delante de la única persona que lo respetaba y admiraba tanto como para declararlo su héroe: Shizuka. Y luego... su propia sangre terminó recorriéndole las piernas.

Vaya burla cruel de la vida. Ambos sufrieron el mismo destino.

Mitsue se limpi6 las lágrimas, furioso, deseando estar muerto. Se sentía tan inmundo. Tan asqueroso y degenerado. Más allá de sus habituales confusiones, se cuestion6 qué clase de persona era él. Acaso... ¿una como el hombre que destruy6 la inocencia de los dos? La suya y la de su amada hermana. No. Él lo había obligado, lo amenaz6 con asesinarla frente a sus ojos si no lo complacía. Pero si era de esa manera, ¿por qué diablos no podía dejarlo atrás? Olvidarlo al menos un momento. Dejar de sentirse como el peor de los bastardos.

«Tal vez habría sido mejor dejar que la matara. ¿Por qué tuve que

hacerlo?». Ahora estaba condenado a revivirlo cada triste día, sin descanso.

Apagó el reproductor y se levantó las mangas del suéter. Mitsue se encontró de inmediato con las antiguas marcas de su primer intento de suicidio. Un mes después de haber sido rescatado. Era pequeño, no tenía idea de cómo hacerlo; por lo que solo terminó en el hospital con un par de cortadas horizontales, que no surtieron ningún efecto. Sonrió con burla, recorriendo una de ellas con el dedo. Pero ahora...

No se sentía con la fuerza suficiente para intentarlo de nuevo. Quizá fuera cobardía o masoquismo; sin embargo, la idea se desvanecía casi al instante. Por desgracia, no era uno de esos días. Mitsue deslizó la mirada a lo largo de su habitación y la detuvo sobre unas tijeras que estaban sobre la repisa. Enormes, filosas. Si las tomaba, se encerraba en el tocador y llenaba la tina de agua caliente..., ¿cuánto tardarían en darse cuenta? Con un poco de suerte, bastante como para permitirle morir.

«¡Déjalo ya!». Tenía que aprender a lidiar con el dolor, era su destino. Lo que se había ganado al actuar como un degenerado enfermo sexual, que... Era terrible sentirse de ese modo: sin valor, impotente y sucio. Lo peor era el odio por sí mismo.

—Soy una peor que una puta —murmuró cuando el dolor volvió para lo devastarlo.

No, más que eso, él era un delincuente sexual...; justo como el hijo de perra que les hizo daño. Dos caras de la misma moneda; solo que él no lo deseó, no lo pidió y estaba malditamente seguro de que no lo disfrutó. Y aun así, se veía a forzado a vivir con el amargo recuerdo, a ver a sus familiares a las caras y fingir que todo estaba bien.

Una mierda.

Al menos el hombre que los secuestró ya estaba muerto. El bastardo no duró ni un año en prisión. Mitsue estaba seguro que fue obra de Satoshi. Su padre había hecho algo para que lo lincharan entre varios reos, luego de violarlo hasta dejarlo inválido. Pero, de forma extraña, la noticia no alivió su dolor.

Estaba seguro de que nada lo haría.

Con el alma marchita, Mitsue se levantó del *tatami*^[20] y fue hacia la puerta. Necesitaba un poco de aire. Estar encerrado en su habitación, solo y a oscuras, comenzaba a afectarle. Caminó a lo largo del pasillo, sin detenerse, cabizbajo; tratando de ignorar sus propios pensamientos. Le estaba costando

horrores. Una y otra vez, en contra de su voluntad, su mente seguía evocando la absoluta miseria a la que había sobrevivido. Echándole en cara su pecado.

Cuando llegó a la cocina, se encontró con la sonrisa luminosa de Shizuka. Ella lo estaba mirando como si... Confundido, Mitsue vio hacia atrás. No, era con él. Eso lo paralizó. Antes de que pudiera preguntar, ella se hizo a un lado y dejó al descubierto el más impresionante arreglo floral que hubiera visto. Reconoció al menos tres: claveles rojos [21], glicinias [22] y pensamientos [23].

—Lo trajeron hace un rato —dijo ella—. Iba a buscarte, para...

Él frunció el ceño.

—¿Y por qué me buscaría, si son tuyas?

Shizuka negó, mordiéndose el labio.

—Son tuyas.

Mitsue parpadeó, confundido. ¿Para él? Y, más o menos, ¿por qué y de parte de quién? Era una situación bastante extraña y comenzaba a sentirse nervioso. Nadie, nunca en la vida, le había enviado flores. Dudoso, caminó hacia la mesa y tomó la pequeña nota que sobresalía de un costado. Estaba escrita en un japonés perfecto, sobre un papel de color celeste. Reconoció el sello al instante: Aizen Myō-ō.

La florería de los Jones.

«Cada flor tiene un significado. Estas representan lo que tú me haces sentir, lo que eres para mí». Aquellas palabras lograron estremecerle. Lo que él era para Isabella... Sacó de inmediato su *smartphone* y buscó en la *web*. Lo que halló le robó el aliento: mi corazón suspira, piensa y se aferra a ti.

«¿Por qué?». No tenía sentido. Si ella le hubiera enviado rosas negras o una serpiente, él se lo habría esperado. Era lógico, se lo merecía. Esto, por otro lado, era... fascinante. Enternecedor. Y conmovía los cimientos de su alma. De verdad, alguien tan puro y hermoso como Isabella, ¿era capaz de sentir algo intenso y maravilloso por él? Ella era, por mucho, la mujer más inusual que conocía. Encantadora y persistente. Demasiado para una puta sucia como él.

Aún desconcertado, se volvió hacia Shizuka.

—¿Qué hago? —Y no solo se refería a las flores.

Ella le dio una mirada amable, de esas que podrían derretir el Polo Norte sin problemas.

—Agradecerle, supongo. —Se llevó el dedo a los labios y entrecerró los

ojos—. O mejor... invitas a cenar a su familia, aquí en casa.

—¿Por qué?

Shizuka alargó la mano y la posó suavemente sobre su mejilla. El tacto de su piel removió los dolorosos recuerdos. Mitsue se forzó a mantener la compostura y no apartarse de ella. Eso la heriría. No deseaba hacerle llorar.

—Porque Isy va *en serio* contigo. —Sonrió—. Y algo me dice que..., *hum...*, no se detendrá.

Por supuesto, lo había notado. Pero maldita fuera su actual confusión porque no entendía nada.

—Y eso, ¿cómo ayudaría?

Shizuka rio.

—No lo sé, pero padre dijo que tendrías que hacerlo.

«Ay, mierda». Odiaba su suerte. ¿Satoshi las había visto? Genial, él ahora querría casarlos. No sabía por qué, pero su padre parecía más interesado en su inexistente vida amorosa que él. Por un segundo, se vio a sí mismo junto a Isabella, encendiendo las velas de la ceremonia nupcial, antes de caminar por el largo pasillo y... Pero él no quería nada de eso con ninguna mujer. ¿Esposa, hijos? ¿Una familia, él? Jamás.

Prefería evitarles la vergüenza.

—El señor..., ¿las vio?

Shizuka confirmó con la cabeza, como una niña pequeña.

—Antes de irse. Padre dijo que estaba interesado en conocerla y... —Apretó los labios, como tratando de recordarlo—... y que tú tendrías que invitarla a comer.

Él gimió entre dientes. Oh, genial, simplemente maravilloso. Estaba jodido. Mitsue se dispuso a enviarle un mensaje de texto, para agradecerle; se detuvo en el momento en el cual una flor que estaba escondida perfectamente en el centro del ramo capturó su atención: una enorme y maravillosa rosa azul. De esas que solo se cultivaban en Japón y que, más bien, tenían un tono morado muy suave. Sabía lo que significaba; Eun-Hye solo sabía hablar de ellas.

Soy paciente. Voy a esperar una eternidad..., por ti.

Con los sentimientos encontrados y un nudo en la garganta, él fijó su mirada suplicante en Shizuka.

—Señorita, si yo quisiera presentarle mi novia a su padre y... —Titubeó, buscando las palabras correctas—. Y conocer a los de ella, ¿qué debería hacer?

Mitsue se sintió intimidado en el mismo instante en el cual Nathaniel Jones clavó sus intensos y brillantes ojos verdes en él, escudriñándolo. Generalmente, solía mantenerse calmado en cualquier situación, lo aprendió durante el tiempo que estuvo secuestrado junto a Shizuka; ahora le estaba costando horrores. A pesar de tener una sonrisa serena en los labios, el hombre no estaba nada contento. Mitsue imaginaba los motivos: no era suficiente para su hija.

Bueno, ¿y cómo se le ocurrió pensar que sí? La viera por donde la viese, Isabella era una mujer perfecta en todo el sentido de la palabra. Quizá terca y desesperante; pero fuera de eso, ella iluminaba su tétrico mundo con tan solo una sonrisa. Siendo así, era lógico imaginar que el hombre esperaba encontrarse con alguien mucho mejor.

Con un suspiro, él se dedicó a jugar con la comida, como hacía cada vez que se sentía incómodo. Sumire carraspeó llamando la atención del pequeño grupo. Mitsue levantó la vista. Nada especial: una japonesa promedio, nada llamativa, aunque tenía una sonrisa deslumbrante. Similar a la de Isabella. Eso lo hizo pensar. Estaba claro que ella no se trataba de su madre biológica y aun así tenían cosas en común: gestos, el modo en el que se movían y hablaban; sus risas... Dos huracanes ambulantes.

Encantadoras.

—Está delicioso, ¿lo hiciste tú, Mitsue-kun^[24]?

Él negó dirigiendo la mirada hacia su hermana, quien se ruborizó de inmediato. Shizuka odiaba el reconocimiento público. De saber mentir, ella lo habría hecho; pero como no sabía...

—No, yo no cocino. —Suspiró—. La señorita me ayudó.

Sumire juntó las manos en un único aplauso y se la quedó mirando con los ojos muy abiertos y una sonrisa amplia. De nuevo, ahí estaba Isabella. «Qué raro». Y mucho. Eso lo llevó a otra cuestión: ella nunca hablaba sobre su verdadera madre, ¿se habría criado con Sumire? ¿Sería por eso que le decía «mamá»? No lo comprendía. Hubo un tiempo en el cual él se dirigió a Satoshi como su padre; no obstante, eso fue... Ignorando sus pensamientos, Mitsue trató de concentrarse en el presente.

Pero como cada vez que trataba de ser feliz, su conciencia estaba

evitándolo.

—Eres buenísima, Shizu-chan. ¡Tienes que darme la receta!

—Yo...

Antes de que Shizuka pudiera continuar, Isabella habló:

—Así que no sabes cocinar, ¿eh, Mitsue cara-de-hielo?

Él bufó. Ah, mierda, ¿por qué diablos todos insistían en ponerle apodos desagradables? Eun-Hye, Taiki, Atsuko... A ese paso, sería la burla de todo Japón.

—¿Puedes dejar de llamarme así? Tengo suficiente con Eun-Hye.

Ella negó, interpretando el *akanbe* mientras pronunciaba el tan clásico «¡Be-da!», que tanto le recordaba a su compañera del club de Artes Marciales. ¿Qué, todas las mujeres en su vida, excepto Umeko y Shizuka, estaban locas?

—No-que-ro. —Arqueó una ceja—. Entonces..., hay algo que *Mr. Perfección* no sabe hacer... Increíble...

Mitsue vio hacia arriba, fastidiado.

—¿Qué, tú sí? —Él imitó su gesto—. ¿Y cuál es tu mejor platillo, *agua hervida*?

Ella loe frunció el ceño.

—Eres un odioso.

—Tú eres insoportable, pero ya ves: no me quejo.

—¡*Kisama* [25]!

Mitsue se burló de ella.

—¿Pretendías ofenderme?

La estridente risa de Sumire interrumpió su intento de pelea. Ella, llevándose las manos al abultado vientre, carcajeó. Como si estuviera sola o no le importaran las normas sociales, ella continuó haciéndolo hasta el extremo del llanto. Eso lo confundió incluso más. ¿Qué clase de familia era esa? No entendía nada. Pero habiendo sido criado en una tan tradicionalista como la suya, le pareció lógico. Sin embargo, eso no fue lo que más lo asombró, sino el modo en el cual Nathaniel los veía a Isabella y a él: de forma divertida. Como si hubiera estado esperando esa absurda discusión.

—¿Siempre hacen esto? —El tono de Nathaniel, fue calmado.

Isabella se cruzó de brazos y asintió. Su padre no tenía idea. Cada día. No existía un momento en el cual ellos no estuvieran pinchándose con palabras uno al otro.

—Es *su* culpa, por ser un pedante.

Pero para ser sincera, era ella quien lo provocaba. Mitsue solo le seguía la corriente. Aunque al inicio... Bufó. ¿Cómo habían llegado a eso? Le apreció increíble.

Sus gestos se suavizaron cuando volvió a verlo. Mitsue lucía terriblemente incómodo y, aun así, se estaba esforzando para no ser el pedante de siempre. Más que eso, él había organizado una reunión con ambas familias, para presentarla como su novia y tratar de ganarse la aprobación de Nathaniel. Eso solo quería decir una cosa: él iba en serio con lo de su relación. Si estaba segura de una cosa era que Mitsue no era de la clase de chicos que iban por la vida lastimando corazones.

«Las flores debieron de funcionar», se dijo a sí misma. Porque después de enviárselas, él la llamó para citarla. Por lo que ahí ese hallaban: tratando de no ser patéticos delante de sus padres y fingir que eran una pareja común.

Estaban fallando de la forma más horrible.

—Siempre creí que salías con Eun-Hye. —Satoshi frunció el ceño, confundido—. No tenía idea de que...

—¿Le gustaban rubias? —Sonrió—. Simplemente *no pudo luchar* contra mis encantos.

—Isy... —Nathaniel contuvo una carcajada—, compórtate.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué? —Le dirigió una mirada presumida a Mitsue—. Dile.

Él casi jadeó, haciendo rodar los ojos. Isabella se mordió el labio inferior, esperando una respuesta satisfactoria.

—¿Eso hará que dejes de reñirme por todo? —Lo menos que quería era que comenzara a reclamarle cosas de las que no tenía idea.

—Quizá.

Mitsue se frotó el puente de la nariz.

—Es *irresistible*.

Isabella se dirigió a Satoshi.

—¿Vio? Irre-sis-ti-ble. Él lo dijo.

Isabella recostó la cabeza del hombro de Mitsue. En esa posición, su perfume le inundó las fosas nasales. Respiró profundo, para guardarlo en su memoria. Quería estar de ese modo, con él, cada día. Era sutil. Madera, con una nota cítrica, como de... lima.

Justo como él.

«No durará, lo sabes». Sí, lo hacía. Desde el instante en el que Mitsue le

explicó cómo sería su relación. Pero no importaba. Si le rompía el corazón o no, era lo de menos. Lo que le causaba terror, en realidad, era no ser capaz de reparar esa sonrisa rota. ¿Cómo se vería Shiroyama Mitsue, siendo feliz? Pero de verdad.

Deseaba poder descubrirlo.

«Isy, esto es justo como con Nikita». No lo era, podía jurarlo. Entonces ella había sido una niña tonta, que quería probar lo innecesario. Ahora, no obstante, era una mujer que sabía diferenciar las intenciones de los hombres. Mitsue no buscaba tener sexo. Casi era capaz de asegurar que de darse la oportunidad, él huiría. Al mejor estilo de Sheldon Cooper. La idea le sacó una sonrisa. Había tenido peores pronósticos más veces de las que podía contar, por lo que esto no significaba nada. Un juego de niños, eso era.

«Mente, sé que siempre tienes razón; pero... ¿no podemos al menos intentarlo una vez? Quiero estar con él, ¿es tan difícil entenderlo?». Conocía sus probabilidades. Esto no podría terminar bien, de ninguna forma posible. Pero ella no era una cobarde. Si de todos modos iba a morir, daría su mejor pelea contra él..., por él.

—Estoy confundido. —Satoshi bebió de una sola vez su *sake*—. Hijo...

Mitsue se encogió de hombros.

—No sé qué decirle.

Él también lo estaba y mucho. Antes solo era un chico solitario, que no tenía mayores preocupaciones; ahora se hallaba inmerso en una relación con una mujer demasiado extraña que... lo enloquecía. En todos los sentidos.

Isabella Jones podía sacarle sonrisas al mismo tiempo que le hacía desear alejarla, para que no descubriera sus más oscuros secretos. Otras veces, sin embargo, ella lo llevaba al borde de la desesperación y la ira. Pero había momentos, como este, en los que lograba derretirlo con una simple mirada. Y cuando ella lo tocaba, aunque fuera un roce ingenuo, Mitsue sentía que todo su dolor y desesperanza desaparecían. Incluso más, ella le hacía querer cosas tan confusas que terminaba avergonzándose cuando las imaginaba: un abrazo, un beso... Aquello que siempre se prohibió a sí mismo, para castigarse.

Tener el valor suficiente para abrirle el corazón por completo. Solo a ella.

Y, a lo mejor, llevarlo al siguiente paso. No ahora, por supuesto, pero ¿qué tan descabellado sería considerar hacerla su mujer? Suyu, hasta el final de los días. Dormir aferrado a su pequeño cuerpo y ver su cara cada

amanecer, sonriéndole. Sentirla como...

Mitsue se tensó por el rumbo que tomaban sus pensamientos. ¿Qué diablos? Recién iniciaban su relación y estaba malditamente seguro de que Isabella no tenía esos planes en mente. No se ataría a alguien como él, no tenía motivos. Y más allá de cualquier cosa, no deseaba someterla a la horrible tortura que representaba una vida junto a él. Porque lo sabía, en el fondo de su alma se agitaba como una cruel verdad: aunque lo consiguieran y terminaran como un matrimonio, no le permitiría acercarse. ¿Qué clase de vida sería esa? En una misma casa, pero en camas separadas. Sin ningún tipo de intimidad.

Isabella querría verlo desnudo, hacer el amor y... tener hijos. Todo lo que él no podría darle. Como lo viera, estaba condenado a la soledad.

«¿Qué estoy haciendo, jugando a la pareja feliz?». Tenía que admitirlo: desde el inicio supo que no funcionaría; pero quiso creer que sí. Que al menos por una vez en su miserable y gris existencia, él tendría algo más que el habitual dolor. Pero no le era posible continuar negándolo: se acabaría incluso antes de que logaran dar el próximo paso.

Su relación con Isabella no tenía futuro.

—¿Y cómo conociste a mi hija?

Nathaniel le dirigió una mirada que lo hizo dudar. El hombre parecía saber la respuesta, por lo que Mitsue dedujo que solo estaba probándolo. Ah, genial, su suegro jugaba al detective. Ya sabía de dónde heredó Isabella la curiosa.

—Me golpeó en la cabeza porque estaba en el asiento de Shizu-chan. — Isabella se le adelantó.

Mitsue evitó maldecir. Demonios, era tan exagerada.

—Tú, ¿qué? —Satoshi se puso pálido, como una hoja de papel.

Shizuka contuvo la risa, mientras que Mitsue bufaba. Genial, simplemente genial. Solo le hacía falta una cosa a su desastrosa cena: un tsunami.

—Solo te despertaba —se defendió.

—Me dijiste «mueve el culo».

—Y ya me disculpé. No voy a ponerme de rodillas, Isy, *olvida* esa idea.

—¿Ves? —Ella le frunció el ceño—: Eres imposible.

Mitsue gimió entre dientes.

—¿Yo, *segura*?

—¿Insinúas que *yo* lo soy?

—Nunca insinúo nada. Eres Imposible.

Isabella pareció ofendida.

—Si no fueras mi novio...

Mitsue arqueó una ceja. Bueno, esto se ponía divertido, para variar.

—¿Qué, vas a decirme cabrón de nuevo?

Isabella se giró hacia Nathaniel e hizo una mueca como una niña pequeña, a punto de llorar. De no conocerla un poco mejor, Mitsue se lo habría creído. Pero el verdadero llanto de Isabella era muy distinto: no se cruzaba de brazos ni le temblaba ninguna cosa. Cuando ella estaba triste, las lágrimas descendían sin esfuerzo de sus ojos, desde los laterales izquierdos; su rostro permanecía sereno algunos segundos y luego... ella se estrujaba los parpados para contenerse. La nariz le goteaba y, solo en ese instante, inclinaba la cabeza mordiendo el labio inferior con tanta fuerza que lo enrojecía.

—¡Papá, dile algo!

Nathaniel negó, con una sonrisa.

—Bienvenido a la familia, chico.

Mitsue asintió, como en cámara lenta. Familia... Él ya tenía una, pero por algún motivo esas palabras lograron aliviar las dudas de su corazón.

CAPÍTULO 9

Mitsue frunció el ceño ligeramente, confundido, al entrar al aula de clases y encontrarse con un delicado y hermoso lirio amarillo [26] sobre su mesa, junto con una nota. Despacio y con las manos temblándole, la desdobló.

«¿Es así como me quieres?

Tú, estás capturando mi corazón”.

Wrapped in your arms, Fireflight.

¡Feliz segundo mes, Mitsue! ·:~:~:(*//////∇//////*)·:~:~:».

Con una sonrisa, se la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Ocho semanas, ¿quién Lo creería? Por supuesto, él no. Si alguien se lo hubiera dicho, la primera vez que la vio, de seguro se habría echado a reír. Porque bueno, ¿Isabella con alguien como él? Ni en sus mejores fantasías. Sin embargo, ahora se trataba de una realidad. Y, por supuesto, le causaba un miedo terrible que continuara avanzando. ¿Qué sucedería después, cuando el tiempo fuera mucho más y ella quisiera...? Suspirando trató de distraer su atención. Últimamente solo pensaba en eso y, la verdad, le hacía sentir confundido. ¿Era normal? No para el resto de las personas; sino normal *para él*. Apretó los labios. No. Y tenía que deshacerse de esas ideas absurdas.

Pero no quería.

Buscó su *smartphone* y le envió un mensaje de texto.

Mitsue: ¿Dónde estás?

Tomó el lirio y deslizó el dedo por los pétalos, lento, disfrutando de la sensación. De momento, la sonrisa de Isabella le vino a la mente. Ella siempre era tan brillante. Amable. Tan bella y perfecta. Él nunca le había tocado el cabello, se preguntó si sería igual de suave. Se imaginó a sí mismo haciéndolo, hundiendo su nariz en aquella selva dorada.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se llevó la flor a la nariz y cerró los ojos para embriagarse con el aroma. Casi lo sintió en su

interior, recorriéndole las venas junto con la sangre, como un fuego que lo llenaba. En contra de su voluntad, los pensamientos se dirigieron a una inusual interrogante: ¿cómo se vería ella desnuda? Mejor aún, ¿cómo se sentiría tener a Isabella debajo de su cuerpo? Rozar su piel de porcelana, aunque fuera un segundo, y... hacer el amor como una pareja normal. Lento, tierno. Sin humillaciones ni golpes de ningún tipo. Como un hombre y una mujer, tan solo eso. Nada más.

Sin ser forzado a ponerse un vestido ni usar maquillaje.

La suave vibración de su teléfono lo hizo reaccionar. «¿Pero qué mierda pasa conmigo?». Eso no debía de estar bien, pero era todo lo que podía desear a veces; sobre todo cuando Isabella trataba de tocarlo y él casi lo permitía. Respirando hondo, desplegó la barra de notificaciones.

Era ella.

Isy: Con mi cuñada, escondiéndome de ti. (●'艸'`)☞

Solo en ese instante, él se dio cuenta de que Shizuka no estaba en el salón. «¿Pero qué...?». Tan distraído se encontraba que no lo notó. Vaya guardián.

Mitsue: ¿Por qué te escondes?

Isy: Siento vergüenza(/ ▽ \ *)*

Mitsue rio por lo bajo. Oh, bueno, ¿qué sucedía con su novia? Estaba seguro de que la timidez e Isabella Jones eran enemigos mortales. Con todo, se le hizo adorable.

Mitsue: ¿Tú conoces el significado de esa palabra, en serio?

Isy: ¡Mitsue, eres taaan cruel! (ㄗㄗ_ㄗㄗ) Y ¿por qué no pones kaomojis, no eres japonés? ¡Quiero mis kaomojis!

Mitsue: Bueno, ¿y por qué tan avergonzada? Toma tu kaomoji: (* '—`)

Isy: Oh, no lo sé. Creo que porque nunca le había dedicado una canción a nadie. Jamás. Y se siente raro.

Eso le derritió el corazón. Él era... el primero. ¿Qué tan extraño podía ser? Deseó que se tratara de una especie de señal. Quizá fuera tonto de su parte, pero continuaba esperando la respuesta que no le llegó cuando era

niño. Que los malditos dioses que lo ignoraron, después de toda esa agonía, se apiadaran de su alma.

Mitsue: Gracias. Yo, eh..., también tengo algo para ti. Así que, ¿quisieras decirme dónde estás?

Isy: Voltea (◦ · ω ·)J

Mitsue giró sobre sus pies, de inmediato se encontró con la sonrisa amplia de Isabella. Y sus brillantes ojos verdes, viéndolo con vacilación. ¿Cómo era posible? Él estaba habituado a su efusividad, a esa energía constante que lo envolvía cuando estaban juntos. Pero esto era... espléndido. Enternecedor. Le gustaba. Todo de ella, en realidad. ¿Qué tan extraño sería si...?

Isabella caminó a paso lento, hacia él. Cuando estuvieron frente a frente, se llevó la cabellera detrás de la oreja. Mitsue siguió el movimiento con atención. Hechos tan triviales como ese a él le hacían desear tener el valor de tocarla. Nada más una caricia, suave y lenta, que le hiciera sentir parte de ella.

En lugar de eso, Mitsue buscó dentro de su mochila una pequeña caja roja y se la extendió de forma torpe.

—No tenía idea de qué obsequiarte, así que...

Isabella se mordió el labio inferior. ¿Cómo un hombre serio y frío como Mitsue podía llegar a verse tan adorable y hermoso tratando de explicarse? No tenía idea. Pero él hubiera podido regalarle un escorpión y a ella le habría dado igual si continuaba mirándola de ese modo.

«Lo amamos». Esa era una afirmación que no se atrevería a negar.

«¿Cómo llegamos a esto?». No quería saberlo, sin embargo, lo descubrió una semana atrás, cuando él le sujetó la mano y ella se sintió diferente: temblorosa, emocionada de un modo que desafiaba su lógica. Con deseos de robarle un beso, aunque el infierno ardiera.

Abrió la caja. Isabella contuvo la respiración tan pronto como se encontró con un broche para el cabello, de plata, que tenía forma de luna en cuarto menguante. Pero lo más impresionante fue ver sus iniciales en él: IOJ. ¿Cómo, santísimo Dios, sabía su nombre completo? Fuera de eso, había un par de aretes que hacían juego, solo que se trataba de estrellas.

Increíble, viniendo de alguien por completo estoico, que se negaba a dar

un nuevo paso en su inusual relación.

Las lágrimas le pincharon los ojos, Isabella las reprimió y se aclaró la garganta.

—E-están bellísimos, Mitsue, ¡gracias!

Él se relajó al instante.

—Sí, bueno...

Isabella rio, nerviosa.

—¿Cómo supiste...? Son mis iniciales.

Él se encogió de hombros.

—Le pregunté a tu madre.

—¿Y cuándo lo mandaste a hacer?

Mitsue vio hacia el lado contrario. Raro, mucho tratándose de él.

—Hace... tres semanas.

Isabella abrió los ojos, más de lo usual. Oh, cielos. ¿Qué tan idiota podía llegar a ser ella? Mitsue había pensado en esto cuando apenas tenían poco más de un mes como novios. ¿Se trataba, acaso, una señal de que tan solo era el inicio? Deseó que lo fuera.

—Y yo dándote una flor. —Apretó los labios—. Me siento *tonta*. Ven, vamos a la tienda, por unos aretes para ti.

—Pero a mí me ha gustado. —Ella no imaginaba cuánto. Lo hizo sentir especial, querido—. Y también la canción.

Bien. Eso era oficialmente lo más insólito y dulce que él le había dicho. «Y..., ¿qué le contestamos?». Una declaración como esa, viniendo de alguien como Shiroyama Mitsue, tenía que ser respondida con urgencia. Lástima, ella estaba demasiado atontada como para ser ingeniosa. «Mente, ¿dónde estás cuando te necesito?».

Silencio. Isabella se quejó en su interior. «¿Mente?». Jesucristo, ¿qué le estaba sucediendo? «Me encuentro anonadada. Lo siento Isy, estás sola». Ah, genial, lo que le faltaba.

Maldita su mala suerte.

—¿Quién eres y qué hiciste con el Señor Gélido, *eh*?

Mitsue vio hacia arriba y bufó.

—Eres imposible.

Isabella le sonrió.

—Ya, estoy nerviosa. ¿Me perdonas? —Parpadeó como una niña ingenua—. Por favooooor, bebé.

Mitsue casi jadeó.

—No me digas así.

Fingió inocencia.

—¿Cómo?

Él se entrecerró los ojos.

—Así.

—¿«Así», cómo, be-bé?

—Isy...

Ella se mordió el labio inferior, a la vez que sonreía. Oh, bueno, a lo mejor fuera tonto; pero le gustaba hacerlo rabiar. Se veía incluso más atractivo, deseable...

—Entonces, ¿prefieres «Mitsue cara-de-hielo»?

Mitsue gimió. Ah, mierda, ¿qué clase de novia fastidiosa tenía? Y aunque le hacía perder la paciencia la mayor parte del tiempo, él no quería que cambiara ni un poco. Isabella era la luna de su siempre oscuro y tétrico cielo. Su Estrella de Navidad. La única mujer capaz de despertar en él ternura y deseo; y de confundirlo tanto como para dudar de su propia existencia.

Increíble que lo hubiera logrado en tan poco.

—Solo Mitsue.

—O cariño, mi amor, novio... —La voz de Atsuko lo sobresaltó.

El aula estaba casi llena. Buscó a Shizuka con la mirada, la halló en su lugar, sentada, jugueteando con una pluma. ¿En qué momento había sucedido? Cuando estaba con Isabella, el tiempo parecía volar.

Le dedicó una mirada desdeñosa a Atsuko, ella se limitó a sonreírle. Ah, era la maldita burla de su grupo de amigos. Genial.

—Cierra la boca.

Ella movió los dedos, simulando humo.

—Uuuuh, qué miedo. —Rio—. Isy, tu novio necesita algo de sexo, ¿sabes?

El calor le quemó las mejillas. Mitsue se volvió hacia Isabella, consternado. Ella estaba roja, por completo y le temblaba el labio.

—Y a ti una vida, Atsu-*chan* —se defendió—. Eres taaan chismosa.

Ella le guiñó un ojo.

—Pero me amas.

—Te adoro, mitad de mi mitad. —Su otra parte era Shizuka.

Ambas rieron, incrementando el desconcierto de Mitsue. Y, bien, ¿más o menos qué era todo eso? Él no entendía. Pero antes de que pudiera preguntar, Isabella lo sujetó de la mano y lo jaló, haciendo que cayera sobre su propio

asiento. Luego se giró y se lo miró ilusionada.

—¿Cómo me veo?

Se había puesto el prendedor y los aretes.

—Te quedan bien.

—¿Y...?

—Te ves... —Su voz se ahogó por un instante—... te ves hermosa. *Muy* hermosa.

Isabella sonrió amplia y verdaderamente.

—Gracias.

Ella recostó la cabeza sobre el hombro de Mitsue y suspiró contra su cuello, causándole cosquillas. Era algo que él le permitía desde la fallida cena familiar. Aunque lo incomodaba, era capaz de ceder solo por ella.

Siempre por ella.

Y en aquel momento, mientras él se atrevía a deslizar sus largos dedos a través de la sedosa piel de las mejillas de su novia, Mitsue hizo el descubrimiento más asombroso de toda su corta vida. La razón por la cual siempre cedía cuando Isabella lo miraba a los ojos: él le amaba

CAPÍTULO 10

Isabella se paralizó tan pronto como le llegó una nueva notificación de *Facebook*, lo cual era usual tratándose de ella; sin embargo, en ese momento le pareció espeluznante. Igual o más que ver a Satanás bailando en tangas en las llamas del infierno. Imaginarlo le arrancó una leve risa, pero volvió a ponerse seria al instante, cuando se atrevió a dirigirse a sus solicitudes de amistad, y lo vio. Era él. Igual de rubio, quizá un poco más alto y con el cabello corto; pero él al fin y al cabo.

Nikita Mashkov, su exnovio.

Absoluto bastardo. El más grande hijo de puta.

Y continuaba viéndose como un dios griego, salido de alguna húmeda y decadente fantasía sexual.

Meses atrás, ella quizá habría caído de nuevo a sus pies. Porque sí, no iba a negarlo, le gustaban los chicos atractivos: pero... él se encontraba descartado. Y, además, estaba Mitsue. Su Señor Gélido, que le había robado el corazón. Y esperaba que otra cosa, aunque no fuera el momento para pensarlo.

Aun así, verlo sonreír en aquella fotografía removió cada uno de sus dolorosos recuerdos. Ella era una mujer fuerte, pocas veces se la veía llorar; pero en ese instante una silenciosa lágrima se deslizó por su mejilla mientras las imágenes desfilaban una tras otra en su cabeza, atormentándola. Casi volvió a oírlo, diciéndole a su mejor amigo lo fácil que era la «rubia idiota». Y, al juntar los párpados, Isabella se halló a sí misma, oculta detrás de una pared, siendo la más patética de las testigos del engaño del hombre que juraba quererla.

«Es tan estúpida. Le digo que es especial y ella se lo cree —había dicho Nikita, entre risas—. Dame otros cinco días y te traeré sus bragas de *Hello Kitty*». Esas palabras se le clavaron como cuchillos. Con todo, Isabella movió para confrontarlo. Y ¿qué obtuvo? Una mirada despectiva junto con su risa burlona.

Ella era un juego, nada más.

Él la humilló como nadie en el mundo, y ahora regresaba, ¿para qué? Todo quedó claro en aquella ocasión. Ella no era especial, solo una maldita apuesta que él casi ganaba.

Antes de que decidiera lo que iba a hacer, su *smartphone* vibró. Era un mensaje de Nikita. Con las manos temblorosas, Isabella se dirigió hacia su buzón y cliqueó sobre él.

Nikita Mashkov: He estado pensando en ti. Supe que ahora vives en Japón, me sentí mal por eso. Porque no pude arreglar las cosas antes de que te fueras. Sé que debes odiarme, pero realmente quisiera poder hablar contigo.

Le costó respirar. Mientras leía, Isabella se quedó sin aliento y las lágrimas comenzaron a brotar sin control, sofocándola. Necesitaba aire, no le llegaba a los pulmones. Boqueó en busca de él, todo lo que consiguió fue emitir un quejido hondo que alarmó a Mitsue.

Oh, cielos, había olvidado que estaban preparando su próxima exposición.

Isabella lo vio palidecer, a la vez que la tomaba por los hombros. Sus pequeños ojos miel estaban llenos de terror. ¿Qué aspecto horrible tenía como para que Mitsue se preocupara? Quiso sonreírle, fingir naturalidad. Lo intentó. Al final solo volvió a ahogarse con su propio llanto. Maldito fueran Nikita y todos sus ancestros, por llevarla a ese estado tan deplorable.

—¿Isy? —La zarandeó ligeramente—. Isabella... Isabella... ¡Respira, por favor!

Jadeó de nuevo e intentó hablar.

—¡Isabella!

El aire le llegó a los pulmones. Después de unos instantes, ella le sonrió.

—E-estoy bien. —Inhaló profundo—. E-estoy bien, Mit...

Por primera vez en lo que llevaba saliendo, él hizo la cosa más increíble de todas: la atrajo contra su pecho y la abrazó con tanta fuerza que volvió a dejarla sin aire. Y a pesar de eso, se sintió en paz. Protegida.

En casa.

«No me sueltes, cariño, o voy a romperme». Porque el dolor que le estaba causando el regreso de Nikita no significaría nada ante el abandono de Mitsue. Si él la dejaba..., ella estaba segura de que se moriría de tristeza. Amaba a ese chico, con todo su corazón.

—Gracias..., gracias... —murmuró. Y, después, la soltó como si hubiera recordado algo importante.

Isabella se secó el llanto y le regaló una sonrisa.

—Lo lamento.

—¿Qué fue eso?

Se debatió entre una mentira y confesar la verdad. Sin embargo, ¿qué pensaría su novio si le decía «Hey, ¿sabes qué?, mi ex volvió y es por su culpa que me he puesto como una loca. ¿Qué te parece»? No tenía idea, pero imaginó que nada bueno.

—Nada. —Fingió naturalidad—. Estoy bien. Sólo... Oh, no sé. Es que...

Él entrecerró los ojos.

—Cuando quieras dejar de mentirme, estaré dispuesto a escucharte, por ahora...

Ella titubeó, mordisqueándose el labio. «Lo chicos son territoriales, ¿sabías?, como perros en celo o algo así». Por supuesto, lo había notado en más de una oportunidad; aunque Mitsue no se les parecía ni un poco. Él era..., más bien indiferente, en toda la extensión de la palabra. Por eso le asombró que la hubiera apretado con tanta fuerza y desesperación, tan solo porque tuvo una pequeña crisis nerviosa.

«¿Cómo piensas que reaccionará, eh? De seguro no se pondrá feliz». Quizá, sin embargo, no podría escondérselo por mucho. Lo mejor era sincerarse.

—¿Recuerdas que te dije que había salido con dos chicos y... y uno quiso llevarme a la cama, para ganar una apuesta?

Mitsue parpadeó, confundido. Luego él la miró con tanta intensidad que Isabella se sintió desnuda y vulnerable.

—¿Qué hay con eso?

—Bueno...

Como toda respuesta, ella le mostró la pantalla. Mitsue leyó el mensaje, callado y serio. Demasiado. Cuando volvió a hablar ella pudo ver al chico de su primer día de clases: frío y cruel. La hirió en lo más profundo.

—¿Por qué te afecta? —Él no lo entendía.

—Oh, no lo sé, ¿será porque me hizo mucho daño y ahora quiere hablar como si nada? Ya sabes, en plan: hey, te hice daño, pero no importa. Paz.

Para él, continuaba careciendo de sentido. La única explicación que halló fue la más triste de todas: Isabella continuaba interesada en ese rubio de mierda, al que mataría a golpes de tener justo al frente. Mitsue casi se horrorizó al descubrir sus propios pensamientos violentos y posesivos. Aunque en el fondo, supo que si su novia quería dejarlo por otro, aunque

fuera ese bastardo sin valor, él no se opondría. Aun así, no fue capaz de detenerse.

—¿Sigues interesada en él?

Isabella se ofendió.

—Ah, mierda, ¿estás de joda? ¡Quiso acostarse conmigo, para ganar una apuesta! Eso duele, Mitsue. —Ella le frunció el ceño—. Entiendo que no sabes lo que se siente, porque nunca has tenido novia, pero...

Mitsue dejó de oírla en ese instante. «Ojalá no lo supiera». No era de ese modo. Si alguien sabía lo doloroso que podía llegar a ser, ese era él. Lo había experimentado del peor modo y continuaba punzando en su alma.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya estaba respondiéndole:

—Yo sé lo que se siente ser usado, Isabella, como una maldita puta sin valor. Por lo que, sí, te entiendo perfectamente.

—¿Qué?

«¡Mierda!». La había jodido. Ella no podía saberlo. Jamás. ¿Qué pensaría Isabella de enterarse que su novio no era otra cosa que la zorra de un desequilibrado mental? Que nunca dejó de serlo, aunque el hijo de perra llevara años enterrado. Porque en el fondo continuaba sintiéndose de esa manera.

Y a veces no podía dejar de preguntarse qué era en realidad. ¿Un chico, una chica, ambos o ninguno? Se veía como un hombre y le gustaban las mujeres; pero en ocasiones Naori regresaba para atormentarlo. Para recordarle que nunca sería nada más que la muñeca inflable de un...

—Olvídalo. —Suspiró—. Lo lamento, es que... no soporto a los hijos de puta.

Ella le sonrió, aunque no estaba convencida.

—Sí, bueno... —Titubeó—. No le voy a responder. Que se muera.

Él negó.

—Hazlo. —Mitsue se levantó, para ir hacia la cocina por un par de sodas. —Y así le aclaras que *estás conmigo*.

A pesar de que lo murmuró, Isabella logró oírlo y sonrió enternecida; aunque Mitsue no se percató de ninguna de las dos cosas. Estaba demasiado enojado y confundido como para hacerlo. Además, tenía un montón de trabajo pendiente y... Estaba celoso, jodida y realmente celoso; tanto como para sentirse inseguro. Porque tan solo había que mirar al hijo de perra para saber por qué Isabella fue su novia. Eso lo llevó a una nueva interrogante: ¿por qué estaba con él? Honestamente. No lo sabía, no le hallaba sentido.

Mientras caminaba de regreso, su *smartphone* sonó. Una solicitud de relación, en *Facebook*. Pero no cualquiera, una de compromiso, de su novia. Y, más o menos, ¿qué hacía? «Aceptarla, ¿no es lógico?». De no hacerlo, Isabella se iba a enojarse. Sin embargo, ¿era lo que él deseaba? Sin dudarlo, aceptó. Mientras ingresaba a su dormitorio, le llegó otra notificación: Nikita había indicado que le «entristecía». Aquello causó un torbellino de emociones contradictorias en él. La más intensa era el orgullo.

Hubiera dado lo que fuera por ver el asombro en su cara. «Maldito hijo de...». Pero ahora se trataba de Isabella. Apenas lo vio, ella le sonrió satisfecha.

—Eso fue rápido.

—Sí.

Ella vaciló.

—¿Estás enojado?

Negó, con la cabeza, extendiéndole una bebida, que ella probó de inmediato.

—No.

Isabella hizo rodar los ojos. Cuando habló, fingió un tono grueso, masculino.

—No, sí, no. ¡*Grr, agrrr, grrrr!* —Bufó y agregó con su voz natural—: Necesito algo más que eso, ¿sabes?

Mitsue se lanzó a su lado y se la quedó viendo un instante demasiado largo, para ella. Sus ojos la traspasaban, casi desnudándola. Se sofocó al instante.

—¿Por qué estás conmigo?

«¿Es en serio, chico?». Para ella era lo más evidente del mundo. Sin embargo, tenía que saber que para Mitsue quizá no. Él era cerrado y... Su corazón se derritió al ver la desesperación en su rostro, la duda; el miedo. Mitsue no estaba jugando cuando se lo preguntó, el realmente no lograba verlo.

—Porque... —Se mordió el labio, insegura—. Te amo.

Él permaneció un largo rato con los ojos muy abiertos. Parpadeó y abrió la boca, para hablar; ninguna palabra salió. Finalmente, después de tres interminables minutos, volvió a intentarlo.

—Yo... —Se atragantó con sus propias palabras—. Yo... yo también.

—¿*Eh?*

—T-te amo.

Eso era... increíble. Isabella acercó su rostro al de Mitsue e intentó darle un beso; pero él echó la cabeza hacia atrás antes de que pudiera al menos rozarle los labios. Aquello le cortó tan hondo, que sintió como si su alma estuviera desangrándose lenta, muy lentamente. Más que eso, creyó que moriría de pena.

—Lo lamento, Isy, yo...

Ella negó, fingiendo naturalidad.

—E... —Respiró profundo y le obsequió una de sus sonrisas deslumbrantes—. Está bien, no pasa nada.

Pero no era verdad. Mitsue fue capaz de verlo en sus rasgos torturados. Ella sufría, por culpa. «¿Qué clase de novio de mierda soy, que ni siquiera puedo besar a mi chica?». Uno que había sido violado hasta el cansancio, tantas veces y de modos tan horribles, que no le apetecía nada más.

«Debiste dejar que te besara». Lo deseaba, en lo más profundo, ser tocado por ella y probar sus labios. Quería enredar los dedos en su cabellera rubia y sedosa y olerla. Tan solo un poco de un dulce y suave contacto, que se llevara el miedo y el dolor.

Eso no sería posible.

Pensó en tomarla por sorpresa y hacer lo que ambos anhelaban; pero cuando se volvió hacia su novia y ella desvió la mirada, Mitsue se dio cuenta de que existía algo mil veces peor que ser violado por un enfermo, que lo obligaba a vestir como mujer: el dolor en los ojos de Isabella y ser consciente de que él lo había provocado.

CAPÍTULO 11

Mitsue leía en silencio. Isabella lo vio un largo rato, perdiéndose en sus facciones. No existía un solo momento en el cual ella no lo hiciera; sin embargo, en instantes como este le fue inevitable. Ella sabía de chicos: todos, excepto Nathaniel, eran idiotas; mujeriegos y adictos al sexo. Mitsue, no obstante, distaba de serlo. Él era solitario y reservado; pero cuando estaban juntos casi podía ver una pisca de inseguridad en su rostro. De temor. Más que eso, su eterna máscara de imperturbabilidad se desquebrajaba e Isabella quería creer que se debía a ella. Aunque ¿por qué alguien tan listo, guapo y fuerte como Mitsue se sentiría de ese modo por...? Y aun así, algo en el fondo le gritaba que era cierto.

Suspirando, ella se mordisqueó el labio. Mitsue continuaba ajeno a su presencia, como si nada hubiera sucedido. Como si momentos atrás no la hubiera rechazado cuando trató de darle un beso. El simple recuerdo le dolió, quemó en lo más profundo, como fuego infernal que se extendía por todo su ser. Ella realmente lo quería. Más que eso, amaba a ese chico. Y deseaba poder probar sus labios, que se veían suaves y carnosos; enredar los dedos en su lacia cabellera negra y...

Tan solo un breve contacto, nada más.

Pero, honestamente, ¿cómo acercarse a alguien que insistía en mantenerse lejos? Y, lo más increíble de toda esa hilarante situación: eran novios. Dios, ¿cómo se suponía que lo enfrentaría?

Mitsue deslizó la lengua lenta, muy lentamente a lo largo de sus labios y volvió la página del libro, sin siquiera voltear a verla. Estaba tan concentrado, investigando para su próxima exposición que él ni siquiera notaba que seguía ahí. Como si fuera invisible, él la ignoraba. No representaba un problema, no ahora que podía apreciarlo con calma mientras fingía estudiar.

Santo cielo, él era increíblemente atractivo. Casi andrógino, pero a pesar de lo delicadas de sus facciones, resultaba fácil adivinar que se trataba de un chico. Eran sus ojos; no, más bien lo profunda de su mirada, además de sus ademanes. Cuando la veía no le era posible evitar sentirse pequeña y... tan caliente.

¿Qué hacer con un hombre tan increíblemente sexi, que estaba a su alcance pero tan lejos a la vez? Uno tan apetecible y delicioso que incluso

despertaba sus pensamientos más obscenos. No besarlo, por supuesto, y qué decir de intentar llegar a segunda base o... tercera.

«Con gusto le entregaría mi virginidad». Podía parecer apresurado e infantil, pero su voz interior le decía a gritos que Mitsue jamás intentaría usarla, como Nikita.

Pero si ni siquiera le permitía acariciarlo.

«¿En serio, Isy? Así, ¿y ya? ¡Estás loca!». Quizá, pero no había nada de qué preocuparse. Mitsue no la tocaría nunca. Isabella pudo jurar que la mandaría al demonio la próxima vez que tratara de besarle.

Imaginarlo le dolió.

«No te preocupes Mente, estamos a *salvo*». Esa era la única y triste verdad. La simple idea hizo que deseara rodearlo con los brazos y apretarlo contra su pecho, para meterlo en su corazón. Por toda la eternidad.

Si tan solo él se lo permitiese.

Aclarándose la garganta, Isabella se dispuso a hablar, Mitsue se le adelantó:

—Lo lamento.

La angustia en su voz casi la lleva al llanto.

—No... no importa.

Él negó.

—Mientes muy mal.

Isabella fingió un gesto indignado. Oh, sí, y él era bueno leyendo a las personas. En serio, ¿había algo que Shiroyama Mitsue *no* hiciera bien? Por como ella lo veía, su novio llevaba la perfección grabada con fuego en su ADN.

Y eso le hacía amarlo un poco más.

—¿Y tú cómo sabes que miento, *eh*, Mitsue cara-de-hielo?

Él levantó la cabeza. Cuando sus ojos se encontraron, Isabella sintió que la traspasaban. De nuevo era pequeña ante él y estaba desnuda en su interior. ¿Cómo alguien que podía ver el alma de las personas no era capaz de mostrar la suya?

—Titubeas.

—¿Qué?

Un suspiro.

—Cuando mientes, tú titubeas; te trabas y miras hacia el lado contrario.

«Esto es espeluznante». Diablos, él era jodidamente bueno con eso. Aun así, ella no cedió.

—No es verdad.

—También entras en negación.

Isabella hizo rodar los ojos.

—¿Y tú quién eres, mi psicólogo?

Él se encogió sobre sí mismo.

—No. —Fue su turno, para dudar—. Aún soy tu novio, creo..., supongo.

Isabella lo miró, confundida. Mitsue inhaló profundo, buscando la fortaleza suficiente para dar el siguiente paso. Tenía que confesarle la verdad, al menos una parte; explicarle por qué no le permitía besarlo. O más bien por qué no lo hacía él. Pero ¿cómo ser honesto cuando el miedo lo paralizaba? Temía que Isabella no lo entendiera, que se alejara de él y... lo rechazara por algo que no podía cambiar. «No debes decirle». Quería; lo necesitaba.

Mierda, era su novia, la única que había tenido en sus recién cumplidos veinte años, ¿cómo no sincerarse? Era su chica, la mujer que amaba; con la que quería avanzar y... «Va a rechazarte. Va a mirarte como a un fenómeno. Dejarás de gustarle. Ya *no* te amará, ¿eso quieres?». Por supuesto que no; pero tampoco podía continuar sometiéndola a su indiferencia. Ella no lo merecía.

—¿Crees? —Su voz se elevó una décima—. ¿Piensas dejarme o qué?

Él sacudió la cabeza, negando.

—Pensé que tú lo harías.

—¿Por qué?

Mitsue no quiso verle a los ojos. No deseaba que ella descubriera la verdad.

—Sabes por qué.

Isabella se estiró para poner una mano sobre su mejilla. El contacto, cálido y suave, alivió momentáneamente su dolor. Cuando ella lo miraba él no se sentía hecho pedazos; al contrario, casi podía creer que era humano de nuevo, un hombre y que valía la pena. Que merecía su amor. Que... podía ser feliz.

—No lo voy a negar —murmuró—: me duele no poder... besarte. Pero Mitsue, *no te dejaré* por algo estúpido, ¿sabes? Chico, soy un poco más fuerte de lo que parezco. Y testaruda. —Le sonrió—. Y... te amo, lo digo en serio.

Eso no lo calmó. «También te amo, Isy, pero estoy roto y tengo tanto miedo». Quería tener el valor necesario para abrirse con ella y contarle al menos un poco sobre su pasado. No podía.

No quería arriesgarse.

—Isabella... —Tragó el nudo que le impedía hablar—. Mira, yo no puedo besarte.

—¿Por qué, no te gusto?

—Diablos, ¡sí! *Mucho*, como que me vuelves loco; pero...

«No lo hagas. No seas patético. ¿Crees, de verdad, que alguien tan perfecto como ella va aceptar quien eres, looo que eres?». No. Por mucho que dijera amarlo, Isabella Odette Jones huiría tan pronto como le confesara sus pecados. La horrible realidad.

Y con todo, él...

—¿Pero?

Mitsue colocó su propia mano sobre la de Isabella y le acarició mientras la miraba. Sus ojos, el dolor que había en ellos la quemaron en lo más profundo. Oh, Dios, su Señor Gélido sufría terrible e intensamente; y ella no tenía idea del porqué.

—No puedo. —Hizo una corta pausa, para tomar aire—. Aunque lo desee y me gustes; y cuando te mire... lo único en lo que pueda pensar en es ti y tus labios y... tu cuerpo. *No puedo*, Isy.

Aquellas palabras marcaron su corazón como el hierro caliente. ¿Por qué? Mitsue admitía que le gustaba, que la deseaba y aun así él no se permitía si quiera darle un beso. «¿Qué me escondes, cariño?». Fuera lo que fuera, lo enfrentarían juntos. Y si se trataba de Satoshi, si ese bastardo hijo de puta le había hecho algo, que Dios se apiadara de su alma; ella sería capaz de matarlo con sus propias manos.

—¿Por qué?

Su propia voz se quebró. Limpiándose las lágrimas, que descendían por sus mejillas, Isabella lo miró a los ojos, esperando hallar la respuesta.

—No puedo decirte. No quiero que dejes de mirarme así. —Mitsue contuvo un sollozo—. Cuando lo haces, me siento completo y amado; como si en realidad...

Calló. Isabella fue capaz de entender su silencio. ¿Cómo había sido tan ciega y tonta? Su actitud pedante e indiferente, el miedo al contacto físico... Su chico fue herido de un modo horrible. «Mitsue, a ti...». Se negó a completar el pensamiento, aunque su mente lo intentase y el dolor estuviera golpeándola. «Déjame ayudarte. Permíteme *amarte*».

—¿Yo... yo puedo darte un abrazo, por favor?

En silencio, Mitsue confirmó con la cabeza. Entonces ella lo rodeó con

sus brazos y lo atrajo hasta su pecho. Aunque él no lloró, Isabella lo sintió estremecerse y suspirar. «Mi pobre novio». Pero ella no le tendría lástima, jamás. Mitsue era un hombre fuerte, no podía humillarlo de esa manera. No lo merecía. Era demasiado bueno para eso.

Él se alejó despacio. Isabella carraspeó y le regaló una sonrisa burlona.

—Eres un dramático, ¿sabes?

La confusión en su rostro la enterneció.

—¿*Eh?*

—Pues, sí. —Rio bajito—. Solo tenías que decirme: «No sé besar, Isy», y ya. —Suspiró—. Ay, los chicos son taaan tontos.

Por primera vez, Mitsue le sonrió con agradecimiento.

—Eres imposible. No sé cómo te soporto.

Ella le mostró la lengua, interpretando el *akanbe*.

—Pero me amas, no puedes negarlo.

Mitsue asintió, tomando su libro. La tecnología era útil; pero Satoshi los había obligado a estudiar a la antigua: con resaltadores y papel. Si era sincero, le gustaba un poco más.

—Tenemos que terminar esto —dijo.

Isabella bufó, aparentando enojo.

—Además de dramático, *aburrido*. «Tenemos que terminar esto», ¡*gah!*

«Gracias», pensó él. Y se refería a mucho más que el hecho de haberlo tratado con naturalidad. Isabella se llevaba lejos toda su tristeza, con tan solo una palabra. Y a pesar de que era un cretino la mayor parte del tiempo, ella lo amaba sinceramente... y con todo su corazón.

CAPÍTULO 12

Mitsue trató de concentrarse en lo que decía el profesor Nakamura; falló del modo más horrible. El hombre era un genio, pero mortalmente aburrido, y sus chistes eran malísimos, incomprensibles. Le hacían querer salir corriendo sin siquiera mirar atrás. Otra cosa podía hacer. Se encontraba atrapado en un lugar que odiaba, estudiando una carrera que lo hacía sentir asfixiado. Sin embargo, estaba bien de esta forma, de no haber sido por aquel insignificante detalle no habría conocido a Isabella. Además de que era su deber proteger a Shizuka porque, si era honesto, ella no podía hacerlo sola.

Solía repetírselo, para hallar la fortaleza necesaria y permanecer en su lugar como un soldado de guerra.

Se lo debía a sus padres.

Isabella, a su lado, se desperezó. Mitsue se compadeció de ella. Debía ser incluso peor para alguien tan alegre e inquieto. A veces se preguntaba si nunca le faltaban las fuerzas. Entre la universidad, la floristería; sus noches de mujeres, las compras y todo lo demás, le sorprendía que aún tuviera tiempo disponible para él.

Ella le dedicó una mirada suplicante. Cuando habló, su voz fue un murmullo:

—*Be a good boyfriend and... kill me, please.*

Mitsue hizo rodar los ojos. Sí, y también era la chica más dramática que conocía.

—¿Por qué me hablas en inglés?

Ignorándolo, ella hizo como si se apuñalase el corazón repetidas veces con un chuchillo invisible.

—*Kill me... kill me... kill me please.*

—No seas exagerada.

Isabella le frunció el ceño.

—No lo soy —se quejó—. Pero te juro que si vuelve a contar el chiste de Platón, me suicidaré aquí mismo, justo frente a ti, y será muy *sangriento*. Baldes enteros de mi sangre, piénsalo.

—¿Ves? Exagerada. No es tan malo.

No, el hombre era terrible, como un *seppuku* ^[27] mental.

Ella gimió entre dientes.

—*Kill me, please*. Hablaré en inglés hasta que lo hagas, Mitsue, lo sabes. Él negó.

—No lo dudo, pero si lo hago, ¿quién me torturará con sus horribles apodosos?

Isabella le sonrió. De nuevo, era ese gesto cálido y acogedor, como un abrazo, que lo hacía desear mil cosas que se prohibía a sí mismo.

—Oh, Mitsue, eres taaan cruel.

Antes de pensar en una respuesta, alguien abrió la puerta del aula. Por ella entró un muchacho alto, vestido como un motociclista *punk*, de lacia cabellera negra que le llegaba hasta las clavículas y con un profundo para de ojos oscuros, completamente, tanto que parecían negros. Pero lo que más le impactó fue la frialdad que había en ellos. Mitsue solo la vio una vez: cuando su hermana y él fueron raptados. En ese momento, aquel desequilibrado mental había tenido la misma expresión estoica y mirada vacía. Como si careciera de emociones o se tratase tan solo de un cascarón hueco.

El recordarlo le heló la sangre.

El recién llegado ladeó la cabeza y le mostró media sonrisa a... Shizuka. Mitsue estuvo seguro. Eso encendió todas sus alarmas. Nadie, mientras él estuviera vivo, le haría daño de nuevo. Lo había jurado años atrás y lo cumpliría a cualquier costo.

Isabella se inclinó hacia el frente y murmuró a la oreja de Shizuka:

—Le gustas al nuevo.

Ella se giró sobre y la vio, confundida.

—¿*Eh*, qué?

Isabella le guiñó un ojo, pese a que Mitsue no estaba nada contento por su comentario.

—¿Cómo que «qué»? No te hagas, ¿viste cómo te sonrió? Bueno, está guapísimo.

¿Guapísimo? Y una mierda. Mitsue entrecerró los ojos, enojado. Ese chico era misterioso y aterrador. Tenía un aura fría que incluso desafiaba a la propia. Lo hacía sentir nervioso, en peligro, y con temor por su hermana. Isabella no podía estar hablando en serio.

Shizuka vaciló.

—No, yo...

—Cariño, cuñada de mi corazón, créeme: le interesas. —Rio como una niña—. Así que prepárate, se ve muy *intenso*.

Mitsue casi gimió.

—Isabella...

Ella lo vio con inocencia fingida.

—¿Qué, *celoso*? —Le acarició la mejilla—. Es atractivo, pero tú estás hecho para el pecado.

Eso no lo tranquilizaba, en absoluto. El profesor Nakamura carraspeó, llamando la atención de todos. El silencio reinó tan pronto como el muchacho se paró en el centro.

—Mi nombre es Aoyama Ryūji, mucho gusto —dijo e hizo una inclinación hacia el grupo.

Su voz era profunda y carente de emociones. El profesor suspiró fastidiado, rascándose la nuca, y dijo con su eterno tono apático:

—Bueno, Aoyama-*kun*, siéntate junto a Shiroyama-*chan*. —La señaló—. Pídele sus apuntes y ponte al día.

Ryūji asintió.

—Sí, profesor.

Ryūji caminó como un depredador hacia su presa, arrogante, y tomó asiento junto a Shizuka. Ella lo observó durante un rato, en silencio, bajo la mirada atenta de Mitsue e Isabella. Si ese idiota intentaba pasarse de listo, él lo mataría a golpes; por mucho que su padre le hubiera prohibido involucrarse en más riñas.

Aunque llevase casi un año sin meterse en problemas.

Ryūji acercó sus labios a la oreja de Shizuka y susurró algo que la puso nerviosa, tanto que comenzó a temblar. Mitsue carraspeó.

—No vuelvas a hacer eso —dijo—. Por tu bien, Aoyama, no lo hagas.

Ryūji movió los hombros, dándole a entender que no le importaba ni un poco. Ni siquiera se giró, para responderle. La furia de Mitsue se incrementó. ¿Quién mierda se creía?

—Si no, ¿qué?

«Hijo de puta». ¿En serio? Pues iba a mandarlo al infierno, eso haría. «Bastardo».

—No querrás saberlo.

Un bufido. Ryūji se estaba burlando de él.

—Como digas.

Mitsue iba a rebatir, Shizuka se giró hacia él y, sonriéndole de forma amable, negó.

—Mitsue-*nīsan*, no. Recuerda lo que dijo padre: no más peleas.

Cruzándose de brazos, asintió de mala gana. A su lado, Isabella soltó una risita. ¿Y qué coño le parecía tan cómico? Nunca entendería a las mujeres, menos a su novia.

—Ya, bebé. —Isabella le sujetó la mano, para tranquilizarlo—. Cálmate. Mitsue se obligó a sí mismo a respirar.

—Solo por la señorita. Pero más le vale a Aoyama no acercársele sin su permiso o yo olvidaré las órdenes del señor Satoshi y le patearé el culo.

Ryūji finalmente le dio la cara. Él, enarcando una ceja, lo miró con burla.

—Cuándo y dónde quieras, *Mitsue-nīsan* —dijo—. Me encantaría hacerte mi perra, créeme.

Y bastó para nublarle el juicio. Aquellas palabras fueron el detonante que Mitsue necesitó para defender el honor de su preciada hermana y el propio. Nadie, nunca en la vida, deshonraba a un Shiroyama sin ser castigado.

—¡Eres hombre muerto, Aoyama! —Casi gruñó.

Isabella vio en cámara lenta cómo Mitsue se lanzaba contra Ryūji, con tanto odio y furia que incluso sintió temor. ¿Qué, por Dios santo, estaba ocurriendo? Ella no conocía esa faceta suya, ¿desde cuándo su indiferente, a veces adorable y tímido, novio era una bestia asesina sedienta de sangre? No tenía idea. Pero la cólera que lo llenaba se hacía evidente.

Su hermoso rostro se encontraba deformado por una mueca espantosa que le erizó cada vello del cuerpo. Y mientras Mitsue estaba sentado sobre el abdomen de Ryūji y lo golpeaba en la cara, vez tras vez, y sus compañeros de clases gritaban, al igual que el profesor; Isabella solo sintió deseos de llorar. ¿Quién era ese y dónde estaba su chico? Sin embargo, lo más impresionante fue darse cuenta de que Ryūji no se defendía. Por el contrario, se estaba dedicando a incrementar la ira de Mitsue con burlas, diciéndole que golpeaba como marica.

¿Era un sueño? De serlo, quería despertar.

Los estudiantes comenzaron a hacer apuestas..., a favor de Mitsue. ¿De qué se había perdido durante todos esos meses? Aún peor, alguien lo llamó «asesino».

Alargó la mano hacia él, para detenerlo. Si no lo hacía, Ryūji iba a terminar seriamente herido. Por Dios, si hasta estaba sangrando.

—Mit...

Shizuka se le adelantó, ella se aferró a la espalda de su hermano y

suplicó:

—¡Basta! Por favor, detente... detente, *nīsan*, por favor. No más...

Como si hubiera recordado su propia existencia, él obedeció. Consternado, se puso de pie y se giró hacia Shizuka, para tocarla; ella se echó a correr.

—Hermana... —La voz se le quebró—, Shizuka...

Isabella lo detuvo, sujetándolo del brazo.

—Déjala.

—Pero tengo que...

Isabella negó, con un nudo en la garganta.

—Déjala, Mitsue, necesita estar sola. Soy mujer, sé de lo que hablo.

Como si no hubiera sucedido nada, Ryūji se levantó, limpió la sangre de la comisura de sus labios y les sonrió irónico.

—Lo pasé bien —dijo—. Cuando quieras lo repetimos.

Y sin darle oportunidad de rebatir, él se fue para buscar a Shizuka. ¿Qué clase de enfermo mental era Ryūji? Cielos, sí, era jodidamente atractivo. Delicioso, apetecible. Pero igual de loco que una cabra. Y Mitsue... Isabella vio la desesperación y el dolor en su rostro. Como un niño abandonado bajo la lluvia, él parecía contener el llanto. Supo que se debía a las últimas palabras de Ryūji, ¿qué significado tenían?

—Soy una mierda —susurró, aunque Isabella logró oírlo.

—¿Qué? ¡No! —Trató de tocarlo, él se lajeó—. Mitsue, por favor...

El profesor Nakamura maldijo entre dientes.

—Shiroyama-*kun*, ¿qué sucedió? Iba tan bien y ahora... —Suspiró, con tristeza—. Recoja sus pertenencias, no puede permanecer en mi clase.

Mitsue inclinó la cabeza. Isabella quiso llorar por él.

—Sí.

En silencio, él obedeció, bajo las miradas de sus compañeros. Luego caminó hacia la puerta, antes de que saliera, el profesor añadió:

—Agradezca que su padre sea un hombre tan influyente; de otro modo, ya habría sido expulsado.

Mitsue no respondió. Cuando Isabella fue detrás de él, la detuvo sin mirarla.

—Quiero estar solo, Isy, por favor.

—Pero...

—Por favor.

Entristecida, ella volvió a su lugar y Mitsue se fue.

No tenía sentido. Mitsue había pasado de ser un chico distante y callado, a uno violento que casi mataba a golpes a otro. Se frotó los párpados, para no llorar. Atsuko se sentó junto a ella y trató de consolarla.

—Ryūji debió de cabrearlo mucho, porque no lo había visto tan furioso desde... —Apretó los labios, pensando—. Oh, no sé cuál fue peor, si cuando ese chico tocó el trasero de Shizuka o aquel otro se le insinuó *a él*.

—¿Qué? —No pudo esconder el asombro en su voz.

Atsuko asintió, casi con vehemencia.

—Antes de que llegaras, él solía meterse en muchos problemas, Ahí donde lo ves, es una máquina asesina, como *Terminator* o algo así. Estuvo a punto de ser expulsado, pero su padre es el mejor, mejor amigo del fiscal Harada, quien es el más influyente del país y el padre de Mineko, Sanji y Genji; así que solo lo enviaron a terapia, pero creo que nunca fue.

El nuevo descubrimiento le aterró. ¿Qué otras cosas terribles ocultaba Mitsue? La explicación de Atsuko no esclarecía sus dudas.

—¿Ya ha hecho esto antes?

Ella confirmó, repetidas veces.

—No tienes idea. —Silbó, por lo bajo—. Una vez, incluso, le quebró el brazo a un chico, solo porque se le insinuó... *sexualmente*, ya sabes. El pobre no regresó.

—¿Q-qué?

—¡Se puso como loco! Fue en San Valentín. El se llamaba... ¡Takahiro! Era muy guapo, ¿sabes?, hermoso y gay. Estaba *enamorado de Mitsue* y se le insinuó, con chocolates y todo. Pero tu novio enloqueció y casi lo mata a golpes.

«No puede ser». Y con todo, lo había presenciado. ¿Por qué Mitsue estaba lleno de tanta ira? ¿Se debería a su...? Oh, cielos, era por eso. Tenía que ayudarlo de alguna manera.

—¿Y solo golpeaba a los homosexuales?

Atsuko negó.

—*Nah*, solo a cualquiera que tuviera el valor de molestar a su hermana. —Se mordió el dedo pulgar—. Ella es intocable, para él. Los pocos que lo desafiaron terminaron mal, muy mal.

Eso explicaba las apuestas y las palabras del profesor.

—Mierda.

—Sí, Ryūji debió de hacer algo muy malo, para que lo atacara así. —Atsuko bufó—. Pero no te preocupes, su padre hará algunas llamadas y lo

tendrás aquí de nuevo..., *hum...*, mañana.
—Eso espero.

CAPÍTULO 13

Satoshi contuvo una sarta de maldiciones cuando el rector Yoshimoto amenazó con expulsar a Mitsue con malas referencias, lo cual no podía permitir. Aquello, en un país tan exigente, habría significado el final de su joven vida. ¿Quién en su sano juicio iba a aceptar en su universidad a un chico problema? Y qué decir de ofrecerle un empleo. Nadie, por supuesto, ni siquiera él. Sin embargo, Mitsue era su hijo, al que le debía más de lo que su propia vida, e iba a protegerlo sin importar el costo.

Porque no fue capaz de evitarles él y a Shizuka el horrible sufrimiento al que se vieron sometidos una vez. Y eso aún le corroía el alma.

—Entiendo —respondió viendo por el rabillo del ojo a Mitsue, que recién llegaba—. Sí, perfectamente. Pero estoy seguro de que el fiscal Harada *no* lo hará. —Hizo una pausa corta, indicándole a Mitsue con una seña que esperara—. No, no es una amenaza. Sí, comprendo. Sí, hablaré con él. Gracias, que tenga una buena tarde.

Colgó, suspirando, y se volvió hacia su hijo.

—Explícame.

Mitsue se encogió de hombros. ¿Y qué deseaba oír, si ya sabía la respuesta? «Sucede que soy un idiota, padre», pensó. Más que eso, se sentía humillado. Las palabras de Ryūji habían picado duro en su interior, devolviéndolo al pasado que solo Isabella le hacía olvidar. Quizá le dio una paliza, pero Aoyama terminó haciéndolo su perra... al menos de forma sentimental. Así se sentía.

«Cuando quieras lo repetimos». Aquello fue lo peor. Eran las mismas palabras que solía decirle el hombre que lo mantuvo encerrado, luego de... Se negó a culminar el pensamiento.

Pero al final, no pudo. Terminó recordando su tortura.

—Inicié una pelea.

Satoshi gruñó.

—No, explícame por qué.

Caminó hacia él y trató de tocarlo, Mitsue se alejó. La tristeza en su rostro fue como recibir un golpe en lo más profundo, pero ¿quién podía culparlo? No soportaba el contacto físico con otro hombre. Aunque lo que realmente lo atormentaba era sentir que no merecía el amor de Satoshi; que lo

viera con esos ojos amables y... más que nada, que insistiera en decir que era su hijo.

¿Acaso no lo veía tal cual era? Estaba maldito, sucio, condenado. Y había hecho algo tan horrible que aún ahora continuaba teniendo pesadillas con el hecho.

—Asustó a Shizuka —dijo, con los dientes apretados—. Tenía que...

—¡Tú no tenías nada! —La amargura en la voz de Satoshi no pasó desapercibida—. Tú no tienes que hacer nada, además de ser feliz.

Mitsue lo miró y una pena desoladora lo desgarró por dentro. ¿Feliz, él, y cómo? Maldita sea, que alguien le dijera cómo lograrlo porque cada vez que lo intentaba, la vida le daba una patada en el culo para hacerle saber que no podía. Que le estaba prohibido. Ahora, se encontraba incluso seguro de que Isabella lo mandaría al demonio. Él vio el terror en sus ojos siempre alegres, ¿qué chica buena, como esa, continuaría al lado de un enfermo como él?

La idea le dolió en el corazón.

—Mi deber es proteger a la señorita de...

—¡No tienes ningún deber, Mitsue! —Satoshi dio dos pasos largos y lo enfrentó con su mirada triste—. No sabes lo mucho que lamento haberte dicho esas palabras, eras un niño y yo creí que...

La voz de Satoshi se desvaneció, sin embargo, Mitsue fue capaz de comprender el silencio. Su padre no tenía idea. Ya no se trataba de lo que le dijo cuando era pequeño, sino de algo más profundo: nadie volvería a dañar a Shizuka mientras él tuviera un soplo de vida en el cuerpo.

Era una promesa.

—Me lo juré a mí mismo, la señorita...

Satoshi le colocó las manos sobre los hombros. En contra de su voluntad, Mitsue se mantuvo firme y no lo alejó.

—Es tu hermana y yo tu padre. —Emitió un largo y cansado suspiro—. Por favor, Mitsue, déjalo ir.

«¿Cómo lo hago?». Que le explicara, ya que él no tenía ni una idea, por pequeña que fuera. Estaba atado de manos y pies, enterrado en el infierno, muriendo y... «Si fuera tan sencillo». Pero no lo era. Nada. Nunca.

Asintió despacio.

—Lamento haber causado problemas, no volverá a suceder, señor.

Dio un par de pasos hacia atrás y se inclinó a modo de reverencia. Satoshi se frotó los párpados.

—¿Algún día me dirás «padre» de nuevo?

Mitsue negó.

—No lo merezco —dijo, y se fue antes de alcanzar a oír su respuesta.

Cuando llegó a su dormitorio, dejó la mochila en el suelo y se sentó con las piernas cruzadas sobre el *futon*. Recorrió el espacio con la mirada y lo halló deprimente: techo blanco, paredes celestes y grises, sin ningún adorno. Una cómoda, sobre la que se hallaban todos sus libros en orden alfabético, algunos productos de higiene personal y una lámpara. En una esquina, estaba un espejo largo y antiguo...

Triste, en comparación con las recámaras de Taiki, Yohei o cualquiera de sus amigos.

Exhalando, sacó su *smartphone*, se colocó los auriculares y reprodujo un poco de música. Le habría venido bien algo de Maximum the Hormone, Cradle of Filth, Gallhammer, Amebix, Impending Doom; pero no... las canciones más melosas y dramáticas de the Gazette, Sleeping Romance, Michael Sweet, Exist†Trace, Evanescence y Black:list.

Mucho menos *Zetsubou ni Sayonara*, de Kagerou.

Las lágrimas no se detendrán,

el temblor no se aliviará.

Estoy asustado de mi propio sueño...

«Estoy jodido». ¿Qué le ocurría? Tan solo deseaba llorar y desaparecer. Pero, más que cualquier cosa, necesitaba la compañía de Isabella. Su calor. Quería fundirse en un abrazo y simular que todo estaba bien, tal vez decirle lo que escondía; pero siempre que trataba se quedaba paralizado gracias al miedo.

Y ahora solo podía desear...

Levantó la cara y se encontró con los ojos de su hermana, tistes. Casi parecían más oscuros. La vergüenza lo golpeó. Era su culpa. Retirándose un auricular, Mitsue se preparó para sus reproches. Aunque ella nunca le reclamaba, en absoluto, pensó que esta vez sí se lo había ganado. En lugar de eso, Shizuka se colocó a su lado, tan cerca que su calor lo envolvió, llenándolo de sentimientos dolorosos y confusiones; tomó el auricular libre y se lo llevó a su propia oreja.

Estaba sonando *Demons*, de Born. Vaya canción inapropiada; aunque de cierto modo le hacía pensar en su extraña relación con Isabella.

«Soy un enfermo».

Shizuka no dijo ni hizo nada hasta que la canción terminó. Luego, ella le obsequió una sonrisa amable, a la vez que ladeaba la cabeza y el cabello le caía sobre el hombro, de forma grácil.

Era bella. Y él la había roto tanto.

—¿Estás bien?

Oh, bueno, eso no era lo que él esperaba. Le alivió que no estuviera molesta.

—Sí, ¿y usted? Lamentó haberle avergonzado, es solo que Aoyama...

—Es aterrador, ¿cierto? —Suspiró—. Pero es como tú.

Mitsue no supo si sentirse ofendido, confundido o ambos. Estaba malditamente seguro de que no se parecía a ese arrogante de mierda.

—¿Cómo podríamos parecernos?

Shizuka se mordió la comisura del labio, en silencio, varios minutos. Mitsue esperó por ella, sabía que buscaba las palabras adecuadas.

—No sé... Creo que está triste, pero trata de ocultarlo, así que finge ser rudo y...

—Yo no hago eso.

Ella asintió, con entusiasmo. Ah, diablos, ¿así de ridículo se veía y actuaba? Perfecto, era un completo cretino.

—Estás triste, aquí. —Shizuka colocó la palma sobre el pecho de su hermano—. Pero usas esa máscara, para alejar a las personas.

Ella no tenía idea. Mitsue se frotó los párpados mientras suspiraba. Shizuka tenía razón y, como si fuera poco, era más honesta en cuanto a sus sentimientos. Aunque también se ocultaba, ella no pretendía espantar a las personas. Ni siquiera lo intentaba, porque odiaba la soledad. En cambio él... Prefirió cambiar el tema.

—Entonces, ¿no me odia, por haber golpeado a Aoyama?

Shizuka dejó salir una risita infantil.

—Claro que no, aunque..., ¿no has pensado que podrían ser amigos?

Asombrado, Mitsue parpadeó para asegurarse de que no soñaba. ¿Estaba loca? ¿Él y Ryūji, amigos? Nunca. Que se olvidara de esa idea.

—Fingiré que no dijo eso.

Shizuka infló las mejillas, en un gesto que le hizo recordar su pasado. Cuando eran felices, verdaderamente, y soñaban con un futuro brillante y pintado de colores. Ese que jamás llegó.

—Dijiste lo mismo con Yohei.

Sí, era cierto. También con respecto a Taiki, Eun-Hye, Atsuko; Sanji y Genji... y todas las personas que conocía, pero...

—Yohei nunca la hizo sentir incómoda.

Eso era todo. En cuanto a él, Aoyama Ryūji nunca sería su amigo y, más aún, no volvería a acercarse a Shizuka, si podía evitarlo.

A menos que ella quisiera.

CAPÍTULO 14

Mitsue contuvo la respiración, afectado. Era la indicada para ella, y por «indicada» se refería al hecho de que explicaba a perfección sus deseos y sentimientos; lo que no podía decirle a Isabella con palabras. Porque siempre que estaban juntos, su mundo de estremecía; y cuando ella lo tocaba... él sentía que el fuego le recorría las venas, llenándolo despacio. Pero no podía acercarse, más bien, no sabía cómo. Su conciencia, los recuerdos de su amargo pasado no se lo permitían.

Sin embargo, ahora podía hacerlo de un modo que no le hiciera sentir tan vulnerable. Aunque, en el fondo, se consideraba a sí mismo patético. ¿Desde cuándo él se preocupaba por esos detalles insignificantes? Oh, bueno, quizá desde que Isabella llegó como un vendaval rubio. Cuando se metió en su solitaria vida, sin consultarle siquiera, y la llenó de colores. De luz y felicidad.

Mierda, se estaba volviendo cursi; aunque no le importó. No a estas alturas.

«No durará». Probablemente, pero Mitsue deseaba pensar que sí. Creerlo. Que incluso cuando supiera la verdad de su pasado, Isabella no lo abandonaría. Que no iba a dejar de amarlo.

Que continuaría creyéndolo... un hombre.

«Eso no pasará». No importaba, él se aferraría a esa idea.

Detuvo la canción y se dedicó a seleccionar imágenes y fragmentos de videos de películas que a ella le gustaban. La mayoría de *Disney* y del *Estudio Ghibli*. Le había costado reunir toda la información, pero agradecía que Sumire no pudiera mantener la boca cerrada. Ella se la proporcionó casi con euforia. Mitsue se estremeció de tan solo recordarlo. La madrastra de Isabella le aterraba, y mucho. Era incluso más enérgica que su hija, fuera de escandalosa.

No sabía por qué, pero a Isabella le fascinaban las animaciones, empalagosas y melodramáticas. Sus dos favoritas eran *Mononoke-hime* y *La Bella Durmiente*. Incluso decía que ella y Aurora se parecían tanto como para ser mellizas. Pero si se lo preguntaban, Isabella era mucho más linda y, fuera de eso, real.

Sus propios pensamientos lo avergonzaron. «¿Desde cuándo somos

sentimentales, *eh?*». No tenía ni una miserable idea. Tratando de no distraerse de nuevo, él continuó cortando y pegando en el programa de edición, al mismo tiempo que pensaba en qué palabras usar. ¿Qué demonios se le decía a una novia en un video casero de esa clase? Aún más, ¿bajo qué excusa se lo haría llegar? Porque hasta donde sabía, no estaba celebrando nada, en absoluto. Y su cumpleaños había sido en agosto veinticinco...

Estaba jodido.

Resoplando, Mitsue cerró los ojos, para pensar. Las palabras de Isabella, las de la nota que estaba en el ramo de flores que le envió aquella vez, le llenaron la cabeza: «... Lo que tú me haces sentir, lo que eres para mí». En ese instante, él casi se había quebrado gracias al conocimiento de lo importante que era para ella. Ante la absoluta felicidad de saberse amado.

«Pero... ¿qué es Isabella para mí?». El caliente sol de verano, que se llevaba el frío de su alma. La estrella más brillante de su oscuro cielo. Los colores que teñían y le daban vida a su triste y gris existencia. Isabella era, para él, la perfección y la gloria. Su felicidad.

Un huracán, la mayoría de las veces; aunque también fuego y pasión.

El corazón de Mitsue latió acelerado, al imaginarla frente a sí, con esa sonrisa amplia y verdadera que siempre le regalaba. Viéndolo con sus brillantes ojos verdes, perfectos, y... Se mareó, sintiéndose diferente. Su entrepierna dolió debido a la urgencia de su contacto. Quería tomarla. Oh, maldita mierda, la deseaba como nunca antes lo hizo con nadie. Sin embargo, y con sinceridad, ¿era correcto? ¿Estaba bien verla, en el lugar más oscuro de su mente, junto a él... como una pareja? Anhelar el suave tacto de sus manos y sus besos; sentir su tibio aliento haciéndole cosquillas en la piel. ¿Qué tan enfermo era pensar en Isabella, debajo de su cuerpo, suspirando su nombre... y amándolo?

Fue inevitable imaginarse a sí mismo profundamente en su interior.

«Detente. ¡Ya, basta!». No estaba bien. Isabella era demasiado buena y pura para alguien que había sido usado, que estaba sucio. Jamás permitiría que su propio egoísmo lo cegara y terminara conduciéndolo a un error irreparable. Isabella podría entregarle su cuerpo a alguien más, siempre y cuando continuara amándolo. Podía hacer ese sacrificio, por ella. Aunque pensarlo le dolió y despertó unos celos enormes. Porque él quería ser esa persona y entregarse por completo a ella, aunque quizá no tuviera demasiado que ofrecerle.

«Lo que eres, para mí». El cielo que nunca iba a tocar, pero que siempre

observaría. La única mujer por la que estaba dispuesto a hacer cosas que lo confundían y hacían sentir débil, porque le amaba. Ahora y siempre, la única

Con una nueva perspectiva, separó los párpados y se puso a trabajar. Todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

«Estás siendo patético». Sí, y mucho, en proporciones globales. Pero ella lo valía. Además, si lo pensaba mejor, Isabella le había dedicado un par de canciones; una más emotiva que la otra. La letra de *Right Here*, de Ashes Remain, continuaba conmoviéndolo a niveles que nunca imaginó. Estaba tan llena de sentimientos hermosos y fuertes. Lo mínimo que podía hacer era corresponderlos. Y, más que cualquier cosa, lo deseaba.

Luego de cuatro horas, Mitsue espetó un par de maldiciones. ¿Por qué, por el infierno y todos sus demonios, hacer un video era tan complicado? La cosa más horrible y cansada del mundo. Cortar, editar, pegar; cambiar resoluciones, hacer coincidir los tiempos... Y luego, ¿lo peor? Hallar una tipografía que realmente le gustara. Diablos, perdió sesenta valiosísimos minutos buscándola. Aunque, al final, la halló: *Chiangmai Hostel*. La belleza encarnada, perfecta para Isabella. No negaría que a su novia le gustaban las cosas hermosas, y esa tipografía lo era. Incluso su nombre lucía como salido de un cuento de fantasía con ella.

«Isy simplemente se volverá loca». Esperaba que en el buen sentido.

Indeciso y nervioso, se quedó viendo la pantalla de su *laptop*. Y, ahora, ¿qué hacía? ¿Se lo enviaba por *e-mail*, *Facebook* o lo colgaba en *Youtube*? Joder, ¿por qué le costaba tanto decidirse? Oh, no importaba, debía de ser porque se sentía como un completo idiota, sentimental y débil. «¿Qué mierda pasa conmigo?». La respuesta lo anonadó: estaba enamorado, tan simple como eso. Incluso más, amaba tanto a su novia que estaba dispuesto a dejar en evidencia su lado sentimental. Ese que creía muerto. De abandonar su eterna máscara de indiferencia y exponerse al ridículo.

Entonces, al considerarlo de ese modo, dudó.

No podía. No debía.

Armándose de valor, Mitsue inició sesión en su cuenta de *Facebook*. De nuevo, se quedó paralizado. «No-lo-hagas». El rostro sonriente de Isabella, en una fotografía, lo convenció. Él no retrocedería sobre sus pasos, en especial cuando se tratase de ella. Emitiendo una larga exhalación, Mitsue cargó el video y la etiquetó en él. Luego rezó por al menos dos cosas: que a Isabella le gustase y ninguno de sus amigos lo considerara débil, por el simple hecho de amarla.

Nada más.

Isabella ladeó la cabeza, a la vez que fruncía ligeramente el ceño, confundida. Tenía al menos noventa notificaciones de *Facebook* y una de ellas era de Mitsue. Él publicó un video. No, más que eso, le había etiquetado en él. Curiosa, pinchó sobre el enlace.

La mitad de los contactos en común habían reaccionado. Contó al menos diez «me asombra», quince «me gusta» y otros veinticinco «me encanta»; además de un solitario «me entristece», por parte de Nikita. Lo que más la impresionó, sin embargo, fue la avalancha de comentarios y preguntas a las que Mitsue no respondía.

Watanabe Haru-hime:

«Oh-por-dios!! En serio eres tú, Shiroyama-kun? Joder, no me lo creo! Está bellissimo (^ 3 ^) –☆Chu! ! ».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 1 hora.

Itō Atsuko:

«Esto es tan... romántico! Isy-chan, eres una suertuda. Resulta que tu Señor Cara de Hielo no es tan frío como pensábamos, eh? Felicidades a ambos (* ^ ◇^)/°·:.*».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 1 hora.

Sumire Jones:

«Oh, así que por esto me preguntaste todas esas cosas, ¿eh? Me alegra saber que Nate y yo no nos equivocamos con respecto a ti. Eres lo que nuestra bebé merece: un novio atento y cariñoso que la ama de verdad. No como otros, y no diré nombres *Nikita Mashkov*, que no saben reconocer a una verdadera princesa. Tú, por el contrario, eres inteligente. ¡Felicidades!».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 30 minutos.

Watanabe Taiki:

«Qué mierda!?! Σ(●°д°●) Mitsue, eres tú? No me lo creo, estoy soñando, cierto? Jajajajaja, es broma. Creo que Isy-chan hará un escándalo... como siempre».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 20 minutos.

Shiroyama Shizuka:

«Oh, ¿por eso estuviste todo el día encerrado en tu habitación, Mitsuenisan? Es bellissimo. Sé que a Isy le gustará ^ ω ^ ».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 10 minutos.

Isabella parpadeó. ¿Qué le gustaría y por qué? Incluso más, ¿por qué haría un escándalo y...? Se fijó en el encabezado. Era digno de Mitsue: «*Daisuki* ^[28]». Tan solo dos palabras, pero había mucho más en ellas. Una gran verdad

Con las manos temblándole, Isabella reprodujo el video. La canción que había utilizado era una llamada *Embrace me*, de Blood Stain Child. No la conocía, pero la letra la conmovió hasta los cimientos. Eso era lo que su breve «te quiero» pretendía decir. Oh, por Dios, ¿cómo era capaz de fingir indiferencia durante años, teniendo un corazón tan hermoso y frágil, que incluso a ella le atemorizaba romperlo? Mitsue estaba lleno de temores y, con todo, se atrevía a exponerse a sí mismo, a mostrarse tal cual era porque le amaba.

Las lágrimas la ahogaron. Isabella se atragantó con sus propios sollozos, a la vez que trataba de enfocarse en lo que había en la pantalla.

Le pareció impresionante la forma que cada escena se relacionaba con la otra, formando parte de un todo. El video había iniciado con un chico solitario, que caminaba al borde de un abismo. Ella no fue capaz de reconocer la serie de Anime, pero no tuvo tiempo para pensarlo. Luego, había un primer plano de los ojos verdes de una chica rubia. Isabella se reconoció a sí misma. Una tras otra, las imágenes fueron cobrando forma, dándole vida a la canción. Hablándole sobre un hombre demasiado triste y solo que tenía miedo de perder a la única mujer capaz de amarlo.

Un ángel de alas rotas caía desde el cielo y otro acudía en su rescate. Una chica bailaba bajo la luz de la luna mientras era observada por una tímida sombra. Una pareja que corría por el bosque, sujeta de las manos.

Guíame.

Tráeme.

Tómame...

Cerca de tu corazón.

Y, al final, un par de siluetas besándose.

Un lamento le subió por la garganta. Antes de que pudiera tragárselo, Isabella abrió la boca y gimió mientras se abrazaba a sí misma, después de

leer la nota con la que culminaba el video: «Estoy en tus manos, Chica de las Flores».

Sabía lo que significaba, lo que él jamás se atrevería a decir: tengo miedo, no me rompas, por favor. Pero ¿cómo podría hacerlo? Estaba segura de que el único que lastimaría a alguien sería él. Si Mitsue la dejaba ella se moriría de dolor.

Dos caras de la misma moneda.

«¿Cómo no quererte, cariño?». No lo entendía. Él le suplicaba que lo amara, pero no le permitía hacerlo. Debía de estar demasiado herido como para darse cuenta. Tomó su *smartphone* y se lo quedó mirando, como si tuviera todas las respuestas. Marcó el número de Mitsue y esperó a que respondiera.

—Dime.

—¿Mitsue?

Se le secó la garganta al oír su nombre, la forma como lo pronunció. Había algo de dolor mezclado con felicidad. Una contradicción. Tal como ella.

—Es mi número, ¿no?

Isabella, del otro lado, bufó.

—Ni siquiera lo intentes, que no te lo voy a creer.

El corazón le latió acelerado, se obligó a fingir naturalidad.

—¿El «qué»?

Ella gimió. Mitsue trató de imaginarla. ¿Estaría molesta con él o feliz? ¿Se verían sus ojos intensos y brillantes? Deseó, más que nunca, haber estado a su lado cuando reprodujo el video. Porque lo había visto. Incluso indicó que le encantaba y les respondió a Haruko y Atsuko que eran un par de envidiosas sin oficio.

Ella inhaló, cuando volvió a hablar, su voz salió afectada:

—Gra... —Carraspeó—. Gracias. Es hermoso, yo... Yo... te amo y nunca voy a dejarte, lo sabes, ¿verdad?

No, la verdad no.

—Lo sé.

—¿Por qué lo hiciste? Es... es decir, no es un día especial ni nada.

A su lado, cada día lo era. Mitsue exhaló suavemente.

—Quería compensarte.

—¿Por qué?

Apretó su teléfono. Ah, diablos, ¿por qué pensaba? Por ser un novio de

mierda, el peor de todos. Un total inepto que soñaba con tenerla desnuda debajo de su cuerpo, pero que no se atrevía siquiera a besarla. Eso, fuera de haberle avergonzado al pelearse con Ryūji.

Al final se decidió por una respuesta más genérica:

—Lo que no puedo darte.

Ella suspiró.

—Mitsue, pero yo no pido nada.

Quizá no, aun así él podía verlo en sus ojos, cada día.

—Lo sé.

CAPÍTULO 15

Shizuka no estaba. Como si se la hubiera tragado la tierra, Mitsue no podía encontrarla. Después de la última clase, él e Isabella habían tenido que ir a los sanitarios y al regresar no la encontraron. Además, no atendía el teléfono. Eso encendió todas sus alarmas. Si algo malo le sucedía a su hermana menor, él iba a matarse.

Aterrado, Mitsue asió la mano de Isabella y la arrastró consigo por el largo camino de piedras, hacia el lugar favorito de Shizuka: el estanque que se encontraba en medio del bosque que envolvía a la universidad. Cuando llegaron, Mitsue no se detuvo ni para respirar. Se dedicó a buscarla con desesperación.

Pero Shizuka tampoco se encontraba ahí. Oh, mierda, algo iba mal. Muy mal.

—Tranquilízate. —Isabella le apretó el hombro, para animarlo—. Quizá está en la biblioteca.

Mitsue respiró hondo. Por supuesto que ella no entendía su situación, pero se trataba de su hermanita y él había jurado protegerla. «Diablos». Aunque tal vez tenía razón. Solo esperaba que Ryūji no estuviera molestándola, como de costumbre. No sabía por qué, pero el chico parecía tener una obsesión con ella: siempre mirándola, tratando de acercarse; haciéndola sentir... incómoda.

Como un maldito violador en serie, salido de una horrenda película de *Hollywood*.

—Lo lamento, es que no me gusta dejarla sola.

Isabella le sonrió. La luz del sol le iluminaba todo el rostro, haciendo que sus ojos parecieran gemas brillantes, como salidos de un cuento de hadas. Increíble que una mujer tan perfecta y maravillosa lo amase a él.

Después de lo del video, Isabella se estaba comportando aún más cariñosa. Aunque también trataba de estar más cerca. Ella alargó la mano y colocó las hebras de cabello sueltas detrás de su oreja. Mitsue saboreó el suave contacto, la discreta descarga eléctrica que se extendía a lo largo de su cuerpo. Su mirada se concentró en los perfectos labios en forma de corazón de su novia: carnosos, rosados y suaves. Apetecibles. «Bésala». No podía. En lugar de eso, desvió su atención hacia otro lugar.

—Vamos, puede que la encontremos en el camino.

—Sí. Solo espero que Aoyama...

Isabella frunció los labios, un segundo.

—¿Por qué te preocupa? Es hombre, Shizuka mujer...

Mitsue gimió, entre dientes. Por supuesto que lo entendía, pero no le gustaba la idea, sobre todo porque Shizuka no parecía nada contenta con las atenciones que recibía por parte del chico nuevo. Eso le hizo pensar en sí mismo e Isabella, cuando ella llegó. Había actuado casi del mismo modo, salvo porque ellos solo sabían discutir. Incluso continuaban haciéndolo, estaba seguro de que por diversión. Pero Shizuka era demasiado serena como para eso. Tímida.

A menos que ella misma le pidiera lo contrario, él mantendría a Ryūji lejos.

—Es un acosador.

Isabella se encogió de hombros.

—¿Y qué? Es lindo.

Mitsue la vio, con los ojos entrecerrados. Ah, demonios, ¿qué tan patético podía ser que el hecho de que su novia considerase atractivo al chico nuevo, lo pusiera celoso? Mucho.

—Define «lindo».

Ella dejó salir una risita coqueta. «Estoy perdido». Conocía ese gesto: ella iba a molestarlo toda la jodida tarde. Genial, simplemente maravilloso.

—¿Esos son celos, señor Shiroyama? —dijo, con voz divertida—. Vaya, vaya, quién iba a decirlo.

Mitsue se tragó un quejido y negó, fingiendo indiferencia. Jamás lo aceptaría, no delante de su novia.

—No. —Suspiró, tomándola de la mano—. Vamos, que se nos hace tarde.

—Sí. —Ya no se oía tan animada como unos segundos atrás, eso fue duro para Mitsue—. Es tarde.

En silencio, regresaron. Isabella no pudo evitar sentirse como una completa idiota. Honestamente, ¿qué esperaba? Mitsue era de ese modo, pero a veces ella quería un poco más. Él había hecho ese hermoso video para ella y aun así... Ahora experimentaba culpa. «Deja de ser tan egoísta». Tenía que entenderlo. Aunque Mitsue no lo dijera, él había sido maltratado; resultaba completamente normal que se comportase como un robot incapaz de sentir.

Suspirando, ella lo vio por el rabillo del ojo. Su cabello estaba un poco

más largo y él se lo había recogido de forma descuidada. Tenía dos aretes nuevos en la oreja izquierda y tres en la derecha, además de una barra que le atravesaba la lengua, pequeña y sexi que se asomaba siempre que él abría la boca. E Isabella se moría por jugar con ella mientras lo besaba. «Deja de ser tan malditamente egoísta». Se mordió el labio inferior, reprimiendo un gemido. Él producía tantas sensaciones en su cuerpo; despertaba cada parte de ella, haciéndola sentir tan... caliente. Sí, esa era la palabra.

Porque cuando Mitsue la tocaba encendía cada centímetro de ella, tanto que a veces resultaba doloroso. Literalmente. En los últimos días, ella había estado experimentando esa sensación de malestar entre sus piernas, que solo se instalaba ahí cuando él se atrevía a delinearle la mejilla con los dedos. Nada más. No imaginaba cómo sería cuando por fin la besara. «Pero eso nunca va a suceder». Estaba segura de que Ryūji besaría a Shizuka primero. Oh, y qué decir de su virginidad. Sí, bueno, estaba bastante perdida.

Pero por él podía esperar mil años, no sabía. Tal vez... una eternidad.

«Claro, por eso nos ponemos de malhumor cuando no juega al novio celoso con nosotras, ¿eh?». Cielos, ¿y quién iba a culparla? Estaba a punto de menstruar. Como cada maldito mes, se ponía hormonal, celosa, insegura. Insufrible. Quería chocolates, pero no podía comerlos porque engordaban; un abrazo de Mitsue, que no recibiría a menos que tuviera un ataque de ansiedad. Y, sobre todo, quería que él la besara. Lento y suave; rápido y salvaje. Como fuera, no importaba, siempre que... Frustrada, trató de dejar de pensar en ello.

No pudo.

Además, estaba el asunto de Nikita. ¿Cómo reaccionaría Mitsue de saber que a veces charlaban? Nada importante, por supuesto; solo pequeñas conversaciones triviales. Cosas como: «Oh, ¿y qué tal tu día?», «te ves hermosa, en esa foto»; «no sabía que querías estudiar Letras, siempre pensé que sería Botánica». ¿A quién quería engañar? Esto no estaba bien.

Con la culpa arremolinándose en su interior, Isabella apretó la mano de Mitsue. No estaba haciendo nada malo. Nikita no le importaba ni un poco, pero a veces era agradable ser vista como una mujer hermosa, que podía ser deseada por un hombre; aunque este fuera una completa mierda. Ella no olvidaba lo que le hizo y nunca lo haría.

Cuando entraron al aula 5-f, se encontraron con Shizuka, que estaba pegada a la pared, como si tuviera miedo de ser devorada por... Oh, y ahí se encontraba Ryūji: sentado, viendo por la ventana. Isabella contuvo, sin

mucho éxito, una risita. Mitsue le dirigió una mirada de reproche, antes de seguir hacia su hermana.

—¿Él, le hizo algo? —preguntó—. ¿Acaso la molesta?

Shizuka le sonrió, para tranquilizarlo.

—No, *nīsan*. Yo acabo de llegar, de todos modos.

No lo convenció. Shizuka era igual que Isabella: una pésima mentirosa. Bien, había prometido no meterse en más peleas ni iniciarlas; pero si ese bastardo hijo de perra estaba fastidiando a su hermana, él iba a matarlo.

—¿Y dónde estaba? Estuvimos buscándola. Me dio un buen susto.

Shizuka se mordió el labio inferior, dudosa.

—Ah, eso..., di una vuelta, pero cuando regresé ustedes no estaban y entonces fui a buscarlos. Como no los encontré, volví.

—¿Y Aoyama?

Ella encogió un pálido y delgado hombro.

—Ya estaba cuando llegué.

—Bueno. —Él no estaba convencido, aun así añadió—: Vamos.

Shizuka asintió y fue hacia su puesto. Al igual que Mitsue e Isabella. Una vez que se hubo sentado, Ryūji se movió, de modo que quedaron uno frente al otro. Él acercó la mano al rostro de Shizuka y le acarició la mejilla con su dedo pulgar, despacio. Mitsue, detrás de ambos, lo sujetó para que se detuviera. Furioso, le apretó la articulación. Shizuka parecía perdida: completamente roja y con la mirada gacha. Extraño, y Mitsue temió que Ryūji le hubiera puesto alguna especie de droga. Nada era seguro en un mundo tan jodido, que ya los había roto a los dos.

Se inclinó hacia el frente y rozó sus labios contra la oreja de Ryūji.

—Escúchame bien, Aoyama, porque es la última vez que te lo digo: no-te-acerques-a-mi-hermana. ¿Entiendes? —Le costó contener la ira, para no lanzarse sobre él y molerlo a golpes—. Ahora, sé que eres un enfermo de mierda y te cuesta mantener las manos en su lugar, pero nadie lastima a Shizuka si yo puedo evitarlo.

Como toda respuesta, Ryūji rio entre dientes. Tan despreciable y arrogante.

—Pero el problema es, Shiroyama, que Shizuka no me quiere lejos de ella. —Se movió, hasta que estuvieron frente a frente. Sus ojos negros lo traspasaron—. Ahora, sé que eres un hermano bueno y que la cuidas, pero no-te-metas-en-mi-camino... o voy a joderte. Y créeme, soy *bueno* en eso.

Mitsue curvó la comisura del labio. ¿Lo estaba amenazando, en serio, él?

Oh, diablos, aceptaba el maldito reto. Si Ryūji quería una guerra, iba a dársela. En proporciones globales.

—No sé qué clase de matón eres, pero no me asustas. —Respondió—. Estuve en el infierno, Aoyama, necesitas algo mejor que eso. Mantente lejos de ella, por tu bien.

Ryūji se encogió de hombros.

—No.

Mitsue apretó los párpados. Antes de que hiciera cualquier movimiento, Isabella lo estaba rodeando entre sus brazos. La sensación de sus pieles rozándose, de los abultados pechos contra su espalda y sus caderas presionándolo... Fue demasiado para su cordura. Tenía una erección molesta y dolorosa. «Ay, mierda».

—Por favor, bebé —murmuró—, déjalo. Ya sé que es insoportable; pero hoy no, por favor.

El aliento tibio de Isabella contra la piel de su cuello no ayudó en nada. Ella iba a matarlo. Cuando se dio cuenta, ya estaba sentado, al igual que Ryūji, con la vista puesta al frente. Pero su entrepierna seguía doliéndole. «Joder, Isy». ¿Qué tenía, que lo volvía loco con tanta facilidad?

El profesor Yoshida entró y de inmediato, comenzó con el tema del día. Algo sobre Epicuro. Mitsue fue incapaz de prestar atención, con Isabella a su lado le resultó imposible. Tan cerca y tibia, y su aliento... «Joder, ¡joder!».

Tenía que dejar de imaginarla desnuda, debajo de su cuerpo. A él, hundiéndose en ella y... El profesor se fue hacia la pizarra y escribió:

Próxima clase:

Ensayo de 15 páginas:

- 1. ¿Qué son la vida y la muerte?*
- 2. ¿Existe algo más personal que la muerte?*
- 3. ¿En qué sentido nos hace ella más humanos?*
- 4. ¿Por qué es intransferible?*
- 5- ¿Por qué dice Epicuro que no se debe temerle?*

Se aclaró la garganta y anunció con un tono solemne que avisaba que no admitiría quejas de ningún tipo:

—Lo harán en parejas, y para ser justo, yo los distribuiré.

El curso entero se lamentó, pero el profesor Yoshida levantó la mano y los hizo callar.

—¡Basta! —Los barrió con una mirada severa—. Watanabe-*kun*, trabajará con Jones-*chan*. Itō-*chan*, con Shiroyama-*kun*...

Taiki se cruzó de brazos, y protestó:

—Pero yo quería hacer equipo con Atsu-*chan*, siempre trabajamos juntos.

El profesor Yoshida lo ignoró por completo, al igual que la maldición que Isabella había soltado en su contra, por haberla emparejado con Taiki y no con Mitsue.

—Yamashita-*kun*, con Sasaki-*kun*; Tanaka-*chan*, con Mori-*kun*; Konoe-*chan*, con Yamamoto-*chan*. Shiroyama-*chan*, con Aoyama-*kun*...

Mitsue se atragantó con su propia saliva. «No puede ser». Ah, mierda, ¿era una maldita pesadilla? Tenía que serlo. Por favor, que lo fuera.

Ryūji giró el cuello ligeramente y le regaló una sonrisa burlona.

—Parece que Shizuka y yo pasaremos tiempo juntos, ¿uh?

CAPÍTULO 16

Nikita Mashkov: Luces bien, en ese video. Había olvidado lo hermosa q es tu risa. Q era, un día de campo grupal?

Sin darse cuenta, Isabella sonrió. Últimamente sus conversaciones con Nikita eran mucho más frecuentes. Sencillas, pero agradables. Él parecía haber cambiado y aunque aún no confiaba por completo, era capaz de fingir que nada sucedió. Ambos habían pasado la página y continuado con sus vidas, bastante alejados uno del otro. Ella se encontraba viviendo en Japón y Nikita se iría a Rusia dentro de poco.

Mordisqueándose el labio, ella se dispuso a responder.

Isy Jones: Sí. Me lo pasé de maravilla. Como ves, mis amigos son... especiales, pero no podría vivir sin ellos \ (*'-^*).

Nikita Mashkov: Sí, sobre todo el del piercing. Joder!, mira q espiar debajo de la falda d esa chica fue atrevido.

Isy Jones: Ni lo menciones. Taiki es un depravado de mierda. No sé cómo Atsuko puede estar enamorada de alguien así (¯_D)= 3

Nikita Mashkov: Los pervertidos tenemos encanto, no t parece?.

Isy Jones: ¿Qué? ¡No! \ (o`III' o)/ Son repulsivos, ¡puaj!

Nikita Mashkov: Lo oyes? Eso es mi corazón, rompiéndose T_T. Lo q sea. ¿Quién era la bonita, la d ojos claros?

Isy Jones: Shizuka. Es bellísima, ¿verdad? (☆▽☆) Pero olvídale, Ryūji, la cosa sexi que no la dejaba en paz, está detrás de sus huesos.

Nikita Mashkov: Cuál de los dos? Parecían pelearse x ella.

Isy Jones: Pues, Ryūji, ¡dah! La belleza de los aretes y cabello largo, bueno mááás largo, es Mitsue, el hermano mayor de Shizuka. Mi chico (¯_¯)

Nikita Mashkov: Wow.

Isy Jones: ¿Qué significa eso?

Nikita Mashkov: Nada, es solo q es imposible no mirarte y él ni siquiera lo hacía.

El buen humor le abandonó de inmediato. ¿Qué tan evidentes eran que hasta alguien como Nikita lo había notado? Desde la llegada de Ryūji, Mitsue estaba comportándose como un hermano maniático, con tendencias incestuosas. Terrorífico. Todo lo que hacía era vigilar a Shizuka y asegurarse de que Ryūji no se le acercara. Como si él pudiera evitarlo. Esos dos encendían el ambiente cuando estaban juntos. Ella casi podía ver las chispas. Una conexión especial. ¿Mitsue era el único que no lo notaba? Shizuka quería estar junto a Ryūji, y ella... Oh, bueno, ¿qué tan egoísta podía ser desear a su novio, para sí sola, un día entero? Un poco de contacto.

«Soy una idiota». Había que darle crédito: Mitsue se esforzaba. No podía exigirle nada más a alguien que no estaba acostumbrado a las relaciones sentimentales. Cielos, si incluso era distante con su propia familia.

Pero reconocerlo, no evitaba que le doliera.

Respirando profundo, Isabella respondió mientras cargaba el video que Mitsue había hecho para ella.

Isy Jones: Las cosas acá son diferentes, pero claro que me mira. Soy irresistible, ¡gah!».

La música llenó sus oídos. Echándose de espaldas sobre el mullido colchón, Isabella dejó que la letra se fundiera con su alma. Una solitaria lágrima se deslizó desde el rabillo de su ojo izquierdo y le recorrió la mejilla. Ella no la limpió. «Te amo, bebé». Increíble que ambos se sintieran del mismo modo, aunque por motivos distintos: él estaba intentando destrozarse el muro que lo separaba del resto de las personas; mientras que ella el que lo alejaba de Mitsue.

No estaba resultando como imaginó.

Nikita Mashkov: Hey! Muñeca, perdóname. No quería ponerte triste.

Isy Jones: No estoy triste, Nikita. No seas idiota.

Reprimió el sollozo que le subía por la garganta. «Mataría por besarte. No, yo moriría por eso». Sin poderlo evitar, Isabella se aferró a su almohada y lloró callada. Estúpida menstruación, siempre terminaba haciéndola parecer

una maniática. Pero sabía que era más que eso: estaba muriéndose por él.

«No seas idiota, Isy. Desde el principio sabías que esto iba a ocurrir». En efecto; sin embargo, no imaginó que fuera tan duro.

Su teléfono vibró.

Nikita Mashkov: Fuiste mi chica, t conozco.

Soltó una risa amarga. Maldito hijo de puta, ¿cómo se atrevía a decir eso? Él no tenía idea. Tal vez había cambiado, pero continuaba siendo un imbécil. Como todos los hombres. Estaba cansada de ellos. «¿Y si nos volvemos lesbianas?». Por supuesto, con lo mucho que le atraían las mujeres. Siendo sincera, ¿qué le ocurría?

Enojada consigo misma y el mundo, respondió.

Isy Jones: No, yo fui tu maldita apuesta. Que no se te olvide.

Nikita Mashkov: Isy, lo lamento mucho. Si pudiera reparar lo qt hice, lo haría.

Isy Jones: No, tú discúlpame. Es uno de esos días malos, ya sabes. Hablamos luego.

✓ Visto 09: 27

Sin esperar una respuesta, cerró su sesión en *Facebook* y continuó viendo videos. Ahora, se reproducía *Sorrow*, de *Deathgaze*. La voz grave y entristecida de Ai le atravesó el alma. Él era uno de esos que cantaba con el corazón, podía sentirlo.

Era una canción hermosa, que hablaba sobre un sentimiento doloroso. Isabella siempre había creído que era un poco deprimente suplicar por sexo, pero al prestarle más atención a la letra terminó comprendiéndolo: a veces el contacto físico era lo que se llevaba la tristeza, aunque fuera solo un instante. Y compartió el mismo deseo que Ai estaba expresando: que Mitsue se quedara a su lado, que no la dejara nunca, aunque perdiera el interés.

Incluso si no lo había desarrollado todavía o no lo hacía jamás.

Lentamente, Isabella se quedó dormida.

Se despertó incluso más triste. ¿Por qué diablos había tenido que conversar con Nikita? Era un descerebrado insolente, narcisista e insensible, la mayoría del tiempo. Cielos tuvo que imaginarlo. «Porque me sentía sola», aceptó. Y, la verdad, él había cambiado mucho. Fuera como fuese, tenía que dejar de pensar en ello.

Se despezó haciendo ruidos estrangulados mientras se sentaba. Se frotó los párpados y enfocó la mirada. Lo primero con lo que se encontró fue la sonrisa medio burlona de Mitsue, recostado de la pared. Oh, cielos, ¿qué hacía él ahí? Recordó que había tomado una siesta y que seguro tenía una apariencia horrible. Avergonzada, se cubrió con los edredones.

—¿Qué haces aquí, *eh*? —Casi chilló.

Mitsue intentó no reír, pero falló del modo más horrible. Bueno, ¿quién podía culparlo? Su novia se estaba comportando de un modo adorable, que lo enternecía. Era increíble, ¿desde cuándo Isabella Jones se intimidaba? Él siempre había creído que ella y la timidez eran enemigas mortales y, a pesar de que lo que más le gustaba de ella era su desvergüenza, esa nueva facera le pareció... encantadora.

Eso, además de que tenía puestos unos pantaloncillos muy cortos y una franelilla que dejaba poco a la imaginación. Maldita mierda, le había costado muchísimo verla dormir durante media hora, en esa pose tan increíblemente sexi, que lo hacía sentir como un perverso. Pero él no era de ese modo y a lo largo de los años aprendió a suprimir todos sus deseos; por lo que solo tuvo que pensar en algo diferente para relajarse.

Casi no funcionaba.

—Tu madre me llamó porque estuviste llorando. —Alzó un hombro—. Cuando llegué, me empujó aquí adentro y dijo que no saldría hasta que lo resolviera.

Isabella no se descubrió.

—Pudiste haber salido, si querías.

—Nos encerró, desde afuera. Tienes una madre *muy rara*.

Ella bufó, aún escondida dentro de las sábanas.

—Voy a matarla. —Gimoteó—. ¿Cómo se le ocurre? *Arg*. ¡Mamá!

—Es inútil. Se fue a la floristería.

—¿Y nos dejó encerrados?

Se quitó los edredones y lo miró enojada. Mitsue arqueó una ceja. ¿Y quién iba a decirlo? Isabella se veía realmente hermosa recién salida de la

cama. Aún más, con el cabello revuelto. Al percatarse de que estaba mirándola, ella enrojeció.

—Eso dije.

Isabella se apretó el labio inferior entre los dientes. Sin poderlo evitar, Mitsue la recorrió con los ojos y se detuvo en sus pechos, erguidos y abultados. Jodido infierno, ella no tenía sujetador y los pezones se le asomaban detrás de la tela. Tragó con dificultad y se concentró en la alfombra mullida y de color lavanda.

Le dolía entre las piernas. «No seas depravado». Pero siendo honesto, por primera vez en su corta vida, no quería dejar de serlo.

—¿Y has estado ahí todo este tiempo? —Él confirmó, con la cabeza—. Eso es aterrador, ¿sabes?, si no fueras mi chico, o mamá no te hubiera encerrado, calificaría como acoso.

Sí, bueno, no había sido su culpa.

—Roncas.

El rostro de Isabella se tiñó de un rojo aún más intenso.

—¿Qué? ¡No, estás loco!

Él negó.

—Es un sonidito leve.

Isabella entrecerró los ojos, como amenaza, a la vez que se peinaba los cabellos. Mitsue se limitó a suspirar.

—Bueno, ¿y vas a quedarte ahí parado o qué? —Palmeó la cama—. Ven.

Él titubeó. Ambos estaban solos, bajo llave, en una habitación cómoda y... Tragó con pesadez, su saliva se había vuelto espesa. Isabella tenía poca ropa. Volvió a verla y negó.

—No es apropiado.

Ella hizo rodar los ojos.

—Mitsue cara-de-hielo. —El tono de su voz le dijo que no admitiría réplicas—. Trae tu hermoso y sexi culo acá, ahora. No voy a violarte, ¿sabes?

Esas palabras lo atravesaron. No, por supuesto que ella no iba a hacerlo, aun así... le fue inevitable no pensar en el pasado. En el horror que se vio obligado a vivir. Dando un suspiro, él fue hacia la cama y tomó asiento junto a Isabella, que se movió hasta quedar frente a frente.

—Bueno, ¿y por qué llorabas?

En ese instante fue Isabella la que vaciló. Oh, diablos, no podía ser bueno. Cuando ella se rehusó a mirarlo a los ojos, Mitsue intuyó que era más

malo de lo que había estado imaginando mientras la vio dormir.

—Isy...

Ella exhaló.

—Hablabas con Nikita y...

La ira le formó un nudo en el estómago. Mitsue apretó las manos en forma de puños y se obligó a contar hasta diez, en reversa, para calmarse.

—¿Por qué hablabas con él?

Ella encogió un delgado y pálido hombro. Mitsue recién notó que tenía un llamativo lunar. Pequeño pero hermoso. Le entraron unas enormes ganas de tocarlo.

—Estaba aburrida, y a veces nos escribimos.

Golpe bajo. «Aún lo quiere». Debió haberlo imaginado, ¿qué otro motivo habría?

—Ya.

Isabella percibió la molestia en el tono de Mitsue. De no conocerlo y saber lo templado que era, habría jurado que estaba celoso. Pero eso era imposible. El infierno se congelaría antes de que él tuviera un ataque de celos. Aun así, deseó que pudiera suceder. ¿Cómo se vería? ¿Le abrazaría, diciéndole cuánto le amaba o sería de esos violentos repulsivos? No, Mitsue jamás lastimaría a una mujer.

Y, para su desgracia o fortuna, no era capaz de experimentar celos.

—No es lo que crees. —Se apresuró a decir—. Nosotros no...

—Yo, no creo *nada*.

Quizá, pero el tono de su voz le estaba diciendo que de estar Nikita en la habitación, él se le habría lanzado encima para molerlo a golpes. Igual que con Ryūji. Imaginarlo le hizo sonreír. «Ya, no seas idiota». Tenía que explicarle.

—Es solo que me dijo algo que me puso a pensar.

—¿Qué cosa?

Dudó por un momento. «La base de toda relación es la confianza». No podía seguir escondiéndole información.

—Que es imposible no mirarme. —El ceño fruncido de Mitsue le pareció encantador—. Pero que tú no me miras.

—¿Y él qué mierda sabe?

—Estuvo mirando el video de nuestro día de campo grupal, cuando Ryūji apareció de la nada. Dijo que solo parecías pelear con él, por Shizuka, pero que a mí ni me...

Antes de poder terminar, estaba sujetándola por la barbilla. Isabella creyó que iba a besarla, él se estaba debatiendo, fue evidente; al final solo suspiró cansado.

—Créeme, te miro —dijo. Su voz salió pastosa—. Te miro, *más* de lo que imaginas. Cada día, todo el tiempo. *Justo ahora*.

—¿Y cómo me miras?

La media sonrisa que le dio mandó una pequeña corriente eléctrica a lo largo de su espalda. Oh, cielos, ella quería que la besara. Aún más, que tocara cada parte de su cuerpo. Él tragó. Isabella siguió el movimiento de la nuez de Adán de Mitsue. Estaba evidentemente tenso, tanto que ella casi podía oír el martilleo de su corazón.

Sin responderle, Mitsue la dejó ir y se alejó. Había impotencia mezclada con un profundo deseo en sus ojos siempre inexpresivos.

Él apretó los párpados, respirando de forma discontinua. Sus manos estaban vueltas puños y blancas.

—¿Mitsue?

—Eres hermosa —dijo—. Es imposible no mirarte, no *desearte*. Él tiene razón. Tú cabello es rubio y suave, tienes unos ojos hermosos y cuando sonríes se te ilumina toda la cara. —Respiró hondo—. Pero lo que me gusta de ti es que siempre ves el lado bueno de las cosas, incluso de mí.

—No... —Se ahogó con su propia voz—. No te entiendo.

Él le dio una sonrisa rota.

—Ryūji es un acosador de mierda, pero tú dices que es bueno. Taiki es un depravado, pero tú ves a un chico amable —explicó, con cariño—. Yo tengo «cara-de-hielo» y soy insensible casi siempre; pero tú ves algo que aún no descubro. Y cuando me tocas... ¿*Cómo* no voy a mirarte?

Isabella se quedó sin aliento. Era la segunda vez que Mitsue se abría con ella y le mostraba la cara que mantenía oculta. Su fragilidad. Oh, Dios santo, ¿podía haber un chico más dulce que ese?

—¿Tú piensas todo eso de mí?

Él confirmó con la cabeza, despacio. Levantó la mirada e Isabella se derritió en ese instante.

—No tienes idea de lo mucho que quiero... besarte. —La recorrió con los ojos un segundo—. De lo extraño que me haces sentir. Nunca había deseado a una mujer. No me gustan los hombres, Isy, pero las mujeres no me emocionan tampoco.

—¿No te gustan las chicas? —preguntó con horror.

Era peor de lo que imaginaba. Él rio por lo bajo, con amargura.

—Alguna vez me sentí atraído, aunque no fue nada especial. Hasta que te vi, *a ti*. Por eso te evitaba. —Emitió un largo suspiro—. Pero aquí estamos, ¿verdad? Y no tengo idea de qué hacer con esto.

—¿«Esto», qué?

Isabella alargó la mano, para tocarlo, mas él la detuvo. Aquello le habría dolido, de no haber visto la angustia en su rostro.

—Amor, deseo... —Se lamió los labios—. No creas que no quiero, Isy, me muero por besarte y... Pero estoy demasiado roto como para atreverme.

«Bebé, ¿qué te hicieron?». Que le dijera quién y ella mataría al bastardo. No importaba quien fuera. Mierda, Nikita era ruso, seguro tenía familiares en la mafia. Él no le negaría un favor.

—Roto, ¿en qué sentido?

Mitsue llevó su propia mano junto con la de Isabella hacia su pecho y tocó donde estaba el corazón. «Deja de exponerte». Sabía que continuar fingiendo era lo más adecuado, pero ¿hasta qué punto? Estaba cansado de eso. Él también quería ser sostenido y llorar.

—*Aquí* —murmuró—. No me preguntes, por favor, no quiero hablar sobre eso.

—Está bien.

Él le soltó la mano. Su tacto quemaba de un modo que jamás imaginó. Estaba muriéndose por dentro, debido al deseo. Quería probar sus labios y tocar cada parte de su pequeño y delgado cuerpo. Fundirse con ella, hasta que no quedara nada de sí mismo. No era posible y dolía más de lo que ella pudiera imaginar.

—Gracias... —Contuvo un gemido—. Te miro, Isabella, siempre lo hago.

—Ahora lo sé.

Le sonrió con la misma dulzura de siempre y Mitsue tuvo que luchar contra sí mismo para no lanzarse sobre ella y hacerle todo lo que su cuerpo pedía a gritos. Pero eso nunca iba a suceder, Isabella se merecía algo mejor y, aunque no se tratara de sus complejos, Mitsue le temía a la intimidad. Para él, en su mente, era dolorosa. Y estaba harto de sufrir.

«Al menos, bésala». ¿Qué tan malo podría ser? Solo un roce, suave, corto... Mitsue se inclinó hacia ella, lento.

Muy lento...

—¿Interrumpo?

La voz de Sumire lo sobresaltó. ¿Cuándo abrió la puerta, que no le había oído? Respirando profundo, él retrocedió al mismo tiempo que Isabella, que estaba completamente roja.

—No, mamá. —Bufó—. ¿Por qué nos dejaste encerrados, *eh?* ¿Y si hubiera habido un incendio?

Sumire se echó a reír.

—Mitsue te habría salvado.

Isabella gimoteó.

—¡Mamá!

Ella meneó la mano, restándole importancia.

—Ya, ya. No seas dramática. —Miró a Mitsue con tanta intensidad, que lo puso nervioso—. ¿Te quedas a cenar?

Encogiéndose de hombros, él asintió.

—Sí, solo tengo que llamar a casa, para que no se preocupen.

Sumire unió las manos en un único aplauso.

—¡Perfecto! Isy, cariño, tú cocinas.

CAPÍTULO 17

La relación de Ryūji y Shizuka había cambiado. Mitsue no tenía idea de cuándo, aunque sospechaba que algo sucedió la última vez que se quedaron solos, cuando él le asustó con su acostumbrada actitud de depravado sexual y ella se echó a correr hacia el bosque que rodeaba el instituto. Entonces él había querido ir detrás de su hermana, pero Isabella se lo impidió diciéndole que tenía que darle espacio, «permitirle ser fuerte por sí misma». Jamás lo pensó de ese modo. Desde que fueron rescatados, él siempre creyó que estaba haciendo lo correcto al protegerla, pero su novia le hizo dudar, por lo que le permitió a Ryūji ir a resolverlo.

Ya había transcurrido un mes. Cuatro largas y tediosas semanas en las que Aoyama Ryūji, el joven más inquietante que conocía, había estado comportándose como un novio dedicado con Shizuka, su hermana. Así que ahí estaban ellos ahora, en medio del aula de clases, esperando a la profesora de turno.

Ryūji se inclinó sobre Shizuka para colgarle en el cuello un dije con forma de corazón. Le murmuró algo que Mitsue no logró oír, y que tiñó de un intenso color rosa las mejillas de su hermana, antes de besarla en la mejilla. Tuvo que controlarse, para no alejarlo de ella.

—¿No son lindos? —Los labios de su novia sobre la piel de su oreja le erizaron los vellos de la espalda—. Como Romeo y Julieta. Tú eres el hermano *celoso* que trata de separarlos.

Frunciendo el ceño, Mitsue se giró. Pésima idea. En el momento en que sus ojos se encontraron, él olvidó todo su enojo. Amaba tanto a esa mujer.

—No es cierto —respondió como le fue posible—. Yo no lo hago.

Ella elevó una fina y bien delineada ceja.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Seguro?

Titubeó.

—¿Lo hago?

La sonrisa burlona que le dio le hizo sentir como el idiota más grande del mundo. «Soy patético». Tenía que abandonar esa actitud de una vez por todas.

—Pero es lindo. Dice lo mucho que amas a tu hermanita.

Antes de que pudiera responderle, Hiryū Ayame, la profesora de Literatura y Cultura Japonesa, los interrumpió cuando entró con el grupo de estudiantes que faltaba, quienes se dirigieron rápido a sus asientos habituales.

Ella se paró frente al curso, con una expresión de enfado.

—Antes de iniciar —dijo— la señorita Murakami, del club de teatro, hará un anuncio, *breve*.

Akemi, ingresó segundos después. Era bajita y delgada, con el cabello teñido de rubio ceniza.

—Buenos días —habló, con voz suave pero firme—, lamento interrumpirlos. El club de teatro está en busca de nuevos integrantes, para poder presentar nuestra obra el próximo *Matsuri*^[29]: *Kaguya-hime no monogatari*^[30]. ¿Alguno la conoce?

Hubo un largo silencio general. Isabella recostó la cabeza del hombro de Mitsue. Dudoso y despacio, él le acarició la mejilla con los dedos. Antes, aquello le habría causado terror, pero con ella resultaba inevitable. Quería tocarla, sentirla. Y además, era lo único que podía hacer para complacerla.

Si tan solo pudiera avanzar más.

Shizuka levantó la mano, tímidamente.

—Es el de la princesa que nació en una rama de bambú y luego se fue a la luna, ¿verdad?

—Sí, eso es. —Akemi la vio con dulzura—. Tienes unos ojos preciosos, y tu cara. ¡Oh!, mira tu cara. ¡Eres bellísima! ¿Cómo te llamas?

Shizuka se encogió en su asiento. Junto a ella, Ryūji le sostuvo la mano, para reconfortarla. ¿Isabella tendría razón, se habrían enamorado? Ella, al menos, tenía que estarlo para que los ojos le brillaran de pura emoción. Y cuando él la tocaba, a pesar de mostrarse temerosa, Shizuka sonreía como cuando eran niños.

«Tengo que dejarla vivir». Más que eso, hacerlo él mismo. Ya no eran los mismos pequeños vulnerables. Ambos habían crecido y sido hallados por personas que estaban dispuestos a todo por estar junto a ellos. En el caso de Ryūji, cabrearlo e iniciar una guerra a muerte con tal de acercarse a Shizuka.

—Yo no... —empezó a decir.

Isabella hizo rodar los ojos. ¿Qué harían los hermanos Shiroyama sin ella? Oh, bien, no podía saberlo, aunque se hacía una idea: morir. Riendo por lo bajo, se llevó el cabello detrás de la oreja.

—Shizuka —interrumpió—. Shiroyama Shizuka. Y sí, está guapísima, como una princesa.

Mitsue resopló sabiendo sus intenciones. Isabella lo ignoró por completo. Él no podía robarle su pequeña dosis de diversión, ¿o sí? Quizá fuera un poco cruel, pero... Al demonio, tenía que darles un empujoncito, nada más.

—Y aquí hay cierto motociclista que parece un *príncipe* —canturreó. Mitsue suspiró, molesto.

—Isy...

Ella le dirigió una mirada inocente.

—¿Qué?

Akemi concentró toda su atención en Shizuka.

—Un nombre hermoso. ¿Te gustaría unirtenos, Shiroyama-*chan*?

—¿Yo? —Señalándose a sí misma, palideció.

Ryūji le murmuró algo al oído, ella asintió varias veces y al final fue él quien contestó:

—Ambos iremos.

—¡*Subarashi* ^[31]! ¡Esa es la actitud! —Akemi echó una mirada rápida al grupo—. ¿Alguien más? Por favor...

«¡Bingo!». Isabella contuvo un grito de satisfacción. ¿Quién lo hubiera dicho? Su plan estaba funcionando. «Dios, ¿esto significa que ya no me odias». Ahora podría ser la completa *fangirl* loca que deseaba. Su maravilloso *RyūShizu* al fin se haría realidad. Porque bueno, solo había que mirarlos para saber que ambos se estaban entendiendo.

El romance estaba en el ambiente.

Aunque todavía faltaba una cosa... Acercó los labios a la oreja de Mitsue y murmuró:

—Bebé, ¿qué tal nosotros?

Él negó.

—¿Estás loca? Ni de joda, Isy, olvídale

—Por favor, cariño, y juro no volver a pedirte nada.

—No.

—Por favor, por favor, por favor...

Mitsue respiró profundo y, soltando el aire con pesadez, levantó la mano.

—Nosotros.

Isabella se mordió la comisura del labio.

—Te amo, eres el mejor.

Él no añadió una palabra, en absoluto. Akemi rio, de forma estridente.

—¿Están emparentados? —preguntó viendo a Mitsue y Shizuka una y otra vez—. Esos ojos son tan bellos...

—Es mi hermana menor.

—¡*Subarashī!* —Aplaudió—. La señorita Hiryū amablemente ha accedido a permitirles abandonar su clase, para ir conmigo. Así que los veo dentro de quince minutos, en el auditorio. Y a todos los que deseen unírseles. —Se inclinó hacia el grupo de estudiantes—. Lamento haber molestado.

Y tan rápido como llegó, se fue.

Mitsue e Isabella se vieron a las caras. Él entrecerró los ojos, acusándola.

—¿Contenta?

Ella le sonrió.

—Mucho.

Mitsue bufó.

—Eres imposible.

Isabella se encogió de hombros. En todo el tiempo que llevaban juntos, había aprendido el verdadero significado de esas palabras. Le palmeó la mejilla suavemente.

—También te quiero, *bebé*.

Él gimió.

—No me digas así. Mierda, ¿qué tienen todos, que lo único que hacen es ponerme motes idiotas?

Como toda respuesta, Isabella se llevó los dedos índice y corazón a los labios, los besó y los unió con los de Mitsue. El único modo en el que podría besarlos alguna vez. Como lo esperaba, él le sonrió. «Ojalá me dejaras acercarme, chico, yo te enseñaría...». Oh, bien, ella no era una experta besando; pero era lo bastante buena como para darle clases. Y más que eso, lo único que deseaba era probar los suyos mientras enredaba los dedos en su suave cabellera.

Un roce.

Transcurridos los quince minutos, estuvieron reunidos en el auditorio. Isabella se sorprendió de encontrarse con Genji y Sanji, los gemelos que eran hijos del fiscal Harada y hermanos menores de Mineko. Ella no tenía idea de cuál era el mayor ni tampoco hubiera podido diferenciarlos de no ser por sus tatuajes. Genji tenía una serpiente en el brazo derecho, como si se le

enroscara, que terminaba detrás de su oreja; mientras que Sanji un ogro al más puro estilo tradicional japonés en el brazo izquierdo. Para su desgracia, ambos llevaban suéteres de cuello alto.

Uno de ellos le sonrió. Ese era Sanji, estaba segura. Genji parecía sufrir de parálisis facial y, además, no soportaba a nadie que no fueran sus hermanos. Devolviéndole el gesto, Isabella apretó la mano de Mitsue.

La profesora Murakami levantó la voz, leyendo una hoja.

—Estuve conversando con Sanji-kun y, en vista de que el *Matsuri* será en un mes, somos tan pocos y no tendremos tiempo de hacer audiciones, ambos distribuimos los papeles del siguiente modo—: Shizuka será Kaguya-hime ^[32]; Ryūji el Emperador. Mitsue será un príncipe rival. Isabella interpretará a la esposa del anciano cortador de bambú...

Mitsue parpadeó incrédulo, a la vez que soltaba la mano de Isabella. ¿Que él interpretaría a quién? Oh, la profesora tenía un serio problema si pensaba que lo haría. Que se olvidara de esa idea.

Ryūji giró el cuello levemente y se lo quedó mirando. La burla brillaba en sus ojos oscuros.

—¿Qué te parece? Seremos enemigos, ¿eh? —Puso toda su atención en Shizuka—. ¿Vas a patearme el culo de nuevo, *cuñado*?

La sangre en sus venas hirvió como lava. Mataría al pobre bastardo, por mucho que a su hermana pareciera gustarle.

—En la obra —continuó Akemi—, Kaguya-hime no vuelve a la luna, sino que se queda con el Emperador; pero antes este debe enfrentarse al príncipe rival. Por eso elegí a Mitsue. Oh, y porque Sanji me ha dicho que es muy bueno en las Artes Marciales.

Mitsue le frunció el ceño.

—No.

Akemi meneó la mano, restándole importancia.

—¿Por qué? No te preocupes, no tendrás que besara tu hermana ni nada parecido; solo enfrentarte s Ryūji.

Mitsue se preparó para rebatir, la mano de Isabella sobre su hombro lo detuvo. Con una sonrisa deslumbrante, ella lo calmó. En aquel momento él tuvo una nueva idea.

—¿Puedo golpear a Aoyama? Para hacerlo más real, por supuesto.

Si las miradas fueran mortales, la que Ryūji le dio lo habría mandado al infierno. La profesora Murakami se lo pensó un instante.

—¿Hablas de golpes peligrosos?

Mitsue arqueó una ceja. Si dependiera de él, lo atravesaría con una *katana*, pero como no podía...

—No, para nada. —Le dedicó una media sonrisa burlona a Ryūji—. Apuesto que Aoyama lo va a disfrutar.

Levantando la mano, Ryūji le mostró el dedo del medio.

—Oh, lo espero con impaciencia, Shiroyama —contestó.

Akemi los vio uno al otro.

—¿Debo preocuparme por ese odio mutuo?

Sanji suspiró, encogiéndose de hombros.

—No, ellos siempre hacen eso. Se pelean así porque Ryūji quiere ser el novio de Shizuka, pero Mitsue no lo aprueba.

Shizuka se ruborizó de inmediato, negándose a verlo, mientras que Isabella se echaba a reír. Oh, joder, ¿de verdad era el villano patético que no dejaba ser feliz a su hermana, él? Genial, simplemente maravilloso.

—¿En serio? —insistió la profesora.

Genji dobló los brazos encima de su pecho, confirmando con la cabeza.

—Toda la universidad lo sabe —dijo—. Incluso se pelearon una vez.

—Sí. —Sanji apretó los labios, un momento—. Oí que Mitsue le fracturó un brazo y...

Genji negó.

—Te equivocas. Ryūji le rompió una pierna.

Sanji gimió.

—¿Qué? ¡No! Mitsue lo envió al hospital...

Bien, eso era preocupante. Todo el mundo lo creía un psicópata sanguinario y, lo peor, algunos pensaban realmente que Ryūji era capaz de vencerlo en una pelea. Como si eso fuera a ocurrir. Él podía darle una paliza con los ojos cerrados y una mano atada a la espalda.

—Estoy malditamente seguro de que nada de eso sucedió. —La voz de Ryūji era carente de emociones, como de costumbre—. Solo fue una discusión y ya, ¿no Shiroyama?

«Espeluznante». Como el infierno. ¿Y por qué Ryūji intentaba hacerle quedar bien? Si era por obtener su aprobación, que lo olvidara.

—Sí —respondió, a su pesar.

Akemi respiró hondo.

—¿Eso representa un inconveniente? ¿Debo separarlos, como un par de niños?

Los dos negaron, al mismo tiempo. En ese momento, mientras la profesora asentía, satisfecha, Aoyama Ryūji hizo algo que Mitsue jamás imaginó: le extendió la mano, con una sonrisa que no era soberbia ni burlona.

—¿Tregua?

Mitsue vaciló. Al fijarse en las caras esperanzadas de Shizuka e Isabella, él halló el valor necesario para ceder.

La tomó.

—Tregua.

CAPÍTULO 18

Con el cabello completamente suelto, cayéndole sobre los hombros como una suave y oscura cascada, Mitsue era la cosa más bella y apetecible que había visto. «Santo Dios, quiero un pedacito de él». Un trozo pequeñito, nada más. Por supuesto, como estaban a punto de comenzar con el ensayo, él llevaba puesto un *kimono* masculino y elegante, pero eso no era lo que la enloquecía; sino el hecho de que no se hubiera puesto nada debajo y uno de sus hombros estuviera expuesto. ¿En realidad? No se le veía demasiado, solo un poco de piel, pero fue suficiente para Isabella.

De momento hacía mucho calor... en sus zonas bajas.

Nunca antes había tenido tantas ganas de apretar unos brazos como ahora, pero Isabella no podía evitarlo. Por todos los cielos, ella sabía que su novio escondía algo bueno debajo de sus interminables capas de ropa, lo había visto una vez, aunque no le prestó la debida atención porque ambos estaban peleados y ella intentaba hacer las paces. «Cálmate, ¿desde cuándo somos unas pervertidas? Solo es su hombro, ¡por favor! Y ni siquiera se le ve nada». Y no era necesario, él era absolutamente delicioso de cualquier forma.

Mitsue bufó mientras cruzaba los brazos y discutía con Atsuko sobre su cabello suelto.

—No-me-gusta —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Ya, deja de ser una nenita llorona y hazme caso.

El ceño de Mitsue se encogió de un modo que gritaba «peligro». Cualquiera en el lugar de Atsuko se habría alejado, pero ella hundió su dedo en el hombro de Mitsue y lo empujó; él se mantuvo firme como una roca, clavado al suelo, con esa mirada asesina que... Isabella contuvo un gemido. Se le secó la garganta mientras una oleada de deseo la recorría como lava ardiente. ¿Qué ocurría con ella? «¿Desde cuándo nos excitan los chicos enojados?». Ella no tenía idea, pero se vio forzada a dejar de verlo, para calmarse.

—¿Qué estás insinuando Itō?

Ella no pareció percibir el tono amenazante de su voz.

—¿Yo? Nada. —Suspiró—. Pero honestamente, te estás comportando como un marica.

De ser las miradas mortales, Atsuko se habría hallado en su propio funeral.

—Lo preguntaré de nuevo: ¿qué-maldita-mierda-estás-insinuando?

Isabella tembló al oírlo. Cuando volvió a fijarse en él se dio cuenta de que Mitsue estaba a punto de hacer algo malo. Muy malo. Pero él no era capaz de golpear a una mujer, lo sabía. Aun así, cuando entrecerró los ojos... Con el corazón en la boca, dejó la peluca de anciana y se apresuró hacia ambos.

—*Atsu-chan* —dijo, apretando el brazo de Mitsue—, ¿qué estás haciéndole a mi chico, *eh*?

Mitsue se relajó ante su contacto y escondió el rostro de ella. Algo en las palabras de Atsuko lo había herido, pero ella no tenía idea. Respirando hondo, le acarició con el pulgar.

Atsuko bufó, molesta.

—Nada. Es igual de insoportable que Ryūji. Yo solo trato de hacer mi trabajo y no me dejan, ¡me tienen harta!

Isabella meneó la mano libre, restándole valor.

—Ya, ya, eres una quejica. —Se volvió hacia Mitsue—. ¿Quieres que te lo recoja?

Él negó.

—Puedo solo.

Fue su turno para resoplar. Claro que podía, era bastante competente; pero ella deseaba hacerlo. Se moría por jugar con ese cabello suave y brillante.

—¿Por favor?

Mitsue hizo rodar los ojos. *Touché*. Isabella sonrió complacida.

—Bueno...

Isabella le dedicó una mirada burlona a Atsuko.

—¿Ves? *Así* es como se hace. —Rio por lo bajo—. De nada, de nada.

Tomando la mano de Mitsue, se lo llevó hacia el otro extremo. Dócil, se dejó guiar. Bien, eso era extraño. Él no protestaba ni se resistía. Como si estuviera en otro mundo, tan solo caminaba. Isabella trató de entender qué estaba sucediéndole, no halló nada excepto las palabras de Atsuko: «Te estás comportando como marica».

Oh, santo Dios, eso había sido.

Él se sentó frente al espejo, dándole la espalda. Callado, distante. Isabella trató de ignorar el dolor que reemplazaba cualquier otro sentimiento.

¿Cómo podía ayudarlo si Mitsue no se abría con ella? Suspirando, se atrevió a acariciarle el cabello, peinándose.

Mitsue levantó la cara y sus ojos se encontraron a través del cristal.

—¿Te parezco femenino?

Ella arrugó ligeramente el entrecejo. Mitsue contuvo la respiración cuando no hubo una respuesta inmediata.

—¿Qué? —Tomó un mechón de su cabello y lo llevó hacia atrás—. ¿Atsuko te dijo eso?

Al no poder mover la cabeza, encogió un hombro.

—¿Lo parezco?

Isabella rio, sin un atisbo de burla.

—Eres lindo. Bueno, no liiindo, más bien hermoso de una forma delicada. —Jaló suavemente otro mechón—. Pero *no* eres femenino.

—Entonces, ¿no me parezco a una..., no sé..., una chica?

Isabella negó.

—¿Qué? Cielos, ¡no! ¿Crees que me volverías taaan loca de parecer una? Eres lo bastante masculino para mi gusto, gracias a Dios.

Mitsue respiró aliviado. Al menos ella lo creía un hombre, en su totalidad. «¿Y por qué no me siento de esa forma?». Era extraño, tampoco se consideraba mujer. «No soy nada». Un espacio negro, vacío, sin valor. Roto.

«Niñita llorona». Las palabras de Atsuko fueron dolorosas; sin embargo, ella no lo sabía. Solo habían sido palabras vacías, ¿por qué las sintió como un recordatorio a su cruel pasado? Quizá porque en aquel tiempo era lo que parecía. Lo que tuvo que ser, para sobrevivir y mantener a su hermana a salvo.

Una mujer.

Una jodida y maldita niñita llorona.

—Yo... —Dudó unos instantes. Antes de poder detenerse ya estaba hablando—... Yo, ¿te parezco un hombre, aún con el cabello... así de largo?

Isabella deslizó algunos dedos sobre su mejilla, lento, reconfortándolo. Mitsue se vio a sí mismo en el cristal: ahora llevaba una cola de caballo, con mechones de cabello enmarcándole el rostro. Ella le sonrió con dulzura, haciéndolo sentir vulnerable. «No te quiebres». Pero sabía que no iba a ser capaz de soportarlo por mucho más tiempo.

Como en el pasado, estaba rompiéndose, pero en la actualidad era gracias a Isabella.

—¿No te sientes como uno?

Su pregunta lo sorprendió. ¿Lo habría notado? De ser así, ¿por qué no estaba corriendo lejos de él?

—Sí, lo hago —mintió—. Es solo que desde que era niño he estado oyéndolo.

Ella apretó los labios.

—¿Y eso te molesta? —Vio por encima de su hombro, hacia donde estaba Atsuko—. ¿Honestamente? Me importa una mierda lo que digan de ti. Aún con esa larga melena, eres brutalmente masculino. Luego, está tu voz...

Arqueó una ceja, más curioso que nunca.

—¿Qué tiene mi voz?

—¡Oh, chico! ¿En serio, no te has escuchado? Podrías derretir el Polo Norte con ella. Eres *ardiente*, en todos los sentidos.

El ligero rubor que se instaló en sus mejillas la hizo parecer adorable. Y encendió cada milímetro de su cuerpo.

—¿Te *caliente*, Isabella? —No pudo esconder el tono juguetón en su voz.

Ella se apretó el labio con los dientes y respiró hondo.

—*Oops*, ¿lo dije en voz alta?

—Demasiado. —Ryūji, que estaba recostado de la pared, los barrió con la mirada—. Deberían buscarse una habitación, ¿saben? Hay gente inocente aquí.

Mitsue hizo rodar los ojos mientras Isabella se alejaba de él, más roja que nunca. «Encantadora». Y lo amaba, a él. Lo consideraba un hombre y no juzgaba ni una parte de su apariencia.

—En serio, ¿tú?

Ryūji negó, mirando ahora hacia Atsuko, que se encontraba peinando a Shizuka. Ella estaba hermosa: vestida con *furisode*^[33] nupcial, de fondo negro y con una gran cantidad de flores de cerezo estampadas. Llevaba el cabello suelto y adornado con unas cuantas flores silvestres; además tenía los labios teñidos de un rojo vibrante, que realzaba su pálida piel.

Ryūji, por el contrario, llevaba lo mismo de siempre: un jean negro, roto en las rodillas, botas y una camisa ajustada. Como el pandillero de mala muerte que era. Mitsue evitó gemir.

—Nunca ha besado, ¿verdad?

El destello de una visión atravesó la mente de Mitsue. Claro que lo había hecho, una vez, y aún ambos se arrepentían. Pero no fue culpa de ninguno, su

secuestrador los obligó.

—Ni lo intentes, Aoyama. —Su tono amenazador solo hizo que le sonriera con burla.

Ryūji se encogió de hombros.

—Díselo a la histérica de Murakami. Ella es quien quiere que la bese —respondió, y se fue hacia Shizuka.

Mitsue apretó las manos, hasta que se le pusieron blancas. Junto a él, Isabella se mantuvo en silencio, viéndolo caminar.

—Maldito idiota.

Ella suspiró.

—Solo juega contigo, no le hagas caso. —Se llevó las manos a las caderas—. ¿Me ayudas a ponerme esa horrible peluca de abuelita? Ahora tendrás una novia anciana, ¡*dah!*

Después de que Isabella se colocara la peluca, ambos se unieron al grupo, para ensayar. Ella los recorrió a todos con la mirada. Demonios, ¿por qué era la única de las mujeres que debía parecer una abuela? No lo entendía. Por Dios, si hasta Taiki lucía increíblemente guapo como un viejo decrepito, ¿y qué decir de Ryūji, con su eterno aspecto rebelde? Y después estaban Shizuka y Mitsue. Como un par de príncipes del periodo Yamato. Fascinantes. De no ser hermanos, ellos habrían pasado por una pareja.

Absolutamente hermosos.

—Bueno. —La profesora suspiró—. Desde el inicio. Ya lo saben: ¡sin fallas!

Ryūji y Shizuka asintieron, mirándose a los ojos. Solo había que verlos, para saber que algo ocurría entre los dos. Por mucho que Shizuka lo negase. La profesora se volvió hacia el grupo y exclamó:

—¡Den lo mejor de ustedes!

Hubo un grito colectivo y varios aplausos. Cada uno tomó su posición. Ryūji se acercó a Shizuka y alargó la mano. Isabella contuvo la respiración. ¿Acaso era la única que veía el deseo en esos pares de ojos? Ellos querían estar cerca, con tanta pasión que sus miradas lo gritaban.

Justo como ella con Mitsue. Pero eso no iba a suceder. El infierno se congelaría antes de que él le permitiera dar ese paso. De que lo hiciera por sí mismo.

El pensamiento le dolió.

Y mientras Ryūji se inclinaba para rozar sus labios con los de Shizuka y ella cerraba los ojos, Isabella tuvo que forzarse a mirar hacia el lado

contrario. «Eres egoísta». Aunque le costara horrores aceptarlo, también se moría de envidia. Si tan solo Mitsue le mostrara el camino, lo atravesaría hasta llegar a él y salvarlo de lo que fuera que lo atormentase. Se enfrentaría a todos los dioses del panteón japonés. Sin embargo, esa posibilidad era remota.

Ryūji se detuvo, alejándose de Shizuka.

—Que lo haga Taiki —dijo—. Me largo.

Isabella reconoció el dolor en su rostro. Era el mismo que sentía al no poder acercarse a Mitsue. ¿Qué estaba sucediendo? La profesora Murakami palideció.

—¿Qué? ¡Ni se te ocurra Aoyama-*kun*! Watanabe ya se aprendió su papel. Tú eres el Emperador, ¡punto!

Ryūji, cruzándose de brazos, soltó una risa burlona. Aunque parecía desafiante, como siempre, él sufría.

—¿Sabes?, eres muy ruidosa. —Avanzó hacia la puerta—. Idiota, haz un buen trabajo.

El silencio se apoderó del grupo. Shizuka negó desesperada, alargó la mano como para detenerlo, pero al final se encogió sobre sí misma llorando. «*Okay*, esto me asusta». ¿En qué momento la nueva y perfecta pareja de la facultad había terminado? Bueno, técnicamente jamás iniciaron una relación, pero esos eran detalles ínfimos que a ella no le importaban.

—¡Aoyama-*kun*, ven acá! —insistió Akemi.

Ryūji siguió adelante, no haciendo caso a los reclamos de la profesora. Mitsue resopló. «Maldito imbécil». Él no le gustaba ni un poco. Era arrogante, sarcástico y un acosador de mierda que lo provocaba constantemente; pero no podía seguir negándolo: Ryūji quería a Shizuka. No, más que eso, él le amaba. Tan solo había que ver la adoración en sus ojos siempre que le tenía cerca y el dolor que se apoderaba de sus expresiones cuando Shizuka lo alejaba debido a sus propios temores.

Vaya lío amoroso. Y como siempre, él tendría que resolverlo.

Se giró hacia Isabella.

—Dejo a la señorita en tus manos —murmuró a su oído—. Ya regreso.

Ella asintió, por lo que Mitsue se fue a buscarlo. Le tomó veinte minutos dar con él. Ryūji estaba en una de las pequeñas cabañas, en lo más alejado del bosque que rodeaba a la universidad. Acostado en una de las bancas de concreto, él parecía dormir. Cruzando los brazos sobre su pecho, refunfuñó una maldición. Ryūji podía no ser de su agrado, pero Shizuka era

la persona que quería proteger.

—Aoyama.

Ryūji abrió un ojo.

—¿Ahora qué mierda quieres? Lo que sea, no fui yo.

Mitsue resopló, haciendo rodar los ojos.

—¿No es obvio, genio? Hablarte.

De inmediato, Ryūji se sentó.

—¿Sobre qué?

Mitsue se colocó a su lado. Ellos no se agradaban, pero podían tolerarse..., la mayoría del tiempo. Bueno, en ocasiones contadas. Esta podía ser una.

—La señorita Shizuka.

Ryūji guardó silencio un largo rato. Por consiguiente, Mitsue continuó:

—¿Qué sientes exactamente por ella?

La mirada afligida que le dio, logró estremecerlo. Era lo que él sentía cuando se trataba de Isabella y su imposibilidad de avanzar en la relación que tenían.

—Creí que eras un buen observador.

—Lo soy. Y por eso te lo pregunto: ¿qué sientes por la señorita Shizuka?

—Le amo.

Mitsue entrecerró los ojos.

—¿No es muy pronto para eso?

—¿Sabes cuánto maldito tiempo he esperado por alguien como ella?

Eso era extraño. ¿Cuánto tiempo? Arqueando una ceja, Mitsue respondió:

—Tienes veintidós, no ochocientos. ¿Estás seguro de que no eres un enfermo de mierda?

Ryūji se burló.

—No lo entenderías. Tú tienes a tu familia y a esa rubia chillona, incluso. Yo, no tengo a nadie, salvo tu hermana.

Mitsue asintió. Jamás había imaginado que Ryūji estuviera tan solo. Casi sintió pena por él, entendía el sentimiento.

—Te entiendo, más de lo que crees. Aoyama, mira, no te agrado y tú no me agradas, en eso estamos de acuerdo. Aun así..., yo aprecio lo que intentas hacer por la señorita. Y si tú le amas, no veo...

—Ahorrarte el discurso. Ella me teme, nada de lo que hago funciona.

Mitsue, por primera vez, le sonrió con calidez.

—Es complicado, pero le gustas, es solo que... —Hizo una pausa, para tomar aire—. Mira, no quiero que ella sufra y te castraré si le rompes el corazón; pero si tú la amas, deja de actuar como un maldito niño y regresa al auditorio.

Ryūji lo vio, confundido. Diablos, lo que daría por poder tomarle una fotografía.

—¿Por qué?

Mitsue exhaló.

—Porque ella es mi hermana, ¿acaso no es eso lo que la familia hace?

—Y, más o menos, ¿por qué le dices «señorita», en todo caso?

Mitsue desvió la mirada, con el dolor y la culpa agitándose dentro de él. Si Ryūji supiera la verdad, ¿continuaría interesado en ella? Tal vez debía decírselo, para probarlo. Pero no, al final esa decisión era de Shizuka, no suya. Él no interferiría y tampoco pensaba exponerse a sí mismo delante de alguien que podría utilizarlo en su contra.

Se decidió por una respuesta vaga.

—Porque no pude protegerla. No soy digno de pronunciar su nombre. — Él hizo una corta pausa, se puso de pie, y añadió—: Piénsalo, Aoyama.

Ryūji confirmó, con la cabeza. Entonces, Mitsue se giró y volvió por el camino empedrado.

CAPÍTULO 19

Shizuka tenía novio. Ella, la chica más tímida, callada y virginal de todo Japón. Y no uno cualquiera, sino Aoyama Ryūji, el segundo hombre más ardiente del país, quien estuvo persiguiéndola los últimos meses. ¿Cómo habían llegado a ese punto de no retorno? Oh, bueno, Isabella no lo sabía, pero se estaba haciendo una idea.

Todo comenzó con su noche de fogata grupal, la cual ella propuso, en Nagoya, dos semanas antes. Justo después de aquel ensayo en el que Ryūji se comportó como un imbécil al abandonarlos y Mitsue fue a meterle algo de sentido común, aunque extrañamente no a golpes. En aquel momento ellos habían estado contando historias de terror hasta las dos de la madrugada, cuando se fueron a dormir. Pasadas dos horas, cuando todo se encontraba en silencio absoluto, Ryūji se había colado en su tienda de campaña, para llevarse a Shizuka con él. Por supuesto, Isabella, que aún no conciliaba el sueño, los había visto alejarse. Al igual que Mitsue.

Cuando Isabella salió para ver hacia dónde se dirigían, se encontró con su novio, que estaba haciendo exactamente lo mismo. Emitiendo un prolongado suspiro, ella se le acercó.

—¿Crees que hago lo correcto? —había preguntado, con la mirada fija en el horizonte.

El tono entristecido de su voz la penetró en lo más profundo. Él deseaba ser un buen hermano mayor y guardián, pero al mismo tiempo que Shizuka fuera feliz con quien eligió para sí misma.

Asintiendo, ella le tomó la mano.

—Lo haces. —Le sonrió, bajo el cielo lleno de estrellas—. Shizuka estará bien. Ryūji no es malo, finge serlo, y está enamorado de ella.

Mitsue gimió.

—Dice que le ama, y yo le creo.

Isabella se había movido hasta quedar frente a frente. Los ojos de Mitsue, a la luz de la luna, se veían hermosos y casi traslúcidos. Aunque titubearon un instante, él se atrevió a mantener la mirada fija en la suya.

—¿Por qué?

—Porque yo me siento igual... respecto a ti.

Eso había sido tierno. Isabella tuvo que contenerse para no besarlo, pero

a esas alturas ya conocía la respuesta: no. Por lo que se conformó con esconder el rostro en su cuello y respirar su aroma varonil.

Después de eso, Shizuka y Ryūji se volvieron incluso más inseparables e hicieron saber al grupo su relación. Isabella sonrió al recordar la expresión de Haruko. La pobre prima de Taiki aún conservaba la esperanza de poder conquistar al *sex simbol* Aoyama. Como si fuera posible.

Ahora, ahí estaban ambas, mirando a sus respectivos novios jugar un partido de fútbol interminable contra Taiki y un grupo de chicos que se habían ido rindiendo uno a uno. Shizuka tenía una sonrisa boba mientras recorría el cuerpo de Ryūji con la mirada, de un modo que le habría hecho parecer una perversa de no tratarse de quien era. Isabella la imitó. Mitsue tenía puestos un par de cortos pantaloncillos para el deporte, junto a una franela sin mangas. El cabello completamente suelto, mojado y pegado a la frente.

Hermoso.

Ryūji poseía una complexión que se asemejaba más a la de los chicos extranjeros: brazos fuertes y un torso bien trabajado, firme y lleno de abdominales. Taiki, sin embargo, tenía un atractivo por completo tradicional: delgado pero no esquelético, con músculos definidos. Mitsue, por lo poco que podía ver, se hallaba en el medio.

Pero eso no importaba. Aun cuando su cuerpo perfecto estuviera brillante por el sudor, haciéndolo parecer una deliciosa estrella del *porno*, ella no dejaba de pensar en el hecho de que cumpliría cien años junto a él, sin poder besarlo. Estaba enojada y terriblemente dolida. «Te-lo-dije». Sí, pero diablos, ¿por qué tenía que recordárselo a sí misma todo el tiempo? «Eres una idiota». Quizá, la más grande del mundo, ¿quién podía culparla? «¿Mente? ¡Vete a la mierda! Déjame en paz». Estaba segura de que si alguien la provocaba, ella iniciaría una discusión solo para aliviar su propia pena. Por él.

Gracias a él.

Suspirando nostálgica, decidió distraer su atención al conversar con Shizuka.

—A ver, explícame algo: ¿cómo terminamos siendo novias del Señor Corazón-de-Hielo, Cara-de-*Yakuza*, Cuerpo-de-Infarto?

Shizuka abrió los ojos desmesuradamente mientras la cara se le moteaba de rojo. Ella iba a responder, pero Mitsue, que se había hartado de la pelea entre Ryūji y Taiki, la interrumpió:

—¿Cómo que *novias*?

Isabella rio por lo bajo, barriéndolo con la vista, como solía hacerlo siempre que estaba enojada con él. «¿Será que...?». No perdía nada con intentarlo de nuevo, por enésima vez.

—¿Qué, Mitsue cara-de-hielo, *celoso*?

Él se cruzó de brazos y desvió la mirada.

—No.

Demasiado bueno para ser verdad. Isabella trató de fingir desinterés, aunque se estaba muriendo de tristeza. Por él.

Gracias a él.

Bufó, entrecerrando los ojos.

—Oh, claro. Olvidaba que no sientes nada o que yo, al menos, te importo una mierda. —Se volvió hacia Shizuka y prosiguió—: Te decía, ¿cómo es que somos novias de nuestro acosador, *eh*? Quiero de-ta-lles.

Mitsue resopló. Aquellas palabras lo golpearon como una patada en la ingle. ¿Cómo se atrevía decir que no le interesaba? Oh, por favor, por ella se había expuesto al ridículo al mostrarse tal cual era. Sí, lo admitía: no era el mejor de los novios. Demasiado frío y distante, reservado, formal... Una completa mierda que no se atrevía a besarla, y a pesar de ello amaba a esa mujer con cada parte de sí mismo.

Y se estaba muriendo de los celos.

Mierda, ella estaba viendo a Ryūji con esos ojos hambrientos que le hacían hervir la sangre como lava. Isabella solo podía mirarlo de esa forma *a él*, nadie más. Y con lo mucho que le había costado dejar sus brazos al descubierto, para poder jugar. Todo porque ella le insistió. Solo agradecía que no hubiera notado aún las cicatrices en sus muñecas, las de su primer intento de suicidio.

«Contrólate». No podía.

—La señorita es su novia; tú-eres-la-*mía*.

Shizuka reprimió una carcajada que no pasó desapercibida para ninguno. Cuando él la miró, debió de hacerlo con más seriedad de la querida, porque ella se encogió avergonzada. Maravilloso, se estaba transformando en un idiota tamaño gigante.

—¿Sí? —Isabella se cruzó de brazos—. Pues, para la próxima me vas avisando porque llevamos casi un año y tú nunca me has dado ni un puto beso. Creo que hasta tu hermana, con lo virginal que es, ha besado más que yo. Tengo polvo y telarañas en la boca, gracias-a-*ti*.

Shizuka abrió los ojos, más de lo normal, roja por completo. Mitsue, sin embargo, contuvo un gemido. Eso era verdad. Y estaba harto de mostrarse con su faceta analítica y calmada. Aunque en el fondo se estuviera muriendo de amor por ella y quisiera demostrarlo. «Tan solo hazlo». Como si fuera tan sencillo. Honestamente, no podía imaginarse cediendo ante sus propios deseos. Los mismos que estaba golpeteando desde adentro en ese instante, incitándolo a...

Ignorando sus propios temores y la mirada de Shizuka, incluso el enojo de Isabella, Mitsue se acercó hasta que estuvieron frente a frente. Sujetándola por el cuello, la atrajo hacia sí mismo. Ella tragó con los ojos vacilantes. Mitsue siguió el movimiento antes de inclinarse cerca de sus labios rojos y apetecibles. Carnosos y suaves.

Un corazón perfecto.

—¿Por qué eres tan imposible, Isabella?

—Y-yo no...

No le permitió continuar. Uniendo sus labios, Mitsue la besó con los recuerdos agitándose en su alma. Cada imagen dolorosa volvió para atormentarlo. Pero no era «su marido» al que besaba, ni siquiera a Shizuka, sino a Isabella. Su novia.

«Mi mujer». El pensamiento lo sobresaltó. Pero demasiado borracho de ella como para detenerse, la apretó contra sí mismo y deslizó la lengua dentro de su boca. Sabía cómo hacerlo. Por el infierno, había besado cada día al maldito hijo de puta para que no violara a su hermana, y sin embargo..., con ella se sentía como la primera vez.

Isabella separó los dientes, brindándole acceso. Y entonces, mientras ella cerraba los ojos y se derretía en sus brazos y Mitsue veía cómo Shizuka se coloreaba de un rojo tan intenso que competía con el labial de Isabella, él entendió que no podría vivir un segundo más sin esos labios. Sin el calor de ese cuerpo que lo llenaba todo, cada espacio, y aliviaba su dolor.

Quería impregnarse de su esencia, meterse debajo de su piel así como ella estaba en la suya. «Hacerte el amor». Sin miedos, aunque su pasado quisiera volverle loco, como ahora. Incluso si lo único que veía era el rostro del hombre que les hizo daño, él deseaba estar junto a ella. Siempre.

Para siempre.

«Te amo». Era la única verdad que conocía.

Isabella jadeó tan pronto como Mitsue la dejó libre. ¿Qué había sido eso? Se llevó una temblorosa mano a los labios y los tocó. Dolían

ligeramente, pero no más que su intimidad. ¿Acaso importaba? Él, después de tanto tiempo, le había besado. Real, intensa y profundamente. Delante de todos, empapado en agua y sudor. «¿Es verdad?». Se pellizcó la palma de la mano. Sí, lo era, el dolor lo confirmó.

—Cielos, ¿qué... qué fue eso? —Le costó hablar.

Él miró hacia arriba, fastidiado, y refunfuñó algo que ella no entendió.

—Listo, te besé, *eres mía*. —Su tono avisó que no admitiría réplicas—. *Te quiero*, Isy, lo sabes. Pero ahora, y sobre todo, te quiero lejos, *muy lejos*, de Aoyama.

—¿Qué?

—Y deja de mirarlo como a un trozo de chocolate que vas a comerte.

Ella arqueó una ceja. No lo imaginaba. ¿Qué tan bueno podía ser?

—¿Estás *celoso*, Mitsue?

Él bufó. Isabella casi pudo jurar ver un ligero sonrojo en sus mejillas. Sí, cómo no. Mitsue y la timidez no eran amigos.

—Sí, no tienes una maldita idea de *cuánto* —dijo y regresó para continuar jugando con Ryūji y Taiki.

Shizuka e Isabella se vieron a las caras, ambas sonrientes. «*Okay*, ¿aquí es cuando se acaba el mundo?». Dios había escuchado sus plegarias. Increíble.

—La próxima... —Suspiró recorriéndose los labios con los dedos—, le echo en cara que nunca hemos tenido una cita de verdad, a ver si vamos al cine o algo. ¡Joder! Qué beso... ¡Cielos, cielos! Fue tan... ¡Cielos! Que Atsuko intente superar esto; seguro Taiki ni sabe besar.

Mientras jugaba, Ryūji levantó la mano y saludó a Shizuka, ella hizo lo mismo. Isabella, sin embargo, se dedicó a ver a Mitsue. Entonces, una duda le atravesó la mente: ¿quién le había enseñado a besar, si jamás tuvo una novia antes? Sin quererlo, sus ojos se desviaron hacia Shizuka. ¿Ella? No, imposible. «¿Te volviste loca? Es su hermana, ¡su her-ma-na!». Y además nunca tuvo un novio tampoco, Ryūji era el primero. Y ella le había confiado que fue él quien le enseñó a besar. Imposible. «¿Eun-Hye?». Quizá, sin embargo, ¿por qué Mitsue no se lo habría dicho? De todos modos, ¿qué importancia tenía? Se habían besado, finalmente, eso era todo.

Mitsue llevaba una hora tratando de ignorar la mirada insistente de

Isabella y concentrarse en el texto que tenía que analizar. No le estaba saliendo nada bien. Cada movimiento que hacía era seguido por sus ojos verdes e intensos, que parecían querer algo. No tenía idea de qué podía ser. Pero bueno, tal vez, y solo era una probabilidad, se debía al hecho de haberla besado y luego evitarla como si fuera una leprosa inmunda del Siglo I antes de Cristo.

Ahora que lo consideraba, habría funcionado de no tener que estudiar juntos.

Jodido genio.

Respirando hondo, pasó la página de su libro con el dedo pulgar. Como llevaba haciéndolo todo ese tiempo, Isabella lo siguió. Ah, mierda, esto era terrorífico. Él sabía qué esperar de un hombre que estaba callado, pero de una mujer... No, nada, y menos tratándose de su novia.

—Isy, me pones nervioso —dijo sin mirarla.

Ella suspiró. No, eso no podía ser bueno. Para nada.

—Así que... te pongo nervioso, ¿eh? —Silbó—. Vaya, Señor-Cara-de-Hielo, ¿quién lo diría?

Aunque su tono era juguetón, Mitsue pudo percibir una nota de enojo. «Estoy en problemas». Por lo general, no le habría dado importancia; pero le amaba demasiado como para no prestarle atención y sentirse... aterrado. Verdadera y profundamente.

—¿Qué ocurre?

Ella botó el aire por la nariz, de forma pesada, mientras apretaba los labios mirándolo con aún más intensidad.

—Oh, no lo sé. Sucede que me besaste de un modo que..., ¡woah!, habría derretido el Polo Norte y ahora me ignoras por completo.

Ella tenía razón, pero ¿honestamente?, no sabía cómo actuar.

—¿Quieres que me disculpe?

Ella lo miró como si tuviera un serio retraso mental. ¿Estaría menstruando? Hizo cuentas. No, estaba seguro de que eso había sido la semana anterior. Oh, bueno, ¿qué tan desafortunado podía llegar a ser?

—¿Estás loco? —Su voz se elevó—. Fue el beso más ardiente y... y... fantástico de mi pobre vida.

Esto era perturbador.

—¿Recuerdas lo que hablamos sobre el interprete para tu Idioma Histérico? Me estoy quedando atrás de nuevo, Isy.

Ella bufó, exasperada.

—Es solo que... ¡no puedes besarme y luego tirarme a un lado, chico!
Hazte cargo de tus acciones.

Mitsue arqueó una ceja, divertido, conteniendo una risita.

—Te besé, Isabella, no te dejé embarazada.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Y qué? Es igual. —Se mordió la uña del dedo—. Y no me digas
«Isabella», ¿bueno?

—Pero así te llamas.

Ella gimoteó.

—Sí, pero lo dices así como Isabel-la, ¿entiendes? Isabel-la, y eso es
jodidamente sexi, y... Oh, no lo sé. No me hagas caso.

¿Cómo no hacerlo? Ella era llamativa sin decir una palabra, mucho más
cuando se dedicaba reñirle por cosas sin sentido. «Es lo que me gusta más de
ti». Y nunca lo cambiaría, por nada, en absoluto.

—¿Por qué discutes conmigo, además de que *te pone* que diga Isabel-la?
¿Se extendió tu menstruación de nuevo?

Isabella respiró profundo, para calmarse. ¿La verdad? No tenía idea.
Estaba un poco enojada por el hecho de saber que Mitsue ya había besado a
otra chica antes. O a muchas. Que no era la primera como creyó. Oh, bien, lo
admitía: sí, era un poco —mucho, muy, *demasiado*— machista de su parte,
pero imaginó tontamente que le enseñaría, a él. Y el jodido imbécil besaba
como un dios de la decadencia y el pecado. Estaba segura de que ni el mismo
Lucifer era tan bueno. ¿Aizen Myō-ō? ¿Eros? Y una mierda. Shiroyama
Mitsue. Y eso la enfurecía a niveles que desafiaban su pobre lógica. Solo
entendía que los celos la estaban matando. Imaginarlo a él, sujetando de ese
mismo modo a otra, tocándola... Cielos, ahora entendía cómo lo hizo sentir
cuando vio a Ryūji como a un trozo de carne.

«Lo lamento mucho, cariño». Era tan tonta a veces, pero era culpa de
Mitsue, por ser tan... él.

—¿Honestamente?

Mitsue confirmó con la cabeza. Isabella se mordisqueó el labio antes de
hablar, y cuando lo hizo su voz salió temblorosa:

—Bueno..., tú dijiste que nunca habías tenido una novia.

—Y no la tuve.

—Entonces..., ¿cómo es que sabes besar... tan bien?

La mirada de Mitsue se oscureció de inmediato. De nuevo el velo
impenetrable se había colocado entre los dos. Así, él le pareció más que

nunca un niño abandonado y herido, que sufría un horror indescriptible. Isabella alargó la mano, pero él se alejó. Eso fue doloroso. Tratando de ignorar el malestar en su alma, ella fingió una sonrisa y esperó su respuesta.

—No necesitas una *novia* para aprender.

Aunque sonaba sincero, Isabella percibió algo en sus palabras. Él ocultaba información. La pregunta era: ¿por qué?

—¿Eun-Hye?

—No.

—¿Atsuko o Haruko?

—No.

Isabella tragó con dificultad antes de hacer la siguiente pregunta. Esperando no ofenderlo, se preparó para lo peor.

—¿Shi... Shizuka?

El tormento en el rostro de Mitsue hizo que sus ojos ardieran. «No, por favor». No podría soportarlo. Cuando él no lo negó, Isabella supo el porqué de su actitud.

—¿Mitsue?

—No quiero hablar sobre eso.

—¿Tu *hermana*? —Pese a no quererlo, chilló.

Mitsue apretó las manos, como puños, respirando de forma entrecortada.

—¡Mierda, no! Yo... Por favor, Isy, no quiero hablar sobre eso.

La amargura en su voz, en sus expresiones... ¿Qué tan herido podría estar? Creyó que un simple maltrato, pero mientras el tiempo pasaba ella se daba cuenta de que era incluso más retorcido y doloroso de lo que había supuesto. «¿Qué cosas te hicieron, bebé?». No fue capaz de imaginarlo.

La verdad era que se negaba a hacerlo.

—No... —Carraspeó—. No voy a forzarte a contármelo, pero aquí estoy para lo que necesites.

Él respiró aliviado.

—Gracias...

Isabella sonrió, a la vez que lo sujetaba por la barbilla y hacía que la viera a los ojos.

—Bueno, ¿y puedo besarte cuando *yo* quiera?

Él hizo rodar los ojos.

—¿Tengo opción?

—*Eh...*, déjame pensarlo..., ¡*nop!* Me besaste primero, chico, asume las consecuencias de tus actos.

—Fue un beso, no un bebé.

Soltándolo, ella encogió un hombro.

—Lo-que-sea. ¿Puedo?

Riendo por lo bajo, él asintió. ¿Cómo continuar negándose? Por mucho que lo intentase, no podría. No quería.

Nunca más.

—Cuando *quieras*.

Con una sonrisa de satisfacción, Isabella acercó su rostro al de Mitsue. Él contuvo el aliento ante la expectativa. Entonces, fue ella quien lo besó.

CAPÍTULO 20

Los últimos meses transcurrieron de forma vertiginosa, tanto que Mitsue no lograba comprender cómo habían llegado a esto. Y por «esto» se refería a pasar Navidad y Año Nuevo junto a Isabella y sus padres en un hotelito, que era más bien una granja tradicional con techo de paja, en el poblado montañoso de Shirakawa-go. Lejos de todo lo que podía considerarse la civilización actual y la tecnología. Del habitual bullicio y la vida acelerada que solían llevar las personas en Tokio. Y aunque al principio se sintió perdido, ahora lo disfrutaba.

La paz, el silencio...

No todo era tan simple, a él le preocupaban Umeko y su padre, que se habían quedado en la ciudad; pero sobre todo Ryūji y Shizuka, que se encontraban en Hokkaidō, casándose en secreto. Ciertamente, sabía que Ryūji amaba a su hermana, aun así no confiaba en totalidad. No en él, en ningún hombre que no fuera Satoshi. En absoluto. Y luego estaba Isabella... No podía imaginar el motivo, sin embargo, después de presentar la obra de teatro sobre *Kaguya-hime no monogatari* ella había comenzado a actuar extraño. Más de lo habitual. O quizá fue mucho antes, cuando la besó. ¿Era importante? Siendo honesto..., no. Aunque le confundía. Isabella trataba de acercarse, demasiado, tanto que a veces lo llenaba de miedo.

Ah, mierda, ¿qué tan patético podía ser?

Pero ahí se encontraban los dos: sentados uno al lado del otro, viendo el cielo nocturno cubierto de estrellas. Increíble. Majestuoso. Una obra de arte que era imposible contemplar desde la ciudad contaminada por el humo de los automóviles. Aunque, si era sincero, pocas veces se tomó el tiempo de relajarse como ahora. Disfrutar. Olvidarse de todo, incluso de sí mismo y de su pasado. Respirar sin dolor. La suave brisa invernal le acarició la cara, Mitsue vio por el rabillo del ojo cómo Isabella temblaba ligeramente, soplándose las manos. Con una media sonrisa, se atrevió a alargar el brazo y rodearla con él. Todavía en silencio, ella recostó la cabeza sobre su hombro y suspiró.

«Gracias». Mientras el perfume de Isabella lo llenaba, Mitsue pensó en sí mismo, el año anterior. Increíble que hubiera cambiado en tan poco tiempo. Que ella lo consiguiese, cuando nadie pudo, ni siquiera él. Por supuesto,

todavía le quedaba un largo camino por transitar, solo rezaba que pudiera ser junto a la mujer que amaba y que lo amaba tanto como para resistir su insensibilidad. Pero ya no era frío cuando se trababa de Isabella.

Sin embargo, ¿de conocer todos sus temores y secretos, continuaría viéndolo como lo hacía? Imaginarlo estremeció cada uno de sus huesos. Alejándose, Isabella lo miró con esos ojos intensos y esperanzados, en los que solo había amor por él.

«No quiero perderte». De todos, ese era su mayor miedo. Porque después de tanto Shizuka halló al hombre correcto y ya no lo necesitaba, no a él. Ryūji le amaba a pesar de conocer parte de su pasado. Claro que no sabía toda la historia, nada que involucrase a Mitsue, y aun así había decidió seguir junto a Shizuka. Se lo había hecho saber durante la fiesta de cumpleaños de su hermana. Esa noche, luego de que Satoshi y Ryūji mantuvieran una tensa conversación, ellos tuvieron otra. Una en la que las palabras mordaces desaparecieron y solo se relacionaron como un par de hombres que estaba unidos por la mujer que amaban.

—Si solo quisiera sexo, no habría insistido con tu hermana. —Le había dicho, cuando se quedaron solos—. Puedo acostarme con cualquiera, pero le amo demasiado como para herirla. Soy más que eso.

Mitsue no le dio crédito a sus palabras. ¿Por qué habría de creerle a un desconocido? No obstante, la sinceridad en sus ojos lo atravesó.

—Mira, Shiroyama, sé que quieres protegerla. Ahora entiendo lo que me dijiste aquella vez; pero tienes que superarlo.

—¿Qué sabes? —había preguntado, con el corazón en la boca.

Ryūji se mantuvo firme.

—Fue secuestrada, torturada y violada, cuando era una niña. Tú no pudiste ayudarle por eso dedicas tu vida a protegerla. Entiendo tu impotencia: yo perdí hace mucho a un ser querido, del mismo modo, pero he aprendido a dejarlo ir.

—Hice una promesa. —Tragó, dolido por la crueldad de su memoria—. Es mi hermana.

—Y será mi esposa. Le propuse matrimonio, aceptó. ¿Crees que me casaría con ella solo por el sexo? —Había reído por lo bajo, dolido—. He aceptado que eso no ocurrirá en mucho tiempo o probablemente nunca. Y no me importa. Le amo, eso me basta. Sé que me entiendes, porque es así como te sientes con respecto a la rubia escandalosa.

—Y tú, ¿qué mierda sabes? No hables como si me conocieras.

Ryūji se encogió de hombros.

—No mucho, sobre ti. No te conozco, cierto, pero ves a Isabella como yo a Shizuka: es todo tu mundo.

Mitsue había respirado hondo. Tenía un terrible nudo en la garganta. Shizuka iba a casarse, ¿qué sería de él? ¿Cómo iba a protegerla, si estaba junto a Ryūji? Entonces lo vio: él lo haría en su lugar. Aoyama Ryūji era el nuevo guardián de su hermana. Reconocerlo dolió. ¿Qué sentido tendría su existencia en adelante? Todo por lo que había vivido y se esforzaba, desaparecería.

—¿Cuándo se casarán, el señor lo sabe?

Ryūji había negado.

—Shizuka insistió en hacerlo en secreto. Iremos a Hokkaidō para casarnos. —Exhaló, apretándose el puente de la nariz—. No lo malinterpretes, ella teme que tu padre trate de impedirlo. Pero, ¿honestamente?, el verdadero motivo es que piensa que interfiere en tu relación con Isabella. Sabe que si te lo dice no irás con tu mujer a las montañas, sino con nosotros.

—¿Ella piensa eso?

—¿Y está equivocada? No has tenido una vida. Renunciaste a todo, por ella, para protegerla. Créeme, *lo admiro*, pero es hora de compartir la responsabilidad.

Mitsue había reído, burlándose. ¿Y él que mierda sabía? Nada. Todo era mucho peor: él tuvo relaciones, siendo forzado por otro hombre, con su propia hermana. Ambos estaban sucios, rotos y eran incapaces de tener relaciones con personas del sexo opuesto. Pero Shizuka lo había logrado.

Tuvo que reprimir un sollozo.

—¿La mantendrás a salvo?

Ryūji sonrió, sin arrogancia esta vez, calmado. Amable.

—Con mi vida.

Ryūji le había tendido la mano. Mitsue la estrechó. Antes de darse cuenta, él lo abrazó fuertemente.

—Eres un buen hermano, Mitsue —murmuró en su oreja—. Siento envidia, ojalá los míos fueran al menos un poco como tú.

—¿Qué dices?

Ryūji lo dejó ir y regresó a su actitud distante y soberbia.

—¡*Puaj!* Parecemos viejas dramáticas. —Volvió a reír—. Confío en que no le dirás a tu padre sobre la boda.

—No lo haré.

Justo en ese momento, ellos debían de estar felizmente unidos. Para siempre. Shizuka no lo necesitaba más, pero su novia... Recorriéndole los labios con el dedo pulgar, Mitsue se inclinó y unió los propios a los de ella, en un beso suave. Le gustaba de ese modo: dulce, lento... Disfrutar de su calidez y sabor. De ella, su aroma, y el tacto de su piel, que encendía cada milímetro de su cuerpo. Como en este instante. Isabella conseguía mecer su mundo a un nivel que jamás imaginó. ¿Deseo sexual? Por favor, si no era capaz de ver a una mujer en traje de baño sin sentirse un perverso; pero a su novia no dejaba de imaginarla desnuda.

«¿Qué me has hecho, Isabella Jones?». ¿Y qué importancia tenía? Se amaban uno al otro, eso debía de ser suficiente.

Pero no lo sería por mucho más.

Isabella tomó el control del beso sin darse cuenta. Reclinándose sobre el perfecto y duro cuerpo de Mitsue, jugueteó con el *piercing* de su lengua. Jesucristo, le gustaba tanto hacer eso. Y él parecía disfrutarlo. Cuando deslizaba su lengua dentro de la boca de Mitsue y él cedía, Isabella creía alucinar. Entonces buscaba la de él y jugaba un instante con las pequeñas bolas que sostenían la corta barra en su lugar y él le miraba con esos ojos miel, oscurecidos por algo que no sabía definir, antes de sujetarla por la nuca y profundizar el contacto.

En otras ocasiones, sin embargo, era ella quien alargaba la mano y enredaba los dedos en esa sedosa cabellera negra como el ébano, que la conducía lentamente a la locura. Él siempre parecía tensarse, pero se relajaba después de un par de segundos. Justo como ahora.

Isabella entreabrió los ojos y se encontró con los de Mitsue, con el ardor en ellos. Como fuego que se colaba debajo de su propia piel, encendiéndola. Se alejó un momento, para respirar, y retornó a los labios de Mitsue, quien gimió tan bajo como para no oírlo. Para su fortuna, lo hizo y eso envió una descarga a lo largo de su cuerpo, que comenzaba a dolerse por él.

«Basta, te estás comportando como una idiota. ¿Qué sucede si papá o mamá nos ven?». Oh, ella podía hacerse una idea y no podía importarle mucho más. Amaba a sus padres, con la vida; sin embargo, estaba segura de que si los interrumpía iba a estar enojada con ellos... una década.

«Está mal, Isy, ¡de-ten-te!». No quería. Mitsue estaba debajo de ella, sosteniéndola con esas manos grandes, apretándola... Cielo santo, ¿quién lo hubiera dicho? Su Señor Gélido era jodidamente bueno besando, tanto que

ella sentía que flotaba en una nube de algodón.

Lenta, muy lentamente, Isabella deslizó las manos debajo de su suéter gris de lana y le recorrió el abdomen, que se contrajo al instante. ¿Qué había ahí, en realidad? Podía sentir los abdominales definidos; quiso verlos. Más que nada, darles un mordisco como a una barra de chocolate. Inclinandose otro poco, logró que Mitsue quedara recostado en el piso de madera, sosteniéndose sobre sus codos. Él hizo un movimiento y en ese instante Isabella lo sintió contra el muslo que tenía entre las piernas de Mitsue. Él *estaba despierto*, por ella. *Él*. «Ay, Dios... Ay, Dios...». ¿Y ahora, qué hacía?

Alejándose unos centímetros, Isabella tragó con dificultad. Dudó cuando vio el fuego en esos ojos claros que, bajo la luz de la luna, parecían gemas brillantes y hermosas. Mitsue jamás la había mirado de ese modo: como un león hambriento. Por lo general, él la veía como a la mujer más hermosa del mundo; ahora, no obstante...

Mitsue parpadeó. Cuando volvió a enfocarse en ella, solo halló vergüenza en su rostro. Temor. «No te haré daño, cariño, confía en mí». Él no iba a hacerlo, en el fondo, Isabella lo sabía.

—Lo... —Carraspeó—. Lo lamento, Isy, yo...

Negando con la cabeza, ella le sonrió.

—Está bien. Esto *no* es malo, Mitsue.

La confusión en su cara la llenó de ternura. ¿Qué tan inexperto podía ser? Bueno, ella aún era virgen; pero alguna vez había toqueteado a un chico: Nikita.

—Para mí, lo es.

Esas palabras apagaron el incendio que la consumía.

—¿Por qué?

Él desvió la mirada.

—Me hace sentir... asco.

Isabella parpadeó, para contener las lágrimas.

—¿D-de mí?

Él negó, despacio.

—De mí.

—Pero Mitsue...

Isabella extendió la mano, para tocarlo; él la rechazó alejándose. Sin decirle otra palabra, Mitsue se levantó y caminó hacia el interior del hotel. Tibias y saladas, las lágrimas recorrieron el rostro de Isabella. «Déjame amarte, por favor». Pero él no lo haría.

—Cariño...

Mitsue alcanzó a oírla mientras caminaba de regreso a su habitación. Estaba harto de ser un idiota, el más grande de todos. De herirla. Pero si era sincero, no sabía cómo ceder ante sus propios deseos o los de ella. Quería, con cada fragmento de sí mismo, estar con Isabella. Sin embargo, se hallaba demasiado roto como para intentarlo, esparcido en todas las direcciones. Sucio. Usado.

Violado, esa era la palabra.

Una puta que no merecía amor. ¿En serio pensaba que sería tan simple? Nada lo era, nunca. No para él. No podía simplemente tomarla, embriagarse de ella y fundirse con su cuerpo. Oh, mierda, lo anhelaba tanto que dolía en lugares en los que jamás sintió nada en absoluto. Y aun así... «No sería justo». Quizá fuera un poco machista de su parte, sin embargo, imaginaba que las mujeres querían una primera experiencia sexual satisfactoria. No un circo deprimente en el cual él sería el bufón. Y tratándose de Isabella, ella merecía a un hombre en su totalidad, completo, lo cual él no era ni sería nunca.

Incluso él anhelaba poder entregarse por primera vez sin remordimientos, dolor ni vergüenza. Hacerlo especial. Pero le robaron la posibilidad cuando era un niño. Ahora no le quedaba nada fuera de soñarlo.

«Perdóname, Isy». Si tan solo pudiera oír sus pensamientos, ella sabría por lo que atravesaba. «Ni se te ocurra decírselo». No podría soportar ver la vergüenza en su rostro, la lástima. Prefería que comenzara a odiarlo, por ser el novio de mierda que era a que sintiera asco de él, por algo que no pudo evitar y que no cambiaría por mucho que lo deseara.

Después de cerrar la puerta detrás de sí, Mitsue se deslizó lentamente hasta quedar sentado en el suelo. Aún continuaba doliéndole entre las piernas y podía sentir las manos de Isabella sobre su piel, acariciándolo. Ella no había hecho nada parecido antes. Apretó los párpados, respirando hondo, y vio sus ojos hambrientos sobre él. ¿Continuaría deseándolo como lo hacía, de saber que lo habían violado? ¿Qué, en realidad, había hecho *más* que besarse con su propia hermana? «Pero tú no querías». ¿Y qué importaba? Lo hizo, eso era suficiente. «Ryūji no dejó a Shizuka». Eso no significaba que Isabella actuaría del la misma forma.

«Te ama». Pero el amor no era suficiente.

Con todo, él quería creer que sí. *Necesitaba* hacerlo.

Con la respiración entrecortada, se llevo la mano al pantalón ancho que

usaba y la metió adentro, hacia la erección que estaba matándolo. Él nunca había hecho nada parecido, en realidad odiaba tener que verse desnudo al espejo y pensar en su anatomía o el sexo; pero estaba tan malditamente caliente que no podía soportarlo. Isabella iba a volverlo loco, y entonces...

Aún con la imagen de Isabella sobre él, besándolo y tocando su cuerpo, lentamente se bombeo con la mano. Cuando creyó que todo estaría bien, porque al menos así la tendría por estúpido que fuera, los recuerdos volvieron para lastimarlo.

«Y es por eso que nadie va a quererte, jamás, Naori. Nadie ama a las putas, *como tú*».

«Ahora *eres como yo*, cuando tu familia lo sepa dejará de amarte. Solo me tienes a mí, solo yo puedo amarte».

«Eres una mujer ahora, y me perteneces. Nunca lo olvides».

Dolido en su interior, Mitsue se llevó ambas manos a la cabeza e inclinándola lloró en silencio. ¿Por qué sus recuerdos no lo dejaban tranquilo? ¿Por que? Estaba cansado. «Solo quiero un poco de paz». ¿Era mucho pedir? Sin voces atormentándolo, sin que su memoria lo traicionara.

Completa y absoluta calma.

Derrotado, Mitsue arrastró los pies hacia la cama, donde se metió para tratar de dormir.

CAPÍTULO 21

Frente a la puerta de Mitsue, Isabella retrajo la mano, indecisa. No había vuelto a verlo desde la noche anterior y, sinceramente, a estas alturas comenzaba a pensar que se ocultaba de ella. Oh, bueno, cualquiera diría que estaba paranoica; pero después de que no se presentó a cenar ni al desayuno, tuvo que llegar a esa triste conclusión.

Y dolía en lo más profundo, como caminar descalza en el infierno.

Dando una profunda inhalación, llamó a la puerta. Nada sucedió. Eso, más que extraño, era preocupante. Lo intentó una vez más. Otra, y otra. Cuando creyó que no le respondería, Mitsue asomó la cabeza. Indiferente, como el chico que solía ser un año atrás, él la miró casi con desdén. Eso fue peor que recibir un golpe en cualquier parte de su cuerpo.

Tímida, Isabella le obsequió su mejor y más radiante sonrisa.

—¿Hola?

—Hola.

Vaya, eso era frío, incluso para Mitsue. Tragando en seco, se llevó las manos a la espalda encogiéndose sobre sí misma. Era una situación incómoda y su novio no parecía tener ánimos de mejorarla. Pensó en hacer una pregunta sutil, algo como «¿qué tal tu día?», pero la sutileza e Isabella Jones eran enemigas mortales. Y más que nada, quería saber lo que estaba ocurriéndole.

—¿Por qué te escondes de mí?

Mitsue abrió los ojos un poco más de lo normal y vaciló.

—No me escondo de nadie.

Isabella arqueó una ceja. Ah, no, de eso nada. No le permitiría salirse con la suya. Él no podía continuar huyendo, escudándose detrás de esa máscara de insensibilidad y amargura. Esa actitud de no-me-importa-nada, ya no la sorprendía. No la intimidaba en absoluto. Mitsue era blando en su interior, dulce, romántico. El hombre más tierno que conocía, después de su padre. Lo había visto y besado, sentido...

—¿En serio, chico, vas a mentirme? ¿A mí? —Rio por lo bajo, pinchándole el hombro con su dedo índice—. Puedo ver a través de ti, así que mueve ese sexi trasero y déjame pasar, para que podamos tener una conversación decente.

Con un bufido, él se hizo a un lado. Aparentando una seguridad que no

sentía, Isabella fue y tomó asiento sobre la cama que él no parecía haber usado. ¿Dónde pasó la maldita noche la noche su novio? Él estaba en problemas, unos serios y enormes.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Mitsue la encaró. Isabella se limitó a barrerlo con la mirada, solo entonces se dio cuenta de que él no tenía camisa a pesar del frío, que su cabello suelto estaba húmedo y de que... Oh, Santa Virgen de las vírgenes, ¿eso era un *koi* negro? Nadando contracorriente, magnífico, arrogante como él; que partía desde su pectoral, del lado derecho, y se extendía hasta el ombligo. El agua parecía viva, como si se agitase alrededor del pez, y lo rodeaban algunas flores de loto.

Bellísimo. Una cosa como esa no era fácil de ignorar. Nunca. Menos *estando en él*.

De momento, la temperatura pareció elevarse poco a poco. «No seas perversa. ¡Céntrate, Isy! A lo que vinimos». Ruborizada, ella decidió concentrarse en la puerta que él había cerrado. «No puedo». Tenía que salir de ese lugar.

Antes de poder detenerse, las palabras salieron de su boca:

—¿Cuándo te tatuaste?

Mitsue se mostró confundido.

—Oh, no lo sé. Déjame pensar..., ¿hace un año? ¿Un día o dos antes de conocernos? Ha estado ahí desde entonces.

Isabella entrecerró los ojos. ¿Y qué era esa actitud pedante de nuevo?

—No uses ese tono conmigo, Mitsue. —Suspiró—. No lo había visto.

Él encogió un hombro.

—No te culpo, no me dejo ver seguido sin camisa.

—Sí...

Silencio. Era tan extraño, ¿qué les sucedía? En lugar de continuar avanzando, ahora habían retrocedido. Estaban donde iniciaron: tratándose como enemigos, mirándose como a leprosos. ¿Por qué? Si se amaban y querían estar juntos... Aunque le costase aceptarlo, Isabella sabía que al menos un poco de la culpa era suya. Hasta los perros más dóciles atacaban si se los molestaba demasiado. Y si bien, Mitsue no era uno, estaba herido. «Y yo he estado empujándolo a hacer cosas que lo asustan». ¿Qué tan idiota podía ser?

Las lágrimas le pincharon la parte trasera de los ojos. Conteniendo el aliento, para no llorar, Isabella buscó un modo de disculparse. Pero entonces Mitsue tomó asiento junto a ella y le sujetó la mano.

—Perdóname, estoy... un poco confundido.
Sorprendida por su declaración, ella lo miró.

—¿Po... por qué?

Mitsue volvió a dudar.

—Anoche, nosotros... —Resopló, frustrado—. Isy, sé que tú quieres hacerlo, pero yo no puedo. Y eso me enoja, avergüenza y confunde, ¿entiendes?

Ciertamente, sin embargo, en ocasiones olvidaba la amargura de Mitsue para concentrarse en su propia desgracia. «No puedes ser tan egoísta. Míralo: ¡él sufre!». Y ser consciente de que ella lo estaba causando, le hizo daño.

—Lo lamento —murmuró—. A veces olvido que tampoco es fácil, para ti. No es excusa, tan solo..., cuando te miro y me tocas..., me haces sentir tan pequeña y malditamente caliente que... Oh, no lo sé, me olvido de todo.

Se tragó el nudo que le obstruía la garganta e inclinó la cabeza. Rodeándola con su brazo, Mitsue la apretó contra su pecho. Pese a la temperatura, él continuaba cálido y olía a jabón. Ella supuso que debió de haber estado practicando esos movimientos que le recordaban a las películas de Jet Li, antes de tomar una ducha.

—Tampoco es justo, para ti. Esto era lo que quería evitarte, lo lamento.

—No es tu culpa. —Titubeó, mordisqueándose el labio. Sabía que no tenía que hacerlo, pero ya no podía más con la incertidumbre—. ¿Qué te hicieron? Sé que no quieres, pero quizá si me lo dices podamos hallar una solución... juntos.

El agarre sobre su brazo se hizo tan fuerte que dolió. Mitsue estaba increíblemente tenso, rígido, y su respiración irregular delataba el miedo que sentía. Despacio, Isabella lo tomó de la mano, para que la soltara y levantó la cabeza. Sus ojos cristalizados la recibieron. El dolor, la impotencia, la horrible furia...

Creyó que él se negaría, como de costumbre; pero entonces, habló de forma entrecortada:

—No quiero que dejes de verme como lo haces.

Acariciándole la mejilla, ella negó.

—No lo haré, cariño, confía en mí.

Mitsue contuvo un sollozo y respirando profundo, se animó a expresar la cruel y amarga verdad que escondía. Su mente le gritaba que no lo hiciera porque perdería a Isabella; pero ella merecía saberlo y decidir por sí misma si continuar al lado de una vulgar puta o irse para siempre.

«No lo hagas». Por primera vez ignoró a la voz de su conciencia, que se dedicaba a mantenerlo a salvo. Y lejos del amor que otros le ofrecían.

—*Me rompieron*. —Su voz salió tan baja, que casi no se oyó. Luego de carraspear, trató de elevar el tono—. Yo... tenía once y jugaba junto a Shizuka en el parque, con una pelota. Ella era curiosa, siempre estaba riéndose y siendo amable. Había un perro, de una anciana, era gordo y... No lo recuerdo, creo que me distraje con él y Shizuka perdió su pelota, así que fue a buscarla...

Isabella asió su mano y la acarició con el pulgar.

—¿Qué sucedió?

—La encontré conversando con un hombre. Él no me gustaba, sus dientes amarillos me daban miedo. Pero le ofreció dulces, ella lo tomó y fue con él a su camioneta negra, para ver a los cachorritos que tenía. —Mitsue aspiró, para no ahogarse con sus palabras—. La seguí. *No había nada*, solo un par de cobertores y cinta adhesiva. Ella se desmayó y cuando traté de pedir ayuda, él me cubrió la boca y... todo se volvió oscuro.

Mitsue se detuvo por el incesante dolor que palpitaba en su alma. Como cada vez, estaba martilleando contra su pecho, atormentándolo. «Isy, no me odies, por favor». Si ella comenzaba a verlo diferente, no podría soportarlo. Se suicidaría. Sin Shizuka, para seguir cuidándola; o su novia, para amarla, él no tenía motivos para vivir. Prefería una muerte lenta, muy lenta y dolorosa a una existencia sin Isabella. Sin su risa o enfado, incluso sus estúpidas dietas. Sin esos ojos verdes y esperanzadores. No, nunca.

Jamás.

—De-desperté en una habitación oscura, atado a una cama vieja. Olía a nicotina, alcohol y orina humana. Asqueroso. —Se mordió el labio, antes de continuar—. Shizuka lloraba llamando a nuestro padre y... el hombre nos miró con una sonrisa que también me hizo llorar. Era como ver a un *Oni*, malvado y aterrador. En ese momento, lo veía más alto de lo que él era en realidad, así que el miedo me paralizó.

Isabella no dejó de verlo ni un instante. Eso, lejos de calmarlo, aumentó sus temores. ¿Qué pensaría de él ahora?

—Eras un niño, no habrías podido evitar sentir miedo.

Él tomó aire con brusquedad. Quizá no; pero tendría que haber demostrado algo más de valor.

—No lo entiendes: después de mi padre, soy el hombre de la casa. Mi deber era ser fuerte y mantenerme entero, para proteger a mis hermanas.

—Pero tenías once.

Mitsue negó.

—Eso no importa, cuando eres un hombre. —Hizo una corta pausa—. Él desató a Shizuka y la llevó hacia la única silla que había. «Si eres buena, te haré mi esposa», le dijo. Y yo supe que debía evitarlo, así que supliqué. Le pedí al maldito que no la tocara, que yo... que yo podría ser su esposa, pero que no le hiciera daño. ¿Sabes lo que me dijo?

Isabella negó, despacio. Mitsue soltó una risita burlona pero dolida.

—«Tranquilo, que pronto será tu turno».

Isabella se llevó ambas manos a la boca y ahogó un gemido. Mitsue se encogió ante el recuerdo, que ahora hería más y más. Las lágrimas que derramó, el sufrimiento de su hermana. La sangre. Todo regresó a él, como tantas veces, para recordarle quién y lo que era.

—Cuando terminó con Shizuka, vino por mí. Incluso entonces le rogué que no lo hiciera frente a ella. No quería que tuviera que verme, como yo lo hice. Su llanto. Pero era un niño, *¿quién mierda escucha a un niño?*, así que se dedicó a ignorarme. Y me... me...

—Te violó. —Isabella terminó por él—. Mitsue, cariño, ¡lo lamento tanto!

Él sacudió la cabeza. Lamentarlo no lo solucionaba, él llevaba haciéndolo una década y aun así las pesadillas no lo dejaban en paz.

—Pero sirvió de algo. Supongo que le gusté, porque no volvió a tocarla. Siempre y cuando yo fuera su esposa buena y complaciente, él no le haría daño. Y me convertí en Naori, *su puta*. —La miró, con dolor—. ¿Lo entiendes ahora? No soy...

—*No eres Naori ni una puta* —interrumpió—. ¡Eres Mitsue y...!

Riendo por lo bajo, él unió sus frentes. Isabella lloraba, por él, junto a él. No se había dado cuenta de sus propias lágrimas hasta que ella se las limpió. ¿Qué tan patético debía de verse? Imaginó que mucho, tanto como para despertar la lástima de su novia.

—Dime, Isy, ¿seguirías pensando lo mismo si supieras *toda* la verdad?

—Sí, lo que sea no... no me importa.

«Ojalá pudiera creerte». Pero no podía, ya no. El miedo no lo dejaba.

—¿Sabes cómo aprendí a besar taaan bien? —Cuando ella negó, con sus ojos titubeantes, él la dejó ir—. Mi buen marido me enseñó. Y yo tuve que hacerlo con Shizuka, porque... era lo que *él* deseaba.

Llena de horror, ella abrió mucho sus perfectos y verdes ojos.

—¿Q-qué dices?

Mitsue se preparó para confesar lo único que nunca supo la policía ni su padre. El secreto que él y su hermana guardaban con terror.

—Nos hizo ver una película porno de lesbianas, *gemelas*... Asqueroso, como todo lo demás. Luego nos sonrió. «Es solo un juego de chicas», dijo, «como en la película, ¿ven?». Y volvió a ponerme ese maldito vestido que tanto odiaba... —Sin quererlo, sollozó—. Cuando me negué, tomó un cuchillo y amenazó con destripar a mi hermanita, delante de mí. Y yo tuve miedo. Era el hombre después de mi padre, mi deber... Tenía que protegerla, aunque eso significase hacer algo horrible. Así que cerré los ojos y obedecí. Ambos lloramos, era tan... repugnante. Me sentía mal, sucio, como si... Y ella dijo «está bien, *nīsan*, me salvaste». Pero debí dejar que la matase, habría sido mejor.

Isabella se movió hasta quedar frente a frente y levantó la mano. Mitsue cerró los ojos, preparándose para la bofetada y sus insultos. El odio que merecía. Todo lo que obtuvo fue el abrazo más fuerte, cálido y amable que le habían dado en su corta existencia. Y las tibias lágrimas le mojaron el cuello. Ella estaba llorando, por él, por su dolor. ¿Acaso era tonta o estaba ciega? Tenía que odiarlo. Y aun así, él sintió que algo en su interior se unía otra vez. Pieza por pieza.

«No me sueltes, por favor». Todo lo que había deseado por fin lo tenía. Ella se lo daba.

—Lo... lo lamento, Mitsue. —Gimió tan triste y amargamente, que él fue incapaz de ignorarlo—. Sé que no lo puedo cambiar, pero lo lamento. Tú *no* lo merecías, Shizuka *no* lo merecía. Y *no* fue tu culpa.

—Violé a mi hermana, claro que lo fue.

Apretándolo con tanta fuerza, que incluso le enterró las uñas en la espalda, ella sollozó.

—¡No!, no lo hiciste. No lo fue. ¡No, no, no!

—Isy, por favor...

—No lo fue, Mitsue. Él... él hizo todo eso. Y tú salvaste a tu hermana, aunque tuviste que... ¡Eres un héroe! Y... y ella lo sabe, *yo lo sé*. Por favor, créelo.

¿Lo era? No, se equivocaba: era un maldito que merecía la muerte. Sujetándola por los brazos, la alejó de su cuerpo. Isabella tenía la cara roja y mojada. Así, parecía vulnerable. Buscó desprecio en sus ojos, todo lo que halló fue amor.

Ella no lo condenaba.

—Isabella...

Ella acercó su rostro y antes de que pudiera formular una idea, lo besó. Cálida y suavemente. Un roce. Cuando se alejó, ella le regaló una sonrisa.

—Esto *no* cambia nada en absoluto entre nosotros, ¿lo entiendes? No me importa lo que tuviste que hacer para mantener a salvo a tu hermana y a ti mismo. En realidad, admiro tu valor. Y todo lo que me interesa eres tú..., el hombre en el que te convertiste. Nada más.

—Pero yo no soy un hombre. Él dijo...

—¡Maldito bastardo, hijo de puta! ¡Lo odio. Ojalá arda en el infierno! — Respiró profundo, para calmarse—. Mitsue, tú eres total e indiscutiblemente *un hombre*. A menos que en verdad no desees serlo. Entonces, si decides eso, tendré que adaptarme.

—¿Qué?

—¡Pues *eso*, chico! No pienso dejarte ir tan fácil, a menos que me quieras lejos. Si es el caso, tendré que regresar a Inglaterra o mudarme a Rusia y casarme con Nikita, ¿*uh?*

Mitsue rio por lo bajo, sorprendido por su fuerza y sentido del humor sin importar las circunstancias. Ella siempre estaba viéndole el lado bueno a las cosas y personas, incluso a él.

—Gracias.

Isabella meneó la mano.

—De nada. A que te sientes mejor, ¿*eh?* Soy una experta. Debí haber estudiado psicología. —Entrecerró los ojos, midiéndose el pulgar—. *Uhm...*, quizá deba escribir un libro con mis maravillosos consejos.

Mitsue hizo rodar los ojos.

—Pero si no hiciste nada.

Ella arqueó ambas cejas.

—Repíte eso.

Levantando las manos, en señal de rendición, Mitsue le regaló una sonrisa.

—Lo retiro.

Entonces Isabella enfocó la mirada en sus muñecas.

—¿Eso es... lo que creo?

—Sí —aceptó.

Avergonzado, Mitsue trató de esconderlas, pero ella lo detuvo e hizo lo que jamás habría imaginado: las besó con una ternura infinita, que le derritió

el alma.

—No te ocultes más de mí —dijo—. No hay nada en ti que no me guste, que no ame. Incluso esas cicatrices.

Mitsue titubeó. Isabella esperó por él, pues sus ojos le gritaban que había algo más escondido. Carraspeando, él se corrió ligeramente el pantalón hacia abajo. Había una gruesa línea que empezaba poco después de su ombligo y se extendía hacia un lugar que le habría gustado ver, aunque no fuera el momento.

—Hay otras: todas en las piernas y esta que...

—Pues han de ser muy lindas, igual que tú.

Asombrado, él abrió los ojos y tragó duro.

—¿Qué?

—¿Estás sordo? Son-hermosas-como-tú. —Se lamió los labios—. También tengo una, no es como esas ni por los motivos que estoy imaginando, pero me la hice... cuando tenía quince, ¿quieres ver?

—¿Dónde está?

Una sonrisa maliciosa se formó en sus labios. De haber tenido su teléfono cerca, le habría tomado una fotografía al rostro consternado de Mitsue. Oh, cielos, solo él lograba verse tan apetecible cuando tenía miedo.

Siempre, si se sinceraba.

—Aquí. —Levantándose la camisa, le mostró el abdomen—. Me caí. Estuve en urgencias, ¿sabes? Y el estúpido del doctor no fue nada amable. «Debe ser más cuidadosa, señorita Jones», ¡gah! Como si hubiera querido lanzarme de ese árbol y caer sobre la alambreira.

—¿Qué hacías en un árbol?

Ella encogió un hombro.

—Ayudaba al gatito que se atoró. Maldito gato, se bajó después de que casi hace que me mate.

Isabella creyó que Mitsue le daría uno de sus sermones. «¿Por qué eres tan descuidada, Isy? ¿Y si te hubieras hecho daño?». No obstante, se sorprendió cuando él alargó la mano lentamente y le rozó la pequeña cicatriz con los dedos, y envió una corriente a lo largo de su espina. Bien, eso no estaba ayudando.

—Me gusta —dijo—..., en el buen sentido.

¿Qué, acaso había uno malo?

—Me alegra.

Mitsue retrajo la mano, que temblaba ligeramente y fue por su suéter.

Después de ponérselo, la miró con intensidad.

—Deberíamos dar un paseo.

Asintiendo, ella se aferró a su brazo y lo arrastró hacia la puerta. «Te amo, Mitsue». E iba a demostrárselo cada día.

CAPÍTULO 22

Mitsue aún no terminaba de comprender cómo fue que terminó encerrado junto a Isabella, por enésima vez, en un espacio reducido. Mucho, demasiado. Y aunque no era un cobarde, le estremecía esa proximidad. Oh, bueno, ella estaba al tanto de sus más oscuros y aterradores secretos, y no lo juzgaba; por el contrario, lo comprendía e intentaba hacerlo sentir mejor al respecto. Pero tenía que admitir que un balneario no era el lugar apropiado para una joven pareja de novios, como ellos lo eran.

Jamás.

Juntando los párpados, emitió un suave suspiro. El silencio, que nunca le desagradó, comenzaba a ser incómodo. Isabella se había quedado sin palabras, ella de todas las personas en el mundo, ¿en serio? Y después, ¿qué esperaba, el Juicio Final? Porque, por cómo él lo veía, era la única explicación lógica.

«Su familia es realmente extraña», pensó recordando cómo luego de haber dado un paseo junto a ella, su hermano pequeño y sus padres, Sumire insistió en que necesitaban un momento a solas. Ellos, el matrimonio Jones. Así que, con una sonrisa que le heló la sangre, la mujer los empujó adentro y se llevó a su marido y bebé lejos, al otro balneario y... los dejó a los dos, solos. Aunque tenía que darle crédito: al menos no los había encerrado con llave esta vez. De no ser una idea absurda, y se arriesgaría a formularla, habría pensado que Nathaniel y Sumire estaban empujando a su hija mayor hacia él, a sus brazos. ¿Qué sentido tenía? Podría ser un violador en serie o un psicópata asesino, que la lastimaría sin remordimientos. «Pero no lo eres». Y quizá confiaban tanto en él como para abandonar a Isabella sin preocupaciones.

¿Por qué perdía el tiempo? Por mucho que lo intentase, no hallaría respuestas.

Isabella comenzó a jugar con los pies en el agua. Mitsue, no obstante, se mantuvo encogido: con las rodillas pegadas al pecho y a una distancia prudencial. Ah, mierda, seguro se veía ridículo. Disimuladamente, dirigió su mirada hacia ella, que parecía perdida en su propio mundo. El cabello trenzado le caía sobre el hombro izquierdo y el sutil maquillaje comenzaba a correrse debido al vapor. Eso no fue lo que cautivó su

curiosidad; sino la corta y apretada franelilla que estaba usando. Joder, se le pegaba al cuerpo de un modo que debía de estar prohibido. Cuando trató de concentrarse en otra cosa, se encontró con la pequeña cicatriz.

Sus palabras le volvieron a la mente: «No te ocultes más de mí. No hay nada en ti que no me guste, que no ame. Incluso esas cicatrices». Ella, la mujer más hermosa y perfecta en el mundo, lo amaba a él con todo y sus imperfecciones. No, incluso mejor: con sus heridas tanto internas como externas. «No lo valgo». Pero no se trataba de lo que él mereciera o no, sino de lo que Isabella quería darle. Lo que le ofrecía.

Y él quería entregarse por completo. Si tan solo pudiera.

Lamiéndose los labios, él se dispuso a hablar; pero se quedó paralizado en el instante en el que se percató de que ella también estaba mirándolo, a él. Su tatuaje.

Tenía que dejar de quedarse semidesnudo cerca de Isabella. Ahora su novia parecía una leona hambrienta a punto de lanzarse sobre el pobre, pequeño e indefenso venadito. Oh, bueno, pero no era su culpa. ¿Quién coño se quedaba con un pesado y asfixiante suéter de lana en un balneario, donde el vapor del agua caliente lo hacía sentir como un huevo hervido? Lo que tenía que hacer era huir de Sumire apenas la viera.

Su suegra era peligrosa.

—¿Qué significa? —preguntó ella.

A Mitsue le tomó un minuto entero entender que estaba refiriéndose a su tatuaje. Después de tomar aire profundamente, él respondió:

—¿Conoces el mito del pez *koi*?

Ella negó, sin dejar de verlo un segundo. En este instante, él era quien comenzaba a sentirse pequeño y caliente. Maldita e insoportablemente caliente. «¡Ya, basta!». Por favor, hablaban sobre su tatuaje, no era una charla sexual.

—Dicen que cualquier pez *koi* que sea capaz de escalar la cascada «Puerta del Dragón» se transformará en un uno. Hubo un *Koi* que, luego de intentarlo muchos años, logró saltar hacia la cima de la cascada. Como recompensa, los dioses lo convirtieron en un hermoso dragón dorado. Por eso, el de mi tatuaje está nadando río arriba: aún lucho contra obstáculos, pero no pienso rendirme.

La boca de Isabella dibujó una perfecta y apetecible «O». Diablos, tenían que salir antes de que fuera tarde.

—Vaya... —Le sonrió con dulzura—. Entonces, eres como un dragón

grande y ¡woah! ¡Me encanta!

«Antes de ti, solo era un pequeño y asustado pececito». Tenía tanto que agradecerle.

—En eso espero convertirme.

Ella negó.

—Lo eres. Y lo digo en serio, chico, no lo dudes. —Apretó los labios, pensativa—. ¿Y por qué negro, *eh?* Te vas más el azul o el rojo pasión, verde...

—Porque cada color tiene un significado —explicó—. El negro se asocia con la superación de las dificultades. Por eso también tengo flores de loto: el dolor, Isy, no es fácil de vencer.

—Entiendo... —Isabella dudó unos instantes—. Yo..., ¿puedo tocarlo? Bueno, si no quieres, lo aceptaré.

Ella deseaba tocarlo, *a él*, en ese maldito y pequeño lugar en el cual estaban. Solos. Por un momento, consideró negarse. Le aterraba la idea. Pero cuando vio el amor en los ojos de Isabella y su propio miedo, él supo que nada malo podría suceder. Así que tomándola por la muñeca, le condujo la mano hacia su pecho y la dejó reposar en él. Todavía más dudosa, ella deslizó los dedos a lo largo del tatuaje, lento...

Muy lento...

Iba a matarlo.

Mitsue contuvo la respiración cerrando los ojos con fuerza cuando ella llegó hasta su pecho, donde tan solo podía verse el agua moviéndose en un diseño al más puro estilo tradicional japonés. Había algo en su toque que le hacía olvidar sus viejos recuerdos con la misma potencia con la que lo atacaban. Isabella se detuvo en las costillas y permaneció inmóvil. Tragando aire, Mitsue separó los párpados y la vio. Jamás sus ojos verdes, siempre claros y brillantes, le parecieron tan oscuros.

Ninguno hizo ningún movimiento, porque aquello podría arruinarlo. Isabella sabía que Mitsue se asustaría como la vez anterior. Y Mitsue era plenamente consciente de que el obstáculo más grande, para ella, era él. Aunque en ese preciso momento se estaba olvidando de sí mismo.

—Beb...

Isabella dio un respingo cuando los labios de Mitsue cubrieron los suyos. Sosteniéndola por la cintura, él la atrajo hacia su cuerpo para que no cayera de espaldas, y se mantuvo equilibrado con la mano libre. Sin quererlo, ella jadeó cuando el pecho desnudo de Mitsue le acarició los pezones sobre la

delicada tela de su blusa de tirantes, lo que él aprovechó para rodar la lengua dentro de su boca. Solo entonces ella recordó que no se puso un sujetador. Pero, honestamente, ¿importaba? No mucho cuando lo tenía tan cerca, dando el primer paso.

El *piercing* de Mitsue le acarició la lengua, llevándola lentamente hacia el borde de la locura.

«Esto no puede ser verdad». ¿En qué momento se había quedado dormida? Cielos, parecía salido de una húmeda y muy satisfactoria fantasía sexual. Pero estaba sucediendo e Isabella no sabía qué hacer, fuera de corresponderle.

Mitsue se alejó mordiéndole el labio inferior. Jesucristo, ¿qué ocurría? Y lo vio: de nuevo el fuego en sus ojos. «¿Yo hice esto?». Incrédula, trató de recordar sus actos. Bueno, ella había preguntado si le dejaba tocar su tatuaje; cuando creyó que se negaría, Mitsue tomó su mano y la guió hasta el diseño que exploró y... Oh, ya lo recordaba: se desvió hacia su costado y fue cuando se volvió loco. ¿Quién le hubiera dicho que tenía semejante poder? Y le gustaba.

Uniendo sus frentes, él murmuró:

—Perdóname, ¿decías?

«*Okay*, esto es raro». Espeluznante, como el infierno. ¿Qué le había pasado a su novio bueno, pedante, indiferente y tímido? Ese que estaba ahí no podía ser él. No Mitsue. ¿Cuándo se lo cambiaron?

—E... —Se aclaró la garganta—. ¿Estás bien?

—No —ronroneó. Y todo gracias a ella.

Él deslizó la lengua por sus propios labios, humedeciéndolos. Isabella iba a preguntar, pero se detuvo al sentirlo de nuevo. Y, sí, ahí estaba. Con una sonrisa tímida, miró hacia abajo. Oh, mierda. «Hooooo *Junior*». Tuvo que esforzarse para no decirlo en voz alta. Habría roto el hechizo y seguramente Mitsue querría despellejarla viva por ello.

—L-lo lamento, no sabía...

Él encogió un hombro, aun sin soltarla. Isabella supo, por su media sonrisa burlona, que debía de tener el rostro rojo por completo, como un maldito camarón. Genial. Dios la bendecía y luego la castigaba. «¿En serio Señor, qué te hice?». Sin embargo, sabía que la culpa era solo suya por iniciar el fuego sin medir las consecuencias.

Síp, esa era ella: la Señorita Dificultades.

Bien, ya que estaba a punto de lanzarse al infierno, de cabeza, para ser

puesta en la parrilla de Satán... Deslizó las manos por sus brazos y lo sintió tensarse, lo que le hizo pensar erróneamente que era una advertencia para que se alejara. Dispuesta a hacerlo, dejó salir un pequeño chillido cuando Mitsue se movió hasta meterla junto a él en el agua.

Esto tomaba otro rumbo.

Pegada contra la pared de lo que ella llamó una «bañera gigante», Isabella se atrevió a subir las manos hacia la musculosa espalda de Mitsue, que tan solo la miraba en silencio, con esos ojos que la devoraban. «Quiero estar contigo». Habría matado por decírselo, pero de nuevo estaban jugando a esa guerra silenciosa de miedos y poder. Él estaba abrumado, sin dudas, y debatiéndose en su interior. Lo conocía lo suficiente como para afirmar: tenía esa mueca que lo delataba. Y jamás lo presionaría.

«Paso a paso, chico, no hay prisas». Aunque su cuerpo estuviera doliéndose y ardiendo de nuevo por él.

Lentamente, Isabella alzó la mano hasta posarla contra la mejilla de Mitsue. Él se inclinó hasta que sus narices se tocaron y no hizo ningún otro movimiento, salvo tragar con pesadez. Al igual que ella.

Ninguno quería hablar. ¿La verdad?, no había mucho para decir. Con todo, Isabella deseó que expresara sus pensamientos. ¿Qué pasaría por su cabeza? ¿Habría ese miedo constante o tan solo la necesidad que sus ojos no negaban?

—¿Qui... quieres tocarme Isy? —La voz ronca de Mitsue la derritió—. Yo... Esto es extraño y me asusta como no imaginas, pero quiero que... *Tócame*, Isabella.

El modo en el que pronunció su nombre, arrastrando las eses, terminó de lanzarla al abismo. «Bebé, no tengas miedo». Se moría por decírselo, pero las acciones hablaban más que las propias palabras, a veces sin sentido.

«Déjame abrazarte, siempre».

Asintiendo, Isabella movió la mano hacia su pecho y lo rozó con las uñas, sin prisas, hacia abajo...

—Siempre —murmuró.

Mitsue respiró profundo. El toque de Isabella era suave y atrevido al mismo tiempo, como ella. Sin decir otra palabra, le acarició los abdominales. Le fue imposible resistirse. Mientras ella lo tocaba como a una pieza valiosa de arte, Mitsue llevó el brazo hacia la espalda de Isabella y la atrajo. Cuando sus caderas se chocaron, no le quedó ninguna duda de que ahora lo estaba sintiendo. *Esa* parte de él que se dolía por ella, siempre. Estaba exponiéndose

ante alguien que tenía el poder de tomarlo y romperlo como a una figura de cristal y con todo... Mitsue no fue capaz de alejarse.

No quería.

Y cuando Isabella levantó la mirada hacia él, lo único que hizo fue atacar sus labios hasta que se embriagó de ellos. Su tibieza, suavidad y sabor. «No me sueltes». Él sabía que no iban a cruzar la línea. Al contrario de su novia, no estaba preparado para ello. Pero podía avanzar lento, como un bebé que recién aprendía a caminar. Y de ese modo se estaba sintiendo. Aprender de nuevo, con amor. No más golpes ni humillaciones, nunca más Naori. Tan solo Mitsue, el hombre al que Isabella veía en él, quien era en realidad.

Moviéndose, trazó un camino de besos que iban desde su mandíbula hasta el cuello. Isabella suspiró y todo se volvió blanco para él. Con la mano temblorosa, Mitsue recorrió la delicada piel de su estómago sin prisas, tan solo disfrutando de la suavidad, de la calidez que había en ella pese al clima gélido de diciembre. Se detuvo debajo de sus pechos. Quizá era el momento de alejarse, cuando quiso hacerlo, ella lo impidió.

—E... está bien. —En un susurro que le costó oír, le concedió su aprobación—. No tengas miedo.

Asintiendo, Mitsue se atrevió a cubrirle un seno con la mano y lo acarició. Algo similar a un gemido escapó de la boca de Isabella. Eso..., ¿realmente lo había provocado él? Todo lo que conocía eran lágrimas y dolor, pero ella no parecía sufrir.

—Isy...

Isabella se movió, abriendo las piernas para que él quedara entre ellas. Cuando la erección de Mitsue la presionó directamente, le fue inevitable volver a gemir en voz alta. De inmediato, la hizo callar con un beso ansioso. Oh, cielos, él en verdad... Si soñaba, ella no quería que la despertasen.

Tocándole un pezón con el dedo pulgar, Mitsue la apretó contra él. Como si el tiempo se detuviera, Isabella sintió cada roce, cada beso, como en cámara lenta. Y cuando rodó su propia mano hacia el vientre de Mitsue, él casi jadeó sobre sus labios. Sin embargo, lo que en realidad la hundió en un lugar desconocido hasta entonces, en el que el placer lo llenaba todo, fue sentirlo presionar contra ella justo donde siempre le dolía cuando Mitsue la tocaba.

Apretando los párpados fuertemente, Isabella sintió como si una mano invisible le alzara hasta el cielo y la dejara caer en el agua cálida que la envolvió. Aferrada al cuello de Mitsue, dejó que la calma regresara poco a

poco mientras su respiración se regularizaba. «Ay, Dios, ¡no!». ¿Eso había sido un orgasmo, ella, justo ahora?

Abrió los ojos, temerosa de encontrarse con el desprecio del único hombre del que jamás lo soportaría. Si Mitsue la abandonaba, ella... Pero lo que halló fue la mirada más dulce que alguien hubiera podido darle. Aún podía sentirlo contra su muslo; sin embargo, la satisfacción en su rostro le pareció digna de una fotografía.

Él se humedeció los labios. Cuando habló, su voz fue incluso más ronca.
—¿Yo... causé eso?

Lentamente Isabella asintió. Mitsue presionó los labios contra su cuello en un beso breve y le sonrió como un niño que recién recibía su regalo de Navidad. Le habría parecido machista, de no conocer su pasado. Asociaba la intimidad sexual con el dolor, que ella no estuvieras llorando seguro que significaba algo bueno para él.

—No sabía que... —Dudó varios segundos—. Es decir..., ¿no te duele?

Regalándole una sonrisa comprensiva, volvió a negar. «Gracias, Dios, por darme al mejor de los hombres». ¿Dolerle? Él no tenía idea de lo que feliz que estaba.

—No, *bebé*, no duele.

—¿Nunca vas a dejar ese apodo tonto, verdad?

—Tú lo dijiste. —Miró hacia abajo—. Pero a *ti* sí te duele.

Encogiéndose de hombros, él suspiró.

—Estaré bien.

—Yo puedo...

—No estoy listo aún, perdóname.

Rodeándolo con sus brazos, fue ella quien lo besó en el cuello.

—No hay prisa. —Rio bajito—. Paso a paso, Mitsue.

Sin poder creer la magnitud de su cariño, Mitsue volvió a apretarla. Era la mejor mujer del mundo y lo amaba, a él.

—Esto fue extraño, supongo.

—Un poquito. De haber sabido que solo tenía que tocar ese tatuaje...

Mitsue se alejó unos centímetros y negó con la cabeza. Quería fingir enojo, una terrible indignación; solo era capaz de experimentar alegría. Orgullo. Una calidez enorme que lo llenaba por completo.

—Eres imposible.

Ella se encogió mientras le guiñaba un ojo.

—Pero así te gusto. Y soy tuya.

—Mía...

¿Qué tan malo podía ser el que le gustase tanto cómo sonaba?

—Y tú eres mío, ¿verdad?

—Tuyo.

Mordiéndose el labio inferior, Isabella le asió la mano.

—Deberíamos... Mis padres..., ya sabes.

—Sí.

Antes de salir del agua, Mitsue volvió a besarla . «Te amo, Isabella».
Deseó poder demostrárselo cada día, el resto de su existencia.

CAPÍTULO 23

Diecinueve de enero. Las clases, después de poco más de un mes, por las fuertes nevadas, finalmente dieron inicio. Mientras Shizuka veía por la ventana, entristecida y suspirando, Isabella ocupó el asiento vacío de Ryūji, quien había sido «secuestrado» junto a Mitsue por Satoshi, para que ambos lo ayudasen con la preparación de la ceremonia nupcial de su hija. La segunda, evidentemente, porque Shizuka se casó en secreto con Ryūji, cuando fueron a Hokkaidō. Isabella se había molestado con Mitsue, por habérselo escondido, pero él le hizo comprender que no era su decisión. «La señora tiene sus motivos», le había dicho con esa mirada inexpresiva, antes de inclinarse sobre ella y hacerle olvidar todo con un beso.

Recordarlo, le causó una leve sonrisa.

—Cuéntamelo todo —dijo.

Tomando la mano de Shizuka, acarició su anillo de bodas, que era de oro.

—¿Cómo es que nos casamos en secreto con nuestro acosador-novio y no invitamos a nuestras mejores amigas en tooodo el mundo, *eh?* —continuó con ese tono acusador que fingía bien—. Mal, muy mal, *señora Aoyama*.

Enrojecida, Shizuka titubeó.

—E-esto... Es que yo..., Ryūji..., bueno...

Atsuko, que estaba sentada sobre la mesa de Shizuka, asintió varias veces, siguiéndole el juego a Isabella.

—Sí, *Shi-zu-chan*, dínos: ¿cómo fue que hicimos eso?

Isabella contuvo una risita. Oh, bueno, Mitsue le había pedido que no fuera dura con su cuñada. «No fue fácil para la señora y, además, padre ya la estuvo regañando. No seas mala con ella, Isy, por favor». Y no lo sería; tan solo tenía pensado molestarla un ratito, pequeñito, nada más.

El siguiente en su lista sería el propio Ryūji. A él iba a atormentarlo hasta que suplicara piedad.

—Por cierto. —Atsuko frunció ligeramente el ceño—. ¿Dónde está Ryūji?

—Mi suegro los secuestró a él y a Mitsue, por lo de la nueva boda, *Ats-chan*; ¿qué, no sabías? Necesitas actualizarte.

Atsuko rodó los ojos, cruzándose de brazos.

—Porque, a diferencia de ti *Isy-chan*, yo no soy una chismosa.

—Claro, claro. En ese caso ¿qué haces aquí?

—Bueno...

Shizuka sonrió, nostálgica. Tomó su *smartphone* y le envió un mensaje de texto a Ryūji. Isabella contuvo un suspiro, al leerlo: «Me haces falta, quiero verte. Te amo». Parecido al que ella misma le mandó a Mitsue, quince minutos atrás. Aún no respondía.

—¿Y cómo fue? —Isabella se mordió el dedo pulgar—. Ya sabes, en *eso*.

Atsuko buscó una silla vacía y la colocó a la izquierda de Shizuka, luego cruzó los dedos debajo de su mentón y se la quedó viendo un largo rato; a la espera de una respuesta.

—No es apropiado —respondió Shizuka—. Es algo...

—Ya, no seas aburrida —interrumpió Atsuko—. Ryūji es atractivo, pero parece un cubo de hielo, así que... Es casi, *casi* tan frío como Mitsue.

Shizuka apretó los labios. Isabella respiró hondo, para no gritarle a su segunda mejor amiga lo poco que sabía en realidad. Mitsue no era indiferente; al contrario: era amable, quizá tímido, y muy tierno. Ah, mierda, el hombre más ardiente y sexi que conocía. Y besaba como los dioses.

Desde el incidente en el balneario, ellos habían avanzado un poco. No tanto como Isabella lo deseaba, y aun así era... Cuando Mitsue se atrevía a tocarla, le hacía sentir especial. Completa y realmente única. Y llenaba cada parte de ella con ese calor que la consumía. Por supuesto que él no se dejaba acariciar demasiado, pero a ella le bastaba con ver su sonrisa cálida, iluminándole todo el rostro.

—Él fue muy amable conmigo. Ryūji me trató bien y me hizo sentir especial... —La voz de Shizuka se perdió en medio del silencio.

Atsuko e Isabella suspiraron, al mismo tiempo, viéndola.

—¿Ryūji?, ¿de verdad? —preguntó Atsuko, después de un instante.

Shizuka confirmó, con un suave movimiento de cabeza. Isabella, sin embargo, dirigió la mirada hacia su cuello, donde tenía la marca de una dentadura. «¡Oh-por-Dios! ¿Qué es eso?». Sonrió contenta, por su cuñada. ¿Quién lo diría?: el siempre serio y distante Ryūji era ardiente en la cama.

—Vaya. —Isabella silbó—. ¿Tienes otros?

Shizuka desvió la mirada, descubriéndose el hombro. Atsuko e Isabella gritaron, chocando las palmas entre sí, celebrando.

—¡Oh, mierda! —Atsuko rio—. Sí que es apasionado. ¿Te duele?

—Un poco; pero Ryūji no quería lastimarme. Es que cuando estábamos... yo lo toqué en... y él... ya sabes...

De momento, toda la alegría se esfumó del corazón de Isabella al recordar una de sus conversaciones con Mitsue mientras estuvieron en Shirakawa-go. Como todas las noches, se encontraban viendo el cielo, afuera del hotel donde se hospedaban. En aquel momento, mientras se besaban, él rodó los labios hacia su cuello y la mordió ligeramente, arrancándole un gemidito hondo. Aterrado, Mitsue retrocedió y se la quedó viendo con los ojos velados por la culpa. Cuando ella trató de calmarlo con un toque en la mejilla, él dejó salir una lágrima silenciosa, que le rompió el alma.

—Perdóname —había dicho—. No quería lastimarte.

Isabella había negado, con una sonrisa.

—No lo hiciste, cariño.

La desesperación en su rostro casi la lleva al llanto. Con cuidado, Mitsue acercó su mano temblorosa hacia ella y le acarició el cuello.

—¿Segura?

En lugar de responderle, le hizo otra pregunta:

—¿Por qué piensas que sí?

Mitsue vaciló unos segundos. Tomó aire y le confió la verdad:

—Cuando estábamos secuestrados, él solía morderme y me dejaba marcas como esa en todo el cuerpo. A veces sangraba. Las odiaba todas, pero las del cuello... —Suspiró, desviando la mirada—. Perdóname, no quería lastimarte.

En ese momento, ella lo había rodeado con sus brazos y, después de besarlo en la cabeza, trató de hacerle entender que no la hirió.

Isabella alargó la mano y acarició la mordedura en el cuello de Shizuka. Quizá fuera un poco egoísta. Al igual que Mitsue, su cuñada había sufrido lo que nadie merecía. Pero le fue imposible no preguntarse por qué ella lo superaba casi sin problemas, mientras que Mitsue aún seguía llorando y culpándose por algo de lo que no fue responsable. Se aclaró la garganta, para disimular la tristeza en su voz.

—Estoy feliz por ti, te mereces lo mejor del mundo.

—No estés triste, Isy-chan. —Atsuko le apretó el hombro—. Estoy segura de que Mitsue...

Isabella sacudió la cabeza.

—No es eso. Te lo juro. Nosotros dos..., bueno..., hemos avanzado un poco. Es solo que... Oh, nada, estoy sentimental porque mi niña se casó, es

todo.

Shizuka le apretó la mano, con cariño. Isabella quiso culparla del horror que sufrió Mitsue; sin embargo, habría sido demasiado egoísta de su parte. Ambos eran pequeños y débiles, ninguno hubiera podido hacer nada.

—*Isy-chan* —comenzó a decir Shizuka—, es que...

—Lo siento, hablábamos de ti.

—Mitsue y yo tenemos un pasado muy doloroso, y a veces toma tiempo abrirse a las personas. —Shizuka respiró profundo, buscando cómo continuar—. Pero... estoy segura de que si tú le tienes un poco más de paciencia, él se abrirá contigo y te contará la verdad. Aunque Isabella, ¿estás dispuesta a ir al infierno para salvar a Mitsue? Eso... eso fue lo que Ryūji hizo por mí.

«Si tú supieras». Shizuka tenía razón: aunque ambos atravesaron el infierno, Mitsue se llevó la peor parte. Todavía no imaginaba lo horrible que fue haber sido obligado a vestirse y comportarse como una mujer, delante de su hermana, para mantenerla a salvo. Ser violado constantemente, torturado, humillado. Ese maldito hijo de puta le había, incluso, arrebatado su identidad. Era un milagro que Mitsue estuviera vivo, cuerdo y junto a ella. Que la besara y tocara, que no...

Isabella vio a Shizuka a los ojos, decidida, y confirmó varias veces con la cabeza.

—Haría lo que fuera por mi Señor Gélido.

«Por ti, chico». Aunque significase romperse en el proceso.

Mitsue contuvo un gemido cuando su padre, con una de sus habituales miradas severas, le dejó otro par de paquete sobre los brazos. Con esos ya sumaban diez y a pesar de tener la fuerza suficiente, comenzaba a cansarse. Ryūji encontraba incluso más cargado y se había detenido al menos tres veces en los últimos quince minutos, para tomar aire. Aunque no parecía cansado y Mitsue las consideraba simples excusas para poder responder los mensajes que Shizuka le enviaba, no lo culpó en absoluto. El hombre se encontraba recién casado y en lugar de disfrutar de la compañía de su mujer, todo lo que hacía era perder el tiempo en contra de su voluntad.

Pero así era Satoshi: él se vengaba, por no haber tenido la oportunidad de presenciar la boda de su hija. Fuera de eso, Ryūji realmente le desagradaba, por lo que solo quería hacerlo sufrir. Al igual que a él.

Emitiendo un cansado suspiro, recordó cómo Satoshi lo había mirado después de enterarse de que él estuvo cubriendo a Ryūji y Shizuka, para que se casaran en Hokkaidō sin su aprobación o compañía. «Agradece que ya eres mayor de edad, sino te habría castigado hasta que lo fueras», le dijo, con su habitual tono grave. Sin embargo, después le había sonreído añadiendo que estaba orgulloso de él. Y Mitsue tuvo que esforzarse para no abalanzarse sobre su padre en un férreo abrazo. Que su Satoshi estuviera orgulloso de una de sus malas decisiones significaba mucho.

En ese momento, no obstante, solo estaba harto.

Deteniéndose, Mitsue respiró hondo; dejó los paquetes junto a una columna en el centro comercial y se masajeó los brazos que se le estaban entumeciendo. A su lado, Ryūji lo imitó. Satoshi había desaparecido del campo de visión desde hacía mucho, pero Mitsue sospechaba que los encontraría dentro de poco y los cargaría con la mitad de alguna tienda de vajillas y manteles. Cosas que, para variar, no necesitaban.

Bostezando, Ryūji revisó su teléfono. Con una sonrisa, escribió un mensaje para Shizuka y lo envió. Mitsue recién pudo ver los de Isabella. «¡Hey, bebé! ¿Qué tal todo? Dime si mi suegro está siendo cruel contigo, para ir a meterle algo de sentido común. Te amo», leyó. Aquello le hizo sonreír de forma sincera, sin importarle que Ryūji estuviera viéndolo como a un retrasado mental. Ah, mierda, su cuñado era el menos indicado para juzgarlo; sobre todo cuando se veía igual de patético.

Recostándose de la columna, Ryūji se frotó los párpados.

—¿El viejo siempre está de malhumor o es solo conmigo?

Encogiendo un hombro, Mitsue respondió al mensaje de Isabella.

—Aunque suele tener sus momentos, puedo asegurarte que toda esa irritabilidad y odio solo van dirigidos hacia ti.

Ryūji rio por lo bajo.

—Me alegra saberlo, ya me estaba preocupando.

—Cuando quieras. —Presionó «enviar» y centró toda su atención en Ryūji—. Aunque puedo tolerarte, eso no significa que me gustes.

—Tú tampoco lo haces, Shiroshima, no te emociones.

—Genial.

Permanecieron en silencio, ambos con las miradas puestas en las personas que correteaban de aquí para allá. Se trataba de una cercanía poco usual, sin embargo, Mitsue había entendido que ahora Ryūji pertenecía a su familia y como tal debía tratarlo. Continuar siendo un pedante con él no era

una opción, pero eso no significaba que llegarían a ser grandes amigos. Jamás. Ryūji podía irse olvidando de esa idea.

Mientras lo miraba, Mitsue descubrió algo que no había estado antes en los ojos de Ryūji: felicidad. Una verdadera y absoluta, que se percibía cuando hablaba sobre Shizuka. El modo en que se refería ella, cómo la trataba. Y entonces, al pensarlo mejor, terminó dándose cuenta de que era el indicado, así como Isabella lo era para él. Ryūji se movió hasta quedar frente a él. A Mitsue nunca le gustó su mirada, pero en ese instante casi no había rastro del odio y la frialdad que vio el primer día.

—Lamento haberte causado tantos problemas, Mitsue —Ryūji deslizó la lengua por sus propios labios—. Supongo que fui un poco idiota.

Mitsue le frunció el ceño. Ah, diablos, ¿qué cosa horrible estaba sucediendo para que Ryūji lo llamase por su nombre? Aun más, para que admitiera ser un hijo de puta insoportable. «El infierno ha de haberse congelado». O quizá se aproximaba el fin del mundo. No, nada de eso. La respuesta correcta siempre resultaba la más lógica: ese no era Aoyama Ryūji. «Esto me asusta». Estaba seguro de que si su nuevo cuñado intentaba abrazarlo, él se echaría a correr como una niña llorona.

—¿Quién eres y qué hiciste con el marido imbécil de mi hermana?

Ryūji emitió una risita, baja y divertida.

—Al menos lo intenté. —Exhaló—. Supongo que tú y yo nunca seremos amigos ni una mierda, ¿uh? Lástima.

—Jamás, pero acepto tu disculpa: eres un cabrón insoportable y el dolor de cabeza más grande del mundo.

Ryūji arqueó una ceja.

—¿Gracias?

—No sé si debo golpearte o huir de ti.

Él se encogió de hombros.

—Jódete, Shiroyama.

Mitsue esbozó media sonrisa burlona.

—Ese es el Aoyama que conozco.

Mirando hacia arriba, fastidiado, Ryūji bufó. Después de un momento, su rostro adoptó una expresión más seria. Mitsue se tensó de inmediato. ¿Por qué lo hacía sentir nervioso? Cuando Ryūji le habló, descubrió la respuesta.

—Gracias por haberla mantenido a salvo.

Mitsue palideció ante la intensa mirada de Ryūji. «¿Qué mierda hiciste, Shizuka?». Lo había traicionado, la única persona de la que jamás lo esperó.

Incluso él había dudado de la lealtad de Isabella; pero no de su propia hermana. Y con todo, las palabras de Ryūji se lo estaban revelando. No existía lugar para dobles interpretaciones: Shizuka se lo contó.

—No sé de qué hablas.

—Lo sabes. Y no te enojas con ella, ¿honestamente?, no me lo habría dicho de no insistirle. Y de todos modos, ya lo sabía.

Tragando en seco, Mitsue se preparó para enfrentarlo.

—¿Y cómo mierda podrías saber que...?

—Cuando me dijiste que no habías podido protegerla —respondió—. En ese momento conocía parte de la historia, solo tuve que atar cabos. Yo...

—No necesito tu maldita lástima. Puedes tomarla y metértela por el culo, si quieres.

Ryūji negó.

—No te ofendo con ella. Pero en realidad te admiro, hiciste lo necesario para salvarla y te lo agradezco. —Hizo una pausa, cuando volvió a hablar, su voz sonó triste—. Conozco ese sentimiento. Te dije que perdí a alguien del mismo modo: mi madre.

—¿Qué le sucedió a tu madre?

El tormento en los ojos de Ryūji lo impactó.

—En América, unos pandilleros se metieron a la casa, para robar. ¿Sabes qué es lo gracioso? Mis dos malditos hermanos mayores solo se preocuparon por la puta herencia. No la había sepultado cuando se llevaron todo. Una lástima, ¿verdad?, que me dejase el dinero y los negocios a mí. Por eso volví a Japón.

—Lo lamento.

Él alzó un hombro, como si no le importase.

—Lo superaré. Ahora ya ves: sé cómo te sientes, pero la diferencia es que tú estuviste ahí, para salvar a Shizuka. Así que... gracias por lo que hiciste.

—Ella te... te contó todo.

No fue una pregunta, aun así Ryūji respondió:

—No en detalle. Pensó que la dejaría, que iba a odiarla porque «no era virgen». Y una mierda, ¿a quién le importa eso, de todos modos? Quiero decir, para mí ella continuaba siéndolo. Y aunque no, me habría dado igual. No es como si yo nunca hubiera tenido sexo antes, ¿no sería doble moralista o una mierda así? —Apretó los labios mientras pensaba—. En fin, Shiroyama, lamento haber sido tan idiota al inicio. No es una excusa, no lo

sabía y me molestaba muchísimo que te interpusieras. Luego lo supe y solo *quería* joderte porque..., ¿qué te digo?..., soy una mierda y me gusta serlo. Pero más que eso: gracias. Odio admitirlo, y en definitiva *no* me agradas, pero Shizuka está viva por ti.

Cruzándose de brazos, Mitsue negó.

—Eso no significa que somos amigos.

—Solo nos toleramos, ¿*uh?*

Mitsue se inclinó, cogió las bolsas y reanudó la marcha. Satoshi, que venía de regreso y cargado de paquetes, les obsequió a ambos una sonrisa maligna. «Aoyama idiota». Mitsue reprimió un quejido. Por su culpa su padre lo estaba castigando. Con todo y su minúscula molestia, sonrió.

CAPÍTULO 24

—Vale, ¿y así seré morena?

Mitsue hizo rodar los ojos mientras bufaba. ¿Honestamente? No tenía ni una miserable idea de por qué Isabella querría cambiar su color de cabello por el negro. A él le gustaba tal cual era: rubio brillante, como el oro. El sol. Le gustaba el modo en el que la luz se reflejaba en él, haciéndolo lucir más claro. Y sus ojos... Nunca le fue posible decidir qué le gustaba más, respecto a su apariencia, pero ¿qué importaba? Era perfecta a su modo imperfecto.

—No, así cambias el color de tu ropa, cabello, piel u ojos en *Photoshop*. También puedes maquillarte.

Isabella abrió los ojos, asombrada. Mitsue tuvo que contenerse para no reír de ella, eso lo habría mandado todo al infierno. Desde su perspectiva, la edición digital no era nada difícil; sin embargo, en lo que llevaban de hora Isabella no terminaba de entender cómo crear una nueva capa. Se lo había repetido al menos quince veces y en todas cerró la aplicación. Comenzaba a sospechar que lo hacía a adrede.

—A ver... ¡Hazme asiática!

—¿Y para qué quieres ser asiática?

Frunciéndole el ceño, ella encogió un hombro. «¿Por qué te pones tan difícil, Isabella?». Oh, bueno, eso no pensaba preguntárselo, pero al menos no le leía los pensamientos.

—Tú solo *hazlo*, ¿bien?

Gimiendo entre dientes, Mitsue asintió.

—¿Dónde nos quedamos?

—En que me hacías morena y de ojos pequeños.

—Isy...

—Ya, ya. —Ella movió la mano, quitándole importancia—. En algo de una máscara y un pincel

Con un suspiro, él asintió.

—Voy a explicarte, pero deja de interrumpirme. Solo hazlo si tienes una duda, ¿está bien?

—Sí, sí, *baby*, hazme asiática.

En ese instante, le fue imposible no reír por lo bajo. Ah, infiernos, ¿qué era toda esa prisa de querer cambiar su apariencia? No importaba. No tenía

ningún sentido tratar de entender sus constantes cambios de humor. Lamiéndose los labios, Mitsue trató de hacer lo que ella le pedía y, de forma ilógica, estaba evitando.

—Tienes que seleccionar un pincel suave, ¿ves?, como *este* —dijo mostrándole cómo hacerlo—. Crea una «Máscara Rápida», así... Pinta sobre ella...

—¿Y después?

Mitsue hizo *clic* con el *mouse*.

—Desactívala, de este modo. Inviértela..., *así*...

El cabello de la fotografía de Isabella pasó de un rubio perfecto a un negro azabache que le quedaba bastante bien. El modo en que sus facciones cambiaban le habría parecido increíble, de no estarlo viendo. Ahora ella parecía una mujer mucho más madura y... sexi. Mitsue tragó duro ante la imagen, forzándose a no imaginarla de un modo poco piadoso.

«Joder Isy, ¿por qué me haces esto?». Oh, bien, a él no le gustaban la morenas, ni un poquito. Si se sinceraba, las rubias y pelirrojas le atraían más. Pero Isabella con el cabello oscuro era... tan malditamente caliente que le hacía sentir cosquillas en lugares que estuvieron muertos hasta que ella llegó.

Isabella le regaló una amplia sonrisa.

—Ahora lo ojos. ¿Es igual?

Mitsue negó, con la cabeza. Ella se mostró confundida.

—Eso es un poco más difícil. ¿Te parece si lo hago y después te explico cómo?

—Sí, pero también cámbiales el color —respondió—. Cafés.

—¿Otra cosa?

Isabella se llevó un dedo a la boca, que mordió. Mitsue tuvo que mirar hacia el lado contrario.

—*Nop*, así está bien.

—Bueno.

Isabella no dio crédito a lo que veía. Mientras Mitsue iba retocando su fotografía, notó cómo sus facciones cambiaban: ojos rasgados, pómulos definidos, labios menos carnosos... Cielos, lo hacía parecer tan simple. Un *clic* por aquí y otro por allá... Sin siquiera fijarse demasiado en lo que hacía, él estaba cambiándola por completo. «Impresionante, nuestro novio es un genio». En ese minuto, ella se preguntó qué hacía cursando una carrera que odiaba si era tan bueno con la edición digital, además de las Artes Marciales. «Por ella, Isy, lo sabes». Mitsue sacrificaba todo lo que le hacía feliz por

Shizuka.

Mordiéndose la comisura del labio, se inclinó detrás de él para tener una mejor vista. De esa manera, sus pechos le rozaron el hombro. Al instante, Mitsue se puso rígido y comenzó a trabajar de una forma mecánica que le recordaba a un robot. «Aléjate». Pero en lugar de eso, ella alargó la mano y tocó la pantalla de la *laptop* de Mitsue.

—¡*Woah!* —Acarició despacio su propio rostro, en la fotografía—. Luzco tan... diferente. ¡Tienes talento!

Mitsue no respondió en varios segundos, Isabella se percató de que respiraba de forma irregular. «*Okay*, creo que ya es momento de alejarnos». Antes de que lo hiciera, él contestó:

—Gracias.

Oh, está bien. Eso era extraño.

—Y... ¿te gusta? ¿Cómo me veo mejor, asiática o rubia?

Él giró la cabeza. Isabella se vio a sí misma reflejada en sus ojos. Tan pequeña y vulnerable. Mitsue le hacía sentir expuesta. Sabía todas y cada unas de sus debilidades, al igual que ella conocía las suyas. Se complementaban. Pero más allá de eso, podía ver cada parte de ella y le amaba con todo y sus rarezas.

—¿Honestamente? No me atraen las morenas ni mucho menos las asiáticas.

Eso era sorprendente. Confundida, Isabella lo rodeó con sus brazos y reclinó la barbilla sobre el hombro de Mitsue.

—¿Por qué?

Él exhaló.

—No lo sé, supongo que... porque Shizuka también es asiática y eso me hace sentir como si ella me gustase. Ya sé que no, pero es imposible evitarlo.

—Entiendo. —Isabella deslizó los dedos por la línea de la quijada de Mitsue—. Te gustan las rubias, qué suerte.

—Me gustas *tú*.

Arqueando ambas cejas, ella lo miró antes de reclinarse otro poco.

—Eso es mucho mejor, ¿*uh?*

Sin esperar una respuesta, unió sus labios a los de él. Mitsue la jaló haciéndola caer sentada sobre su regazo. Sorprendida, Isabella parpadeó antes de tragar debido a la dureza que sintió bajo su trasero. Esto se ponía interesante, muchísimo, y a ella le gustaba. No le gustaba, le *encantaba*.

Llevado los brazos hacia el cuello del Mitsue, los cruzó detrás de él.

—¿Seguro que *no* te gustan las morenas?

Mitsue no titubeó. Tanto como lo estaba en la actualidad de quien o lo que era él. Las mujeres de cabello oscuro no eran su tipo, no le atraían. Pero Isabella... Oh, infiernos, ella era un caso aparte.

—*No* me gustan —contestó en un murmullo—. Pero a ti... a ti te queda bien.

Mordiéndose el pulgar, ella lo miró de forma traviesa. Mitsue consideró que tenía tan solo dos opciones: podía ceder o huir. Ella rozó sus narices, lo que le dio la respuesta que buscaba: cedería. Isabella le lamió el labio inferior; él abrió la boca, dejándola probarlo. La sensación de su piel rozándole lo mareó un poco. «¿Qué me haces, Isy?». Él no lo sabía, aunque a estas alturas no se molestaba buscar una respuesta para sus dudas.

La mano de Isabella jugueteando con su cabello envió una corriente a lo largo de su espalda. Con un suspiro, Mitsue echó la cabeza hacia atrás y se concentró en sus ojos. ¿Por qué, honestamente, estaban haciendo esto? No se arrepentía, pero tampoco lograba sentirse como él mismo cuando se atrevía a dar un nuevo paso. Y con todo, ya no quería retroceder ni regresar a lo mismo que tenían. Estaba seguro de que no podría soportarlo. Vivir sin Isabella era como la muerte.

No tenía sentido.

Lenta, muy lentamente, movió ambas manos hasta sus muslos. Isabella tenía puesta una falda roja que le llegaba hasta las rodillas, apretada y abierta del lado derecho. Si alguno iba a pararlo, ese era el momento. Buscó reproche en su mirada, ella se limitó a enredar los dedos de la mano libre con los suyos y lo guió hacia la cara interna de su muslo, separando las piernas. «Detenla. No es correcto, sabes que...». Todos los alegatos de su mente murieron en el momento en el cual Isabella escondió la cara en la curvatura de su cuello, suspirando de forma entrecortada, mientras lo llevaba ella misma hacia ese lugar.

—Tú... —Tenía la garganta seca. La voz le salió pastosa—..., ¿quieres esto?

Su aliento tibio lo estremeció.

—Sí.

Isabella contuvo la respiración cuando la mano de Mitsue llegó hacia un lugar que nadie a parte de sí misma tocó antes. Con esa inseguridad que incluso ella percibía, Mitsue le recorrió la piel del sexo sobre sus bragas de Pucca. «Tienes que pararlo, Isy. No hagas algo de lo que podrías arrepentirte

después». Su conciencia tenía razón. Abriendo la boca, Isabella trató de decir una palabra; todo lo que salió fue un gemidito bajo y profundo, que consiguió estremecer a Mitsue. Fue entonces que su respiración se volvió irregular mientras él la besaba de forma tranquila, en el cuello y hombro. «Ay, Dios». Mitsue rodó un par de dedos dentro de su ropa interior, por el borde. Isabella dio un respingo tan pronto lo sintió contra su piel.

—¿T... tu padre? ¿Ume... Umeko? —preguntó con un hilo de voz.

—La oficina. Su mejor amigo..., Kōsuke.

Acariciándola lentamente, Mitsue se dejó llevar por la calidez de Isabella. ¿Por qué sentía que todo en su interior explotaba? Como fuegos artificiales y aun así, había una paz que desafiaba su ahora pobre lógica. Isabella susurró su nombre cuando él movió tan solo un dedo más adentro y suavemente rodeó los pliegues. «¿Es así cómo debe sentirse?». Hacer el amor con la mujer que amaba, que lo veía como él era en realidad: frágil y sensible. Un hombre con temores, que se enfrentaba a sus demonios cada día.

Echando la cabeza hacia atrás, se encontró con Isabella que tenía los párpados apretados mientras se esforzaba por respirar y con el labio inferior sujeto entre los dientes. Esa imagen lo envió por un precipicio. Sin dudas, así tenía que sentirse la absoluta felicidad. Llevó el dedo un poco más profundo, hasta presionar el pequeño botón de su clítoris. Ella se aferró a él, en silencio; lo cual produjo un deseo desconocido hasta ese instante.

—Quiero... —Se ahogó con sus propias palabras y pasión—. Déjame oírte, por favor, Isabella.

Isabella abrió los ojos de súbito y lo miró. Ahí estaba de nuevo, pronunciando su nombre de esa forma que la enviaba al paraíso. Nerviosa y demasiado avergonzada, se soltó el labio que estuvo mordiendo. Y cuando Mitsue volvió a apretar esa parte de su cuerpo que estaba hinchada por él, no tuvo más opción que complacerlo.

Con los ojos oscurecidos, se mantuvo a distancia, atormentándola con placer. Entonces todo se volvió rojo y dejó de oír cualquier sonido, incluso a sí misma. Abrazada a Mitsue, Isabella respiró hondo, para recuperar el aliento.

En silencio, se vieron uno al otro. Ambos tragaron con dificultad; aunque solo a Mitsue pareció dolerle. «Dios». Que le dijeran tonta, pero quizá se debía a lo que ella aún sentía contra su trasero.

—¡Ci... cielos!

—Eso... —Mitsue se aclaró la garganta—. Eso fue... ¿Qué te hice?

Sonriéndole, Isabella lo calmó.

—Me hiciste el amor, bebé.

Su ceño fruncido le pareció la cosa más adorable del mundo.

—Entonces..., ¿sí debe sentirse de ese modo?

«Ay, cariño». ¿Cómo alguien tan inseguro y adorable se las arreglaba para parecer frío y amenazador todo el tiempo? Años de práctica, sin dudas; pero cuando estaba junto a ella, Mitsue se deshacía de esa máscara y se mostraba como era en verdad.

—Definitivamente.

Él respiró aliviado.

—Me gustó.

—Y a mí. —Rio por lo bajo—. ¿Seguro que... que no quieres ayuda?

Él negó.

—No. Una ducha helada será suficiente.

Isabella lo besó en la nariz.

—Aquí te espero.

Mitsue arqueó una ceja, mirándola.

—Sí, bueno... tendrías que pararte primero.

Ruborizada, Isabella se levantó. Mitsue dejó un tierno beso sobre sus labios antes de irse a la ducha. Viendo hacia su entrepierna, gimoteó mientras se desnudaba. «Mierda». Tenía que hacer algo con eso, ya. Pero no podía siquiera pensar en que Isabella lo tocara y qué decir de masturbarse. Simplemente, cuando lo pensaba cada recuerdo doloroso volvía para atormentarlo. A pesar de todo, acariciar a su novia era diferente. Le hacía sentir vivo, especial. Único. Como el hombre más afortunado sobre la tierra.

Que ella se frotase contra su mano, murmurando su nombre.... Ah, joder, había sido mejor que cualquier otra cosa buena que hubiera experimentado antes.

Abriendo la llave del grifo, permitió que el agua fría aliviara esa parte de él que dolía. «Realmente quiero estar contigo», pensó. Sin embargo, era consciente de sus propias limitaciones: si Isabella lo tocaba, él podría hacerla a un lado de un empujón, incluso lastimarla. Eso no podía suceder. Así que por ahora solo tenían esto.

Solo esperaba que fuera suficiente.

Cuando salió, con un pantalón holgado y un suéter, ambos grises, se encontró con Isabella dormida sobre su nueva cama. Ya no tenía el *futon*, gracias a una de sus «sugerencias». Otra vez estaba roncando. Era un sonidito

como un silbido. Con una sonrisa burlona, fue hacia ella y la cubrió con los edredones. Después volvió a la fotografía que estuvo retocando. Deshizo cada cambio en ella, hasta que la mujer rubia de ojos verdes apareció. La que él amaba.

Jugando con los pinceles y diversos filtros, le dio un efecto de fantasía. Colocó un castillo en el fondo y le clonó el cabello hasta que estuvo lo suficientemente largo como para que se pareciera a Rapunzel. «Te has vuelto débil y cursi». Y no iba a negarlo. Isabella sacaba a la luz esa parte de él que ocultaba por miedo. Mientras guardaba su nueva composición, sonó el *smartphone* de Isabella. Decidió no prestarle atención, pero continuó sonando. Con un suspiro, se puso de pie y fue hasta la cómoda, donde ella lo dejó. «No lo hagas... No lo hagas...». Demasiado curioso como para detenerse, lo tomó.

Atsu-chan: ¡Hola, Isy-chan! ¿Cómo sigues? Me quedé pensando sobre nuestra conversación con Shizuka. No lo sé, ¿has pensado en lo que te dije? Estás desperdiciando tu vida con él. Ya sé que lo amas, en serio; pero no puedes seguir perdiendo el tiempo. Mitsue no va a cambiar y tú vas a envejecer y darte cuenta de que no lo valía. Piénsalo.

¿De qué conversación hablaban? Su mundo se tambaleó. Isabella continuaba sufriendo por él. Esto, como pensó, no bastaba. Necesitaba algo más, cosas que nunca podría darle. Con un nudo en la garganta, lo marcó como no leído y se dirigió hacia la conversación en *Facebook* que ella mantenía con Nikita. No estaba bien, era consciente de ello; pero ya no quería detenerse. A simple vista, él estaba coqueteándole a su novia; sin embargo, Isabella se dedicaba a responderle que lo había superado. Cuando se dispuso a dejar de actuar como el novio patético que no era, se encontró con el último mensaje. Isabella lo había leído, aunque no respondió.

«Lo único q haces es decirme q eres feliz con él, pero no respondes a una simple pregunta y yo no t veo feliz. Sé sincera contigo misma, Isy: ¿realmente estás contenta con esa relación? No te pido q vuelvas, t perdí; pero me preocupas».

Un gemido le subió por la garganta. Tragándose, Mitsue dejó el teléfono donde estaba y se sentó junto a Isabella. Ella dormía. Acariciándole el labio inferior con el dedo, Mitsue tomó aire. Nikita y Atsuko estaban en lo

cierto: Isabella se encontraba atrapada en una relación sin futuro. Por mucho que lo quisiera, él no sería capaz de dar un nuevo paso.

Nunca.

«Te amo», pensó. Tanto como para hacer lo único que rompería su corazón y el propio. En aquel momento, mientras se acurrucaba junto a ella y la rodeaba con su brazo una última vez, Mitsue tomó la decisión de dejarla ir.

CAPÍTULO 25

Algo no estaba bien con Mitsue. Desde la celebración del matrimonio de Ryūji y Shizuka, él actuaba de un modo inusual. Como si no quisiera estar cerca, llevaba una semana inventando excusas para mantenerse alejado incluso cuando se sentaba junto a ella durante las clases. Al principio creyó que se debía a la forma vertiginosa en la que avanzaba su relación: quizá no conseguía procesar lo que había ocurrido entre ellos. Lo entendía, Mitsue no estaba listo del todo. Después, sin embargo, Isabella quiso culpar a su pequeño desliz, durante la fiesta de su cuñada, donde terminó embriagándose. No era una bebedora frecuente, por lo que pensó que quizá hizo algo vergonzoso que lo enojase.

A estas alturas, no sabía qué pensar. Mitsue simplemente pasaba de ella, como al principio. Apenas si la saludaba y aun cuando lo hiciera solo levantaba la mano mientras sacudía la cabeza, como viejos conocidos; no una pareja. Así que cuando él la citó al parque que se hallaba a una cuadra de la florería, Isabella tuvo un mal presentimiento. Fue como si alguien le apretara el estómago con tanta fuerza que le costó respirar. Y a pesar de eso, ahí estaba: esperando por él, en una banqueta, mirando a los niños jugar.

Una sonrisa boba se le formó en los labios. Nunca antes se lo planteó; ahora le fue imposible no pensar en cómo sería si ella y Mitsue tenían un bebé. Utilizó toda su imaginación hasta hacerse una imagen específica, y le encantó: un niño con los usuales ojos rasgados pero verdes, con el cabello negro de Mitsue y su sonrisa; esa que le iluminaba todo el rostro. Pequeño, con las regordetas mejillas sonrosadas... «Quizá en unos años», se dijo. Podía verse a sí misma junto a él, en un futuro. Ser verdadera y completamente felices. Sin el dolor del pasado cubriéndolos. No más temores. Sabía que a Mitsue le tomaría un poco más de tiempo, pero al final lo conseguirían.

Iba a esforzarse para que así fuera.

Una sombra le tapó la luz del sol. Con un bufido, Isabella levantó la mirada y se encontró con Mitsue, que estaba vestido de negro y la veía con esa terrible e hiriente frialdad que lo caracterizaba. Tragando duro, ella hizo el intento de levantarse, pero él negó mientras se sentaba a su lado.

El silencio incómodo los arropó. Pese a los gritos eufóricos de los niños y los sonidos de los automóviles, había un aura sepulcral envolviéndolos.

«Cálmate, Isy, solo estás imaginando cosas». Pero no lo hacía. El rostro imperturbable de Mitsue se lo gritaba. La seriedad en sus ojos, la amarga indiferencia.

—Voy tarde a mi práctica —dijo, con su voz plana—. Seré breve.

Por primera vez en su corta vida, Isabella temió preguntar.

—¿Qué?

Él tomó aire antes de volver a hablarle. Cuando lo hizo, sonó todavía más lejano:

—Se acabó.

—No entiendo.

Mitsue ni siquiera se movió, para darle la cara.

—Ter-mi-na-mos. Estoy un poco, *muy*, harto de esto. *De ti*.

Aquello fue innecesariamente doloroso. Isabella respiró profundo, tratando de comprender. Oh, bueno, él había sido directo y franco; pero ella no daba crédito a sus palabras. ¿Escuchó bien, estaba harto?

—Mit... Mitsue, ¿qué dices?

Él encogió un hombro. Toda esa indiferencia, ¿era natural o solo la estaba fingiendo? En este instante, Isabella no sabía.

—¿La verdad? No quiero seguir atado a alguien como tú.

—¿Y qué significa eso? ¿Qué tengo de malo?

—Eres ruidosa. —Comenzó a enumerar con los dedos—. Superficial e insolente. Una chica rubia tonta, como el resto.

Isabella alargó la mano hacia él, Mitsue la alejó sujetándola por la muñeca.

—¿Por qué me haces esto? Nosotros... Tú y yo...

Incapaz de formular una frase coherente, Isabella apretó los párpados, para no llorar. Las lágrimas estaba pinchándole los ojos y había un nudo en su garganta que no le permitía hablar. Esto no tenía sentido. ¿Por qué Mitsue estaba diciéndole cosas tan horribles? «Te lo advertí: saldrías lastimada. ¿Por qué nunca me escuchas?». Ah, mierda, sí. Aunque estúpidamente creyó que resultaría bien, al final.

El llanto le ganó. Con la cabeza inclinada, dejó que el dolor que la estaba atravesando fluyera. Sollozando en silencio, recordó sus mejores momentos, cómo le había dicho lo mucho que le gustaban su cabellera rubia y sus ojos verdes. Lo lista que era. Lo mucho que... le amaba. Entonces, mientras la terrible amargura se fundía con su corazón, Isabella se dio cuenta de lo estúpida que fue al creerle y entregarse por completo a alguien que tenía el

poder de romperla en mil pedazos.

«Dejaste que te besara y tocara en lugares que... ¡Oh, Dios, Isy! ¿Por qué eres tan idiota?». No existía una respuesta para ello.

—No-nosotros hicimos...

Mitsue tuvo que esforzarse para suprimir su propio dolor. Ella jamás iba a perdonarlo, pero ya no le importaba. Después de todo, era lo mejor. Isabella merecía lo que él no podría darle por mucho que lo intentase.

«Lo lamento, Isy». Tenía que hacerlo. Acabar con la ilusión. Romperle la frágil burbuja de color rosa en la que vivía.

Estaría mejor sin él.

—No significó nada —respondió,

Levantando la cabeza, Isabella lo enfrentó con los ojos enrojecidos. Se veía tan vulnerable, destrozada, y de nuevo era su culpa. Como en el pasado, una persona querida estaba llorando debido a él. Pero al menos ahora sí era su decisión.

—¡Me hiciste el amor, Mitsue! ¿Cómo... cómo mierda no significó nada? —La voz se le quebró—. Tú y yo..., ¿se supone que nos queremos, chico! No puedes venir y decirme que no te importa.

Fingiendo una risa baja e indiferente, él negó. Le había tomado toda una semana prepararse para la actuación más grande y cruel de su existencia. «Perdóname», pensó. Lo que estaba a punto de decir la hundiría en el infierno; pero Isabella era fuerte. Saldría de ahí, se olvidaría de él y conseguiría a un hombre que valiera la pena. Uno completo, que pudiera estar a su lado y hacerla feliz como lo merecía.

La conversación que mantuvo con Atsuko, después de leer el mensaje que le envió a Isabella, le hizo ver su propio egoísmo. No podía mantenerla a su lado por mucho más, forzándola a reprimirse, a esperar por cosas que nunca sucederían. Un noviazgo normal, incluso el matrimonio o los hijos... ¿Cómo diablos iban a tenerlos, cuando él no le permitía ni siquiera tocarlo? Un maldito roce. Y sí, él podía complacerla en algunos aspectos, como cuando se animó a ir un poco más allá. Pero, ¿honestamente?, ella podría hacer lo mismo sola. Él no servía de nada.

Y no la condenaría a una existencia miserable, a su lado, solo porque ella lo hacía feliz. El amor no era egoísta.

«¿La verdad? Isy siempre está justificándote: “tú no lo conoces como yo, Atsu-*chan*”, “Mitsue es dulce y me hace feliz”... Pero sus ojos siempre se oscurecen cuando mira a Ryūji y a Shizuka, a Taiki y a mí o a cualquier

pareja normal». Las palabras de Atsuko le dieron el valor que necesitaba para dar el último paso.

Isabella no querría verlo otra vez. No luego de que utilizase las mismas palabras que Nikita, cuando ella descubrió lo que hacía. El primer secreto que le confió y él lo usaría en su contra, para lastimarla.

Era el bastardo más grande del mundo.

—No lo entiendes, ¿verdad? Isabella: me cansé de *jugar* al amor. — Calló unos segundos, para no delatarse—. ¿De verdad piensas que una cosa tan estúpida y superficial como esa significó algo? Deberías saber que no.

Con los ojos muy abiertos, ella lo miró.

—Por favor, bebé, no... no me digas eso. Tú no, por favor, por favor...

Mitsue se tragó el gemido que estaba atorado en su garganta.

—*Solo un juego* Isabella —insistió. No entendía cómo Nikita pudo decirsele sin llorar—. Pero estoy harto de ti.

Poniéndose de pie, Mitsue le dio un último vistazo y comenzó a caminar. La mano de Isabella, apretándolo, lo detuvo.

—Suéltame. Deja de ser patética y acéptalo.

—Solo dime: ¿me amaste un... un poquito?

Sacudiendo la cabeza, Mitsue se zafó.

—No.

Isabella lo vio alejarse, con el mismo paso seguro y soberbio de siempre. Por un momento, consideró ir detrás de él. «No-lo-hagas. Tiene razón: ¡deja de ser patética y acéptalo! Perdiste Isy, *good bye*». Pero dolía admitirlo. Como si le arrancasen el corazón y lo pisotearan hasta convertirlo en cenizas. Reprimiendo un sollozo, se limpió las lágrimas y regresó a la floristería.

La función debía continuar, con o sin ella.

«Solo un juego, eso somos para los chicos». Arrastrando los pies, avanzó por la calle sin fijarse hacia donde iba. «Primero Nikita y ahora Mitsue. *Je, je...* Somos tan tristes». Sin embargo, la traición de Nikita no se comparaba al desprecio de Mitsue porque no hubo amor. Ella estuvo enamorada y se sintió atraída, pero no fue hasta que conoció al hermano de Shizuka que entendió la diferencia. Si se sinceraba, lo que más le dolió fue ser una completa ingenua, darse cuenta de que nadie la tomaba en serio solo por tener el cabello claro.

La maldición. El cliché de la chica rubia y tonta, del cual siempre estuvo huyendo, terminó atrapándola.

Mitsue había visto su verdadero rostro: la Isabella inteligente y comprensiva, que era buena en ortografía y gramática; las flores y los

números. Esa que, más allá de reír siempre, podía mantener una conversación sobre casi cualquier tema. Pero fue una cruel mentira.

«Nunca te amó». Saberlo era lo que más dolía. Sobre todo, después de haberse entregado a él como una estúpida. «Bueno, aún eres virgen. Agradece que no llegaron demasiado lejos». ¿Y qué? Un detalle insignificante. Mitsue había tocado su cuerpo, ella lo permitió, ¿y para qué? Al final solo era la rubia tonta y fácil que casi se acostaba con el chico malo. De nuevo.

Un automóvil se detuvo a centímetros de su cuerpo, haciendo sonar la corneta. Con el corazón palpitándole furioso, Isabella se giró despacio. El conductor estaba blanquísimo y la veía como si fuera un fantasma. Sin darse cuenta, había cruzado sin esperar la luz roja. Avergonzada, hizo una reverencia y se echó a correr. Cuando llegó a la floristería, abrió la puerta y continuó hacia el mostrador donde Sumire se hallaba atendiendo a una cliente.

Sin siquiera presentarse u ofrecer una disculpa, se lanzó sobre su madrastra, llorando.

—Mamá. —Gimió.

Sumire levantó los brazos y la apretó fuertemente.

—¿Qué ocurre, cariño?

Con la cara escondida en el cuello de su madrastra, Isabella suspiró.

—Me rompieron el corazón..., otra vez.

—¿Mitsue?

—Sí...

Sumire le acarició la espalda. Se alejó unos centímetros de Isabella y se dirigió a las dos empleadas que estaban colocando los arreglos florales.

—Midori-*chan* —dijo—, Nao y tú encárguense de atender a los clientes que faltan y cierren. Debo irme.

Acto seguido, tomó a Isabella del brazo, suavemente, y la llevó de regreso a casa.

Mitsue cruzó el pasillo, ignorando a su padre y hermana. Aún cuando Umeko trató de hablarle, él continuó hacia su dormitorio, donde se encerró. Benditas las nuevas puertas con seguro.

Con las lágrimas mojándole el rostro, fue hacia la cómoda donde estaba

su única fotografía junto a Isabella, que se habían tomado mientras estuvieron en Shirakawa-go, y la miró sin atreverse a tocarla. ¿Cómo había sido capaz de herirla tan profundamente? Estaba arrepentido, pero en el fondo lo seguía considerando lo mejor. Isabella sufriría menos de esa forma, sin él.

«Te amo, chico. Lo sabes, ¿verdad?». Su voz alegre le vino a la cabeza, incrementando su dolor. Ella tenía un modo particular de decirle las cosas. Siempre risueña, incluso cuando estuviera al borde del colapso. Cuando lo sermoneaba por ser indiferente, Isabella era dulce. Suave.

Con las manos temblorosas, Mitsue se atrevió a coger la fotografía.

—Lo lamento mucho, Isy —murmuró recorriéndole el rostro con los dedos.

Ahora esto era todo lo que le quedaba, su único recuerdo. Sin nada que los uniera, se convertirían en un par de extraños, justo como al inicio. Pero no habría nada después: ninguna discusión tonta que los llevase al gimnasio y a su poco usual relación. No más chistes sin sentido ni apodos tontos. Nada, en absoluto.

«Fue lo mejor». Por supuesto, pero ¿por qué tenía que doler tanto? Como si le atravesaran el corazón con un cuchillo lleno de veneno. Sentía como si muriera. Despacio, el llanto se incrementó hasta que se le hizo casi imposible respirar. Boqueando en busca de aire, Mitsue se abrazó a sí mismo. era insoportable.

«Por favor, bebé, no... no me digas eso». La triste voz de Isabella rasgó sus pensamientos. Furioso consigo mismo, por haberla herido, Mitsue barrió con el brazo todo lo que se encontraba sobre la cómoda. La lámpara de su madre se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos. Sin poder contenerse, continuó lanzando todo lo que hallaba: libros, ropa, sábanas... Se detuvo cuando llegó a su *laptop* encendida y vio la edición que había hecho con una fotografía de Isabella, para que pareciera Rapunzel. Había olvidado que la colocó como protector de pantalla.

Oh, mierda. Esto era insoportable.

—¿Mitsue? —Satoshi llamó a la puerta—. ¿Qué sucede?

No respondió, por mucho que lo deseara. La voz no le salió. Afuera, su padre movió la perilla.

—Mitsue, ¡abre la puerta, ahora!

Golpe tras golpe, Satoshi continuó llamándolo. Al no obtener resultados, comenzó a empujarla para ingresar. Arrastrando los pies, Mitsue fue para abrirle. Cuando lo hizo, Satoshi respiró aliviado. No duró mucho. Al instante,

su expresión cambió por una incluso más preocupada mientras veía el desastre.

—¿Qué... —Satoshi tragó antes de continuar—... ¿qué tienes?

Mitsue levantó la cara, para mirarlo. Por la expresión de su padre, supuso que debía de tener una apariencia terrible, porque parecía a punto de correr por un sacerdote para que le hiciera un exorcismo. Echó un vistazo rápido a su alrededor y se percató de que la última vez que destrozó su dormitorio de esa forma fue a los catorce años, durante una noche lluviosa en la que no pudo soportar los recuerdos.

Suspirando, se encogió de hombros.

—¿Mitsue, qué sucede?

Sin responder, hizo la única cosa que no se atrevía desde que regresó a casa de su cautiverio: recurrió a los brazos de su padre. Con la cara escondida en el pecho de Satoshi, Mitsue lloró.

Los siguientes días fueron un terrible tormento, tanto para Isabella como para Mitsue. Tener que verse sin poder hablar o tocarse era el peor de los infiernos.

—Me dejó. —Isabella se cubrió el rostro con ambas manos y lloró desconsolada—. ¿Pueden creerlo? El muy maldito me dejó, a mí: su novia de siempre... A mí, que soy tan perfecta y...

Su voz se ahogó en un amargo lamento, debido al insoportable dolor. ¿Cómo fue tan tonta para creer que podría durar? Honestamente, se merecía lo que le estaba sucediendo, por haberse dejado guiar por sus sentimientos en lugar de la lógica. Lo supo desde el inicio: él iba a hacerle daño. Y con todo, pensó que lo soportaría.

Debió haber sabido que no.

—Ya, *Isy-chan*. él seguramente...

Negando, ella se descubrió el rostro.

—No, *Atsu-chan*, fue muy claro conmigo: no quiere seguir atado a una rubia hueca y superficial como yo.

Shizuka abrió los ojos, más de lo usual. Isabella reprimió un sollozo.

—Cuñada...

Isabella apretó las manos, rabiosa, adolorida.

—Dijo que está harto de mí, que le molesta mi estúpida actitud; que... —

Su voz se quebró—... soy ruidosa, como una gallina; superficial e insolente. Que él no va a perder su tiempo con... una rubia insignificante como lo soy yo.

—Cuñada, estoy segura de que él...

—¿Qué tiene de malo que sea rubia? Mitsue decía que le gustaba mi cabello y mis ojos, pero ya me aclaró que fue una mentira amable. ¡Es un idiota! —Se golpeó las piernas, con los puños—. No, yo lo soy. ¡Idiota, idiota, idiota!

Atsuko la rodeó con sus brazos, mientras que Shizuka permaneció en silencio, viéndolas. Todo lo que deseaba era dejar de sentir. Habían transcurrido tan solo un par de días; sin embargo, Isabella lo percibía como una eternidad. Una cruel y amarga sin el hombre que logró convertirla en la estúpida más grande del mundo.

Tan patética era que continuaba extrañándolo. Estaba segura de que si Mitsue le sonreía, ella caería derretida a sus pies. Como siempre.

Pero eso no ocurriría. «¿De verdad piensas que una cosa tan estúpida y superficial como esa significó algo? Deberías saber que no... *Solo un juego*, Isabella. Deja de ser patética y acéptalo». Su voz cruel volvió para hacerla sufrir. Con los gemidos amontonándose en su garganta, Isabella se aferró a Atsuko y le extendió la mano a Shizuka, quien la tomó entre las suyas para consolarla. En ese instante, Mitsue pasó frente a ellas, caminando junto a Eun-Hye. Al verlas, pasó su brazo sobre los hombros de ella y fingió ignorarlas.

—¿Viste cómo la abrazó, Atsu-chan? A mí ni siquiera... ni siquiera me dejó hacerlo en meses. ¡Soy tan tonta! —Volvió a llorar—. Mitsue..., él... ¡Idiota, lo odio!

Shizuka negó.

—Mi hermano te ama.

—No, Shizu-chan. ¡Nunca me amó! Me lo dijo el otro día. —Se alejó de Atsuko y se limpió las lágrimas—. Yo... solo fui un juego.

—Mitsue no es así —insistió—. Es mi hermano, lo conozco.

Evidentemente no. Isabella le dio una mirada triste, preguntándose si aquella historia del secuestro y las violaciones, de todo ese maldito horror, habría sido cierta. «No, Mitsue nunca lo haría». Trató de convencerse con esa idea, pero mientras más lo pensaba menos confiaba en él. «Solo te lo dijo para que le abrieras las piernas, Isy». Y ella, como una ingenua, cayó en la trampa.

Reconocerlo fue como un balde de agua fría. Oh, Dios, ¿también lo presumiría con sus amigos? Ya podía imaginarlo burlándose de ella junto a Ryūji, Taiki y ese tal Yohei.

Antes de que formulase una respuesta, Shizuka se puso de pie e hizo una inclinación solemne, como disculpándose por su hermano, luego se echó a correr detrás de él. Cuando lo alcanzó, ella lo sujetó por la manga del suéter que llevaba puesto, haciéndolo detenerse. Mitsue giró y se la quedó viendo con duda.

—No le hagas esto, Mitsue-*nīsan*, ella te ama.

Mitsue contuvo el aliento al mirar más allá de su hermana y fijarse en los ojos de Isabella: estaban enrojecidos e hinchados, al igual que su rostro. Ella había estado llorando durante horas. «Perdóname, Isy, es lo mejor». Fingiendo indiferencia, emitió un largo suspiro, cruzándose de brazos.

—Con todo respeto, señora, no debería meterse.

Ella tomó aire, casi con desesperación.

—Isabella sufre, ¿qué, no lo ves?

Claro que lo hacía. Y se estaba sintiendo como la peor de las mierdas.

—Ella no es mi problema.

Apretando los párpados, Shizuka levantó la mano y lo golpeó en la mejilla con tanta fuerza que incluso a ella le dolió. Mitsue la vio, asombrado, al igual que Eun-Hye. Se lo merecía, como todo lo malo que le sucediera en el futuro. Le había arrancado las alas a su precioso ángel. «Soy un maldito». Si su hermana también terminaba odiándolo, no le sorprendería.

—¡Mírala, está rota, por tu culpa! —chilló señalando hacia Isabella—. ¿Crees que es justo?

—Como dije: no es mi problema.

Con los ojos cristalizados, Shizuka lo enfrentó.

—¡Deja de fingir! No eres el único que sufre... —Su voz fue disminuyendo—. Yo te entiendo, pero tenemos que ver más allá de nuestro dolor.

Y lo hacía: estaba pensando en Isabella, en su bienestar. Sin embargo, él no iba a permitir que Shizuka lo juzgara con injusticia. No su hermana, de entre todas las personas en el mundo. Estaba harto de esa porquería, de nadar en ella. De llevar toda la carga. Diablos, lo que más quería era correr hacia Isabella y suplicar su perdón. No podía. En lugar de eso se estaba forzando a comportarse como un insensible al que nada le afectaba, por ella. Por todos. Y mientras tanto, el corazón de su mujer y el propio sangraban.

Su mujer... La primera y la única a la que amaría. Esa que le mostró la verdadera cara de la felicidad y que le permitió explorar su cuerpo como nunca creyó posible. Fue suya y la dejó ir, para que pudiera hallar su propio camino, uno en el que él no le estorbaba.

«Odio esta mierda». ¿Por qué no lo dejaban en paz? Shizuka y Atsuko podían irse al infierno. No necesitaba sus sermones ni lástima.

—¿Dolor? ¡Ja! ¿Y usted *qué mierda sabe* del dolor? —La barrió con la mirada—. Porque hasta donde recuerdo, yo he soportado la mierda siempre. Mejor vaya con su marido y no se meta en mi maldita vida.

Decepcionada y dolida, Shizuka giró sobre sus pies y se fue corriendo. Mitsue no se molestó en detenerla. Finalmente, después de mucho, obtenía lo que siempre quiso: estaba solo, por completo.

Y con lo mucho que lo odiaba.

CAPÍTULO 26

Si le preguntaban, Isabella no sabía cómo había sido capaz de soportar todo un mes de terrible, absoluto e intenso dolor consumiéndola por dentro. Tener que mirar a Mitsue cada día, en todas sus clases, era como caminar descalza a través del infierno. No poder hablarle ni mucho menos tocarlo. Una terrible agonía que comenzaba a marchitarla. Incluso adelgazó un par de kilos, lo que le daba un aspecto deplorable, haciéndola parecer una drogadicta anoréxica con trastorno depresivo. Patético. Pero honestamente, ¿a quién le importaba su apariencia cuando le habían arrancando el corazón? Más que nunca, se sentía humillada y utilizada. Vulnerable. Sola.

Ya no lo soportaba.

Le costó decidirse, pero la hora de regresar a Londres había llegado. De todos modos, ¿quién querría continuar cerca de la persona que había jugado con sus sentimientos? Sin dudas, esa no era ella. De modo que, después de llamar a su madre, decidió que se mudaría de nuevo con ella y su novio, el idiota al que odiaba. Oh, bueno, lo admitía: ya no era capaz de tolerar a ningún chico, ni siquiera a Ryūji o el pobre Taiki.

Nadie podría culparla. Estaba rota.

Pero Shizuka y Atsuko se negaban a dejarla ir, por lo que decidieron tratar de convencerla llevándola a un onsen en Kusatsu, donde pasarían el fin de semana. Dos largos días en los que serían mimadas e iban a disfrutar de las aguas termales. Cuatro semanas atrás eso le habría animado, ahora, no obstante, lo único que podía desear era estar sola. Y continuar llorando como la rubia estúpida y triste que era.

La idiota deprimente de la que Mitsue se había burlado. «Solo un juego». Mientras doblaba la ropa e iba metiéndola dentro de su pequeño bolso de mano, Isabella contuvo el deseo de echarse a llorar. Tenía que ser fuerte, por sí misma, y no permitir que la amargura le ganase. Pero le estaba costando más de lo que imaginó. ¿Cómo fingir que todo estaba bien cuando aún podía sentir los labios de Mitsue sobre los propios? Y el roce de sus dedos, llevándola al delirio.

Cerrando los ojos, se vio a sí misma en la habitación: con esa pequeña falda roja, sentada sobre su regazo; aferrada a su cuello, murmurando su nombre mientras él exploraba esa zona de su cuerpo tan íntima. Haciéndola

sentir segura y amada. Hermosa como una reina. «Déjalo ir». Tan solo una ilusión, una mentira que ahora se hacía demasiado dolorosa. Un par de lágrimas brotaron de sus ojos y le recorrieron las mejillas. Isabella se sentó sobre la cama y respiró hondo, tratando de calmarse. «Estaremos bien, Isy, somos fuertes». Lógicamente, pero ¿por qué no lograba creérselo? «Vamos a salir de esta», se insistió a sí misma.

Su *smartphone*, que estaba junto a ella, sonó.

Atsu-chan: Hey, Isy-*chan*! Shizuka y yo llegamos en 10. Espero que ya estés lista. La pasaremos genial!! O ($\geq \nabla \leq$) O No te dejaremos ir de Japón tan fácil.

Con una sonrisa triste dejó su teléfono a un lado y continuó doblando y metiendo prendas de ropa y otros accesorios.

Sería un buen fin de semana. Trató de convencerse con esa idea.

Quince minutos después llegaron Atsuko y Shizuka. Ambas ingresaron casi con timidez por su puerta y se la quedaron mirando como si fuera un fantasma. Oh, genial, debía de verse realmente horrible. Peinándose los cabellos, Isabella rio nerviosa. Las tres fueron a sentarse y mientras bebían de sus respectivos vasos de té helado de cebada, Shizuka se llevó las manos a la boca y contuvo las ganas de vomitar. Bien, esto era extraño. Pero no fue hasta que ella tuvo un mareo repentino que Isabella comprendió lo que sucedía: Mitsue sería tío pronto.

Muy pronto.

«¿Ryūji lo sabrá?». Lo más probable era que no. De estar enterado, no le habría dejado ir a Kusatsu, no sin él al menos. Con lo sobreprotector que era, le sorprendía que Shizuka vagara como una mujer libre por el país. Imaginarlo le sacó una leve sonrisa, que se esfumó tan pronto como volvió a pensar en Mitsue. Lo que habría dado por convertirse en su mujer, en todo el sentido de la palabra. Porque no la hubiera utilizado como a una vulgar puta. «¡Ya, basta!», se reprendió a sí misma. No podía continuar hundiéndose en su propia miseria.

—Shizu-*chan* —dijo, fingiendo un tono alegre—. Ryūji y tú..., ¿han pensado en tener bebés?

Ella asintió, con toda esa inocencia que la caracterizaba. Oh, maravilloso: Shizuka tampoco lo sabía.

—Sí. Él quiere una familia enoorme.

—¿Y tú? —Atsuko la miró curiosa.

Shizuka le sonrió con tanta felicidad, que Isabella tuvo que esforzarse para no dejar que su dolor saliera a la luz.

—También. No lo sé... tres o cuatro. ¿Lo imaginan? Con su sonrisa y... ¡Ay!, serían tan guapos.

Atsuko asintió, con un gesto pícaro.

—¿Y han estado practicando?

El rostro de Shizuka pasó de un suave beige-amarillo a un rojo tan intenso que competía con los tomates. Atragantada con su propia saliva, ella tosió.

—A-algo así. —Se inclinó hacia adelante mientras bajaba el tono—. Ryūji es un poco... Bueno, ustedes saben, él...

—¿Lo hace todo el tiempo, sin descanso y siempre quiere más? —insistió Atsuko.

Lentamente, Shizuka afirmó. Atsuko carcajeó moviendo la mano.

—Oh, tranquila: todos son iguales. ¡To-dos! Taiki, cuando se queda conmigo, no me permite dormir; aunque no me molesta.

Mordiéndose el labio, Isabella escondió la mirada. ¿Qué tan malo era sentir envidia de la absoluta felicidad de sus amigas? Desear lo que ellas tenían para sí y querer morir de tan solo oírlas. «No llores... No llores...». Respirando hondo, se obligó a parecer la misma Isabella alegre de siempre. La mirada oscurecida de Shizuka le dijo que se había dado cuenta.

Perfecto. Era un vampiro chupa-alegría, patético y estúpido.

—Y tú..., ¿cómo has estado, *Isy-chan*? —le preguntó.

Ella encogió un hombro, fingiendo despreocupación aun cuando se estaba muriendo por dentro.

—No me quejo. Hablé con mamá y dijo que está feliz de que regrese con ella, así que...

—¡No puedes irte solo porque Mitsue es un idiota! —interrumpió Atsuko.

Isabella se mordió el labio. Tenía un horrible nudo en la garganta. Tomó aire antes de responder.

—No entiendes. Tú eres feliz junto a Taiki. Shizuka incluso se casó. —Se apretó los párpados con la cara interna de las manos, para que las lágrimas no brotaran—. A mí, en cambio, me dejó mi chico después de que hicimos...

—¡Oh, mierda! —Atsuko clavó su intensa mirada en Isabella—. ¿Ustedes dos hicieron algo?

Confirmó con un movimiento de cabeza.

—No llegamos *tan* lejos, pero ¿qué importa? Es igual, al menos para mí. Y duele. No quiero estar aquí, es triste. Me siento estúpida y... ¡No puedo estar cerca de él!

—Pero no tienes que irte al otro lado del mundo, por eso.

—¡Por favor, Atsu-*chan*! ¿Qué mierda sabes? No... no lo entiendes. —Gimió—. Imagina por un segundo que un día le permites a tu novio, al que logras besar solo después de un año, hacerte cosas que jamás pensaste que pudiera porque ¡joder!, es tímido o qué sé yo. Y a la siguiente semana te dice: «Oh, nena, ¿te lo creíste? Eres un juego, supéralo y sigue adelante». ¿Podrías? Me alegro por ti, yo no.

—Isy-*chan*... —Shizuka suspiró—. Lo lamento tanto. No sé que sucede con Mitsue. Él... actúa muy raro últimamente. Padre dijo que está todo el día en su habitación y tiene miedo que haga algo malo de nuevo, como... Oh, no lo sé. Pero Ryūji y los chicos lograron convencerlo de ir a Aokigahara ^[34] con ellos.

Isabella se encogió en su lugar.

—¿La verdad? Ya no me importa. Tu hermano puede irse a la mierda. —Apretó los labios un segundo—. Este será nuestro último fin de semana. Volveré a Londres, chicas, lo lamento.

Ninguna de sus amigas le insistió, Isabella tampoco quería que continuaran haciéndolo. Infiernos, sí, estaba huyendo como una cobarde; pero también era humana. No una muñeca *Barbie*, perfecta, que solo sabía sonreír. Estaba sufriendo y prefería irse a un lugar en el que pudiera comenzar otra vez, sin Mitsue cerca para recordarle sus actos estúpidos.

Igual que con Nikita.

Todo lo que sabía hacer era escapar.

Mitsue suspiró, con la mirada fija en el mar de árboles que los envolvían a él y sus amigos. Todo estaba calmado y silencioso; sin embargo, eso no le llegaba al corazón, que sentía roto y frío, tal como siempre fue. Al menos ahora lo había buscado, era su culpa. Y no dolía menos reconocerlo. Pero estaba bien de ese modo. Un pequeño sacrificio, por un bien mayor.

«Te quiero, Mitsue, somos amigos, pero eres un idiota e Isabella sufre

mucho, por tu culpa. Pediste mi opinión y lamento ser cruel, pero ya déjala ser feliz». De nuevo, su charla con Atsuko abarcó sus pensamientos. Era mujer, la entendía. Debía de tener razón. Siendo así, ¿por qué sentía que fue un error dejarla?

Cerró los ojos, tomando aire. Las lágrimas que Isabella derramó por él lo atormentaron. Mierda, ¿cómo encontró el valor y la fortaleza necesaria para mentirle sin delatarse? Con una sonrisa triste, halló la respuesta: estaba acostumbrado. Desde que era un niño había tendido que fingir lo que no era, para proteger a los demás y a sí mismo: una mujer, un indiferente chico sin sentimientos y ahora el patán de telenovela barata que solo jugaba con los sentimientos de la protagonista. Genial, alguien tenía que darle un premio por su brillante actuación. Se merecía un jodido *Oscar*.

—Shiroyama. —Ryūji, sentado a su derecha, murmuró—: ¿Quieres un consejo?

Mitsue ni siquiera le dio la cara. ¿La verdad? No deseaba nada que pudiera venir de él, ni de ninguna otra persona. Quería estar solo, pero Taiki había insistido tanto con que los acompañara al Bosque de los Suicidas, para su maravillosa Noche de Terror, que terminó accediendo para no sufrir un aneurisma. Ahora que lo consideraba, quizá debió negarse otro poco, de esa forma habría muerto de una jodida vez.

—¿Tengo otra opción?

Ryūji bufó, haciendo rodar los ojos.

—¿Puedes dejar esa actitud de mierda conmigo? Mira, una vez hiciste algo por mí y solo trato de devolverte el favor.

Riendo por lo bajo, Mitsue se movió para verlo.

—Sí, de nada. Cállate y déjame en paz.

—No la dejes ir.

Mitsue le ofreció una pequeña sonrisa mientras encogía un hombro.

—Muy tarde: ya lo hice.

—En ese caso, haz algo productivo y búscala. —Se lamió los labios—. Una mujer como esa, que te soporta aun cuando eres un pedazo de mierda con ella, vale la pena.

—¿Y tú que sabes? —El veneno destilaba a través de su voz—. Mira, Aoyama, solo eres...

—La rubia ruidosa...

—¡Isabella! —Gruñó, antes de poder detenerse—. Isa-bel-la. Se llama Isabella.

Arqueando una ceja, Ryūji rectificó:

—*Isabella* te ama. Te ama real y profundamente, más de lo que crees. Si no puedes verlo, eres un idiota.

Mitsue inclinó la cabeza, entristecido. Estrujándose las manos, se mantuvo en silencio un par de minutos.

—Lo sé —murmuró.

Como respuesta, Ryūji lo rodeó con su brazo en un apretón amistoso, que alivió un poco su dolor. Mitsue no tenía el ánimo ni las fuerzas para alejar a otra persona de sí mismo, por lo que se dejó consolar. Tenía que verse patético, como para haber despertado la compasión de Ryūji. Viéndolo por el rabillo del ojo, Mitsue se fijó en su rostro serio. Shizuka estuvo en lo cierto desde el inicio: eran iguales. Aunque Ryūji no fue tan idiota como para dejarla ir.

—¿Quieres otro consejo?

—Me lo darás de todos modos.

Riendo por lo bajo, Ryūji hundió los dedos un poco más en su hombro. Esto era extraño. ¿Cómo pasaron del odio a la tolerancia, y a ser simples compañeros de clases a familia? Aún más, ¿por qué se estaban comportando como amigos?

—Vé por ella. Uno simplemente no deja ir una mujer así. Bien, sé que te enfurece que la llame *ruidosa*, pero tienes que admitirlo: nunca se queda callada. Y, al menos para mí, es desesperante. Pero para ti funciona, ¿verdad?

—¿Y qué si funciona? Fue lo mejor.

—¿Para ella o para ti? —Ryūji emitió un suspiro cansado—. Una vez fuiste a buscarme porque quise rendirme con tu hermana. Me diste un buen consejo y te escuché. Deberías hacer lo mismo. No es que me importe, pero esto afecta a mi mujer y entonces... Oh, espera: sí me importa.

—¿Por qué afecta a la señora?

—No lo sé..., ¿por qué eres su hermano y ella su mejor amiga? Mira: sigo molesto contigo, por ser grosero con Shizuka y haberla hecho llorar. Pero te entiendo: quieres que *Isabella* sea feliz y toda esa mierda. Qué noble, pero debiste preguntarle antes de decidir por los dos.

—Fui un idiota, ¿cierto?

Ryūji asintió dejándolo ir al instante en el cual Taiki se aclaró la garganta. Rígidamente, por haber estado intimando como una feliz pareja, fingieron desinterés, aun cuando las miradas insistentes de sus compañeros estuvieran sobre ambos. Mitsue gimió entre dientes, ¿cómo olvidó que no se

encontraban solos?

Con todo, Ryūji respondió:

—El más grande del mundo, cuñado. Pero de un jodido idiota a otro: date prisa. Tu mujer se irá a Londres tan pronto como regrese de Kusatsu.

Mitsue sintió como si alguien introdujera la mano en su pecho y le sacara el alma. ¿Isabella se iría, para siempre? Oh, bueno, él había pensado en esa posibilidad, pero ahora que se levantaba frente a sus ojos, no quería aceptarla.

No podía.

«¿Cómo lo voy a solucionar?». Aunque no lo supiera, hallaría el modo. Estuvo haciéndolo desde que era niño, por las razones equivocadas. En el presente, sin embargo, lo haría por ella.

No volvería a huir de la felicidad. Nunca.

Isabella se sujetó el labio inferior entre los dientes, suspirando complacida por la temperatura del agua. Oh, Dios, esto era maravilloso. El sonido de la naturaleza, la brisa suave y la acogedora calma envolviéndola. Cerrando los ojos, se hundió hasta que sus pechos quedaron escondidos y se removió, para encontrar la postura correcta.

Sí, era genial.

Atsuko gimió por lo bajo, al igual que Shizuka. Tenía que agradecerles esto, al menos. En realidad estaba ayudándole. «¿Dónde voy a encontrar algo así en Inglaterra?». Por supuesto, podía ir a un *Spa* junto a su madre y Bryan, pero honestamente no sería parecido. Ni un poco. «No podemos quedarnos, Isy, lo sabes». Diablos, cómo odiaba que su conciencia tuviera razón. Lo más adecuado para ella resultaba volver a Londres y empezar de nuevo. Igual que la última vez.

Sin quererlo, su mente se dirigió la primera vez que Mitsue exploró su cuerpo, el modo en que la hizo sentir dentro del agua. Cómo tan solo con un par de roces, que creyó inocentes, la condujo hacia el orgasmo. «Tócame, Isy...». La había llevado al mismo cielo con esas palabras. Y poco después la empujó al infierno. Tenía que dejar de ser masoquista y olvidarse de él, cosa que en Japón no sucedería jamás.

Quizá si suspendía su carrera durante un año, podría funcionar. ¿A quién engañaba? Estaba demasiado enamorada como para hacerlo, amaba tanto a

Mitsue que no sería capaz de resistirse a la tentación de buscarlo, como una idiota. Al menos del otro lado del mundo ya no sucumbiría ante la tentación.

—Vas a escribirnos, ¿verdad? —dijo Atsuko.

Abrió los ojos, para verla. Ella tenía los párpados apretados y el cabello envuelto con una toalla; mientras que Shizuka lo llevaba trenzado y recogido, para que no se mojase.

—Sí. Podemos hacer video llamadas, también.

—No será lo mismo —insistió Atsuko—. Pero al menos no perderemos contacto.

—Sí. —Shizuka exhaló con suavidad—. Te quiero, *Isy-chan*.

Con las lágrimas pinchándole los ojos, Isabella se lanzó sobre ambas, en un fuerte abrazo.

—¡Y yo las quiero a ustedes, chicas!

Las tres rieron, nerviosas y adoloridas, aunque no hicieron más comentarios. Isabella las dejó ir y volvió a recostarse, para disfrutar de su último paseo junto a las únicas amigas verdaderas que tuvo alguna vez.

La vida podía ser una perra cruel, la mayoría de las veces, pero Isabella le agradecía los momentos felices. La volvían fuerte. «Estaremos bien», se repitió. ¿Cuántas veces lo había hecho ya? No importaba, no se lo creía ni un poco porque sabía al menos una cosa: nadie podía estarlo sin la mitad de su corazón. Y para su desgracia, a ella le faltaba el suyo. Lo había dejado en las manos de Shiroyama Mitsue la primera vez que le confesó su amor. La primera vez que él le dijo que le correspondía.

«También te amo». Nunca olvidaría esas palabras, aunque no fueran ciertas.

En ese instante, mientras una solitaria lágrima se deslizaba desde su ojo, Isabella comprendió la dolorosa realidad: Mitsue no tenía su corazón; él lo era. Su corazón completo y le había abandonado de la forma más cruel que encontró.

«¿Por qué tenías que hacerlo, Mitsue?». No tenía sentido. Mientras más lo pensaba, menos entendía. ¿Dónde diablos estaba el hombre tímido que le hizo el amor de un modo tan dulce que casi la lleva al llanto? Herido e inseguro. Cálido. Por favor, él ni siquiera tenía idea de que era capaz de provocarle un orgasmo. ¿Lo habrían fingido? «Y el premio, para el mejor actor dramático del año es...». Tragándose un gemido, Isabella decidió desechar todo pensamiento o recuerdo que la atase a él. Mitsue no le haría daño nunca más.

Se había terminado.

CAPÍTULO 27

Después de regresar de su Noche de Terror, que fue más espantosa de lo esperado, Mitsue comenzó a idear un modo de acercarse a Isabella. Para su eterna desgracia, no lo halló. Su novia había desaparecido, de forma literal. Shizuka y Atsuko no sabían nada y a él comenzó a preocuparle que se hubiera marchado antes de lo previsto a Inglaterra. Pasaron tres largas semanas, en los que comenzó a comportarse como un psicópata, que se acercaba a la floristería de los Jones, para buscarla, aunque no se atrevía a cruzar la puerta. De todos modos, ella no había puesto un pie en el negocio durante esos días. Así como tampoco la vio salir u entrar a su casa, lo cual era aterrador.

Poco a poco, la esperanza se desvanecía de él. Hasta que se encontraron a la salida de un centro comercial. Mitsue había querido acercarse. Lo intentó. En ese momento, fue Isabella quien pasó de él como de la peste, dándole una mirada desdeñosa que estaba seguro de que se merecía.

Pálida y delgada, le costó reconocer a la mujer de la que estaba enamorado. Sus ojos siempre vivos y brillantes, se encontraban oscurecidos por el dolor. Cuando Isabella decidió ignorarlo por completo y casi se echó a correr hacia el subterráneo, él supo que le había perdido para siempre. Sin embargo, no iba a rendirse nunca más. No quería hacerlo. Buscaría un modo de acercarse a ella y explicarle lo ocurrido. Entonces, la decisión estaría realmente en sus manos.

Si Isabella no lo perdonaba, estaría bien porque sería su elección.

Ahora, Mitsue se encontraba de nuevo frente a la florería de los Jones. Antes había pasado por una a una joyería prestigiosa en la que los elevadísimos precios le parecían increíbles. Pero el dinero no era problema. Antes de morir, su madre les había dejado una buena cantidad, que solo estaba generando intereses en el banco. Como Ryūji era asquerosamente rico, su hermana se lo había cedido todo a él. Mitsue jamás fue de aceptar obsequios; sin embargo, cuando puso su último y desesperado plan en marcha, no le quedó opción.

Respirando hondo, empujó la puerta. Cuando la campanilla sonó, anunciándolo, Sumire y Nate pusieron toda su atención en él, haciéndolo sentir pequeño y como un niño de once años otra vez, que estaba a punto de

orinarse. Con paso dudoso, fue hacia el mostrador e hizo una reverencia formal. Se habría arrodillado, de no conservar un poco de orgullo.

Nathaniel le dio una mirada despectiva antes de señalar la puerta.

—Largo.

—Lo lamento —dijo.

Nathaniel arqueó una ceja.

—¡Ah, qué bueno! Ahora, ¡fuera!

Sumire le apretó el brazo.

—Nate, deja que hable.

Él negó.

—No. Mi bebé ha estado sufriendo, ¡por él! —Gimió entre dientes—. Tú la viste: está destrozada, no puedo...

—Deja que Mitsue hable, Nate, no seas odioso.

Él la miró, ofendido.

—¿Yo soy odioso? —Se dirigió hacia Mitsue—. Confiaba en ti, chico, ¿por qué le hiciste eso a mi niña, *eh?* ¿Eres idiota, acaso?

Mitsue respiró hondo. Ah, mierda, se merecía toda esa hostilidad, pero no significaba que doliera menos. Ser consciente del daño que le causó a Isabella solo lo empeoraba.

—Quiero arreglar las cosas. —Tragó, para aliviar el nudo en su garganta—. Fui bastante estúpido con ella, pero creí que era lo mejor.

—¿Por qué? —La mirada amable de Sumire lo destrozó por dentro. Isabella tenía demasiado de esa mujer para no ser su hija—. ¿Por qué lastimarla era mejor *para ella?*

—Pensé que no era feliz conmigo.

Nathaniel lo miró como si tuviera un serio problema mental. Separó los labios, para continuar explicándose; la risa estridente de Sumire se lo impidió. Bueno, esto era incluso más extraño. ¿Qué le parecía gracioso? Para él se trataba de un asunto de vida o muerte; no de una función de circo.

—¿Oíste, Nate? —Se limpió las lágrimas—. ¡Oh, por Dios, eres tan chistoso!

—¿Qué?

Nathaniel bufó, viendo hastiado hacia arriba.

—¿Estás mal de la cabeza, niño? No le había visto tan feliz con un chico desde... no sé... déjame pensar... ¡nunca! Siempre estaba hablando de ti y de lo maravilloso que eres. —Hizo una mueca, como si el recuerdo le doliera—. Y un día aparece llorando desconsolada y dice que la dejaste porque es rubia,

tonta y *habla demasiado*. Oh, eso sin contar que hicieron Dios sabe qué cosas. ¿En qué pensabas? ¿Cómo se te ocurre dejar a mi niña porque es rubia, qué mierda racista es esa? Y agradece que soy bastante abierto y no te he reclamado por lo del... sexo —finalizó ligeramente estremecido.

«Mierda». Esto no iba como lo esperaba. ¿Qué, ningún plan le saldría bien nunca? Apretando las manos como puños, Mitsue se preparó para lo que fuera que le viniese encima.

—Lo sabe.

Nathaniel miró de reojo a su esposa.

—Sí, y no por boca de Isy. Se lo contó a su madre y ella a mí.

Sumire deslizó los dedos por sus propios labios, simulando un cierre.

—Por tu bien, Nate, yo *no* te dije nada.

Él le sonrió. Mitsue, no obstante, se mantuvo rígido. Esto se ponía cada vez más espeluznante. Nathaniel puso toda su atención en él, de nuevo.

—Como comprenderás, quiero cortarte en pedacitos; pero estás aquí y quieres arreglar las cosas con mi hija. —Se apretó el puente de la nariz—. Tienes suerte, ¿sabes? Se marcha al amanecer, así que... ¿qué tienes en mente?

Agradecido y aliviado, Mitsue se dio la libertad de respirar.

—Bueno..., vine a comprarle flores. —Le dio una mirada rápida a la tienda—. Muchas. Algo así como que... *demasiadas flores*.

Isabella jadeó al llegar a la puerta de su casa. Había estado junto a Atsuko, tomando un café, cuando recibió la llamada de su madrastra. Por la desesperación en su voz y la urgencia con la que le suplicó que regresase, tuvo un mal presentimiento. Solo podía rogar porque Daiki, su pequeño hermano menor, estuviera a salvo.

Había tenido que correr más de tres cuadras, sin detenerse a tomar aire.

Introdujo la llave y abrió la puerta. Adentro todo se encontraba terriblemente silencioso, como si hubiera habido una mudanza.

—¿Mamá? —murmuró. Se animó a caminar dando pasos sigilosos—. ¿Papá? ¿Dai-*chan*?

Nada. Con el corazón en la boca, Isabella fue escaleras arriba, hacia las habitaciones. ¿Qué estaba sucediendo? Estuvo a punto de llamar a la policía, pero se detuvo al ver la puerta de su habitación entreabierta y las luces

encendidas. No recordaba haberlas dejado de ese modo. Lenta, muy lentamente, asió la perilla y abrió.

Oh, diablos, ¿qué hacía él ahí? Sentado sobre la cama y cabizbajo, Mitsue parecía llevar un buen rato esperándola. Sorprendida y agotada, dejó caer su bolso. Él levantó la mirada y le ofreció una media sonrisa triste, que casi la derrumba a sus pies. Isabella estuvo tentada a correr hacia sus brazos, pero recordó la crueldad con la cual terminó su relación.

No sería la rubia tonta de nuevo. Nunca más.

—Hola. —La voz de Mitsue la estremeció.

Dulce, suave... «Solo vino para burlarse de ti, no caigas en su juego». Con el entrecejo fruncido, ella lo barrió con la mirada.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitamos hablar.

Llevándose las manos a las caderas, ella se burló.

—Déjame adivinar: además de ser una rubia estúpida y ruidosa, no significo nada para ti. —Rio con amargura—. Listo, te ahorré el trabajo. ¡Vete!

Negando, Mitsue se puso de pie y caminó hacia Isabella, que trató de alejarse. Ellos no podían estar solos. Cuando trató de salir, él cerró la puerta, cortándole toda vía de escape. Acorralándola. Isabella tragó en seco cuando sus ojos la quemaron y sintió el frío de la madera en su espalda. De nuevo, él era el hombre vulnerable que había conocido. «No caigas, Isy». Interponiendo las manos, ella lo alejó.

—Voy a gritar, Mitsue, déjame.

Él retrocedió tres pasos. La tristeza en sus facciones le atravesó. Si se trataba de otro de sus juegos, este era demasiado cruel.

—Lo lamento mucho, Isy —musitó—. Fui un idiota, pero creí que era lo mejor para ti.

Con un nudo en la garganta, ella fingió indiferencia.

—Oh, sí, *claro*. ¿De verdad esperas que te crea esa mierda, chico? Intenta con otra cosa.

La desesperación en sus ojos la conmovió. «Si esta vez fuera real». No lo era. Jamás lo fue. Mitsue no le amaba y creer que sí era estúpido. Sin embargo, cuando Isabella vio las lágrimas en sus ojos y el arrepentimiento, comenzó a pensar que él estaba siendo sincero. Mitsue solo había llorado delante de ella, ¿qué, un par de veces? Y todas debido a los recuerdos de su horrible pasado.

«Por favor, que sea real». No soportaría otro golpe bajo. Una nueva mentira.

—¿Por qué sería lo mejor, para mí?

Él encogió un hombro. Isabella suprimió el deseo de acariciarle las mejillas y besarlo.

—No fui capaz de besarte en un año. —Tomó aire, armándose de valor—. Cuando nuestra relación finalmente avanzó, solo podía tocarte; pero tú a mí no. Y eso te dolía. Al pensarlo, me di cuenta de que era injusto contigo y que merecías algo mejor.

Isabella no pudo detener la cólera que la invadía.

—¿Lo mejor, en serio? ¿Acaso me preguntaste que quería? ¡Yo tenía que decidir eso, yo, no tú!

—¡Por favor, Isabella! ¿Crees que fue fácil para mí, tener que decirte todo eso, mentir como si no me importaras y usar las mismas palabras que tu ex, solo para que pudieras odiarme? —Su voz se rompió mientras las lágrimas le mojaron el rostro—. Cuando estoy contigo me siento completo y amado, un hombre. Un maldito y absoluto hombre, ¡no un pedazo de mierda sin valor! Pero aceptémoslo: ¿qué clase de mujer quiere a alguien como yo? Un hombre que no puede darle lo que merece y necesita, que tiene tanto miedo que... se paraliza de solo pensarlo.

—¡Yo! Y si puedo aceptarte como eres, ¿por qué tú...? —Gimió—. ¡Eres tan idiota! Tenías que haberme preguntado, ¡no tratarme como a una puta! Me dijiste todas esas cosas horribles...

—Perdóname. —Mitsue inclinó la cabeza—. Me equivoqué, Isy, lo lamento.

—Eso no soluciona nada, en absoluto.

Furiosa y dolida, Isabella miró más allá de él. Solo en ese instante se percató de un detalle minúsculo, insignificante: su habitación estaba cubierta de flores frescas y hermosas. Oh, cielos, ¿por qué era tan distraída? Él había llenado cada rincón, todo por completo. Respirando hondo, dejó que el aroma la calmase.

Se estrujó los párpados y concentró toda su atención en ellas.

Azaleas blancas: romance. Camelias: amor eterno y puro. Claveles rojos: mi corazón suspira, por ti; te deseo. Crisantemos violetas: no soporto la idea de perder tu amor...

Llevándose las manos a la boca, Isabella sollozó. Mitsue realmente lo lamentaba, no estaba mintiéndole. Y más que eso seguía amándola. Nunca

dejó de hacerlo.

Lirios amarillos: amarte me hace feliz. Peonías blancas: soy afortunado por tenerte. Glicinias: me aferro a ti. Botones de azucenas: perdóname.

Se giró hacia él, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tú... hiciste todo esto?

Él se encogió de hombros.

—Tus padres estuvieron felices de que gastase tanto en la tienda.

Isabella rio, nerviosa por completo. Siguió recorriendo la habitación con la mirada y entonces lo vio. Sobre su almohada había un maravilloso ramo compuesto por doce rosas rojas: *quiero que seas mía*. Y como si fuera poco un montón de verbenas esparcidas a lo largo del edredón: *cásate conmigo*. «No puede ser». Incrédula fue hasta la cama y, con la mano temblorosa, rozó los pétalos de una rosa, temiendo romperla.

Si estaba soñando, no quería despertar.

Antes de que pudiera hacer cualquier movimiento, los brazos de Mitsue estaban rodeándola. Su aliento tibio, sobre la piel de su oreja, la estremeció.

—Entenderé si te niegas —dijo, con una pequeña caja entre las manos, que abrió para que ella pudiera ver el contenido—. Pero ¿te casarías conmigo?

Un anillo de compromiso, con una hermosa esmeralda en él. Apretándose el labio inferior entre los dientes, Isabella se ahogó con su propio llanto, hasta que el dolor fue insoportable. Boqueando en busca de aire, ella enterró las uñas en el brazo de Mitsue, quien no la soltó en ningún momento.

—No me hagas esto, por favor —rogó—. No juegues... no juegues conmigo.

Mitsue la hizo girar entre sus brazos. Viéndola a los ojos, él negó.

—Perdóname por haberte lastimado. Fui un estúpido. Pero real, realmente te estoy pidiendo que te cases conmigo, Isabella. No quiero estar otro día sin ti.

Ella expulsó un suspiro indignado.

—Te odio.

—Lo sé.

—Eres un idiota.

—También lo sé.

—¡Te odio, Mitsue, en serio! Eres tan... tan... —Hundió la cara en su pecho—. Sí.

Confundido, él la alejó.

—Sí, ¿qué? ¿Me odias, soy idiota...?

Ella le dio un beso y luego retrocedió, a la vez que le extendía la mano izquierda con el dedo anular levantado.

—Sí quiero, ¡pónmelo, pónmelo!

Con una sonrisa sincera, Mitsue le asió la mano y deslizó el anillo suave y lentamente. Isabella se quedó mirando la esmeralda con los ojos muy abiertos y brillantes. Él no tenía idea de cuál sería su próximo paso, pero ya no le importaba. Estaba comprometido, con su mujer. ¿Qué tan extraño podía sonar eso? «Supongo que mucho». Y con todo, era la única verdad que conocía: Isabella Jones era mucho más que su novia. En todos los sentidos, era su dueña.

Y se había entregado a él, sin considerarlo otra cosa que un hombre.

Aplaudiendo como una niña emocionada porque ha recibido su deseo de Navidad, ella dio brincos. Mitsue se dedicó a verla, en silencio. «Esto fue fácil». Pero sabía que la parte difícil vendría después, cuando estuvieran en la misma casa y cama. En su interior supo que lo superarían, juntos, porque se amaban. E Isabella había elegido estar con él, a pesar de sus limitaciones.

«No voy a defraudarte de nuevo. Lo juro».

—¡Oh-por-Dios! —Isabella se detuvo de repente—. Tenemos que decirle a mamá y a papá, a mi suegro y a Shizuka, Atsuko y Taiki... ¡Dios, Dios!

—¿Quieres hacerlo ahora, debo hacer una videoconferencia o algo así?

Negando, Isabella extendió la mano.

—Tu teléfono.

Sin entender qué pasaba por su cabeza, Mitsue se lo entregó. Isabella comenzó a revisarlo.

—¿Siempre cierras tu sesión de *Facebook*?

—Sí, ya sabes: por si lo pierdo.

—Ah... —Levantó una ceja—. Contraseña.

Desvió la mirada, con el rostro moteado de un intenso color rosa.

—Tu cumpleaños y... nuestro aniversario.

Asombrada, ella parpadeó.

—¿De verdad?

En lugar de responderle, Mitsue asintió con la cabeza. Lo siguiente que ella hizo fue activar la cámara y colocarse junto a él.

—Inclínate un poco, ¿bueno? —Bufó—. Odio haberme estancado en el

proceso de crecimiento.

Obedeció sin protestar. Isabella unió sus mejillas y colocó la mano donde tenía el anillo sobre sus propios labios, luego tomó un par de fotografías.

—Y ahora... —Arrugó las cejas, de un modo adorable—... ¡Listo!

Con una amplia sonrisa, le mostró la pantalla. En este momento, ellos tenían una relación de compromiso en *Facebook*, después de haber terminado. Mitsue se esforzó para no reírse de lo que había escrito: «¡Sí, perras!, es una esmeralda re-al. Mueran de envidia. P.D: No, no soy Mitsue, sino Isy. ¡Nos casaremos! XOXO».

Las reacciones no tardaron en aparecer.

Itō Atsuko:

«Qué, en serio? Oh, por Dios! Felicidades!! (* ^ ◇ ^)° · :*».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 5 minutos.

Aoyama Shizuka:

«¿Se van a casar? ¡Cielos, cielos, cielos! Felicidades, Isy-chan y Mitsue-nīchan. ¡Les deseo lo mejor!».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 8 minutos.

Aoyama Ryūji:

«Ya era hora que dejaras de ser estúpido, Shiroyama, y fueras por ella. ¡Larga vida y paz!».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 12 minutos.

Watanabe Taiki:

«Σ(O_O;) Qué, también ustedes? Qué mierda pasa en el mundo!? Bueno, felicidades!».

Me gusta. Responder. Eliminar. Reportar. Hace 15 minutos.

Ignorando la euforia colectiva, Mitsue tomó la mano de Isabella y la llevó consigo hacia la floristería. Aún le costaba creerlo. ¿Cómo fue que terminó perdonándolo tan pronto? Ella se apretó contra su cuerpo mientras caminaban, y supo la respuesta: amor, puro y verdadero. El más grande que alguien pudiera sentir. «Soy afortunado». Si alguna vez lo dudó, ahora estaba confirmándolo.

Cuando entraron a la tienda, Sumire corrió hacia ellos. Jalando a Isabella, la sostuvo en un férreo abrazo, a la vez que saltaba junto a su hija.

—¡Vamos a casarnos, vamos a casarnos! —chilló su madrastra.

Con un bufido, Nathaniel se paró a la derecha de Mitsue y lo codeó.

—No podrían ser más parecidas ni aunque tuvieran la misma sangre — dijo—. ¿Estás seguro de esto?

Completamente. Mitsue se cruzó de brazos y confirmó con la cabeza. No la dejaría ir de nuevo, a menos que Isabella lo deseara de ese modo.

—Sí.

Nathaniel le ofreció una sonrisa comprensiva.

—Bienvenido a la familia, chico, de nuevo...

CAPÍTULO 28

Isabella exhaló dejando la caja de cartón sobre la enorme pila en la sala. Arqueándose hacia atrás, se masajeó la parte baja de la columna, para aliviar el dolor. Vaya, ¿Quién hubiera dicho que las mudanzas podían ser tan agotadoras? Y aun así, no cambiaría la maravillosa experiencia. A su lado, Mitsue se retiró el gorro negro de lana, que estaba cubierto de nieve, al igual que los guantes. Él se quitó la liga que le sostenía el cabello, que cayó sobre sus hombros, extendiéndose a lo largo de su espalda, y le ofreció una sonrisa cansada.

—Tenemos mucho trabajo —dijo—. ¿Quieres comer primero?

—Cielos, ¡sí! Algo frito y cubierto con chocolate.

—¿Qué pasó con tu dieta?

Ella se encogió de hombros.

—Adelgacé veinte kilos con esas cajas, necesito reponer.

—Yo moví todo. Es más, esa fue la única que cargaste.

—¿Y qué? Pesa como ochocientas toneladas. ¡Estoy muerta!

Riendo por lo bajo, él negó.

—Exagerada. Bueno, entonces quieres *donuts*, lo tengo. ¿Algo más?

Palmeándole la mejilla con suavidad, Isabella asintió complacida.

—Buen chico. —Frunció ligeramente los labios—. Quiero pasta con camarones. ¡Oh! Y rollos de huevo y... costillas BBQ.

—Bien, ya vuelvo —dijo, la besó en la frente y regresó hacia la puerta.

Con una sonrisa boba, Isabella lo miró irse.

Las cosas habían cambiado mucho durante los últimos meses, para los dos, de un modo en que ninguno creyó posible. Sin embargo, ahí estaba: la absoluta felicidad envolviéndolos como un cálido manto que se llevó la amargura. Por supuesto que, en ocasiones, ambos se encontraban con la barrera invisible de los temores de Mitsue, pero habían aprendido que lo más apropiado no era tratar de rodearla o pasar sobre ella, sino empujarla despacio. Agotador, por supuesto, pero la recompensa siempre resultaba gloriosa. Sobre todo cuando cada milímetro recorrido significaba un estrecho espacio más cerca del final.

Asimismo, Isabella había decidido que quería dedicarse por completo a la floristería, mientras que Mitsue cambió de carrera: Diseño Gráfico, su

verdadera pasión. Y era condenadamente bueno. No dudaba ni un poco que tuviera éxito cuando se graduase. Además de que se dedicaba a enseñarles Artes Marciales a niños, hombres y mujeres que sobrevivieron a secuestros y ataques sexuales. Increíble, ¿verdad? Cómo la vida los había empujado al precipicio, para forzarlos a tomar las decisiones correctas. Ella descubrió que no tenía que probarle a nadie que no era el cliché de la rubia tonta; y Mitsue pudo comprender que se había sacrificado demasiado, que era su turno de desplegar las alas y volar.

Surcar el cálido cielo azul junto a ella, sosteniéndola de la mano; dejándose guiar y proteger cuando estuviera perdido o sintiera miedo.

Así que ahí encontraban ahora: instalándose en su nuevo hogar. Oh, bueno, aún no se casaban y Nathaniel casi desarrolló un tumor cerebral cuando se lo hizo saber; pero era lo que ambos querían. Ya estaban comprometidos e iban a legalizarlo a mediados del próximo año.

Con una amplia sonrisa, producto de la más intensa felicidad, Isabella recorrió la sala con los ojos. El lugar se encontraba vacío y pintado de un deprimente blanco de hospital; pero ella se encargaría de darle vida. Ya podía verlo: paredes de un suave tono cereza, mezclado con celeste. Diseños florales. Pondría una mesa de cristal en el centro, delante de los muebles borgoña que la compañía de mudanza les traería; además del televisor y el estéreo. También colgaría algunas pinturas y fotografías que se habían tomado juntos durante este tiempo... Oh, cielos, sí. Sería maravilloso y acogedor.

Le alegraba haberse decidido por una casa y no un apartamento. Era espaciosa y tenía más baños y habitaciones. Fue el obsequio de bodas adelantado de Satoshi y Nathaniel.

Mientras la decoraba mentalmente, Isabella casi pudo ver a un par de pequeños corriendo por ahí. Los oyó. «Pronto, Isy, pronto», se animó a sí misma, esperanzada. Quizá no habían avanzado tanto como querían, aunque en la actualidad Mitsue le permitía tocarlo, lento y suave. Claro que en oportunidades el miedo en su cara la inmovilizaba, pero entonces él la miraba con esa intensidad que la derretía. «Me gusta cuando me tocas, Isabella, me siento completo», murmuraba, y ella creía morir de absoluta dicha. También había descubierto que cuando él estaba excitado, pronunciaba su nombre y no el apodo de la niñez.

Transcurrida media hora, Mitsue abrió la puerta, Isabella se giró y él levantó las bolsas blancas.

—Te traje de tu horrible queso apestoso —le dijo—. ¿Cómo lo soportas? Ella movió la mano, diciéndole que se callara.

—Es delicioso.

Mitsue vio hacia arriba, fastidiado. ¿Estaba loca? Olía a estiércol y sabía incluso peor. No tenía sentido molestarse, Isabella continuaría siendo como era y él no quería cambiarla ni un poquito. Imperfectamente perfecta, con sus contradicciones y rarezas. Incluso cuando discutía con él, sin tener un solo motivo.

—Sabe a mierda.

Ella alzó ambas cejas. Una clara señal de peligro. De ser inteligente, Mitsue había dejado el tema.

—Es asqueroso, Isy , acéptalo.

—Oh —le respondió—. Está bien... Está bien...

Eso no era bueno.

—¿Estoy en problemas?

—¿Tú-qué-crees?

Emitiendo una exhalación, fue hacia ella, dejó la comida en el suelo y trató de abrazarla. Isabella lo rechazó. Joder, perfecto: lo había arruinado. Recién se estaban mudando y conociéndola como lo hacía, lo pondría dormir en la casa del perro que todavía no adoptaban del albergue para animales desamparados.

—¿Debo llenar la casa de flores y darte otra esmeralda?

Sus gestos se suavizaron al instante.

—¿Lo harías, en serio?

—Supongo que tendré que vender uno de mis riñones en el mercado negro, porque estoy en saldos rojos, pero sí.

Riendo, fue Isabella quien lo abrazó. «¿Por qué me asusta?». Diablos, había ganado una discusión, él, ¿en serio? El Apocalipsis debía de estar a la vuelta de la esquina. Isabella preferiría perder una pierna antes que ceder en algo.

—¿Eso significa que quieres que lo haga o que me perdonas? —preguntó.

—Significa que te amo.

—Me hace feliz. —Le acarició el labio inferior—. También compré de esos pastelillos con crema inglesa.

—Y por eso te amo más.

Isabella le quitó el cabello que le cubría la frente. Despacio, movió la

mano hacia el lado derecho de su cuello, donde estaba su nuevo tatuaje: un *Vegvisir* ^[35], símbolo de que nunca volvería a perderse en el camino. Aunque si le preguntaban, al fin lo había hallado. Isabella, que decidió ir con él solo para acompañarlo, terminó con un hermoso nudo celta sobre su seno izquierdo. «Ya sabes: sin principio ni final, como mi amor por ti», le había dicho cuando le preguntó.

Mitsue titubeó. ¿Por qué no la besaba? Aunque no existiera un motivo, prefirió desviar su atención.

—Tenemos un montón de trabajo. Vamos a comer.

Mordiéndose la comisura del labio, ella accedió sentándose en el suelo. Mitsue la imitó. El silencio era agradable, lo calmaba. El día de hoy iniciaba una nueva etapa de su vida junto a Isabella, y aunque fuera un poco ridículo o cobarde, sentía miedo. ¿Cómo sería? Estaba habituado a su antiguo hogar, a su familia. «Pero ella también lo es». Y a pesar de que nada hubiera podido hacerlo más feliz, el temor a ser un completo idiota seguía golpeteando desde adentro. ¿Qué tal si lo arruinaba otra vez? No podría continuar viviendo con la idea de perderla.

Isabella se inclinó para tomar el frasco de salsa de soja que estaba al costado de Mitsue. Sin poder evitarlo, sus ojos se dirigieron hacia el escote de su blusa. El nudo celta lo saludó mientras ella lo rozaba inocentemente. Tomando aire con brusquedad, se llenó con el dulce perfume de su cabello. Ella había usado ese champú que olía a cerezos maduros. Vaciló unos segundos antes de atreverse a tomar un mechón de aquella suave y dorada cabellera, se la llevó a la nariz y aspiró.

Aún sobre él, con su respiración pesada, Isabella no hizo ningún movimiento, al igual que Mitsue. Como si el tiempo comenzara a detenerse, él vio todo en cámara lenta, pero no fue capaz de reaccionar hasta que la tuvo al frente y sus narices se rozaron. Tragando en seco, ella lo miró con los ojos vidriosos.

—Yo solo... —Estaba sintiéndose estúpida. De todos modos, ¿por qué trataba de excusarse por algo tan normal?—... quería salsa pa...

Mitsue movió la mano hacia la nuca de Isabella y la atrajo hacia sí mismo, en un beso necesitado. Ah, maldita mierda, ¿por qué buscaba cualquier excusa para hacerlo? En este instante, no importaba. Apretándola contra sí mismo, Mitsue aprovechó el asombro de Isabella para rodar la lengua dentro de su boca. Con un suspiro, ella se relajó entre sus brazos

mientras enredaba los dedos en su cabellera, sabiendo que era su debilidad. Cada vez que Isabella lo tocaba de ese modo, él podía ver las puertas del cielo abrirse para recibirlo.

Con su mano libre, retiró lo que estorbaba y la recostó sobre la madera del suelo. Ella separó las piernas, para que Mitsue pudiera descansar en medio de ellas. Abandonando sus labios, él trazó un pequeño camino de besos desde su mandíbula hasta el escote, donde la mordió ligeramente, y regresó. Mirándola, dejó salir un suave suspiro. Ella arrugó la frente en un adorable gesto de confusión y molestia.

—¡Hey! —La voz apenas le salía—. Estaba comiendo, ¿sabes?

La mirada hambrienta de Mitsue la derritió. ¿En realidad se encontraban a mitad de diciembre? Bueno, ella tenía calor. Demasiado calor. Con su habitual sonrisa medio burlona, él se echó hacia atrás, tan solo un poco; no lo suficiente como para que Isabella pudiera levantarse.

—¿Quieres que me disculpe?

El tono con el cual se lo preguntó, envió una corriente a lo largo de su espina. La sangre le empezó a correr a toda velocidad por las venas, palpitando por todo su cuerpo. Isabella negó, con la garganta extrañamente seca. «¿Chico, qué me haces?». Mitsue la llevaba de la felicidad al enojo con la misma facilidad con la que terminaba hundiéndola en un abismo de pasión sexual que la consumía como el fuego.

—No —dijo en un murmullo.

Colocó la mano entre ambos y lo empujó hacia atrás. La triste confusión en la cara de Mitsue le hizo sonreír. Volvió a hacerlo, él no puso ninguna clase de resistencia. Cuando estuvieron sentados otra vez, fue ella quien lo acorraló contra el piso. Los ojos titubeantes de Mitsue hicieron una pregunta silenciosa: «¿Qué haces?». No tenía la respuesta; solo emociones encontradas y un hormigueo en el vientre que se extendía a lo largo de su cuerpo.

Quería tocarlo de mil maneras, todas desconocidas para los dos. Hacerle olvidar sus temores, que cuando cerrara los ojos, ya no viera al fantasma de su pasado; sino ella.

—¿Confías en mí?

Mitsue confirmó con la cabeza, muy lento, aunque no dijo una palabra.

—¿Real, realmente confías en mí?

—Más que en nadie.

—¿Tanto como para cerrar los ojos?

Él se debatió dos interminables minutos. Isabella aguardó paciente.

Sabía que lo que estaba a punto de hacer podría mandar todo al infierno o solucionar parte del problema; sin embargo, era Mitsue quien tenía que dar el primer paso al confiar como el niño que un día fue. Ese al que le robaron toda su inocencia y que recién volvía de la muerte.

—¿Vas a hacer algo doloroso, como... mutilar una parte *importante* de mí?

Riendo por lo bajo, ella negó. ¿Con un tenedor de plástico? ¿Qué clase de pregunta era esa? Aunque tenía que entenderlo. Él conocía la peor cara del dolor, lo más horrible de la miseria. El absoluto sufrimiento.

—Cierra los ojos, bebé. *Confía* en mí.

Él respiró de forma brusca antes de apretar los párpados.

—Algo me dice que no debí interrumpir tu comida —se quejó.

Quizá no, pero esto iba a gustarle. O eso esperaba.

—Pase lo que pase, no los abras hasta que yo te diga, ¿bueno?

—Bueno...

La duda y el temor en su voz la conmovieron. Con las manos temblándole, Isabella le sacó la bufanda gris y la colocó un lado. Él hizo el intento de abrir los ojos, se contuvo.

—*Confía*.

Mitsue dejó de respirar cuando las manos de Isabella se metieron dentro de su suéter, tocándolo despacio mientras se lo retiraba. Sin entender del todo, alzó los brazos para que pudiera sacárselo. Ella dejó salir una risita suave antes de tantear su tatuaje de pez *koi*, con una calma casi mortal. ¿A qué diablos jugaba? La sintió sentarse sobre sus caderas e inclinarse hacia el frente. Mientras lo hacía su suave y largo cabello le acarició el pecho. Como un reflejo involuntario, se movió dispuesto a liberarse. Odiaba con cada latido de su corazón sentir el peso de alguien más sobre sí mismo, le traía recuerdos amargos y demasiado dolorosos como para poder descartarlos con facilidad.

—*Shh*, tranquilo —susurró—. Yo nunca, nunca, *nunca* haría nada para lastimarte.

Evidentemente. Él lo sabía, pero ¿cómo explicárselo a su cerebro, que se empeñaba en hacerle recordar el pasado? Asintiendo, no muy seguro, se relajó.

Despacio, ella lo besó desde la curvatura del hombro hacia la oreja, que lamió y sopló hasta que estuvo satisfecha. Mitsue se entregó al toque cálido que lo calmaba en lo más profundo y enmudecía a todos sus demonios.

Esto le aterraba del mismo modo que comenzaba a gustarle.

—Me gusta este —susurró contra la piel de su cuello, sobre el *Vegvisir*—. Y este... Deberías hacerte más.

Aún con la misma lentitud, se movió de regreso al hombro y con la lengua trazó un rastro húmedo hacia el *Koi*. Mordisqueándolo, ella lo llevó hasta el borde del precipicio.

Oh, bueno, eso estaba malditamente bien.

Y mejoró cuando Isabella le soltó el broche del pantalón y se lo retiró hasta las rodillas, antes de colar la mano dentro de su bóxer para palparlo. Ya lo había hecho antes, al menos cuatro veces, desde su compromiso. Si bien, le costó adaptarse, ahora lo disfrutaba. El tacto de los dedos de Isabella era reconfortante, y más allá del placer, enterraba sus miedos en un lugar profundo.

Separó los labios, para hablarle. Se detuvo al sentir su cálido aliento contra la piel y se tensó de forma involuntaria. Abrió los ojos de súbito, sosteniéndose sobre los codos. Isabella se hallaba a centímetros de él, mirando su cicatriz con enfado. Aquello le dolió en el alma. Por ese motivo no quiso mostrársela antes, incluso cuando se lo pidió. El amargo recuerdo se agitó en su mente. Por un segundo, se vio a sí mismo a los trece años, con el cuchillo de cocina, tratando de mutilarse. Por fortuna terminó solo con una horrible marca.

Antes de que su mente formulase una excusa para terminar lo que fuera que ocurriese, ella acarició la ancha cicatriz con la lengua, poco a poco, antes de moverse hacia las de su muslo. Estaba empujándolo al despeñadero. De ser inteligente, se habría subido los pantalones y abandonado la casa; pero no podía. No le quedaban fuerzas.

—¿Por qué? —La pregunta le abandonó labios sin que pudiera detenerse.

Su mirada amorosa lo llenó de ternura.

—Quiero que cuando las mires, solo puedas pensar en mí.

Mitsue dudó de su cordura cuando Isabella se desvió hacia su pene húmedo, que comenzaba a dolerle. Necesitaba ser tocado ahí, que lo hiciera sentir mejor. Pero no fue hasta que ella se atrevió a lamerlo, que entendió el rumbo que tomarían las cosas.

—¿Y ahora qué... —Se ahogó con un suspiro—... qué haces?

Isabella encogió un hombro.

—No sé. Es decir..., sí sé; pero no cómo se hace. —Rio nerviosa, llevándose el cabello detrás de la oreja—. Tendré que improvisar, ¿uh?

Ah, bien. No tenía idea de si debía sentirse asustado o emocionarse.

—Pero no tie... —Isabella sopló sobre él—... ¡Ay, mierda!

Con ese adorable ceño fruncido, ella presionó el dedo sobre la punta de su erección, con genuina curiosidad. Sin quererlo, él dejó salir un ronco gemido. Entonces una sonrisa traviesa se asomó en los labios de Isabella, a la vez que volvía a intentarlo.

—Deja de hacer trampa y cierra los ojos.

Sin protestar, obedeció. Complacida, Isabella frotó hasta conseguir un nuevo suspiro por parte de él. Jamás había visto o hecho nada igual. No al menos de cerca. La Educación Sexual y la pornografía que alguna vez Nikita le mostró con la intención de acostarse, no se le comparaban. Insegura de cómo continuar, lo tomó en su mano y lo acarició lenta y suavemente, como debía ser. Arqueando la espalda y apretando los párpados, Mitsue gimió. ¿Eso lo estaba causando ella? Oh, cielos, sí. Ya sabía de lo que era capaz, pero ahora... lo quería todo de él.

Entrecerrando los ojos, estudió su pene. «Solo hazlo». Separó los labios y tomó la punta en la boca; al no saber cómo continuar, retrocedió. El gruñido producto del más terrible descontento, por parte de Mitsue, no pasó desapercibido. «Quizá sí...». Más insegura que antes, deslizó la lengua a lo largo, descendiendo y ascendiendo, tratando de mantener el ritmo.

No, tampoco funcionaba.

—Isy...

Abochornada, levantó la cabeza para encontrarse con la mirada más dulce y comprensiva que alguien le hubiera dado.

—Lo lamento... —Se mordió el labio—. Es un poco *más* difícil de lo que pensé.

Su sonrisa cálida le devolvió la seguridad. Mitsue confiaba en ella y no estaba pidiéndole que parara, pese a lo incómodo que era. «O doloroso», se recordó.

Tenía que ser una buena señal.

—Está bien, no tienes...

Mitsue ya no pudo formular una frase coherente cuando Isabella volvió a inclinarse sobre él y lo besó en ese lugar que ardía por su contacto. Sopló mientras lo acariciaba con su dedo pulgar y antes de que él consiguiera ordenar sus pensamientos, lo tomó con su boca y lengua mientras lo miraba a los ojos con esa abrasante intensidad que lo enloquecía.

Nadie lo había tocado de esa manera, jamás. Tierno, dulce, calmado.

Como si él pudiera romperse. Y mientras Isabella lo torturaba con placer, dejando salir pequeños murmullos, él aceptó la realidad: no tenía motivos para seguir demorándolo. Quería estar con ella. Le amaba y deseaba. Más que eso, él la necesitaba.

—Isabella, para... ¡Joder!

Mitsue gimió cuando ella lo apretó entre sus dedos. Antes de que pudiera detenerse, su cuerpo se liberó. «¡Mierda!». Temblando por el absoluto placer que lo llenaba, él trató de respirar. «¿Qué pasa conmigo?». Esto no podía ser bueno. Había tenido un maldito orgasmo. Ella lo odiaría.

—Lo lamento —murmuró echándose hacia atrás, con la indiscutible y cruel vergüenza en su rostro.

Isabella le frunció el ceño, limpiándose los labios, unos momentos antes de sonreírle.

—¿Por qué?

Incapaz de verla, él respondió:

—*Esto*.

Gateando, ella se acomodó sobre sus piernas. Tomándole la cara entre las manos, lo forzó a mirarla.

—«Esto», ¿qué?

Exasperado, él bufó.

—¿En serio, me harás decirlo? Ya estoy bastante humillado.

Isabella negó.

—Pero fue *increíble*.

Sí, claro. Su prometida se había vuelto loca.

—¿No te molesta? Es decir, yo... y tu boca...

—*Nada* de ti lo hace. Fue un poquito raro y yo no sabía que tenía que parar, pero definitivamente *no* me molesta. —Depositó un tierno beso en sus labios—. Deja de disculparte y vamos a comer. Todavía tenemos un montóón de trabajo.

Sujetándole la mano, Mitsue besó cada uno de sus dedos.

—¿Cómo lo haces? Para ti, todo es tan simple. Incluso yo.

—Soy genial, ¿cierto? Pero sigue diciendo que el queso azul apesta y lo lamentarás.

Mitsue hizo rodar los ojos, fingiendo molestia. Isabella se puso de pie, para que Mitsue pudiera vestirse de nuevo. Le tendió la mano, él la tomó. En realidad, no regresaron a la comida ni a tocar el tema de lo sucedido; pero ninguno dejó de mirarse de forma disimulada mientras colocaban cada objeto

en su lugar.

La casa se convirtió en un hogar agradable con el transcurso de las horas. En realidad no tenían demasiado, aunque era lo menos importante. Ambos estaban felices por tener un lugar propio, en donde empezar de nuevo. Una pareja, ¿quién lo diría? Después de todo lo que se vieron forzados a atravesar, Isabella no. Y con todo, ahí estaban: al inicio del nuevo excitante camino que prometía mucho.

«Soy feliz». No iba negarlo, ahora más que dos días antes. De forma inconsciente, se llevó los dedos a los labios y los recorrió. Aún lo sentía: la dureza y la calidez. Había sido la experiencia más satisfactoria de su vida. Y saber que fue la causa de la absoluta pérdida de control de Mitsue solo incrementaba la maravillosa sensación.

Él colocó un grupo de fotografías enmarcadas sobre una repisa. Isabella se detuvo al instante, solo para verlo bufar repetidamente mientras las ordenaba. Después de cinco intentos fallidos, se decidió por dejar la de ambos en el centro y las demás de acuerdo al orden jerárquico en sus familias: Nathaniel y Sumire a la derecha, con el bebé Daiki; a la izquierda estaban Umeko y Satoshi, junto a la de Shizuka y Ryūji. Riendo, Isabella siguió recogiendo los desperdicios y lanzándolos a la enorme bolsa de basura que se encontraba casi llena. Él era ordenado, en exceso.

«Morirá de un aneurisma cuando vea lo que haremos Isy». Sí, bien, quizá tenía que irse un poco más lento con la remodelación. Mitsue era de colores fríos y tristes; ella de suaves, alegres y cálidos. Como en todo, hallarían el equilibrio. «O enviudaremos en el intento». Mordisqueándose la uña del pulgar, ella se echó a reír.

Con el ceño fruncido, Mitsue se volvió para verla.

—¿Qué? —le preguntó.

—Nada.

—Isy...

Ella encogió un pálido y delicado hombro, fingiendo inocencia.

—Nada. Tenemos que apurarnos.

Asintiendo no muy convencido, Mitsue regresó a su trabajo.

Mitsue se encontraba real y absolutamente exhausto, tanto que no entendía cómo continuaba de pie. Sin embargo, era capaz de asegurar al

menos una cosa: había valido la pena. No podía arrepentirse de ninguna de sus recientes decisiones. Recorrió el casi vacío dormitorio, con la vista, un momento antes de ir hacia la cama y sentarse en ella. Tomó la toalla sobre sus hombros desnudos y se dedicó a secarse el cabello. «Tal vez debería cortarlo», pensó. Honestamente, ¿qué sentido tenía? En el pasado, fue un recordatorio de todo lo que vivió, del sufrimiento y sus confusiones; pero ahora él no dudaba de quién y lo que era: un hombre, en todo el sentido de la palabra. Completo y amado. ¿Qué cambiaría, además del hecho de que era feliz? «Nadie te juzgará». Cualquiera que fuese su decisión, su familia y amigos la respetarían.

De todos modos, le gustaba cuando Isabella enredaba los dedos en su cabellera para jugar mientras él palpaba zonas de su cuerpo que aún no había visto.

«¿Cómo haces? A mí me tomó toda una vida, para que me llegase hasta las caderas y tú en un par de meses, ¡*puff!*, estás como Sansón». Una sonrisa se le formó en los labios al recordar el modo en el que le echaba en cara ese pequeño detalle. «No-es-justo. Te lo digo, Mitsue, no lo es». Él le había preguntado si quería que se lo cortase, para hacerla feliz. El grito, producto del más terrible espanto, lo sobresaltó. Pero lo que conmovió su alma hasta los cimientos, fue la respuesta: «A mí me encanta, bebé. Pero si quieres hacer feliz a alguien, que ese seas tú».

Mitsue levantó la mirada al mismo tiempo que la puerta se abría. Cuando vio a Isabella, todo su mundo se estremeció. Con el cabello trenzado sobre el hombro y un pijama de conejitos, ella le pareció la criatura más hermosa y adorable que había conocido. Con pasos largos y nerviosos, ella llegó hasta la cama y permaneció en silencio frente a él, mirándolo como si fuera un fantasma. De inmediato, él comprendió de qué se trataba.

—Puedo dormir en el suelo —ofreció—. O en la otra habitación.

Negando, Isabella tomó asiento a su lado.

—Será como una de nuestras siestas, pero mucho más larga, *¿uh?* — Soltó una risita nerviosa—. Y bueno, ¿cómo se hace? ¿Cada quien elige su lado y ya?

Meneó la cabeza. ¿Cómo podía mostrar semejante timidez luego de lo que le hizo durante la comida? Él todavía no lo olvidaba. Aún podía sentir la ahí: húmeda y cálida, acariciándolo como nunca imaginó. Había sido lo más jodidamente satisfactorio. Y se puso mejor cuando no sintió asco de él, por no contenerse.

—¿Eso hacen tus padres?

—No. Mamá aplasta a papá toda la noche y lo deja dolorido.

Él apretó los labios, un segundo.

—Tú solo roncas, eso debe de ser bueno.

Isabella entrecerró los ojos.

—Yo-no-ronco.

—Está bien, no lo haces. Yo imagino cosas.

Ella le sonrió, mostrándole todos los dientes. Lo besó en la mejilla y se metió debajo de las sábanas, con tanta rapidez que Mitsue no logró procesarlo. ¿Qué diablos era esa actitud? Pero tenía que entenderla, no era fácil para ninguno. Vivir en la misma casa, dormir en el mismo lugar... Suspirando derrotado, apagó las luces y se acostó del otro lado de la cama.

Incómodo, se colocó boca arriba. Esto no estaba funcionando. «Uno... dos... tres...», probó contando ovejas. No servía de nada. Giró de nuevo, dándole la espalda a Isabella y trató de dormir.

Después de treinta minutos, Mitsue descubrió que no podría hacerlo. Frustrado, pensó en levantarse; se detuvo al percibir el aliento de Isabella sobre su nuca. Rodeándolo con su brazo, ella se apretó contra él. Sentirla envió una corriente a lo largo de su cuerpo. Oh, bueno, al parecer lo aplastaría igual que lo hacía su madre con Nathaniel.

—¿Tampoco puedes dormir? —preguntó ella.

Su voz era clara, pero Mitsue casi no logró oírla. La sensación de sus pieles tocándose no lo permitió. Tragando con dificultad su propia saliva, se preparó para responder. Nada salió de su boca en un largo rato, en el cual Isabella esperó en silencio.

Esto era inusual.

—No...

Isabella ahogó un suspiro. Hundiendo la nariz en el cabello suelto de Mitsue, que continuaba húmedo, se llenó con la fragancia de su champú. Le gustaba ese que olía a cítricos. No recordaba el nombre, ¿y qué importaba? Ahora ella podría tener ese perfume para sí sola, todos los días, por el resto de su existencia.

Mordiéndose el labio inferior, se atrevió a colocar la pierna sobre la suya. Por varios segundos, él se tensó.

—¿Bebé?

Él no reaccionó. Genial, había asesinado de un ataque al corazón a su chico. «¡Bravo, Isy! La próxima lo lanzamos a las vías del tren». Nerviosa,

intentó moverla; con un férreo apretón, él se lo impidió.

—Mitsue, ¿todo bien?

—Sí.

El tono gélido de su voz la confundió todavía más. Bien, esto no sabía cómo tomarlo.

—¿Ese es un «sí» verdadero o uno falso?

Otra vez, no dijo una palabra. Comenzaba a asustarle. Insegura, Isabella buscó su mano debajo de las sábanas y se aferró a ella.

—¿Mitsue?

—¿Me dejarías hacerte el amor, Isabella?

Sin darle crédito a sus palabras, le frunció el ceño y lo hizo rodar sobre su espalda, quedando encima de su cuerpo. ¿Qué diablos hacía sin camisa en una noche helada como esa? En la oscuridad, los ojos de Mitsue la abrasaron. Conocía esa mirada tímida y contradictoriamente hambrienta, que la sofocaba siempre que estaban solos.

Igual que ahora.

Mitsue alzó la mano y le sostuvo la mejilla. Su contacto le erizó la piel.

—¿Harías el amor... *conmigo*?

La reformulación de su pregunta le trajo lágrimas a los ojos, al comprender el significado real. El gran paso, Mitsue quería darlo con ella, esa noche. Después de tanto tiempo, él se atrevería.

Lo que ella había deseado desde el inicio.

—Pensé que nunca ibas a pedirlo.

La confusión en su rostro, la pasmó.

—¿Eso es que sí?

«Ay, cariño...». ¿Y quién en su sano juicio iba a negarse ante alguien tan tierno y dulce como él? Aunque entendía: Mitsue no quería sentir que la violaba. «¿Ves, mente? Hice algo bien». Acosar al chico frío de la universidad no fue la peor de sus ideas después de todo.

—Sí. Eso es que *sí*.

Respirando aliviado, Mitsue se atrevió a sonreírle. Y, bueno, ¿ahora qué hacía? ¿Por dónde empezaba? Vacilante, se encorvó para besarla. La suavidad de los labios de Isabella era algo de lo que jamás se cansaría. Su forma y sabor... Eran siempre dulces, aun cuando no utilizara labial. Carnosos, apetecibles. Moviendo los propios, lentamente, disfrutó de la sensación mientras la calidez se extendía a lo largo de su cuerpo.

Isabella abrió la boca, invitándolo en silencio a probarla. Cerrando los

ojos, él rodó la lengua hacia adentro y la frotó con la de ella, haciéndola suspirar. Sabía como la gloria y se sentía mil veces mejor. Con el brazo libre estirado, Mitsue tanteó sobre la mesa de noche hasta hallar la lámpara. Rompió el beso al instante en que la luz la bañó. Incluso más nervioso, comenzó a destejerle la trenza. El cabello, como una cascada de oro puro le enmarcó la cara, haciéndola lucir como el ángel de una pintura renacentista.

Ella se irguió y con una sonrisa, se sacó la parte superior del pijama. Mitsue respiró hondo ante la visión de sus grandes y perfectamente formados pechos, sin el sujetador. Antes, los había tocado, pero no los vio hasta este momento. Después de varios segundos, levanto las manos para acariciarlos. Despacio, bordeó las aréolas un tono más oscuras y se detuvo sobre los pezones, que se endurecieron de inmediato. Por primera vez, la boca se le hizo agua.

Bajó la cabeza. Dudó antes de recorrer con la lengua el pezón erguido de su seno izquierdo y lo chupó, haciéndola suspirar de forma entrecortada. Esto era mejor de lo que alguna vez imaginó. Ahora entendía la fascinación de Taiki con el cuerpo de Atsuko. Era la gloria. Con Isabella sobre sus muslos, se giró hasta recostarla sobre el colchón, para evitar sentirse limitado, y se movió hacia el otro seno, que mordió suavemente. Inquieta, se frotó contra él, con esos ojos verdes oscurecidos por el deseo y los labios entreabiertos.

¿Cómo podría vivir sin ella alguna vez? Ahora que la tenía, luego de probarla, deseaba todo. Sin reservas. Más que antes.

Para siempre.

Isabella se estremeció por el modo en que Mitsue jugaba con sus senos: pasando de uno a otro, con extensas lamidas y pequeños mordiscos que la empujaban cada vez más cerca del borde. Era malditamente bueno en todo. Arqueando la espalda, gimió sintiéndolo desplazarse desde el centro de su pecho hacia abajo, depositando beso tras beso a lo largo de su piel sensible, que apretaba entre los dientes por momentos. Se detuvo al llegar a la liga de sus pantalones; con los ojos entornados, Isabella lo miró.

—¿Be... bebé? —Le costó más de lo esperado hablar—. ¿Está todo bien ahí?

Mitsue levantó la mirada y asintió muy lentamente.

—Todo bien —murmuró.

Isabella se sofocó por el tono de su voz: profundo, ronco, excitado. Tan increíblemente sensual... Regresando a su piel, ascendió a media que su mano grande y cálida se metía dentro del pantalón y le tanteaba por encima de las

bragas. Conteniendo la respiración, permitió que la explorase de nuevo con esa calma que la llevaba por un camino peligroso, a la vez que la lengua de Mitsue jugaba con la piel de su oreja y cuello.

Flexionó la pierna, para rozarlo. Mitsue la mordió en el hombro.

—Lo lamento —dijo, echando la cabeza hacia atrás—. ¿Te lastimé?

Negando, Isabella presionó la rodilla contra él. Le gustaba el modo en que perdía el control cuando lo tocaba. Cómo, más bien, se rompía la máscara de insensibilidad frente a sus ojos y se dejaba hundir junto a ella en el abismo.

—Tú *nunca* me lastimas.

Con un suspiro aliviado, Mitsue le sacó los pantalones junto con las bragas, dejándola desnuda por completo. Isabella sintió el fugaz deseo de cubrirse, aunque se contuvo al encontrarse con la sorpresa y el deseo en el rostro casi siempre tranquilo de Mitsue. Él se alejó lo suficiente como para tener una mejor vista y en ese instante Isabella hizo algo que jamás imaginó: separó las piernas para él. Sus pequeños ojos se abrieron desmesuradamente mientras tragaba con dificultad.

Mordisqueándose la comisura del labio, reprimió una sonrisa que pudiera malinterpretar. Él se debatió durante varios segundos, como si no supiera qué hacer con su cuerpo. Una serte que ella tuviera un montón de ideas ahora. Tomándole la mano que estuvo acariciándola, la dirigió hacia su entrepierna, Mitsue la soltó.

—¿Qué pasa, cariño?

Él no respondió. En lugar de hacerlo, se inclinó y trazó un camino de dulces mordiscos desde abdomen hasta esa parte de ella que urgía por su contacto. Sosteniéndose sobre sus codos, Isabella lo vio lamerse los labios y respirar hondo antes de atreverse a depositar un beso casto, que la estremeció.

Dejó salir un gemido producto del más profundo placer cuando Mitsue resbaló la lengua sobre su piel. Recostándose de nuevo, Isabella le acarició el cabello y le permitió explorarla. «Esto no es justo», pensó. Le había tomado un buen rato entender cómo complacerlo e incluso cuando lo hizo, estuvo segura de que no había sido el mejor modo; mientras que él lograba llevarla al delirio solo con un par de roces inseguros. Oh, bien, Mitsue se mostraba confundido al respecto y se detenía más de lo que le hubiera gustado; pero ya estaba descubriendo cómo hacerlo.

Apretó las sábanas debajo de ella mientras él removía la lengua en su interior. Isabella nunca imaginó que pudiera sentir algo igual y no quería que

se detuviera. Pero él lo hizo. Gruñendo insatisfecha, lo miró de mala gana levantarse. Todo su enojo se esfumó cuando él se retiró los pantalones negros, junto con el ajustado bóxer y los hizo a un lado.

Estaba completamente *despierto*.

Pasó saliva con dificultad a través de su propia garganta, al ser consciente de lo que sucedería.

Sosteniéndole la cara entre las manos, Mitsue la besó. Había una cosa distinta en este momento: él estaba siendo incluso más suave que de costumbre, como si se disculpase por algo que aún no hacía.

—¿Me dirás si te lastimo? —preguntó con esa mirada tierna e insegura, que le derritió el alma.

Confirmó con la cabeza. Este era el paso más importante para ambos, más que el matrimonio, y el que Mitsue se mostrase tan preocupado la llenaba de amor. Se suponía que la asustada tenía que ser ella, y en su lugar Mitsue parecía contenerse para no huir de la habitación.

—Lo haré.

—No, Isy. ¿Me dirás si te duele mucho o si estoy haciéndolo mal? Yo no quiero hacerte daño ni que llores por mi culpa.

Acariciándole la mejilla, volvió a sentir.

—Lo prometo.

Eso pareció calmarlo. Con una sonrisa realmente tímida, descansó sobre su cuerpo teniendo cuidado de no aplastarla. Isabella rozó sus narices dispuesta a besarlo, se detuvo al sentir los dedos bordeando sus pliegues. Movié una mano hasta sus caderas y la sostuvo firmemente mientras se frotaba contra la humedad entre sus piernas y poco a poco se hundió en su interior.

Ella se puso rígida cuando el dolor se mezcló con el placer, casi opacándolo. Sin quererlo, dejó salir un sollozo, que alertó a Mitsue.

Asustado, salió de ella.

—¿Te... te lastimé?

Isabella le ofreció una sonrisa comprensiva.

—No, bebé, solo fue un susto pequeñito, nada más.

—¿Segura?

—Sí, solo tácame y todo estará bien. Lo prometo.

Luego de asentir, Mitsue la besó en los labios y cuidadosamente se deslizó en su interior otra vez. Gimieron al unísono. Él jamás había sentido nada similar. Nunca. Ninguna experiencia cruel de su pasado se comparaba

con estar dentro de Isabella, la calidez que lo envolvía. Ni siquiera lo que ella había hecho horas atrás se le parecía.

Se mantuvo quieto unos segundos, luchando contra sí mismo y el deseo que lo consumía. Retirándole el cabello de la cara, se perdió en sus ojos claros, que sonreían extrañamente como si no sintiera ningún dolor.

Isabella no sabía lo mucho que significaba para él, en su totalidad. Y esto... era su propio paraíso, después de haber vivido en el infierno.

Despacio, comenzó a moverse contra sus caderas, estableciendo un ritmo lento y suave. Aunque su cuerpo rugía de necesidad, no quería herirla. Esto no debía ser doloroso, ni un poquito, incluso si sentía que iba a explotar. Isabella lo rodeó con un brazo y amas piernas. Inclínándose hacia el frente, se apoyó en él con la cara escondida en su cuello y gimió su nombre. Oírlo, por poco le hace perder el control. Ella, real y completamente, lo estaba disfrutando.

Sentirla restregarse contra su cuerpo mientras le enterraba las uñas en la espalda, poco a poco lo estaba llevando al borde.

Mitsue entrelazó los dedos de sus manos libres, las dirigió hacia en lugar en el que sus cuerpos se unían y le acarició el clítoris. En el preciso instante en el que la tocó, Isabella gimió de placer.

—No... —Se ahogó con su propia respiración—... te estoy lastimando, ¿verdad?

Con los ojos entrecerrados, ella negó.

—No, cariño, no lo haces.

¿Cómo iba a hacerlo? Era increíblemente delicado. Incluso podía jurar que estaba conteniéndose, para que no le doliera. Dejó de clavarle las uñas en la espalda y en lugar de eso lo acarició.

Él alzó la cara y buscó sus labios. Besándola, comenzó a moverse un poco más rápido, aunque teniendo el cuidado de no herirla. Eso trajo lágrimas a sus ojos. Apretó los párpados, para que no salieran y se entregó a la sensación de él llenándola por completo. Sus caderas volvieron a encontrarse. Arqueando la espalda, Isabella gritó mientras lo abrazaba, temblando debajo de su cuerpo cálido y sudoroso; con el placer extendiéndose por cada parte de sí misma, inundándola. Empujándola desde una cornisa, hacia el abismo interminable.

Cuando cayó, todo lo que pudo ver fue blanco durante un momento.

—¡Oh, Dios!

Mitsue la tomó por las caderas con ambas manos y se hundió más contra

ella, haciéndola gritar de nuevo. Antes se hubiera detenido; en este momento, sin embargo, él tenía la certeza de que no sentía dolor. En absoluto. Gruñendo, percibió cómo su propia liberación llegaba.

Dejó caer todo su peso sobre Isabella. Tratando de recuperar el aliento, hundió la nariz en su cuello, donde descansó. Todo su cuerpo temblaba sin que pudiera controlarlo, producto de la más profunda alegría. Lentamente, la sensación pasó hasta desvanecerse por completo. Y entonces, algo muy en el fondo se rompió en mil pequeñas piezas.

Las lágrimas fluyeron desde sus ojos. Quería permanecer dentro de ella, por siempre. Pero no sería posible.

En contra de su voluntad, salió.

—¿Mitsue? —La voz temblorosa de Isabella incrementó su llanto—. ¿Bebé, qué sucede?

Levantó la cabeza y la miró en silencio unos segundos. Había confusión en sus ojos. Uniendo sus frentes, él exhaló.

—Gracias...

—¿Qué? ¿Por qué?

—Todo —respondió—. Todo.

¿Cómo comenzar a explicarle? En el pasado, él solo era el distante chico solitario, que cuidaba de su hermana. Y ahora estaba comprometido, con una mujer hermosa en su interior y exterior, que lo amaba sin importar su horrible pasado ni sus cicatrices. Una que pudo ver a través de su máscara desde el inicio y calentaba cada parte de su cuerpo, con tan solo mirarlo.

Al final, solo encontró una forma de decírselo:

—Me *salvaste*, Isy.

En ese instante, Isabella también lloró, a pesar de que sonreía. Ella le peinó los cabellos, acomodándolos detrás de su oreja y lo besó en los labios.

—Te amo —murmuró, limpiándole las lágrimas.

Mitsue enjugó las suyas, con cuidado.

—*I love you too baby*.

—¿Me dijiste «bebé», en serio? —Una sonrisa maliciosa se formó en sus labios—. ¿Quién eres y qué hiciste con mi chico?

Mitsue vio hacia arriba, fingiendo molestia.

—No te soporto, ¿sabes?, eres imposible.

—*Nah*, tú me amas.

Echándose a su lado, Mitsue rio entre dientes.

—Sí, lo hago.

—¡Yay! —Girándose, Isabella se acomodó sobre su pecho, cubriéndolos con los edredones—. Creo que nos saltamos la luna de miel, ¿uh?

—Tú y yo nos hemos saltado todo desde el inicio.

Ella apretó los labios un segundo mientras pensaba. Le regaló una amplia sonrisa y lo besó en el cuello.

—Sí, tienes razón.

Acurrucada sobre su cuerpo, Isabella bostezó una vez y luego otra. Y otra... Lentamente, cerró los párpados. Mitsue la vio dormir, por el rabillo del ojo, durante treinta minutos. «Gracias». Ahora, más que nunca, estaba completo de nuevo.

Después de más de una década de intensa agonía, ya no se encontraba en pedazos.

CAPÍTULO 29

Isabella se miró al espejo con una sonrisa mientras terminaba de peinarse el cabello, que ahora le llegaba hasta las clavículas. Nunca antes se había cortado más allá de un centímetro o dos, pero la tarde en la que cogió a Mitsue en el baño con las tijeras, tomó la decisión de acompañarlo en su nuevo camino.

En ese momento, él le había mirado desde el espejo, con mortificación y vergüenza.

—¿Qué haces? —preguntó acercándose.

Cuando estuvo a su espalda, le apretó suavemente los hombros, que él encogió.

—Trato de cortarlo.

—Oh... —Ella había sonreído—. ¿Y por qué hacemos eso?

Él desvió la mirada de un modo tan adorable, que le derritió el corazón.

—Pensé que como vamos a casarnos la próxima semana, sería una buena idea.

—¿Por qué?

Él había soltado un bufido, aparentando molestia, cuando en realidad solo continuaba avergonzado porque lo descubrió mientras lo hacía.

—Antes lo dejé crecer porque no sabía quién ni lo que era. No me sentía como un hombre, pero tampoco era una mujer. Yo, no era *nada*. —Tomó aire, antes de continuar—. Y luego un día me dijiste que incluso así te parecía «brutalmente masculino» y que mi voz te excitaba.

—¡Hey!, yo no dije eso. Solo que era caliente.

Arqueando una ceja, Mitsue había negado.

—Es igual. —Calló unos instantes—. El punto es que... me gusta largo, pero al mismo tiempo es una parte de mi pasado. Y yo no quiero mirarme al espejo mientras estoy contigo y pensar en que soy Naori, la *puta*.

Rodeándolo con sus brazos, lo había besado en la cabeza.

—No eres nada de eso.

—*Ahora* lo sé. Y quiero dejarlo crecer de nuevo... —Vaciló un par de segundos... junto a ti. Me tomó más de diez años aceptarme, quiero hacer esto paso a paso, contigo, el resto de mi vida.

Le había costado contener las lágrimas. Entonces tomó las tijeras de sus

manos, con una sonrisa.

—Hagamos un trato: yo corto el tuyo y tú el mío, ¿te parece? Así, ambos podremos crecer juntos.

Él había asentido antes de abandonarse en sus manos, como cada vez.

Así que ahí estaban los dos, en este momento: luciendo cortes parecidos y a punto de casarse. La marcha nupcial dio inicio. «Al fin». Isabella respiró hondo, poniéndose de pie y abandonó la recámara en la que estaba, para ir al gran salón, siendo guiada por su padre.

Las piernas le flaquearon con cada paso. El lugar estaba atestado de personas, entre los que se encontraban sus mejores amigos y familiares en primera fila. Incluso, Odette, su madre, había tomado un vuelo desde Londres junto a Bryan, para verla casarse.

Tomó aire por la boca en el instante que vio a Mitsue en esmoquin. Tenía el cabello negro, recogido de forma intencionalmente desordenada, con algunos mechones rebeldes enmarcándole el rostro. No se había quitado los *piercings* y, de hecho, tenía uno nuevo en la ceja derecha. Le ofreció una sonrisa tímida a Nathaniel y continuó caminando.

Después de tanto...

Mitsue se quedó sin aliento ante la visión de Isabella, a través del largo pasillo. No de blanco, como dictaba la tradición; sino con un hermoso vestido de escote en forma de lágrima, ajustado y de falda ancha compuesta por cintas vaporosas, que tenía una mezcla de azul, rosa y magenta. Incluso llevaba un bouquet compuesto por dalias violetas: mi amor por ti es fuerte y crece cada día.

Fidelidad.

Ellos ya habían tenido una ceremonia tradicional japonesa, para complacer a Satoshi y Sumire. Pero este era su momento, el que eligieron desde que le propuso matrimonio.

Mitsue sacó el anillo de boda de su bolsillo y lo miró tan solo un instante. Jamás se lo dijo a Isabella, pero había mandado a hacerlo el mismo día que le compró el de compromiso. Este estaba compuesto por crisantemos que se enredaban entre sí, y en el centro había un diamante rodeado por pequeñísimas esmeraldas, que le recordaban a sus ojos.

El suyo era mucho más sencillo: una simple argolla de oro.

Su cuenta bancaria quedó vacía, pero había valido la pena.

Nathaniel le entregó a Isabella, con una sonrisa. De la mano, permanecieron de pie ante el sacerdote cristiano y pronunciaron sus votos en

inglés y japonés.

—Prometo amarte y protegerte, aún en medio de la idiotez mutua —dijo Mitsue.

Isabella tomó aire, antes de seguirlo:

—Caminaré contigo cada día y creceré a tu lado.

—Te sostendré cuando estés débil y esconderé en mi corazón, para que nadie te haga daño.

—Incluso si tienes cara-de-hielo y yo soy imposible... —Rio bajito.

—Nada podrá separarnos... —Sus voces salieron al unísono, a la vez que deslizaban los anillos uno en el dedo del otro—... ni siquiera la muerte.

Mitsue le ofreció media sonrisa mientras se inclinaba hacia Isabella, que estaba increíblemente roja. Y más bella que nunca, con su corta cabellera cubierta de Campanillas de Invierno artificiales y adornada con una tiara de princesa. Rozando sus narices, hundió los dedos en aquella cascada de oro y la atrajo hacia sí mismo.

Pensaba cumplir su juramento, aun cuando sus viejos temores pudieran regresar. Porque estaba seguro de una cosa: no le apetecía una vida sin Isabella. Su trozo de cielo. Su única luz.

Uniéndolo sus labios, él la besó.

EPÍLOGO

Mitsue se dejó caer sobre el sofá, con una expresión cansada. A su izquierda, Ryūji contuvo la respiración al ver cómo Sayumi, su pequeña princesa, tropezaba al querer ir detrás de su hermano mayor. Afortunadamente, Ryūnosuke pudo sostenerla antes de que tocara el suelo. La tomó en sus brazos y continuó hacia la cocina para seguir robándose los dulces.

Eran niños hermosos e inquietos. Sobre todo la niña, quien tenía la misma mirada altanera de Ryūji, lo cual le parecía increíble. A veces se le hacía imposible preguntarse con qué la había alimentado Shizuka, ¿maldad concentrada? Amaba a su sobrina, pero era un dolor en el culo, igual que su padre. Ryūnosuke, por otro lado, era más calmado, suave. Cariñoso.

—Entonces, ¿piensas formar tu propio equipo de fútbol? —le preguntó, viendo cómo Shizuka se acariciaba el abultado vientre.

Otro bebé. Si se lo preguntaban, estaban exagerando con eso de la paternidad.

Ryūji se encogió de hombros.

—¿Qué te puedo decir? Me gustan las familias grandes.

Sí, no lo negaba.

—¿Tres? Bueno, supongo que el que seas malditamente rico ayuda un poco.

La media sonrisa altanera de Ryūji, casi lo hace reír. Casi.

—No soy malditamente rico, Shiroyama; solo me ahogo en dinero. —Rio por lo bajo—. De todos modos, ¿quién mierda quiere una familia pequeña? Shizuka y yo deseamos tener otros dos. Pero a todas estas, ¿predicas la moral en calzoncillos? —Mirando hacia Isabella, alzó una ceja con su habitual arrogancia—. ¿Cuánto meses tiene, cuatro?

—Seis. Pero a diferencia de ti, es mi segundo bebé.

—¿Y qué? Está embarazada, es incluso más ruidosa y molesta. —Bufó cruzándose de brazos—. ¿Por qué coño te tuve que dar ese consejo? Ella se habría ido a Londres, tú continuarías solo y amargado, yo sería feliz con tu hermana y podría burlarme de tu miseria.

Esas palabras lo pusieron a pensar. ¿En realidad, habría renunciado del todo? Ahora no podía saberlo, pero sí estaba seguro de una cosa: su vida sería

lamentable sin Isabella y la hija que le había dado. Pasando de Ryūji, fijó la vista en su esposa. Al igual que a él, la cabellera le había crecido de nuevo; ahora les llegaba a mitad de la espalda.

El corazón se le hinchó de alegría al mirarla jugar con la cabecita rubia de la pequeña Harumi, frente al pastel de cumpleaños. Su radiante Belleza de Primavera. El ángel al que deseaba proteger.

«Mi familia». Y pensar que hubo un momento en el cual dudó poder llegar a tenerla. Porque los hombres violados, como él lo fue, no lo merecían. No eran nada. Entonces Isabella llegó como un huracán a su vida, para enderezarla de nuevo, mostrarle el camino y la verdadera felicidad. Ella tomó cada fragmento en sus tiernas manos y los unió uno a uno, hasta devolverle la forma. Y al final, cuando su corazón estaba incompleto, le entregó una parte del propio para que él pudiera sanar.

—Sí, bueno —respondió, sin dejar de mirarla—. Todos tenemos algo de qué arrepentirnos.

—¿Tú lo haces?

Sacudiendo la cabeza, se levantó.

—Nada, en absoluto.

Fue hacia Isabella y la rodeó entre sus brazos. Hundiendo la nariz en su cuello, la besó. «Me salvaste, gracias». Estaba seguro que de no conocerla, habría terminado rindiéndose. Y quizá, en este instante, estaría muerto. «Te amo».

Isabella se giró y con una deslumbrante sonrisa, colocó a Harumi en su regazo, igual que la primera vez. En el instante en el que sus ojitos color miel lo vieron, Mitsue supo que un largo camino estaba al frente. Sin embargo, ahora no lo recorrería solo.

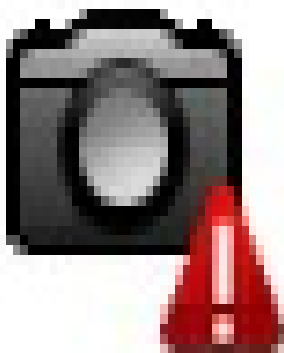
Nunca más.

Besó la nariz de su hija, quien lo jaló por el cabello mientras reía.

—Feliz cumpleaños, Haru-*chan*...

SOBRE LA AUTORA

«Soy una escritora de romance, curiosa y soñadora.



Amo a Dios, sobre todas las cosas, y a mi familia; además de la buena comida, los libros, el anime, los cómics y el *Simphonic black metal*. ¡Oh!, y por supuesto, escribir.

Mi debilidad son los chicos altos, tatuados, musculosos y de cabello largo, pero eso..., bueno..., imagino que ya lo habrás notado».

Lorena R. Jeffers, mejor conocida como *Tsuki*, es una escritora que tuvo sus inicios en la reconocida comunidad de lectores y escritores, *Wattpad*, en donde publicaba *fanfiction* de sus series, libros y cómics favoritos. Más tarde, se atrevió a sacar a la luz obras originales y pequeños devocionales que fueron recibidas con buenas críticas por el público. Uno de ellos es «Volver a empezar», una hermosa novela romántica que nos recuerda que siempre es posible salir adelante a pesar del dolor que lleguemos a sentir en determinado momento...

Si quieres saber más sobre Lorena y sus próximos proyectos, visita:

<https://www.wattpad.com/user/Tsukichan7>

[1] Cama japonesa.

[2] Deformación de la palabra «*onīsan*», que se traduce como «hermano mayor». En Japón, es usual referirse a los familiares con sufijos, en lugar de los nombres propios. Aunque no es una norma. *Nīchan* es una variación.

[3] Sufijo de cortesía, más bien cariñoso, para mujeres, niños y mascotas

[4] Término que se utiliza para referirse a un extranjero. No es ofensivo en sí mismo, pero algunos japoneses y extranjeros lo consideran como tal.

[5] Visual Kei o Estilo Visual. Es un movimiento estético surgido entre músicos japoneses a partir del rock japonés, mezclado con el glam rock, el heavy metal, el punk rock, post punk, el rock gótico y el deathrock; nacido en la década de 1980.

[6] Sufijo que equivale a «señora», «señor» y «señorita». Es la manera acostumbrada de dirigirse a una persona por su nombre. Este sufijo se emplea tanto en nombres propios como en apellidos.

[7] Aoi: Shiroyama Yuu. Segunda guitarra de la banda de *J-rock* the Gazette.

[8] Kamijo: cantante, modelo, compositor y escritor japonés. Es conocido por ser el líder y vocalista de la banda de *J-rock* «Versailles Philharmonic Quintet», y —en su momento— de la famosa Lareine, además de New Sodmy.

[9] Montsuki: kimono masculino al que se añade una Haori de color negro, con el lazo, con el emblema de la familia bien visible. Es el más formal.

[10] Haori: tipo de chaqueta de color negro, que se coloca sobre el kimono masculino.

[11] Tomoe: es una figura abstracta japonesa compuesta por comas.

[12] Loto blanco: está relacionado con la perfección del espíritu y de la mente, un estado de pureza total y de naturaleza inmaculada. Por lo general se representa con 8 pétalos.

[13] Hakama: especie de pantalón holgado, a veces usado en las artes marciales, que se coloca sobre el kimono.

[14] Aizen Myō-ō: también llamado Rāgarāja, es una personificación de la transformación de la lujuria y el amor en el despertar espiritual. Es representado como un hombre de piel rojiza oscura de terrorífica apariencia, con pelo largo y llameante que simboliza la pasión y la lujuria, usualmente con una cabeza de león sobre él, símbolo de la supresión. Además, suele tener un tercer ojo colocado verticalmente entre los suyos. Su forma más común tiene seis brazos, y estos sostienen una campana, un vajra, una flor de loto sin abrir, un arco, flechas, y una mano cerrada sobre algo oculto. Aizen Myō-ō representa el estado en el que la excitación sexual es canalizado hacia la iluminación, y en el que el amor apasionado es convertido en la suprema misericordia por todas los seres vivientes.

[15] Oni: Ogro, demonio o un ente de gran maldad.

[16] Yakuza: es la mafia japonesa.

[17] Be-da: Es el sonido realizado por los japoneses cuando interpretan el akanbe. Es un gesto de desprecio que se hace sacando la lengua y jalando el párpado inferior hacia abajo, lo realizan muy comúnmente las hermanas menores o las lolitas.

[18] Ai: Vocalista de la banda japonesa de *J-rock*, Deathgaze.

[19] Ruki: Matsumoto Takanori. Vocalista de la banda de *J-rock*, the Gazette.

[20] Tatami: esterilla de paja que recubre el suelo de las viviendas japonesas.

[21] Clavel rojo: un corazón que suspira.

[22] Glicinia: Me aferro a ti.

[23] Pensamiento: te recuerdo/estás en mis pensamientos/pienso en ti.

[24] Sufijo de cortesía para jóvenes varones.

[25] Es una forma de decir «tú», pero tan vulgar y amenazante que se interpreta como «cabrón».

[26] Lirio amarillo: amarte me hace feliz.

[27] Seppuku (o Harakiri). Corte en el vientre. Suicidio tradicional, japonés, por desentrañamiento y posterior decapitación, por parte de un amigo.

[28] Daisuki: Literalmente significa «Me gustas mucho»; sin embargo, en nuestro lado del mundo podría utilizarse como un «Te quiero» o «Te quiero mucho».

[29] Palabra japonesa para un festival o día festivo

[30] El cuento de la princesa Kaguya.

[31] Genial.

[32] Princesa.

[33] Furisode: es un lujoso kimono de fiesta, hecho de seda que visten las mujeres mayores de edad solteras. Los rasgos característicos de este kimono son la caída de las mangas, que llegan casi hasta los tobillos.

[34] Aokigahara: conocido como el Mar de Árboles o el Bosque de los Suicidas.

[35] Era una brújula solar vikinga.